

A romantic close-up of a man and a woman about to kiss. The man has a beard and is wearing a blue shirt. The woman is wearing a blue top. A string of lights with large, round, glowing bulbs is in the foreground, slightly out of focus. The overall mood is intimate and sensual.

IRIS T. HERNÁNDEZ

SEAN COTE
es provocador

VOL. I

zafiro 

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Nota de la autora

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Apareció sin más... Recuerdo perfectamente aquel día. Estaba en su despacho porque Jeff me había pedido que, por favor, los ayudara. Al principio no me pareció una mala idea, pero eso fue porque no sabía quién era Sean Cote, el desconocido que esperaba a mi espalda sin yo saberlo.

Fue muy extraño. Mi cuerpo se paralizó, sentí un súbito calor que recorría cada centímetro de mi piel y, cuando me giré, no podía creer que ese hombre tan... arrebatador fuese el socio de mi marido. Jamás me había hablado de él y de inmediato supe el motivo: cualquier marido querría tenerlo lo más lejos posible de su mujer. Y yo seguía ahí, inmóvil como una auténtica idiota sin saber qué decir.

A partir de aquel día comenzaron todos mis problemas. No podía decirle a Jeff que me había enamorado a primera vista de su socio, y menos aún confesarle que me veía con él a escondidas. No fue nada fácil, y debo admitir que no me siento bien por ello, pero su magnetismo era tal que, cuando lo tenía delante, no era capaz de apartarme, de decir basta.

Si tuviera que definir a Sean Cote en una sola palabra elegiría, sin dudar, ésta: provocador.

SEAN COTE ES PROVOCADOR

(Volumen 1)

Iris T. Hernández

zafiro 

Las cosas son más simples de lo que parecen,
siempre hay una luz que nos guía.
No la obvies y sabrás hacia dónde dirigirte.

Capítulo 1

Sacudo la cabeza para negar en silencio. No me lo puedo creer; sé quién está llamando a la puerta de mi apartamento, aun teniendo unas llaves que le di para que hiciera uso de ellas, pero está visto que no lo entendió.

—¡Para! Ya voy. —Abro corriendo y me mira de arriba abajo con auténtica repugnancia—. ¿Has venido a criticarme? —Sostengo el peso de mi cuerpo sobre un pie y después sobre el otro mientras permanezco apoyada en el filo de la madera, esperando a que entre.

—Necesitas una ducha, urgente. —Se adentra como si nada, mira mi gran *loft* como si no viviera en uno prácticamente igual justo en la puerta de delante y se sienta en el sillón de ante gris, para acariciarlo una y otra vez con la yema de su dedo índice, hasta que al fin me mira con esa línea recta en sus labios que me indica que está callándose una bomba, una que no va a poder resistir mucho más en contármela y sabe que no me va a gustar—. Tu marido ha ido a comprar el desayuno, me ha dicho que te lo dijera.

¿Desayuno? Ahora sí que tiemblo. Jeff sólo me lo trae cuando quiere algo, y no cualquier cosa.

No tengo hambre. Lo único que tenía era sueño, pero alguien se ha encargado de desvelarme por completo.

—¿Te quieres vestir?

—No. —Me dejo caer a su lado, apoyo la cabeza en su hombro e inhalo el olor a naranja que, como cada mañana, desprende su aliento; me besa la coronilla para compadecerse de mí, y luego baja por mi cuello hasta llegar a mis labios; adentro mi lengua en su boca para sentir ese sabor cítrico que tanto me chifla de él—. Sabes muy bien. —Se ríe y me acaricia las ojeras.

—Has trabajado hasta tarde, ¿verdad?

Asiento en silencio, con los ojos cerrados.

—¿Cuánto has dicho que va a tardar Jeff en regresar? —Entreabro un ojo, consiguiendo que se le escape una carcajada, y se pone de pie—. ¿No vas a...?

—¿Follarte? Lo haría ahora mismo, pero quiero desayunar. —Me coge en volandas y carga mi peso, como si fuera una pluma, hasta llegar a la puerta, donde me indica que la abra.

—¡Owen, voy en bragas! No voy a salir al rellano así.

—Por supuesto que vas a salir; por cierto, son muy feas.

Le lanzo una mirada asesina por meterse con mi ropa interior.

—No es verdad —gruño, y me tapo el rostro con su pecho por si alguno de los vecinos baja en este preciso momento; al menos evitaré que me vea la cara, aunque en lo único en lo que se fijará

si eso sucede será en mi culo... Dejo atrás mis pensamientos cuando oigo que Jeff abre la puerta del ático contiguo, evidencia de que ya ha regresado de hacer sus compras, y Owen me lanza a sus brazos como si fuera un juguete. Menos mal que él lo conoce bien y ya se esperaba esa reacción; ha sido hábil a la hora de cogerme al vuelo, mirándome a los ojos con sorna.

—Buenos días —lo saludo encogiéndome de hombros antes de que rompa a reír en una carcajada, y entonces Jeff me besa la mejilla y me baja poco a poco hasta que mis pies al fin tocan el parqué de su salón.

—He traído el desayuno —me anuncia como si yo no lo supiera. Owen pasea por la cocina para coger tres tazas y no tengo que adivinar lo que va a hacer con ellas, porque huele de vicio a café recién hecho. Como una autómatas, me dirijo hasta la máquina y me siento en el taburete alto cercano para olerlo casi poniendo la nariz en el chorro que cae de la cafetera—. ¿No crees que eres una drogadicta del café?

—Sólo tomo tres al día.

—Aparta, que vas a babosearlo todo. —Owen me da un culazo que hace tambalear el taburete y me agarro a la isla no sin emitir un pequeño grito—. Toma. —Me ofrece la taza y vuelvo a olerlo como una adicta sin remedio.

—¿Tienes hambre? —Jeff me enseña las pastas que ha comprado y lo miro fijamente.

—¿Qué quieres?

Lo conozco muy bien. Demasiado, a decir verdad: nada más y nada menos que desde el colegio; así que no puede engañarme tan fácilmente.

—¿Por qué voy a querer algo más que invitaros a desayunar y que comencéis el domingo con buen pie? —A Owen se le dibuja una sonrisa, que reprime para que no me enfade, se sienta a mi lado y nos mira a ambos, que nos escudriñamos intentando descubrir lo que pensamos el uno del otro—. ¿Te he dicho que te quiero? —Rodea la isla y camina lentamente hasta mí arrastrando las deportivas por el suelo de madera, provocando un ruido que me molesta bastante, pero que a él no le importa lo más mínimo, y me estira de la mano hasta estrecharme entre sus brazos; yo me dejo. Me encantan sus abrazos, son los mejores en días como hoy, cuando apenas he dormido y estoy agotada.

—Por si acaso, no —mastico, y él me agarra la barbilla con el pulgar y el índice y me obliga a contemplarlo a los ojos.

—Te necesito, por favor. —Me quedo analizando su mirada. Aunque Jeff es la persona más estable que conozco, sé que hay algo que le preocupa realmente.

—No —vuelvo a decir, esta vez sonriendo y dejando de mirarlo a los ojos para volver a acomodarme en su pecho mientras veo cómo Owen nos observa como si estuviera mirando una película de amor en el cine.

—Avery, por favor.

Me ha llamado por mi nombre completo y no por mi diminutivo, Ave, como siempre hace; eso es malo, debe de ser algo peor de lo que esperaba. No levanto la cabeza, pero analizo a Owen,

que me habla con la mirada. Él también me pide que por favor diga que sí; suspiro antes de recomponerme y los miro a ambos alternativamente.

—Vale, pero decidme ya el qué.

—Quiero que vengas a Cote Solutions y apliques con nosotros tu maestría.

—Mi, ¿qué? ¿Qué quieres exactamente?

Doy un trago al café y por instinto cierro los ojos, como siempre, con el primer sorbo.

—Das formaciones a empresarios, ¿no? —Enarco las cejas; ya lo sabe, parece mentira que me lo pregunte, sobre todo después de lo pesada que fui cuando decidí embarcarme en esta aventura —. Pues quiero que nos ilumines a mi socio y a mí.

—¿En qué?

A su socio y a él... a los dos; eso incluye a ese socio tan egocéntrico que tiene —quien, aunque no es el único propietario de la compañía, le ha puesto su nombre, relegando a Jeff a un segundo plano— y que jamás me han querido presentar. Creo que no, no voy a perder mi tiempo en una persona como ésa.

—Ave, empatía. No sé, creo que necesitamos un soplo de aire fresco. La empresa está creciendo, mucho, y tengo la sensación de que no llegamos hasta el personal; no nos ven como parte del equipo.

—Sean es un capullo, el dios de los capullos, quiere decir Jeff —interviene Owen por primera vez, describiéndolo tal como imagino que es.

—¿Y crees que yo voy a conseguir doblegar a tu socio?

—Si tú no lo logras, entonces estoy perdido.

Se lleva un bocado a la boca y, en vez de disfrutar del sabor, parece que se esté zampando un limón. Odio ver a Jeff tan preocupado; siempre me he dado cuenta a la mínima cuando le ocurre algo, pero esta vez se me ha pasado por alto que se sentía así, y Owen no me ha avisado.

—¿Él lo sabe? —Niega con la cabeza, se rasca la raíz del cabello de su frente y me queda claro que no tiene ni idea de cómo decírselo—. Si no pone de su parte, no obtendremos resultados, no soy maga. —Me arrepiento de estar hablando como si ya hubiera aceptado ayudarlo, aunque la verdad es que su empresa puede aportarme unos ingresos extra que me irían de fábula, para qué engañarnos.

—Yo creo que sí —interviene Owen, a quien reprendo con la mirada porque está comiéndose con los ojos el paquete de Jeff; de inmediato sacudo la cabeza, para borrar de inmediato cualquier pensamiento lascivo de mi mente.

—Puede que, si hacemos una primera reunión *kick off* con vosotros dos y los directores de cada departamento, no sólo contigo y él, pueda hurgar más en los problemas existentes.

—Buena idea, yo me apunto. —Owen cree que mi trabajo es una broma, pero yo me lo tomo muy en serio; el futuro de muchas compañías está en mis manos y en mi asertividad.

—Eres el director de Marketing, así que, sí, debes estar. —Jeff sacude la cabeza al contestarle; si es que Owen es como un adolescente con cuerpo de fornido hombre de gimnasio.

—Genial, pues nos vemos mañana, Ave. Me voy a correr. —Me da un pequeño beso en los labios antes de bajarse del taburete y se queda mirando a Jeff; sé que le está diciendo algo, pues, al igual que me ocurre con mi marido, Owen también consigue hablar sólo con la mirada—. Avery, tira esas bragas a la basura. ¡Ya! —Miro a Jeff atónita y él comienza a reírse mientras se marcha de nuestro lado y finalmente cierra la puerta tras de sí.

—A mí me gustan.

—¡Y a mí! —Vuelve a acariciarme el pelo y yo me restriego una vez más contra su pecho cual gato abandonado—. ¿Qué te preocupa?

—¿Tú? —suelta.

Me separo de repente y se sienta en el taburete que está a mi lado, donde estaba Owen sentado hace unos instantes, y se pone a mi altura; veo sus ojos color miel.

—¿Puedes explicarte, por favor? —Sé que enfadarme no me va a servir de nada, así que aprieto su muslo y luego lo masajeo de arriba abajo—. ¿Alguna vez me he comido a alguien?

—No me hagas recordarte la cena de fin de carrera.

—Eso no cuenta.

Me abofeteo mentalmente por lo que hice cuando la odiosa de clase le dijo a Jeff algo que no me gustó y terminé arrastrándola por el pasillo de la facultad ante la sorpresa de todo el mundo.

—Sean es especial, es un crac, la persona más inteligente que conozco y un tiburón para los negocios, pero he visto a demasiadas mujeres pasar por su vida y no quiero...

—¿Crees que no he tratado con hombres como él? —Agacha la mirada y me duele que dude de que no voy a ser capaz de ignorar sus proposiciones—. ¿Confías en mí?

—Claro que lo hago, pero no en él.

—¿Por eso nunca me lo has presentado ni me has dejado ir a buscarte a la oficina? —No responde; mira hacia delante, rascándose la frente, y sé que es por eso—. Me lo voy a comer con patatas, que lo sepas.

—Es mejor que no sepa que estamos casados.

Sonrío; sé que será más fácil para todos si ocultamos nuestra relación, así no seré juzgada como una enchufada por su socio ni por los trabajadores que nos vean.

—Yo también lo prefiero, tranquilo.

* * *

¡Voy a matar a Jeff! No me puedo creer que me haya llamado para decirme que vaya a la oficina a las ocho, pues el imbécil de su socio ha accedido a hacer la formación... pero a solas y fuera del horario laboral del despacho. Yo tenía planes; quería tirarme en el sillón, con la melena enmarañada, y ver una película mala hasta caer dormida sobre el hombro de Jeff u Owen, cualquiera que estuviera en el *loft* contiguo al mío.

Preparo la carpeta con toda la documentación que he extraído de la empresa y me pongo mi

ropa de guerra... Estoy deseando llegar y ver cómo reacciona a este vestido. Afortunadamente, Jeff tiene una reunión fuera del despacho; en caso contrario, detestaría mi indumentaria y le haría pasar un mal rato. Sin embargo, sé que es la adecuada para clientes como él...

Ya estoy en la calle donde está la sede de la empresa; sólo tengo que recorrer unos metros más y habré llegado. Hago acopio de todas mis fuerzas y alcanzo la puerta, desde la que accedo a las instalaciones de Cote Solutions. Veo mi reflejo en el cristal de uno de los cubículos que hay en la segunda planta y me atuso algún mechón y aprieto las horquillas para asegurarme de que sujetan bien mi moño bajo. Sé perfectamente hacia dónde debo dirigirme, porque el día anterior ya estuve aquí y el impresentable del socio de Jeff me dio plantón. Nos dejó, a todos sus compañeros y a mí, esperando a que nos honrara con su presencia, pero no fue así, y tuve que comenzar sin él, descubriendo que la raíz del problema es Sean Cote.

Cuando me dispongo a llamar a la puerta, veo que su ordenador emite luz, pero él no está. Suspiro al tiempo que siento un calor insoportable. Separo un poco el vestido de mis pechos para que entre aire. No ha sido buena idea venir caminando con estos zapatos; me apunto la nota mental de venir más cómoda si lo hago a pie o bien coger un taxi.

Me giro para irme cuando topo de repente con... Hostia, debe de ser él. Está mirándome sin intención alguna de disimular. Por primera vez en mi vida siento que mi cuerpo no responde; permanezco inmóvil ante Sean Cote, el socio de mi marido, y obviamente nadie me ha advertido de lo jodidamente irresistible que es. Viste un pantalón de traje gris marengo que parece hecho a medida, al igual que la camisa blanca que lleva arremangada sobre sus antebrazos; observo que lleva dos botones de la camisa desabrochados y puedo ver su vello rubio. Trago saliva y me azoto una y otra vez mentalmente para reaccionar de una maldita vez, pero mi estúpido cuerpo y el inútil de mi cerebro no responden.

—Sean Cote. ¿Usted es? —No me estrecha la mano, como haría un desconocido, ni se aproxima a besarme las mejillas, como haría cualquiera de mis amigos; espera, paciente.

—Avery Gagner —contesto, ofreciéndole mi mano temblorosa, y él la mira unos segundos antes de estrechármela y siento ese calor, el mismo que he sentido cuando no sabía que estaba a mi espalda. Si Jeff estuviera aquí, me agarraría de la cintura y me sacaría inmediatamente, pero nadie me puede salvar, y yo no dejo de mirar sus ojos azul grisáceo, su nariz perfecta y las arrugas que se marcan en la comisura de sus labios cuando sonrío de forma altiva.

No me puedo creer que siga inmóvil, que los segundos pasen y no sea capaz de decir palabra alguna. Jamás me había ocurrido algo semejante con nadie, pero él... Jeff tenía razón al estar preocupado por mí, pues tengo la sensación de que estoy a punto de caer de un precipicio.

—Llega un poco tarde, pensaba que ya no vendría. —Su frase llega a mi cerebro como si me hubieran lanzado por encima un jarro de agua fría, el cual agradezco, y levanto la mirada para observarlo fijamente y responderle.

—Supongo que no esperaba que iba a venir corriendo cuando usted no se presentó ayer, señor Cote. —Pronuncio su apellido arrastrando las letras y consciente de que es el hombre más sexy

que he conocido en toda mi vida. Provoco que enarque las cejas y me esquivo para adentrarse en su despacho, rozando mi hombro contra su brazo al pasar... y, si estuviera más calmada, podría asegurar que ha rozado también mi cadera con uno de sus dedos, pero ya dudo de que no sean imaginaciones mías.

Rodea su escritorio, se sienta y ojea su teléfono antes de bloquearlo y apoyar los codos sobre la mesa, no sin antes hacer el ademán con uno de sus brazos para que me acomode frente a él. Cruza los dedos de ambas manos y apoya su barbilla en ellos para mirarme con atención.

—Sin menospreciar su trabajo, pues ésa no es en ningún momento mi intención, no creo que la necesite.

—Si estoy aquí es porque sí lo necesita —replico mientras cruzo una pierna por encima de la otra y él sigue el movimiento de ambas a través de la mesa de cristal; con ese gesto, se desvanece la poca seguridad que he conseguido demostrar.

Se recuesta en su silla giratoria de piel gris ceniza y se balancea sin dejar de mirarme las piernas y los ojos, una y otra vez. Se cruza de brazos y lleva su mano derecha a sus labios, que entreabre para dejarme ver cómo sus incisivos juegan mordisqueando su dedo.

—Está bien, pero las reglas del juego...

—Esto no es ningún juego. Su socio, el señor Fortin —aclaro quién me ha contratado—, ya ha concretado los detalles de nuestro contrato.

—Por eso no hay ningún tipo de problema, mañana mismo hablaré con él. —Abro los ojos como platos ante su forma de menospreciar la opinión de Jeff y me cabreo soberanamente por no decirle que es un gilipollas, que no lo merece como socio... pero, para mi fastidio, no puedo hacerlo—. Las sesiones formativas serán exclusivas para mí, y yo decidiré luego si el resto de los directores las necesitan. —Estoy a punto de abrir la boca exageradamente, pero me contengo y espero a que continúe con su verborrea—. Además, serán en mi casa. Cada noche a las ocho, ¿le va bien?

—No.

—Dígame entonces su disponibilidad, señorita Gagner.

—A las tres —¿cómo que a las tres? No pienso ir a su casa y dar una formación exclusiva, y mucho menos a él—, pero aquí, en estas oficinas; le aseguro que le saldrían realmente caras si se las hiciera en su hogar.

—Mi secretaria le mandará mañana a primera hora la dirección de mi casa. —Pero ¿es que este hombre está sordo? No pienso permitirselo, no. En cuanto vea a Jeff voy a hablar muy seriamente con él. Se terminó, que se busque otra profesional, yo no soy capaz de seguir adelante con este tipo—. Muchas gracias por su tiempo, ahora debo marcharme. —Se pone de pie para recoger sus cosas y yo hago lo mismo de forma automática. Me encamino hacia la salida y, cuando cruzo el umbral de la puerta de su despacho, siento un calor que me atormenta en el momento en el que su mano se posa en mi columna y no la retira hasta que, no sé ni cómo, logro bajar las escaleras de su oficina sin caerme y me invita a salir abriéndome el acceso a la calle. Allí se

acerca para besarme en las mejillas y siento que mis piernas no responden, no se mueven. Me quedo paralizada mientras veo cómo me mira fijamente, esperando a que yo diga algo, pero soy incapaz, así que se despide con un movimiento de cabeza y sigo parada frente a la puerta de Cote Solutions observando cómo camina... de forma segura, llevándose consigo el aroma del perfume que desprende. Lo miro de arriba abajo aún con el calor recorriendo mis extrañas, imaginando cómo será sin ese traje que le marca un culo espectacular, una espalda fornida y unos brazos que deben de tener la fuerza suficiente como para hacer lo que quiera conmigo.

Siento un golpe de aire cuando lo pierdo de vista, ya que se ha alejado lo suficiente como para adentrarse en el parking público que hay al final de la calle, y respiro profundamente por primera vez desde que lo he visto.

Dios mío, siento que debo alejarme de él, por mi bien.

Capítulo 2

No sé ni cómo he llegado a casa. Supongo que he caminado inconscientemente, paso tras paso, hasta plantarme en el portal. Miro las llaves que sostengo en la palma de la mano y, al levantar la cabeza, veo el número ciento quince y recuerdo la primera vez que estuve en este lugar.

Acaricio el cristal con las yemas de los dedos y rememoro esa conversación...

* * *

—¿No te gusta? —me preguntó Jeff.

—Estamos muy lejos de casa, de nuestros padres.

Sonreí dando por supuesto que él sí se sentía feliz, que consideraba que ese nuevo hogar era lo que necesitábamos.

—Aquí vamos a ser libres; podremos ser tú y yo, sin miedo a nada. Te invito a conocer nuestra nueva morada.

—Prométeme una cosa. —Le puse la mano en el pecho para que no siguiera adentrándose en la escalera.

—Lo que tú quieras.

—Si algún día ves que no soy feliz, oblígame a serlo.

—Jamás, ¿me oyes?, jamás voy a permitir que esta sonrisa se borre de tu rostro, de eso me voy a encargar el resto de mi vida.

Curvé la comisura de mis labios en una sonrisa y él atrapó mi barbilla para besarme, haciendo que se esfumaran todos los temores que sentía.

—¿Me lo enseñas?

—Por supuesto; bienvenida a tu nuevo hogar.

* * *

—¿Ave? ¿Hola? ¿Estás bien? —Me zarandean del brazo y miro a Owen, que me escanea la mirada.

—Hola. —Muevo las llaves rápidamente y, con torpeza, logro abrir la puerta—. ¿Entras? —le pregunto al verlo parado, de brazos cruzados.

—Sí, pero tú y yo nos vamos a tomar un café.

—Estoy cansada —intento escaquearme. No tengo ganas de hablar; lo conozco muy bien y sé que me va a interrogar, y ahora mismo es lo último que me apetece.

—Las excusas, a Jeff; conmigo no funcionan, ya lo sabes. —Me agarra de la mano con fuerza y me obliga a seguir sus pasos escaleras arriba hasta que llegamos al primer piso; me quita las llaves para abrir la puerta de mi *loft* como si nada y me invita a entrar a mí primero—. Has visto a Sean, ¿verdad?

Dejo el bolso sobre la mesa del comedor lentamente cuando oigo su pregunta; no quiero que note mi estado de confusión, pero supongo que no estoy siendo muy disimulada.

—Apenas unos minutos.

Finjo que no me ha afectado en absoluto, aunque Owen me conoce muy bien y por ello me analiza mientras me dejo caer en el sillón.

—Los suficientes —replica y se sienta a mi lado. Me quedo con la vista fija en la pared de delante, de madera, donde cuelga el gran televisor—. Avery, mírame.

—Es...

—Está buenísimo, ya lo sé.

Enarco las cejas en señal de protesta; no es sólo eso, aunque sí que está como un tren; hay algo en él que me ha *flasheado*.

—Impresiona. ¿Por qué Jeff nunca me lo había presentado?

—Digamos que su fama no es buena entre el género femenino, y no lo culpo. Si yo tuviera su cuerpo, sería un capullo integral.

—Tú jamás podrías serlo. —Me quito uno de los zapatos de tacón, lo dejo caer al suelo y después hago lo mismo con el otro; a continuación, me masajeo mis doloridos pies.

—No ha querido saber nada de las sesiones formativas que impartes. —Lo da por hecho—. Ya se lo dije a Jeff, es demasiado ególatra como para asumir que necesita ayuda o asesoramiento.

Dejo escapar el aire y recuerdo cómo miraba mis piernas a través de la mesa de cristal y cómo he sentido que mi cuerpo respondía a su insinuación; incluso, sólo de pensarlo, siento que mi entrepierna se excita como nunca antes lo había hecho.

—¡No! Quiere formación, pero exclusiva y en su casa.

—¿En su cama? —Owen me mira con los ojos abiertos como platos—. ¿Qué vas a hacer? —acaba diciendo, con una seriedad pasmosa que me sorprende, ya que suele ser Jeff el reflexivo, y él, el impulsivo.

—No pienso aceptar. Tengo que hablar con Jeff.

Debo parar esto; soy incapaz de ponerme delante de ese hombre e intentar doblegarlo.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? —Lo miro nerviosa. ¿Miedo? ¿Es eso lo que siento? Creo que no, más bien es inseguridad por sentirme atraída por una persona como él—. No, no es eso.

—¿Entonces?

—¿Puedes dejar de interrogarme?! —Necesito una copa. Me levanto del sillón y camino unos

pasos hasta llegar a la isla de la cocina, donde está la nevera del vino; cojo una botella de un blanco y le señalo una copa, pero no me contesta, sigue mirándome, pensativo—. ¿Quieres o no?

—Cómo estás hoy... Cualquiera diría que has visto al mismísimo Lucifer en persona. —Se levanta, me quita de las manos la botella, la abre, me llena la copa hasta la mitad y doy un sorbo mirando al vacío mientras intento tranquilizarme y comprender qué es lo que me ocurre realmente—. Estoy deseando ver cómo le paras los pies.

—Tengo muchos clientes, no puedo involucrarme al ciento por ciento en la empresa de Jeff; lo mejor será que busquéis a otra persona que os ayude. Tengo una amiga que...

—Pero, ¿te estás escuchando? —Nos miramos fijamente y sé que Owen me ha calado desde el primer momento—. Estás temblorosa; ven. —Me atrae hasta él y me abraza—. Joder, Avery, jamás te había visto así por un tío.

—¡No le digas nada a Jeff, es su socio!

—Tranquila, pero no le va a gustar nada si se entera, es demasiado protector contigo. —Owen tiene razón, no sé cómo lo voy a hacer, si es que al final accedo a ello.

—Owen, ha sido... Te juro que he sentido que me perdía, no he sabido reaccionar. Yo no soy así... Es mejor que no siga con esta loca propuesta de sesiones particulares, y así Jeff no tendrá que preocuparse por nada.

—A ver, primero, ni que te hubieras acostado con él, así que Jeff no tiene de qué preocuparse, y vuestra relación... ya sabes. Y Sean parece duro, pero, cuando hablas con él, cambia un poco.

—¿Sólo un poco?

Se me escapa una carcajada y bebo otro trago ante su diversión.

—Un poco, aunque, qué quieres que te diga: no me importaría que semejante ejemplar me empotrara contra la pared.

Mi cara de asombro es total.

—¡Owen! Cállate la boca.

—No te hagas la mojigata, que las relaciones abiertas consisten en eso... y tú eres una experta en la materia. Si no, ¿por qué tú vives en este *loft* y tu marido en el contiguo?

—Porque me gusta tener mi espacio.

—Sí, claro.

—Y a mí que lo tengas. —Clava su mirada depravada en mí y levanto mi dedo índice, advirtiéndolo de que se calle, que no continúe por ese camino o ya sabe que lo echaré de mi casa.

—Necesito un favor —intento reconducir la conversación.

—¿Cuál?

Se cruza de brazos antes de llegar a la puerta, para escucharme. Yo me tomo unos segundos para pensarlo muy bien antes de decir lo único que se me ocurre para lograr, o al menos intentar, enderezar la situación.

—Necesito que tú o Jeff, me da igual quién, lo convoquéis a una reunión de una hora a las tres, junto a los otros directores de departamento.

—¿Mañana? —Asiento, mordiéndome el labio. Si su agenda se parece a la de Jeff, supongo que la tendrá hasta arriba de reuniones, pero no pienso ir a su casa, me niego—. A ver qué me invento, va a ser algo estilo crisis... —Encoge los hombros—. Ah, Jeff vendrá tarde, tiene una cena de negocios, y yo me voy a correr. ¿Estarás bien?

—Sí, cenaré cualquier cosa y me iré a la cama.

* * *

Al final Owen ha conseguido reunirlos a todos para que la sesión formativa se lleve a cabo a las tres, tal como habíamos quedado, pero en su oficina. Llevo quince minutos sentada en uno de los bancos del parque que hay al lado; menos mal que es primavera y no hace tanto frío como en pleno invierno, si no me hubiera congelado esperando a que sea la hora. Aunque he llegado con algo de antelación, no he entrado directamente porque no quiero que sepa que le he montado una encerrona...

Me pongo en pie y me estiro la falda para eliminar cualquier arruga que haya podido aparecer por estar sentada y, a las tres y tres minutos, me dispongo a entrar en el edificio.

Cojo todo el aire que entra en mis pulmones justo antes de abrir la puerta y subir la escalera que me lleva a la primera planta, donde supongo que ya estarán esperándome. Acaricio el musgo que cuelga de una de las paredes del jardín horizontal y me quedo embobada contemplándolo, pues contrasta con el resto de la oficina, que es bastante más oscura.

—Ya la están esperando, señorita Gagner.

—Muchas gracias.

Le dedico un gesto de agradecimiento al pasar por delante de Rosalie, la secretaria de Jeff y Sean, y entro en la sala sin llamar a la puerta y sin mirar a ninguno de ellos, por temor a su reacción; no me cabe duda de que no le gustará saber que he declinado su invitación de asistir a su casa.

Recorro la mesa hasta llegar al único lugar libre y dejo mis cosas sin querer cruzarme con él, aunque sigo sintiendo el mismo calor del día anterior... y sé que él es el único que lo provoca. Por ello, no pienso enfrentar mi mirada con la suya; lo evitaré a toda costa; ésa es la única arma que tengo, bastante ridícula, pero espero que efectiva.

Estoy sudando, mis manos parecen no tener fuerza. No sé cómo logro encender el ordenador y conectarlo a la pantalla de la sala para comenzar con la sesión que había pactado con mi marido, en contra de la opinión de su socio, que se remueve en su silla, inquieto y sin dejar de mirarme.

—En esta primera clase vamos a tratar la empatía. —Dirijo toda mi atención a Owen, que está sentado justo al lado de Sean, sonriendo—. En la próxima conoceremos los tipos de clientes con los que nos podemos encontrar; por tanto, hoy vamos a buscar los canales para saber extraer información analizando lo que tenemos frente a nosotros. —Tal pronto como lo digo, mis ojos se

encaminan, involuntariamente, hacia él, aunque no llego a hacer contacto visual, pues consigo controlarme.

He imaginado, durante toda la mañana, cómo sería este momento, cómo actuaría. Por suerte, no se ha ido al verme, ni ha dicho nada fuera de lugar; al contrario, no se ha quejado cuando he entrado ni ha intentado excusarse para evitar la sesión. Está sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho... y, aunque sé que no debo mirarlo directamente o correré el riesgo de no ser capaz de continuar mi explicación, un ruido me alerta y, al girarme, nuestros ojos se quedan clavados los unos en los otros..., lo que provoca que me olvide de todo, incluso de que mi marido está sentado muy cerca y nos está observando.

—Toma, se te ha caído. —Owen pone el bolígrafo sobre la mesa de Sean, que supuestamente ha resbalado hasta el suelo, y yo carraspeo al tiempo que vuelvo a mirar la pantalla y me concentro con todas mis fuerzas para proseguir con la clase que estoy impartiendo, aunque no va a ser nada fácil, me lo acaba de demostrar.

Explico todo lo que tenía previsto y consigo bastante interacción por parte de todos, excepto de una persona, aunque eso ya lo suponía. He estado tan pendiente de él, como él de mí, que apenas me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo, hasta que de soslayo veo la hora y me dispongo a terminar la sesión, cuando Owen lanza una pregunta.

—¿Y si la persona que tenemos delante no reacciona? Me refiero a que la hemos impresionado tanto que no es capaz de articular ni una palabra... En ese caso, ¿qué debemos de hacer?

Miro a Owen con ganas de matarlo y oigo las risitas del resto de directores, que, cómo no, no se distinguen en nada de esos con los que me encuentro cada día.

—¿Tú qué harías?

—¿Hablamos de una mujer o de un hombre?

Chasqueo la lengua, molesta, ¡qué más da quién sea! A él le gustan ambos, lo saben la mayoría de sus compañeros y amigos.

—Elige.

—Pues le invitaría a cenar. —Owen consigue divertir al grupo, menos a Sean, que está mirándome fijamente sin esconderse, aunque yo no le sostengo la mirada; no quiero que Jeff se dé cuenta de que me afecta su presencia.

—Ésa es una respuesta muy básica, ¿no? —Tras estas palabras, Owen recibe la reprimenda del resto, que se lo está pasando de lujo abucheándolo, y hasta consigo que Sean se ría con mi contestación—. Lo mejor sería que te esforzaras en intentar averiguar cuál es el problema del bloqueo y tratar de ganar su confianza para que no se sienta presionado. Ya está bien por hoy. — Es la hora y quiero largarme de esta oficina, siento que me falta el aire.

Veo cómo van saliendo mientras guardo las modificaciones que he ido haciendo en la presentación de forma simultánea a la explicación. Suspiro fuerte cuando detecto que sale tras ellos y no intenta decirme nada. Se lo agradezco, ya que al fin siento que desaparece ese calor de mi cuerpo que me pone histérica.

—¿Nos vemos esta noche? —me pregunta Jeff.

—Tengo la cena en Román & Robins. No puedo fallarle a Román —le respondo mientras él se sienta sobre la gran mesa de madera y yo voy metiendo las cosas en mi bolso.

—¿Os conocéis? —Me giro de repente y lo veo en el quicio de la puerta, analizando la situación. Miro a Jeff, nerviosa; sé que no quiere que nadie se entere de que soy su mujer, quiere preservar su vida privada, pero es evidente que nos conocemos.

—Ya te comenté, cuando te hablé de la posibilidad de formarnos, que era una amiga. Avery y yo estudiamos juntos en el instituto y éramos vecinos. —Un poco más y le dice «¡¡y es mi esposa!!»—. ¿Qué te ha parecido la sesión? Es buena, ¿verdad?

—De eso he venido a hablar. Jeff, yo no puedo perder una hora de mi jornada laboral cada día; pagaré el extra que haga falta, pero la señorita Gagner tendrá que venir a mi casa a impartirme estas formaciones.

—Sean, eso no es lo que acordamos... y tiene más clientes.

Por suerte Jeff responde por mí, porque yo me siento incapaz de negarle algo a este hombre, y darle clases particulares en su casa es lo último que quiero hacer.

—No tengo muchas horas libres. —Trago saliva al ponerme en pie y atreverme a dirigirme a él por primera vez desde que lo he visto—. Lo siento.

—Pues, si queréis que las haga, ésa es la única opción.

Se da media vuelta como si nada, no sin antes lanzarme una mirada intensa que me ha desarmado completamente.

—¿Qué opinas? —inquire Jeff mientras se acaricia la ceja. Sé que no le hace ni puñetera gracia, pero, si le digo que no, le estaré dando motivos para que crea que ocurre algo, así que, muy a mi pesar, respondo lo último que quiero en esta vida.

—Me lo puedo montar, si a ti no te importa.

—Si fueras otra mujer, no te dejaría, pero sé que Sean no puede contigo, eres demasiado para él. ¿Vamos a casa?

¿Demasiado? ¿Yo? Dios, en vaya lío me he metido. Delante de Sean yo no soy más que una pequeña cobarde que no sabe reaccionar. Por primera vez en mi vida alguien me deja sin habla, y yo he aceptado ir a su casa como si no ocurriera nada.

—Sí, por favor, tengo que cambiarme.

Me invita a salir de la sala y se entretiene en apagar las luces para luego dirigirse hasta la escalera, lo que supone pasar por delante del despacho de su socio. Está de pie, mirando por la ventana bastante tenso, hasta que se gira y lo veo al teléfono; nos miramos fijamente mientras él escucha a su interlocutor sin decir palabra alguna. Estoy tan sumida en lo que veo que no le hago ni caso a Jeff, que me está explicando no sé qué. Mi cuerpo, como ya es habitual, cuando está cerca de ese hombre arde, y mi mente es incapaz de ordenarme hacer más de una sola cosa a la vez: sólo puedo mirarlo.

Capítulo 3

—Guau, estás preciosa.

Le sonrío mientras Jeff me invita a pasar a su *loft*, mirándome de arriba abajo.

—¿Dónde está Owen?

—En la ducha; debe de estar a punto de salir. Por cierto, llama a tu madre, no le coges el teléfono. —Se encoge de hombros mientras rebusco en el pequeño bolso de mano para coger mi móvil y descubrir que tengo cuatro llamadas perdidas—. Estabas en la peluquería. —Se me escapa la risa; menos mal que Jeff es ingenioso para justificar mis ausencias, si no mi madre me mandaría a mi hermano día sí y día también para que comprobara si estoy bien.

—Bueno, ¿voy aceptable?

—Estás radiante.

Me ofrece su mano y, agarrada a ella, doy un giro sobre mí misma, y oigo el silbido de Owen a mi espalda.

—¿Estás segura de que te quieres ir? —Curvo la comisura de mis labios hacia arriba cuando observo cómo Owen ladea la cabeza para verme mejor—. Román va a estar encantado con tu visita. —Jeff lo mira molesto y yo le resto importancia a su comentario con un chasquido—. ¿Cuántos años has dicho que tiene?

—Demasiados para ella. —Jeff no tarda en aclararle que tanto Román como Robin no son hombres para mí, aunque no era necesario que lo expresase, yo opino del mismo modo.

—Es un hombre encantador, jamás me diría algo fuera de lugar. —Miro el reloj que cuelga de la pared del salón—. Me voy.

—¿Quieres que te acerque?

—¿Puedes?

Me sabe mal molestarlo tanto, pero la verdad es que caminar con estos zapatos es lo último que me apetece.

—Vamos. —Me agarro del brazo de mi marido y le lanzo un beso a Owen, que se pasea en calzoncillos por la casa como si nada—. No tardaré; ni se te ocurra cenar sin mí —le advierte cuando lo ve oliendo la comida que se está calentando en el fuego.

—Aquí te espero. Disfruta mucho, Ave.

—¡Gracias!

Le lanzo un beso justo cuando voy a cerrar la puerta y me levanta el pulgar, volviendo a confirmar lo guapa que estoy. Me fascina la frescura de Owen; supongo que por ello me gustó ya

desde el primero día que lo vi.

Jeff me espera con la puerta del ascensor abierta, así que me apresuro un poco para que bajemos hasta el subterráneo, donde él aparca su todoterreno.

—Pensaba que iba a invitarte a ti también —le digo mientras me apoyo en uno de los laterales y lo veo en medio del cubículo, mirando hacia delante, bastante pensativo.

—Y lo ha hecho, pero no me entusiasman ese tipo de fiestas.

—¿Ese tipo? —Me muero de curiosidad—. ¿Puedes ser más preciso?

—Ese es el que el único objetivo es fanfarronear de los millones que gana la empresa.

—Eso no es malo, ¿no? —intento sonsacarle un poco más—. Y a vosotros no os va nada mal.

—Nunca sabes lo que va a depararte la vida, así que prefiero no presumir para después no tener que llorar por las esquinas.

—¿Estás preocupado? ¡Jeff, mírame! —Lo cojo del brazo; sé que no me lo está contando todo, que algo lo tiene abstraído y, sea como sea, averiguaré lo que es.

—Nada, tranquila; creo que últimamente pienso más de lo que debería.

—Sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

Me mira a los ojos y veo cómo sonrío. Me lleva hasta él y me abraza con todas sus fuerzas, para luego besarme en los labios, sin importarle que se esté manchando los suyos con mi carmín. Justo en el momento en el que se separa de mí, se abre el ascensor y me invita a salir la primera. Abro la puerta que nos separa del garaje y, en cuanto pongo un pie fuera, veo la insignia del Mercedes frente a nosotros.

Agarrada de su brazo, llegamos al coche y, muy caballerosamente, me abre la puerta para que pueda sentarme en él, a lo que respondo con un «gracias» mudo y luego él rodea el vehículo para montarse a mi lado.

Arranca el motor y salimos lentamente del parking; en ese momento suena su móvil y leo el nombre de mi hermano en la pantalla; lo miro, alucinada.

—Te he avisado.

—Mi madre... —Suspiro antes de presionar para responder a la llamada—. Buenas noches, hermanito.

—¿Por qué no le has contestado el teléfono a mamá? Parece mentira que no la conozcas; pretendía que fuera hasta tu casa, no me hagas ir.

—He estado en la peluquería. ¿Sabes cuánto se tarda en hacer unas mechas?

Miro a Jeff, que está riéndose en silencio al ver mi cara de hastío ante el control de mi familia, que no cesa aun estando casada y conociendo de sobras a Jeff.

—Bueno, estás bien; ya lo he comprobado.

—Perfectamente, hermanito.

Miro a mi acompañante y ya no se puede aguantar la risa. Los dos rompemos a reír en una carcajada que somos incapaces de parar.

—Me habéis jodido un plan que tenía entre manos, así que no os riáis tanto.

—Pues cuelga y continúa con lo tuyo, cuñado. —Veo cómo Jeff finaliza la llamada y sigue conduciendo, divertido—. De verdad, tu madre es la leche.

—Es una pesada. No sé cuándo se va a dar cuenta de que no soy una niña.

—Nunca. Eres su única hija, y yo se la he arrebatado, te he arrastrado a la otra punta del país. ¿Crees que me lo perdonará alguna vez? —Niego con la cabeza. Si mi madre supiera un poco más de mi vida, me mataría. Menos mal que hemos sabido llevar nuestro tipo de relación en secreto; de no ser así, sé que le rompería el corazón, y es lo último que me gustaría hacer—. ¿Quieres que te venga a buscar luego?

—No, llamaré a un taxi.

Se detiene frente a la puerta de Román & Robins y me dispongo a salir cuando me agarra de la nuca y me lleva hasta él para darme un casto beso en los labios.

—Ten cuidado.

—Ya sabes que siempre lo tengo.

Bajo, le digo adiós con la mano cuando cruzo el umbral para que se quede tranquilo y sepa que ya se puede marchar, y de pronto noto un calor que me paraliza. Me giro para observar el interior del edificio y allí está. ¡No me lo puedo creer! Justo en medio de la recepción veo a Román, bebiéndose una copa con Sean Cote. ¿Jeff sabía que iba a estar aquí? Supongo que no, o me habría avisado, ¿no? En realidad, apenas me había hablado de él, lo justo para desahogarse.

Sé que estoy petrificada en medio de la entrada y que los invitados están sorteándome para poder acceder al interior, pero soy incapaz de seguir avanzando. Me duele el estómago, y de pronto siento la necesidad de huir.

—¡Avery! No te quedes ahí; ven, por favor.

¡Mierda! Román me ha visto y ahora sí que ya no tengo escapatoria. Sean, al oír sus palabras, se ha girado y ambos nos hemos mirado fijamente al tiempo que mi cuerpo me ha conducido hasta ellos sin saber cómo. No puedo soportar su mirada, me desarma igual que lo hizo el primer día... Y me odio por ello. Hasta este momento ningún hombre había conseguido tal cosa—. Señor Cote, le presento a la señorita Gagner. Ella es la culpable de que usted y yo seamos socios.

Lo miro sin comprender a qué se refiere. ¿Yo soy culpable de qué? ¿Socios? Que yo sepa, Román no es socio de Jeff, me lo comentó cuando me enteré de que se conocían, y eso fue mucho después de que comenzara a formar a sus trabajadores. ¿Qué tiene que ver Sean en todo esto?

—Encantado, señorita Gagner. —Me hace una reverencia que me deja patidifusa, mucho más de lo que ya estaba, y me besa la mano ante la sonrisa de Román, que sabe perfectamente que Sean está empleando todas sus técnicas de seducción conmigo—. Ya tenemos el placer de conocernos; es más, es nuestra nueva formadora.

—Entonces ya sabe de lo que es capaz esta mujer. —Paseo la vista del uno al otro sin ser capaz de decir nada, como ya empieza a ser habitual cuando está delante—. Yo siempre había pensado que esas cosas eran una bobada, sin querer menospreciar su trabajo...

—Tutéame, Román, por favor. —Al fin abro la boca para decir algo coherente, pero no dejo de

sentirme acorralada por su mirada; aunque ahora mismo no lo diviso, sé que no deja de observarme.

—Es la mejor. Ha conseguido que seamos capaces de triplicar nuestros ingresos cambiando nuestra forma de trabajar.

Es la primera vez que Román habla tan abiertamente de mi trabajo con los demás. Ya no tiene nada que ver con cuando comenzamos y era reticente a mis sugerencias, a mi visión de la relación con los clientes. No me resultó nada fácil que se olvidara de su experiencia y empezara a probar técnicas nuevas, pero al final cedió y los resultados han sido extraordinarios.

—Triplicar es algo que no se puede decir a la ligera —suelta Sean Cote.

Dirijo toda mi atención, molesta, hasta él por dudar de mi trabajo y, aunque intento morderme la lengua durante unos segundos, no lo logro.

—¿Crees que no es posible? —lo enfrento.

Estoy tan segura de los resultados que obtengo que incluso me olvido de que es Sean, tanto que por primera vez estoy deseando que lo compruebe con sus propios ojos y tenga que aceptar que, a veces, sus formas, como la de tantos otros empresarios, no son las correctas.

—Yo de ti no la retaría; saldrías perdiendo, amigo.

Román le aprieta el hombro y desaparece tras nosotros para seguir saludando al resto de invitados a su fiesta. Yo no me puedo creer que esté con él en este sitio; no se me había pasado por la cabeza pensar que me lo encontraría aquí.

—No me has contestado. —Me muero porque me lo diga.

—¿Quieres una copa? —me propone.

Sus ojos grisáceos me penetran, pero no tanto como su lasciva sonrisa, que se pronuncia un poco más cada segundo que me mira.

—Ya tengo una —acabo diciendo, cuando uno de los camareros pasa por mi lado y muy amablemente se detiene para que pueda coger una de ellas, ante su socarrona sonrisa—. ¿Quieres? —Le señalo la bandeja que el pobre chico sostiene cortésmente hasta que al final agarra una copa sin dejar de mirarme y sin tan siquiera tener un gesto de agradecimiento con el muchacho.

—Teníamos un acuerdo y lo has roto.

—¿Qué acuerdo teníamos? —simulo no saber a qué se refiere; esperaba no tener que enfrentarme a esta conversación tan pronto—. No lo recuerdo.

—Yo decido en mi empresa quién, cómo y cuándo, por si algo no te quedó claro.

—Jeff tendrá algo que decir al respecto también. —No quiero amedrentarme, pero cada paso que da hacia mí me resta seguridad; por ello, retrocedo hasta que topo contra una columna y quedo parada en un lateral de la sala, sin importarme que nos puedan ver.

—Él sabe lo que es bueno para la empresa —retira un mechón de pelo que se me ha enganchado en los labios debido al carmín— y creo que tú también.

—No pienso ir a tu casa —suelto de repente, nerviosa por su cercanía, suplicante para que no insista en el tema, pero ambos sabemos que lo va a hacer, y yo no voy a ser capaz de decirle que

no.

—¿Me tienes miedo? —Se aproxima más de la cuenta y está a punto de rozar sus labios con los míos, pero no lo hace, se detiene apenas a unos centímetros. Yo no digo nada, sólo siento la pulsación de mi corazón en mi reseca garganta, en mis sienes, y noto que mi cuerpo está completamente paralizado. Experimento ese calor que me mortifica cada vez que está cerca—. ¿Lo tienes?

—No. —Trago saliva.

—Pues deberías. —Acaricia mi labio al tiempo que mi boca se entreabre—. Voy a besarte y, cuando lo haga, ya no tendrás escapatoria; tú decides. —Se aparta un poco y se estira la solapa de la americana al tiempo que disimula la tensión sexual que hay entre nosotros con una fingida tos, mientras dirige toda su atención al resto de las personas que están charlando como si nada, como si a su lado estuviéramos hablando como ellos, pero vuelve a mirarme—. Si te vas ahora, no volveré a tocarte, pero, si no lo haces, no podré parar de hacerlo jamás. —No me puedo creer lo que me está diciendo. No me conoce de nada, pero por una extraña razón permanezco inmóvil frente a él, sin poder dejar de contemplarlo, sintiendo cómo mi pecho se infla y desinfla en cada una de mis forzadas respiraciones—. Has tenido tiempo suficiente. —Da dos zancadas y percibo cómo su fornido cuerpo me aprisiona entre la columna y él; mis brazos quedan atrapados en su pecho. Eleva con una mano mi rostro y veo un brillo de excitación en sus grisáceos iris antes de besarme.

No sé si alguien nos observa; ahora no puedo pensar en nada más que no sea en lo excitantes que son sus besos y en lo que está provocando en mí. Lejos de rechazarlo, paseo mis labios por los suyos, permitiéndole a su lengua que acaricie la mía, de forma lenta, intensa, dando círculos. No puedo hacer nada para detenerlo, no quiero hacerlo, anhelo que siga.

—Suficiente espectáculo por hoy. —Se separa de pronto, dejándome los labios inflamados y sonrosados por sus besos, para mirarme de arriba abajo. Me quita la copa, que ni recordaba que sostenía en una de las manos, y se bebe el contenido de un trago—. Nos vamos. —Me agarra del brazo y tira de mí hacia la puerta.

—No, no puedo irme. —Intento frenarlo con todas mis fuerzas, pero tira de mí con tal seguridad que mis pies deben seguirlo o me caeré al suelo—. Señor Cote, por favor, no puedo irme así sin más. —Se para de repente para girarse y mirarme fijamente. Noto cómo respira en busca de templanza.

—Primero, llámame Sean. —Asiento como un robot—. Segundo... —Se da media vuelta y mira a nuestro alrededor hasta que veo que pasa por nuestro lado Robin, el socio de Román—. ¡Robin!

—Señor Cote. —El recién llegado detiene su mirada en mí y le digo hola con la mano, un paso por detrás de Sean, que aún me tiene agarrada del brazo—. Avery, espero que estéis disfrutando de la velada.

—No sabes cuánto. —Lo miro, alucinada; no me puedo creer lo que acaba de decir por mí.

Sólo de ver la sonrisilla de Robin al ver cómo me tiene sujeta me estoy poniendo más colorada que nunca—. Te importaría despedirnos de Román, se nos ha hecho tarde.

¿Cómo me voy a ir? Acabo de llegar, pero... ¿por qué no abro la boca y me niego?

—Tranquilos, yo me encargo de él —contesta y me guiña un ojo.

No me puedo creer que esté ocurriendo esto, que esté a punto de salir de la fiesta con él, sin saber a qué o a dónde.

—Perfecto. Hasta otra, Robin. —Baja su mano por mi muñeca hasta que entrelaza sus dedos con los míos y yo siento que me arden; estoy tensa, pero sigo sus pasos sin saber por qué.

—¿Éste es tu coche? —Ahogo un grito cuando llegamos a la puerta y veo que un chico aparca justo en la puerta, como si supiera que nos íbamos a ir, el deportivo de Sean.

—Ah, tercero: te lo he advertido y no te has ido, así que ahora pagarás las consecuencias. — Por primera vez noto diversión en su rostro, al contrario de lo que ha mostrado hasta ahora desde que lo conozco personalmente. Está disfrutando del momento, y yo, en vez de parar con esta locura, dejo que me estreche la barbilla entre sus dedos y vuelva a besarme como ha hecho en el interior del edificio.

—¿Tengo que asustarme?

Nos miramos fijamente a apenas unos centímetros el uno del otro y vuelvo a ver cómo sonrío. Luego me giro para ser testigo de cómo se elevan las puertas del superdeportivo naranja, como si fueran las alas de una gaviota, y me quedo boquiabierta mientras él se divierte conmigo.

—Vas a sentir de todo, menos dolor, te lo aseguro.

Me invita a sentarme y yo lo miro a él, después al asiento del coche y de nuevo a él, que espera paciente a que me monte, y experimento una presión en mi sexo que asciende hasta mi estómago, contrayéndolo como nunca antes había estado.

Capítulo 4

Me tengo que agachar bastante, tanto que me agarro la tela del vestido para que nadie me vea nada, aunque Sean no deja de analizar el largo de mis piernas antes de rodear el vehículo. Me abrocho el cinturón de seguridad y finalmente se sienta a mi lado.

—Corre mucho, ¿verdad?

Asiente, al tiempo que gira la llave del contacto, el motor ruge y a mí se me escapa una carcajada nerviosa.

—¿Estás preparada? —Subo y bajo la cabeza, elevando las cejas, temiendo que pise el acelerador para descubrir cuánto de deportivo es este coche—. Mírame. —Lo miro a los ojos y no puedo dejar de sonreír; no sé qué me pasa, y la verdad es que no quiero meditarlo; sólo quiero disfrutar por una vez en mi vida—. ¿Dónde te habías metido todo este tiempo, Avery?

No respondo, no puedo, ya que, en cuanto termina la frase, acelera mirándome de soslayo y, a toda velocidad, cruza el semáforo que estaba a punto de ponerse en rojo.

—¿Tienes miedo?

—No —miento. Agarro con más fuerza mi pequeño bolso de mano cuando pisa un poco más el pedal y da un volantazo para adentrarse de repente en la autopista, y yo no puedo dejar de mirarlo.

Es el hombre más atractivo que he conocido jamás, y está a unos centímetros de mí. Sus manos aprietan con fuerza el volante, lo que provoca que se le marquen los músculos bajo la americana. Noto la tensión de su cuerpo por cómo se le hincha una vena en el cuello hasta perderse bajo su oreja.

—¿A dónde vamos?

—Tú y yo tenemos que aclarar varios términos.

—¿Vamos a negociar?

—Eso parece. —Se le escapa una carcajada y niega con la cabeza; tiene aspecto de estar igual de sorprendido que yo—. Es la primera vez que alguien me niega algo, y te aseguro que, cuando te he visto entrar hoy en la sala de reuniones para formarnos a *¡to-dos!* —pronuncia la última palabra marcando mucho las dos sílabas para que me dé cuenta de lo poco que le gusta que haya desobedecido su petición, tomando la iniciativa de seguir adelante con mi plan y no con el suyo—, me han entrado ganas de sacarte a rastras y follarte en mi despacho hasta que no tuvieras fuerzas para volver a hacer lo que se te antojase. —Me giro para mirarlo fijamente, pero él no lo hace; continúa centrado en la calzada, como si no acabara de decir una auténtica burrada.

—Se me contrató para que las formaciones se impartieran a todos los directores de

departamento de la empresa, además de a los propietarios.

—Eso iba a ser así, hasta que te vi.

—Y, eso, ¿por qué? —Tiene una facilidad para decir las cosas sin importarle lo que los demás puedan pensar de él que me fascina—. ¿No me crees capaz de optimizar el funcionamiento de la compañía?

—No es eso; sé perfectamente que eres buena, de eso ya me han informado. —¿Lo han informado? Mierda. ¿Sabe que Jeff es mi marido? Porque, si es así, me tengo que ir, no puedo seguir con esto..., no si voy a perjudicarlo a él—. Román ha sido un libro abierto —termina diciendo, y suspiro al saber que sólo lo ha dicho por el comentario de Román cuando he llegado.

Se adentra en una urbanización y se para frente a una casa de la que sale un vehículo todoterreno que se coloca a nuestro lado, aunque en dirección opuesta.

—Voy a acercarme a Helena y vuelvo —oigo que dice el conductor, que le habla en un tono de voz firme.

No puedo evitar fijarme en cómo los mira Sean; los aprecia, no me cabe ninguna duda de ello. Son un hombre y una mujer de unos sesenta años o más, pero a él no se lo ve mayor; al contrario, por lo poco que puedo vislumbrar desde dentro del coche, me da la impresión de que está en muy buena forma física.

—Tranquilo, ya nos vemos mañana.

—¿Está seguro? —Espera su confirmación y Sean no se hace de rogar. Asiente con la cabeza, justo cuando oigo que la mujer le pide que se aparte y veo cómo asoma todo lo que puede la cabeza por la ventanilla del conductor.

—Tenéis comida recién preparada en la nevera —anuncia. No lo mira a él, sino a mí, y me siento un poco avergonzada.

—Gracias, Helena. Nos vemos mañana.

Arranca el deportivo y se adentra en el parking del interior de lo que interpreto que es su casa. Poco a poco desacelera y finalmente apaga el motor; su ensordecedor ruido deja de retumbarme en los oídos y veo una vez más cómo se elevan sus puertas.

Desciende y rodea el vehículo hasta que llega a mi lado, donde me ofrece su mano para salir. Se lo agradezco, porque es muy bajo y con estos tacones corro el riesgo de caerme estrepitosamente.

—¿Vives aquí?

«Qué pregunta más absurda, Avery», me reprendo por ser tan sumamente inteligente.

—Qué va, sólo vengo cuando no sé a dónde ir. —No me puedo creer que tenga sentido del humor; este hombre es una caja de sorpresas—. Mejor dicho, vengo sólo cuando alguien acepta asumir unas consecuencias y no quiero que nadie se entere de lo que va a ocurrir.

—Creo que mejor me voy. —Doy medio giro sobre mí misma hacia la puerta del garaje, que se está cerrando, cuando percibo el calor de sus manos atrapar mi cintura y detener mis pasos.

Entonces sé que lo último que deseo es irme; cierro los ojos para sentir la presión de sus dedos sobre la fina tela del vestido.

—Ya has tenido antes tu oportunidad. ¿Acaso te espera alguien? —«Si tú supieras...», pienso en el momento en el que me da la vuelta y quedo frente a él, y niego con la cabeza, mirándolo a los ojos... consciente de que, en parte, sí que me espera alguien, pero no del modo que él insinúa—. Por favor. —Abre una puerta y, con la mano aún en mi espalda, me guía escaleras abajo. Las luces se han encendido automáticamente conforme nos hemos ido adentrando en la vivienda. No puedo dejar de observar cada uno de los rincones, hasta llegar a la estancia principal, donde hay una cocina abierta a un salón y me quedo boquiabierto al ver a mi derecha un comedor rodeado por tres grandes paredes de cristal que se fusionan a la perfección con el bosque del exterior.

Es una casa de diseño, de revista; resulta un poco fría para ser un hogar, pero es impactante como él; supongo que todo lo que tenga el sello Sean Cote lo es.

—¿Te gusta?

—No está mal.

Está a mi espalda, pero la oscuridad de la noche me refleja su rostro en las cristaleras y veo cómo curva la comisura de sus labios en una media sonrisa divertida.

Aparta su mano de mi espalda, que lleva posada ahí desde la escena del garaje, y siento cómo el frío estremece justo la zona de mi piel donde instantes antes su calor me acompañaba. Desciende los dos escalones que separan la cocina de la sala y se quita la americana para dejarla en un sillón individual sin ningún cuidado para que no se arrugue, más bien la lanza como si nada.

—¿Tienes hambre?

Vuelve a subir los dos peldaños hasta la cocina y me olvido del entorno para ver cómo se desenvuelve en la que es su casa, aunque supongo que la mujer que hemos visto saliendo es la persona que cocina y limpia para él. ¡Cómo imaginar que, teniendo ese coche y esta casa, es un chico que utiliza una escoba!

Esta vez no me pregunta, saca una botella de vino blanco junto a dos copas que deja sobre la blanca y brillante isla y yo me siento en uno de los cómodos taburetes para estudiarlo más detenidamente, de la forma más descarada que sé, y deduzco que eso le gusta, a juzgar por cómo mordisquea su dedo índice..., gesto que ya le vi hacer el primer día, cuando se sentó frente a su escritorio y se dedicó a observar mis piernas a través de la mesa de cristal.

—¿Puedo? —le pregunto en cuanto abre la botella; pretendo servir el vino.

Me mira fijamente; me está analizando, pero esta vez, lejos de avergonzarme o paralizarme, estoy dispuesta a todo. No sé qué ha cambiado desde que he llegado a este lugar; lo único que sé es que yo también sé jugar duro. Me ofrece la botella y, cuando la acepto, roza mis dedos hasta que me hago con ella. Sin dejar de mirarlo, cojo una de las copas y la ladeo para verter el líquido; a continuación repito los mismos movimientos, lentos y seductores, con la otra, para, después, ofrecérsela. Ambos lo olemos antes de dar el primer sorbo, que me sabe a gloria. Este vino es de los mejores que he probado.

Le miro los labios, pues estoy deseando volver a probarlos, pero no hace ademán de acercarse, para frustración de mi corazón, que no deja de latir cada vez con más fuerza. Da un segundo sorbo, aunque esta vez cierra los ojos para saborearlo, y yo me quedo noqueada frente a él, sin saber dónde meterme, pero, sobre todo, conteniendo las ganas que tengo de abalanzarme sobre él.

Nada más abrirlos, se detiene en mis labios y veo cómo poco a poco se acerca hasta dar la vuelta al taburete; mis piernas quedan expuestas a su lujuriosa mirada. Pasa un dedo por mi labio inferior, acariciando mi barbilla con los otros dedos, y cierro los ojos para suspirar e intentar contener mi impulso.

No me da tiempo a abrirlos cuando noto que me besa, que sus manos agarran mi cintura y me sube a la gran isla de la cocina, quedando casi a su altura.

—Deberías haberme hecho caso cuando te dije que las formaciones se harían aquí; todo hubiese sido más sencillo.

—Sencillo, ¿para quién? —Lo miro fijamente.

—Para los dos.

—¿Qué quieres de mí, Sean Cote? —lo reto.

Sé perfectamente lo que necesita y no es más que abrirme las piernas y adentrarse en el interior de mi sexo, exactamente lo que quiero que haga: no suelo andarme con rodeos cuando decido acostarme con un hombre, pero con él algo es diferente, yo no soy la misma mujer que con otros desconocidos.

—¿Y tú de mí?

Mis piernas aprietan con fuerza sus caderas; no me gusta que me respondan con nuevas preguntas, prefiero las contestaciones claras. Va a besarme, pero giro el rostro y su beso termina en mi mejilla.

—Respóndeme o no dejaré que me toques ni un pelo más.

—Me gustas, Avery, desde el primer momento en que te vi en mi despacho, con ese vestido que marcaba hasta la más recóndita forma de tu cuerpo. —Vaya, ésta no es la respuesta que esperaba; es directo, demasiado quizá para lo que estoy acostumbrada—. Justo en ese instante deseé tenerte entre mis brazos, y eso es simplemente lo que quiero. —Da un paso atrás y quedo con las piernas abiertas, mostrando más de lo que debería, pero no hago el amago de cerrarlas, al igual que él no disimula que es lo único que me está mirando en este momento—. ¿Y tú?

—Digamos que soy una persona a quien le gusta el riesgo.

Asumo que me estoy metiendo en problemas, y que no me va a traer nada bueno la decisión que he tomado hoy.

Jeff es mi marido, sí, y hasta ahora hemos tenido un matrimonio abierto a nuevas personas. Nunca hemos tenido ningún problema por ese motivo; al contrario, nuestra relación ha permanecido intacta porque ambos hemos disfrutado de la libertad que necesitábamos. Sean no es el primero, pero lo que lo diferencia de los demás es que él es su socio y, además, por alguna

razón que desconozco jamás me había hablado de él. Por ello sé que no le va a hacer ni pizca de gracia que tenga una relación con él.

—Pues ya somos dos.

Se desabrocha los botones de la camisa y veo cómo, poco a poco, aparecen unos abdominales como los de los anuncios de los perfumes que emiten en la televisión.

Tira la camisa sobre el sillón, donde ya había puesto la americana, pero con la mala fortuna de que cae al suelo, aunque no le importa lo más mínimo. Mientras miro sus pectorales, completamente depilados y musculados, me agarra de los muslos y tira de ellos hasta tumbarme sobre la isla, consiguiendo que ahogue un grito cuando mi cabeza topa contra el frío mármol.

—¿Estás bien?

Levanta la vista para comprobarlo y asiento al tiempo que sus dedos atrapan la tela de mi braguita de satén y, lentamente, me las baja; las pasa por uno de mis tobillos, después por el otro y las huele antes de lanzarlas hacia atrás.

Da tiernos besos a uno de mis tobillos y asciende, dejando un reguero de muchos de ellos hasta que llega a mis muslos y obliga a mis piernas a abrirse mucho más; siento que voy a explotar y coloco las palmas de las manos estiradas a ambos lados de mi cuerpo, pero ni el frío del mármol consigue templarme. Estoy ardiendo, impaciente por sentirlo, aunque parece que él no tanto.

Siento su respiración en mi sexo; sus manos se prenden con fuerza de mis caderas justo antes de colar una de ellas por debajo del vestido y recorrer mi vientre a la vez que noto que muerde mi clítoris y lo succiona de una forma tan feroz que arranca un grito gutural de mi garganta que no logro retener.

—¡Sean!

—Chiss, tranquila. —Lame mi sexo en círculos, vuelve a morder mi clítoris y adentra uno de sus dedos en mi interior. Acaricia las paredes con tanta parsimonia que siento que voy a explotar. Adentra un segundo dedo y los gira para que mi vagina se abra a él. Me humedezco; apenas puedo pensar mientras sus dedos se hunden con precisión una y otra vez en mi cuerpo... Salen y entran como si lo llevaran haciendo toda la vida, hasta que siento que mi cuerpo comienza a responderle —. Quiero que te corras para mí, enséñame de lo que eres capaz. —Clava los dientes con más fuerza y grito desesperada en el instante en el que una ola de calor recorre toda mi anatomía y me dejo llevar, tal y como me ha pedido, mientras él se separa para coger un preservativo de la cartera que lleva en el pantalón y se lo enfunda a toda prisa.

Apenas tengo respiración cuando me coge de las axilas y me sienta frente a su cuerpo, levantando mis muslos para introducirse en mí, lentamente, mirándonos a los ojos y entreabriendo nuestros labios al sentir que su largo llega hasta lo más profundo de mi interior; siento que me llena por completo, que el dolor se convierte en placer en el momento en que percibo que se mueve, que me acaricia.

Me agarro con fuerza a su espalda y él me aprieta contra su cuerpo en cada una de sus embestidas sujetándome por las caderas, para que lo acompañen. Ruge de placer, y una pequeña

película de sudor comienza a rodar por su frente.

—Enséñame de lo que eres capaz, Sean —le digo justo cuando dejo caer mi peso hacia tras, apoyándome sobre el frío mármol y quedamos a pocos centímetros el uno del otro; al oírlo, veo cómo curva la comisura de sus labios en una divertida y lasciva sonrisa, justo en el momento en el que mi cuerpo se balancea hacia atrás, tras una nueva acometida. Me embiste sintiendo que encaja a la perfección en mi interior—. ¿Esto es todo? —Sé que lo estoy retando, que este hombre está consiguiendo que me sienta como nadie lo ha hecho. Nadie había sido capaz de hacerme sentir tan pequeña en todos los sentidos; pequeña bajo su cuerpo y pequeña eclipsada por su atracción; sobre todo, lo que despierta en mí es la curiosidad de querer descubrir mucho más de él.

Agarra mi trasero y me levanta de la isla con total facilidad para caminar hasta la pared y, agarrada a su cuello, me penetra hasta que mi espalda golpea una y otra vez contra la superficie, mordiéndome el labio para contener la necesidad de gritar como una loca cuando llega al interior de mi vagina y siento cómo crece, cómo se endurece y cómo gruñe como una auténtica bestia cuando clava su frente en mi clavícula y se deja llevar sin más, quedando los dos sin habla y sin respiración.

—¿He cumplido con tus expectativas? —apenas logra balbucir cuando levanta el mentón y se topa con mi mirada.

Suspiro sonriente y asiento mientras Sean suelta mis piernas y, poco a poco, pongo los pies en el suelo y lo beso..., un pequeño beso que recibe respondiendo con auténtica pasión. Nos abrazamos y besamos con sensualidad, aún apoyados contra la pared.

Capítulo 5

Apoya su frente en la mía y, despacio, se aparta sin dejar de mirarme fijamente antes de dirigir toda su atención al preservativo que cuelga de su miembro. Se lo quita de mala gana y lo anuda para tirarlo a la basura.

—¿Puedo ir al servicio?

—En ese pasillo —me señala el extremo de la cocina—, la primera puerta.

Asiento y me bajo el vestido para caminar con la poca decencia que me queda; cuando entro en el baño, me miro al espejo.

Tengo las mejillas ardiendo y sonrosadas; mis ojos brillan como nunca lo habían hecho y mis labios vuelven a estar hinchados debido al contacto con los suyos. Me muerdo el inferior y detecto que aún sabe a él. Cierro los ojos antes de llevarme las manos al rostro y me escondo tras éstas, consciente de que es el mejor polvo que he echado en mi vida.

Niego en silencio y avanzo hasta el retrete, donde me aseo con un poco de papel y me lavo las manos para salir.

—Eso es mío. —Se gira de repente al oírme. Tiene mis braguitas en la mano; las huele, las mira de nuevo y las estira por la cintura para observarlas como si fueran las primeras que ve—. ¿Me las das?

—No.

—¿Perdona? —Se me escapa una incrédula carcajada al tiempo que camino hasta él y soy testigo de cómo se las mete en el bolsillo—. Sean... —Estiro la palma de una mano para que me las devuelva.

—Hemos venido a negociar, ¿lo recuerdas? —suelta como si nada, dirigiéndose hacia el frigorífico vestido con el pantalón, que ya se ha abrochado, y con el torso desnudo—. ¿Lasaña? —Mira de arriba abajo el interior de la nevera en busca de algo, pero parece no encontrarlo.

—Eso mismo, tanto me da —respondo, dando un nuevo trago a la copa que se había quedado en un lateral de la isla. Luego me siento de nuevo en el taburete en el que estaba momentos antes de... Sólo de pensarlo regresan a mí oleadas de calor y tengo que frotarme la frente varias veces para intentar calmarme, aunque sin éxito. Cojo la botella de vino, lleno de nuevo mi copa y me la bebo de golpe.

Coge una lasaña ya preparada de la nevera y se dispone a calentarla en el horno cuando me hace un gesto y me doy cuenta de que estaba embobada mirándolo de arriba abajo, ladeando la copa.

—¿Me has oído? —«Pues no, estaba comiéndote con los ojos como una idiota», pero ahora cómo se lo digo...—. Te he pedido que vengas aquí.

—Ah, claro, ya te había oído —disimulo, levantándome del taburete toda digna para rodear la isla hasta llegar a él.

—Claro —se burla de mí sin poder remediarlo. Abre un cajón dónde hay manteles individuales.

—¿Los colocas en la mesa? —Asiento con la cabeza, hago lo que me ha pedido y después cojo también las copas de vino, para dejarlas sobre la gran mesa de madera; ésta está rodeada de grandes ventanales, desde donde puedo ver la oscuridad del bosque y las luces de las casas más cercanas, así como pequeños destellos perdidos en el horizonte—. En unos minutos estará lista —me anuncia mientras deja los cubiertos sobre el tapete que acabo de colocar, no sin rozarme el brazo con su antebrazo desnudo y sentir que el calor me invade una vez más.

—¿Me vas a dar mis bragas?

—Cuando consiga lo que quiero.

—¿Y qué quieres? —indago, curiosa, pero no hallo respuesta, pues vuelve a darse media vuelta para dirigirse a la cocina. Esta vez lo sigo hasta llegar a la isla, coger la botella de vino y quitarle las servilletas que acaba de sacar de uno de los armarios—. No seas capullo y dime lo que quieres.

—¿Capullo? —Se le escapa una carcajada—. No es la primera vez que me llaman así, tranquila..., pero la última creo que terminó sin lengua.

Me giro para mirarlo a los ojos y veo cómo vuelve a carcajearse a mi costa.

—Puñetero manipulador.

—¿Eso opinas de mí? —Se acerca, con el trapo que ha utilizado para coger la lasaña y meterla en el horno en las manos—. Te advierto que puedo serlo de verdad. —Enrolla un extremo de la tela en una mano, agarra el opuesto con la mano libre y lo estira con fuerza, provocando un estruendo que me encoge. ¿Dónde narices me he metido?—. Te lo he dicho antes, debes tener de todo menos miedo.

—¿Acaso crees que lo tengo? —Suelta el trapo y golpea la isla; no consigo evitar dar un pequeño salto que provoca que se ría—. No me lo esperaba, no es más que eso.

—Pues debes estar preparada para cualquier cosa. —Con un ágil movimiento pasa el trapo por detrás de mis caderas y, sosteniendo cada uno de los extremos, me aproxima a él para besarme. Le respondo con tal pasión que me asusta de verdad—. Pero de momento espero que disfrutes de la cena que Helena ha preparado. —Me dispongo a replicar algo cuando la alarma del horno nos avisa de que la lasaña ya está lista, y vuelve a besarme, esta vez atrapando mi nuca, buscando el contacto con mi lengua hasta que ambas se lamen fuera de nuestras bocas... como si fuéramos dos auténticos animales en celo—. Si me perdonas... Puedes ir sentándote a la mesa.

Noto cómo se separa de mí, sin mirarme, y experimento un vacío que me duele. Frustrada por haberme separado de su cuerpo, me dirijo hasta la mesa y al momento aparece con el trapo en su

hombro derecho y dos platos con la lasaña ya servida.

—Es la mejor cocinera de todo el país.

—Huele de maravilla.

Me acomodo en una silla y, al cerrar los muslos por primera vez, percibo la desnudez de mi sexo. Estoy tan excitada que los froto varias veces hasta que siento su mirada clavada en mí y no sé si se ha dado cuenta de lo que estaba haciendo.

—Cuando tengo una reunión de negocios —suelta de pronto, y tengo que centrarme unos segundos para poder escucharlo—, no suele ser así..., ya sabes.

—¿El sexo es al finalizar, quieres decir? —replico ladina, sabiendo por dónde va a ir. He podido comprobar su fiereza y lo hábil que es; sé perfectamente que es el típico empresario que se acuesta con toda la que se le cruza.

—Te equivocas. No mantengo ningún contacto físico con las personas que trabajan para mí.

—Yo no trabajo para ti... —le rebato, para luego dar un sorbo al vino antes de colocarme la servilleta sobre los muslos—. Técnicamente, soy *freelance*. Trabajo para mí.

—En mi empresa, con mi socio y nuestros directores de departamento. —Bravo, es la primera vez que habla en plural; vamos mejorando—. Te vas a pasear por nuestras oficinas, provocando que todos los empleados hablen de ti.

—¿No quieres que me vean? —Analizo la posesión que denotan sus palabras.

—No mezclo negocios con placer.

—Acabas de hacerlo —señalo, con la copa que acabo de levantar, hacia la isla y él mira hacia ella, confundido—; es más, tienes mis bragas en tu bolsillo, eso es muy enfermizo.

—Por eso no vas a volver a la empresa —sentencia, como si sólo él tuviera el poder de esa decisión.

—¿Y voy a venir aquí? —Asiente, altivo—. En ese caso, seguirás mezclando negocios con placer; ésa no es la solución.

—Eres terca.

Noto la frustración en el suspiro que emite antes de llevarse el primer bocado de lasaña a la boca.

—Y tú, un mezquino.

—También me lo habían llamado; tendrás que ser un poco más original.

Acabo de volver a darle el control y sé que eso le gusta, es a lo que está acostumbrado. Si quiero salirme con la mía, tendré que hacer que crea que lo tiene; es el único modo.

—Podemos llegar a un acuerdo. —Pruebo la lasaña y cierro los ojos al degustar su sabor. Creo que hasta gimo sin darme cuenta. Abro los ojos y lo veo, divertido, esperando a que hable—. Daré las sesiones formativas a última hora de la tarde, en las oficinas.

—Creo que no lo has entendido. —Apoya los codos sobre la mesa y se aproxima todo lo que puede a mí—. No puedo verte encerrada en una sala sin la necesidad de empotrarte contra la pared. ¿Quieres que lo haga delante de todos mis empleados?

—Tendrás que resistirte a mis encantos.

—Acepto que me formes si es a solas; ya os lo he dicho a Jeff y a ti, y ahora te lo repito.

Me queda claro que no va a ceder, y la verdad, después de lo que he vivido, no sé si yo voy a ser capaz de estar a solas con él sin lanzarme a sus brazos.

—Dedicaré tres horas a la semana a formar al resto y dos a ti. —Jeff me va a matar, lo sé, pero no veo otro modo de llegar a un acuerdo.

—No.

—No puedes salirte siempre con la tuya. —Debo formar al resto de la plantilla o no servirá de nada, pero con este hombre no se puede razonar—. Dame mis bragas, por favor.

Vuelvo a comer lasaña y, una vez más, gimo de gusto. Está verdaderamente exquisita.

—Cuando seas exclusiva para mí. —Toso, pues se me ha ido la comida por el otro lado. Me pongo colorada, me tapo la boca y me giro para que no vea la angustia que estoy experimentando ahora mismo—. ¿Estás bien? —Asiento, poniéndome de pie—. Avery, bebe. —Me agarra del brazo, me obliga a darme la vuelta y me ofrece la copa de vino, que acepto encantada, ya que gracias al gran sorbo que pego desaparece esa sensación de ahogo.

—Gracias.

—De verdad, no quiero mezclar las cosas, y no voy a poder estar a tu lado sin besarte.

—Entonces será mejor que no trabaje para vosotros. —No veo otra posible solución. Es lo que le tendría que haber dicho a Jeff desde un principio. Yo tampoco voy a poder actuar como si nada después de lo que ha ocurrido aquí hoy—. Yo me encargo de Jeff, lo conozco desde hace mucho tiempo. —Le doy la espalda y camino hasta el sillón, donde está mi bolso, y lo cojo para irme.

—La empresa lo necesita, te necesitamos.

—¿Eso lo dices tú o ha sido Jeff quien te ha pedido que lo digas? —Esas palabras no son del arrogante de Sean Cote, don egocéntrico no necesita ayuda—. Da igual, es mejor que me vaya.

—Lo digo yo —me responde, agarrándome por la cintura, por lo que tengo que erguirme para poder mirarlo a los ojos—. Sé que mi forma de trabajar es muy complicada, que no consigo tener *feeling* con los directivos ni con el resto de los trabajadores y que por ello el ambiente no es el apropiado para lograr el éxito que necesitamos, y yo soy el único culpable... Por ese motivo te pido que nos ayudes.

—Me gustaría hacerlo, pero debes ceder en algo. No sirve de nada que te forme a ti solo, sois un equipo.

—La última hora de cada tarde a todos, en las oficinas.

—¿En serio?

Lo miro sonriendo. No me puedo creer que se haya abierto tan fácilmente y haya cedido.

—En serio.

—Menos mal, he llegado a pensar que me tenía que ir de verdad. —Resoplo y comienzo a reírme a carcajadas, ante su estupefacción—. ¿Has visto qué fácil ha sido?

—Te vas a enterar. —Me carga sobre un hombro y me lleva por la escalera hacia el piso

superior.

—Que no, que me tengo que ir... —Le golpeo la espalda para que me baje, pero no hay forma, sigue subiendo los escalones hasta llegar arriba, entrar en una habitación y dejarme caer sobre la cama.

—No te vas a ir a ningún lado, no sin volver a follarte como Dios manda.

—Vaya primera cita.

—A ti no te gusta ese rollo de las citas, tú eres como yo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo soy si se puede saber?

—Provocadora —se lanza sobre mí y me muerde el labio—, irresistible —me besa— y te gusta el riesgo, no tienes límites.

Me gusta, es cierto, pero lo que más me gusta es tener a este hombre, que me acaba de describir exactamente con las mismas palabras con las que yo lo defino a él, encima de mí.

Me quita los zapatos y acaricia mis piernas hasta llegar a mis muslos; allí agarra la tela de mi vestido y comienza a subírmelo... hasta que levanto los brazos y dejo que me lo quite por completo.

Se levanta de la cama y se quita el pantalón, no sin antes dejar un preservativo sobre la mesita, y lo observo sólo vestido con unos bóxers. Este hombre es un puto adonis del infierno, y ha aparecido para llevarme al lado oscuro.

—¿Vas a mirarme mucho más? —le pregunto al tiempo que encojo las piernas y ladeo las rodillas que acabo de juntar con la idea de obstaculizarle un poco la visión de mi sexo.

—Me quedaría aquí pasmado el resto de mi vida sólo por mirarte.

—No seas complaciente, no te pega. —Le lanzo el cojín sobre el que estaba apoyada y veo cómo éste impacta en su cara para, después, caer al suelo, a su lado—. Por esta cama habrán pasado muchas mujeres, y seguro que mejores que yo.

—Muchas, seguro; mejores que tú, lo dudo. —No sé si me gusta su contestación. A decir verdad, nada, pero no me quejo, no tengo derecho a hacerlo, así que me limito a observar cómo vuelve a la cama, cómo se coloca sobre mí y cómo baja la tela de mi sujetador para besarme un pezón. Enreda mi melena, con maestría, en su mano y tira de ella hacia atrás, obligándome a mirar hacia el techo—. Quiero que te retuerzas de placer; deseo que, cuando pienses en mí, te mojes tanto que tengas que llamarme para que te alivie.

—¿Y si llamo a otro?

Me da un tirón más fuerte de la melena que tiene agarrada y me quejo para que sepa que me ha hecho daño.

—Tendré que aniquilarlo, así que, si valoras en algo su vida, sólo me llamarás a mí.

—Eres demasiado posesivo, apenas me conoces.

—Sólo con las cosas de mi propiedad. —Me quedo petrificada de repente; no puede haber dicho eso... No, no vamos por buen camino—. Cuando quiero algo, lo quiero entero para mí. —

No puedo responder nada, porque de pronto introduce dos dedos en mi sexo y una oleada de calor recorre cada centímetro de mi cuerpo—. ¿Estás dispuesta a dármelo todo?

—No.

Vuelve a darme otro tirón en el pelo al tiempo que posee mi sexo con sus dedos y gruño más fuerte.

—No te he entendido.

—Que no, he dicho.

—Eso ya lo veremos.

Me devora la boca como una fiera y nos besamos como los dos locos apasionados que somos. Le clavo las uñas en la espalda y lo obligo a ponerse debajo. Ahora soy yo la que tiene el control. Me siento a horcajadas sobre él y siento su dura y gran erección bajo mi sexo. Su lujuriosa mirada recorre mis pechos, pero sé que está deseando verlos en todo su esplendor, así que me desabrocho el sostén y, lentamente, lo dejo caer a un lado de la cama.

—¿Y tú estás dispuesto a dármelo todo? —Suspira al ver mi cuerpo desnudo y se dispone a acariciarlo cuando lo detengo justo en el momento en que atrapa mis pezones—. ¿Me vas a entregar tus secretos más oscuros?

Sabía cómo reaccionaría: lo medita unos segundos y responde muy seco.

Capítulo 6

—No.

—Pues no me pidas lo que tú no estás dispuesto a dar.

Me incorporo un poco y, con un rápido movimiento que lo pilla por sorpresa, introduzco su miembro desnudo en mi interior, arrebatándole un gemido gutural.

Lo vuelvo a sacar y esta vez me estiro hasta coger de la mesilla de noche el preservativo que él ha dejado allí antes y se lo coloco lentamente, ante su atenta mirada. Le gusta; creo que, cuando alguien toma el control, obtiene mucha más satisfacción que cuando es suyo. No sé si suele permitirlo, pero, por si acaso, no pienso dejar que cambie de opinión. Desciendo ligeramente, dejando mis pechos casi en su rostro para que los atrape, los acaricie y muerda al tiempo que vuelvo a introducir su enorme miembro, esta vez cubierto por el látex, en mi interior...

Aparcando nuestra dialéctica para más tarde, nos dejamos llevar como dos auténticos amantes.

Vuelve a tomar el control; su cuerpo está encima del mío y no me puedo mover más allá del balanceo que su cuerpo provoca en el mío. Su mano izquierda vuelve a agarrar mi pelo y me obliga a estirar el cuello, que acaricia con su mano derecha, además de comenzar a entregarme castos besos que paran cuando me embiste con fuerza y me obliga a jadear con la boca abierta. Sus dedos ejercen más presión, y cierro los ojos, excitada; el aire intenta colarse por mi garganta, pero cada vez aprieta con más fuerza... Sus envites no me dejan pensar. Se me seca la garganta y empiezo a sudar cuando siento que sus dedos ejercen demasiada fuerza y apenas puedo respirar.

—Sean, para... —Llevo mis manos a las suyas y noto cómo me suelta al tiempo que me mira fijamente... serio, excitado, y vuelvo a respirar con facilidad.

—Lo siento. —Su voz es grave, entrecortada, y por un instante su cuerpo se queda paralizado por completo... No me penetra, no me acaricia, sólo me mira a los ojos, como si estuviera en medio de una batalla interior que no lo dejara reaccionar.

—Bésame —le pido, y elevo las caderas para que reaccione—. Bésame, Sean —repito, y ahora sí que me escucha, pues atrapa mi nuca y comienza a besarme de un modo diferente, más intenso, con los ojos cerrados, sintiéndome, a la vez que se cuela de nuevo en mi interior, y la ferocidad regresa a nosotros, sin poder dejar de tocarnos, besarnos, acariciarnos y dejarnos llevar como nunca había hecho.

—No voy a aguantar más.

Aprieta mis caderas hacia él con más fuerza y grito desesperada. Siento que la temperatura de mi cuerpo asciende al tiempo que mi cuerpo sufre pequeños espasmos que me anuncian que no

puedo resistirme más, y él lo sabe, y por ello sus embestidas son certeras y agresivas en busca de su orgasmo.

—Joder, joder... —Su voz se apaga conforme nos fundimos en un abrazo y ambos quedamos inmóviles el uno encima del otro.

* * *

Abro un ojo y tengo que pensar durante unos segundos, mirando al techo, dónde estoy. Me incorporo apoyándome en el cabezal, con la gran almohada debajo de mí, y miro por el ventanal, alucinada con las vistas de este lugar.

—Sean —pronuncio en voz baja, recordando la pasión que viví hace apenas unas horas—. Dios, tengo que irme antes de que me echen en falta.

Me destapo y compruebo que estoy completamente desnuda. No puedo perder el tiempo, así que pillo el vestido y los zapatos de tacón del suelo para entrar en el baño a toda prisa. Cuando cierro la puerta me detengo, fascinada al ver la amplia cristalera que hay justo encima de la bañera, desde el que parece que esté en medio del bosque. Me encanta este sitio, jamás había visto algo igual.

Me obligo a centrarme y, tras darme la ducha más rápida de mi vida y secarme con la toalla más suave que he acariciado hasta este momento, cojo mi ropa para ponérmela, a pesar de que mis braguitas preferidas de satén las tiene él. Con suerte tendrá el pantalón en la habitación y se las podré quitar.

Me miro al espejo, me recojo el pelo en un moño bajo, me enfundo el vestido y me calzo antes de volver a la habitación.

«Lo sabía», me alabo a mí misma por ser tan inteligente, y él, tan predecible. Corro hasta los pantalones y meto la mano en el bolsillo, emitiendo un suspiro de frustración al detectar que no están ahí; sin embargo, acabo riéndome sola mientras me acaricio la frente antes de decidir bajar y pedirselas.

Desciendo los escalones y lo veo de pie, frente a uno de los ventanales del salón, mirando al horizonte mientras habla con alguien; por lo poco que logro entender, es una conversación de negocios. Me siento en el penúltimo escalón y lo observo. Viste un pantalón deportivo y una camiseta de la marca Adidas, también negra; puede que haya ido a correr. No me extrañaría, porque esa resistencia en la cama tiene que ganarla de alguna manera. No parece muy contento; eso me lo indican sus bruscos gestos y sus ojos fijos en la nada; me lo confirma su última frase.

—Hazlo como te dé la gana, pero ya.

—¿Me das mis bragas? Debo irme, ahora. —Al oír mi voz, se da media vuelta y sonrío al verme esperándolo en la escalera—. Las necesito.

—Yo creo que no. —Ladeo la cabeza, molesta; no me puedo creer que me vaya a ir sin ellas—. Te lo dije ayer: te las devolveré cuando seas exclusiva para mí.

—Estás loco.

—Ayer cedí y te saliste con la tuya, pero...

Saca mi ropa íntima de su bolsillo y la huele, ante mi sonrisa. No me puedo creer que las lleve encima; pensaba que las habría guardado, como un trofeo, en el cajón de la ropa interior de sus ligues, pero no..., las tenía en el bolsillo y sigue oliéndolas como ya hizo anoche.

—Tú mismo, tengo muchas más.

—Espero que todas sean de satén —abro los ojos como platos y se me escapa una pequeña carcajada—, porque éstas se han convertido en mis preferidas.

—Te lo dije ayer: es muy enfermizo, lo tuyo. —Me pongo de pie para dirigirme hasta él cuando detecto que hay movimiento en la cocina y centro toda mi atención en la mujer, que supongo que es Helena, que está haciendo tortitas como si nada.

—Está preparando el desayuno. —Lo miro con cara de «por qué no me has avisado» y me pongo roja como un tomate maduro al ser consciente de que la pobre mujer ha sido testigo de nuestra conversación. ¿Ahora cómo la voy a mirar a la cara?—. Helena, te presento a la señorita Avery Gagner.

—Encantada. Le gustan las tortitas, ¿verdad?

—Sí... claro...

Sí que me gustan, pero, aunque no fuera el caso, ¿cómo iba a negárselas, habiéndolas preparado para mí?

—Deben recobrar las energías —suelta, y me yergo al oír esa frase.

Sean pone su mano en mi espalda, no sé si para tranquilizarme o para ponerme más nerviosa.

Él sabía que no estábamos solos y ha seguido mi conversación como si nada, consciente de que, cuando me enterara, me moriría de la vergüenza. El muy idiota se lo está pasando de lo lindo a mi costa. Que no crea que esto se termina aquí: me vengaré algún día, ésta se la devolveré.

Le agradezco a Helena el desayuno y lo pruebo. ¡Madre mía!, esta mujer es una auténtica chef de cinco estrellas, ¡qué cosa más rica, por favor!

Sean me mira, divertido; sabe muy bien que no habría podido resistirme a ellas. Me pone una taza de café justo al lado, pero no puedo dejar de comer; están tan ricas que no voy a poder parar de comer ni teniendo un café esperándome, aunque soy adicta a él.

Capto el sonido de mi teléfono y el estómago se me encoge. Seguro que es Jeff. Me apresuro hasta llegar al sillón, sabedora de que no está perdiendo detalle de mis movimientos, cuando veo en la pantalla que es Zoé.

—¡Hola! —respondo, emocionada.

—¿Sabes dónde estoy?

—Conmigo. —Zoé es mi salvación. Si me llama es porque está en Vancouver, así que he pasado toda la noche celebrando nuestro reencuentro.

—¿De qué hablas?

—A dónde tengo que ir.

—Cómo me conoces. Estoy en el hotel Wall Center; tengo una reunión a las dos, así que ya puedes ponerte en marcha.

—Treinta minutos, como mucho. —Finalizo la llamada y ya tengo coartada.

Pienso unos segundos antes de escribirle un escueto mensaje a Jeff.

Estoy con Zoé. Llegaré a la hora del almuerzo.

Dejo el teléfono dentro del bolso y vuelvo hasta la isla, donde Sean continúa mirándome, ya con su café terminado. Cojo mi taza y le doy un gran trago, agradeciendo que no me esté preguntando quién era.

—Voy a pedir un taxi —comento.

—¿Ya te vas?

Lo miro, alucinada; no esperaba más que una noche de pasión, mucho menos viniendo de un hombre como él.

—Tengo una vida, ¿sabes?

A Helena se le escapa una risotada al oírme y los dos la miramos, a lo que ella se disculpa y sale de la cocina, escaleras arriba.

—Yo te llevaré.

—No es preciso, puedo irme en un taxi.

—Deberás pasar por tu casa primero, no pretenderás ir sin bragas. —Tiene razón, pero no puedo aparecer por casa, así que o me las devuelve o me voy sin ellas, no me queda otra.

—Nadie se va a dar cuenta de que no las llevo. —Sé que no esperaba mi respuesta, pero, donde las dan, las toman.

—Vamos, que te llevo.

Se levanta y coge del bolsillo de su americana las llaves de su coche; yo lo miro, sorprendida.

Sobre la isla está mi plato vacío, junto a las dos tazas; me dispongo a recogerlo todo, pero él me detiene agarrándome del brazo.

—Helena lo recogerá más tarde.

—Puedo hacerlo yo. —Pongo las tazas sobre el plato y lo dejo en el fregadero. Cuando me giro, lo veo sonriente, negando con la cabeza—. Ahora sí, pero insisto: puedo irme sola.

Camina hasta mí para entregarme mi bolso y, cuando lo voy a coger, me atrapa por la cintura y se lanza a besarme.

—¿Cuándo vas a volver? —me pregunta en cuanto se separa de mí, y lo miro atónita, porque había imaginado otra cosa muy distinta por su parte.

—El lunes a última hora, en la oficina.

—Eso no me sirve.

—Pues es lo único que te puedo asegurar. —Elevo los talones, apoyándome en las puntas de los pies, y le doy un pequeño beso en los labios al que no responde—. Lo siento.

Me agarra de la cintura y me sienta en la isla.

—Tienes dos opciones: gritar y que Helena baje y te quedes con las ganas o dejarme que te recuerde lo mucho que te pierdes si no regresas.

—Eso no es justo.

—Oh, sí que lo es, por supuesto.

Sube la tela de mi vestido y sus manos sujetan con fuerza mis muslos para abrirlos lentamente al tiempo que se agacha sin dejar de mirarme de forma lasciva, y siento que me voy a morir. Este hombre despierta algo en mí que me supera hasta el punto de no poder controlarme sin apenas haberme tocado.

Noto su respiración en mi sexo, y a los pocos segundos su lengua se pasea por él, sabiendo donde apretar, haciendo círculos en el punto preciso para que tenga que asirme a la isla y no precipitarme sobre el mármol. Estiro la espalda cuando su mano asciende hasta uno de mis pechos y gimo con fuerza cuando adentra dos de sus dedos en mi sexo.

—Chiss... —me advierte, divertido, dándome un mordisco en el muslo, y yo me centro en respirar para no hacer más ruido del necesario, mientras que él se esfuerza porque me retuerza por culpa de su boca y sus dedos, teniendo que agarrarme a su cabeza con fuerza para ahogar los gemidos cuando siento que voy a explotar y no puedo evitarlo. Los espasmos le hacen sonreír; me quedo sobre la encimera, sintiendo un calor que no soporto mientras intento respirar—. Me debes un orgasmo.

—No te debo nada.

—Y me lo voy a cobrar cuando *yo*... —recalca la última palabra al tiempo que me ofrece unas servilletas que coge de un armario—... quiera. Recuérdalo.

—Será si yo te dejo.

—Eso ya lo veremos. Deberías ir al baño; te estaré esperando en el garaje.

Me besa con verdadera pasión, por lo que percibo el sabor de mi sexo y me despierta una necesidad de volver a tenerlo dentro de mí que me cabrea... tanto que me pongo de pie y lo dejo atrás sin mirarlo, sin saber si me sigue o no, pero me da igual. Entro en el baño y me miro al espejo.

—Eres idiota —me reprendo. Ha conseguido lo que quería: que sintiera la necesidad de ir tras él, pero no pienso hacerlo; no he ido nunca detrás de nadie y él no va a ser el primero.

Me lavo la cara para bajar la temperatura de mi cuerpo y me limpio antes de salir del baño y comprobar que no está en la cocina, ni tampoco en el salón. Pillo mi bolso, que he dejado, a saber cuándo, sobre la isla y subo la escalera desde la que ya puedo oír el motor de su coche.

—¿Estás bien? —se mofa, risueño, desde su asiento, pero no le hago ni caso. Rodeo el morro del deportivo y me siento a su lado, teniendo que hacer un esfuerzo por no dejarme caer y que se ría un poco más de mí—. ¿A dónde te llevo?

—Al hotel Wall Center. ¿Sabes cuál es? —le pregunto con sorna, consciente de que le ha cambiado la cara de repente cuando se ha enterado de que me voy a un hotel.

—Me suena, he ido en alguna ocasión —intenta disimular la sorpresa con todas sus fuerzas—.

Puede que haya pasado alguna noche en su *suite*.

—Justo a esa *suite* debo ir —miento con total descaro, para vengarme por sentirme como me siento por su culpa.

Pisa el pedal del acelerador con rabia y el motor ruge de forma violenta justo antes de poner la marcha atrás y que mi cuerpo se abalance hacia delante, por lo que tengo que agarrarme del salpicadero para no golpearme.

—Será mejor que te pongas el cinturón.

A toda prisa, me lo abrocho y me agarro del mismo cuando sale de su finca y acelera como si estuviera en un circuito de carreras.

—Sean, no corras tanto, por favor. —No me hace ni caso, más bien acelera para evitar que el semáforo se le ponga en rojo, y yo maldigo por tener que haber empezado el día así—. ¡He quedado con mi mejor amiga! Reduce la velocidad, ¡por favor!

Vuelve a acelerar al entrar en la autopista y siento que el corazón me va a salir del pecho cuando comienza a adelantar a los coches y a esquivar a los que no se apartan de su camino.

Capítulo 7

—Ya lo sabía —dice como si nada, sonriente, indicando con el intermitente que va a cambiar de carril; ya en la derecha, conduce a una velocidad normal.

—¿Y por qué te has puesto así?

—No me gusta que jueguen conmigo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tu amiga grita demasiado.

Se me escapa una sonrisa. Sí lo hace; por ello, cuando hablo con Zoé, suelo alejarme de todo el mundo para que no nos oigan.

—Tiene una reunión en ese hotel a la hora de la comida. Ha venido desde Quebec, mi ciudad natal, y tengo muchas ganas de verla.

—¿Hace mucho que vives en Vancouver?

—No tanto, unos cinco años. —Suspiro al recordar la casa de mis padres. Me encantaba vivir en esa ciudad, poder estar cerca de mi familia y mis amigos.

—¿Y qué te trajo a Vancouver?

—Trabajo —miento—. ¿Y tú? ¿Qué hay de ti?

—Siempre he vivido aquí; no está mal.

—Quebec es mucho mejor, te lo aseguro.

Nos quedamos en silencio; supongo que, igual que a mí, hablar de nuestras ciudades y el pasado nos transporta a nuestros recuerdos.

—Ya hemos llegado.

Miro por su ventanilla y veo cómo nos acercamos a la puerta del hotel, donde veo a mi amiga en la puerta, charlando con un chico que no conozco.

—Sí, ahí está Zoé.

Le señalo a mi amiga y él la analiza.

—¿Vas a ir todo el día sin bragas? —Por primera vez sonrío directamente y vuelvo a ver al hombre de la noche anterior.

—¿Me las vas a devolver?

Rezo porque le dé un poco de pena; sin embargo, veo que se las saca del bolsillo y las huele sin intención alguna de entregármelas. Intento quitárselas, pero las vuelve a meter allí donde estaban, ladino. Las puertas del vehículo se elevan y nos miramos fijamente antes de que me

disponga a bajar de él; de pronto, me agarra de la muñeca para tirar de mí hasta casi caer sobre él y me besa como si fuera el último beso que me va a dar en esta vida.

Nuestros labios se funden en uno, nuestras lenguas se enrollan y pierdo la noción del tiempo hasta que, poco a poco, nos separamos.

—Hasta el lunes —me dice, y asiento en silencio mientras salgo del deportivo y me dispongo a cruzar la calle sin poder dejar de mirarlo. Cuando finalmente me doy media vuelta, descubro que mi amiga está a mi lado, boquiabierta, estudiándolo—. Ya sabes cuándo te las devolveré.

—Ni lo sueñes.

—Pues serán mías. —Tras estas palabras, cierra la puerta y acelera, provocando un rugido del motor y consiguiendo que todo el mundo que está paseando a nuestro alrededor se detenga para observar el coche, incluida Zoé, que también analiza a Sean con total descaro.

—¿Quién es ese que conduce un McLaren 650S? ¿Y qué te tiene que devolver?

—Mis bragas —suelto como si nada, riéndome. A ella se le desencaja la mandíbula mientras pierde de vista el deportivo y se centra en mí.

—¿Vas sin bragas? —me plantea, y me agarra del brazo para que no empiece a caminar—. Ave, responde, ya.

—Ajá, y eso me recuerda que nos tenemos que ir de compras.

—Mientras me lo cuentas todo.

—Hecho.

No me puedo creer que Zoé lo haya visto, aunque, pensándolo mejor, al menos puedo explicarle a alguien lo que me ocurre; creo que si no lo hago me volveré loca. Agarradas del brazo, avanzamos por la acera hasta que vemos un taxi y lo paramos para que nos acerque al Pacific Centre, donde podré comprar algo de ropa interior.

Zoé está eufórica contándome cuánto puede impulsarle en su carrera el hecho de que el cliente que está hospedado en el Sheraton adquiera una de sus propiedades, ya que será una buena carta de presentación; de verdad espero que lo consiga, porque, si alguien se merece triunfar, es ella, por todo lo que ha luchado. Me alegra que durante todo el trayecto hable ella exclusivamente, porque de este modo sólo tengo que escucharla y no me siento obligada a empezar a decirle cosas sobre él.

—Así que has pasado la noche con él..., pero hay algo que no entiendo —suelta en cuanto bajamos del taxi y nos quedamos paradas frente a la puerta del centro comercial—. ¿Por qué debes decir que has estado conmigo? ¿Es que no van bien las cosas con Jeff? —Mi amiga sabe perfectamente cómo es nuestra relación y obviamente es raro que mienta cuando tengo la libertad absoluta de acostarme con quien quiera.

—Creo que he metido la pata hasta el fondo... —No puedo evitar preocuparme.

—Vamos a tomar una café y me lo cuentas bien, que creo que lo necesitas.

Caminamos entre la gente que está haciendo sus adquisiciones hasta que llegamos a una pequeña cafetería; nos sentamos en la última mesa, donde podremos charlar con un poco más de

intimidad.

—Jeff me pidió que formara a los responsables de cada área de su empresa, así como a él mismo y a su socio... y él es su socio.

—¿El del McLaren 650 Spider de fibra de carbono es su socio?! —Tras decir esto, se le desencaja la cara, y no la culpo; a mí me pasó igual cuando lo conocí, cuando vi su coche, su casa y, sobre todo, desde que sé de lo que es capaz en la cama. Sólo de pensar en él siento un calor que me provoca ansiedad.

—¿Desde cuándo sabes tanto de coches? —Esquivo el tema Sean, para lograr ganar unos segundos y procurar calmarme; si no lo hago, seré incapaz de hablar de él sin tener un puñetero orgasmo.

—Desde que me fijo en ellos para saber si el cliente tiene una cartera rentable o no, y te aseguro que él la tiene, y mucho. —Adivino el símbolo del dólar en sus ojos y no puedo evitar reírme. Gracias a Dios ha venido Zoé y puedo relajarme un poco—. No necesitará comprar una casa nueva, ¿verdad?

—Te puedo asegurar que no; si vieras la suya... Es alucinante, perfecta para tu *portfolio*.

—Si algún día quiere venderla —comienza a rebuscar en su bolso y saca algo—, dale mi tarjeta, por favor.

—Le daré tu número de móvil, guarda eso.

Las dos nos reímos a carcajadas mientras el camarero aparece con los cafés que le hemos pedido en la entrada y lo miramos muertas de risa, sin poder parar, ante la sorpresa de éste, que sonrío amablemente y se marcha de nuevo.

—Venga, quiero detalles.

—Pues nada... Fui a la empresa con Jeff para la primera sesión, pero él no estaba allí, así que tuve que volver al día siguiente. En esa ocasión fui sola, y... tía, casi me caigo de culo cuando lo vi. Hasta ese momento apenas me habían hablado de él, ni siquiera Owen. —Hago un gesto de «no puede ser» y Zoé se queda pensativa; supongo que, al igual que a mí, le extraña que nadie me haya comentado nada de ese hombre que trabaja con ambos—. Imagínate, fue la primera vez en mi vida que me quedé sin palabras, y el muy... se aprovechó y me pidió formaciones privadas, a lo que me negué.

—Pero ¿tú eres tonta? Creo que los aires de Vancouver deben ser tóxicos o algo así...

—Es su socio... y sé que Jeff no quiere que las acepte. Tengo claro que hay algo que no me quiere explicar.

Doy un sorbo al café mientras cruzo las piernas y recuerdo, una vez más, que voy sin bragas por su culpa.

—¿Algo para que no huyas de él o para que huyas? Y tú vas y le das una clase privada y te acuestas con él, y para colmo le dices a tu marido que estás conmigo.

Demasiada información errónea que debo aclarar.

—No, espera... —Consigo que permanezca en silencio unos segundos, para que me escuche—.

Owen me ayudó a que la sesión acabara siendo para todos los directores de departamento, además de Jeff y Sean, y en la oficina, pero anoche fui a una fiesta de uno de mis clientes. ¿Recuerdas a Román, ese para quien trabajé gracias a Jeff? —Asiente calladamente para que siga con mi verborrea—. Pues me lo encontré allí y literalmente me sacó de la fiesta para llevarme a su casa.

Empieza a reírse, con los ojos muy abiertos, y me tapo el rostro con ambas manos, avergonzada por asumir que me dejé secuestrar.

—Yo también lo habría hecho, y eso que sólo le he visto la cara.

—Tía, no sé qué me pasa con este hombre, es como si me nublara el juicio.

—A eso se le llama *amor*.

—No digas tonterías, sólo he estado con él una noche.

—Lo suficiente como para que haya entrado aquí —se señala el corazón— y, no nos engañemos, Jeff no es tu gran amor, ya sabes lo que es. —La oigo pero no la estoy escuchando, porque lo único que puedo hacer es pensar en él..., en lo que he sentido cuando me acariciaba, y no me puedo creer que sea algo más que sexo—. No es sólo sexo, y también lo sabes. —¿Me ha leído la mente?—. Mírate, sin bragas, abochornada hablando de él y ocultándole a tu marido que has estado con su socio.

—Aún no le he ocultado nada, porque no he hablado con Jeff.

Falso, le he enviado un mensaje para decirle que estaba con ella, así que, sí, le he mentado sin piedad.

—Pues ya puedes decirle que estás conmigo o tendrás que ser sincera.

—Más tarde.

—¿Cómo es en la cama? —La miro con cara de «no me preguntes eso»—. Novias, ¿muchas?

—Supongo que un monumento así no está solo en sus ratos libres.

—¿Y qué vas a hacer?

—Supongo que limitarme a las formaciones.

Eso es lo que debería hacer, pero, sabiendo cómo actuó anoche, dudo que me pueda librar de él tan fácilmente, y la verdad es que no quiero hacerlo; todo lo contrario, quiero volver a sentirlo bien cerca.

—Lo tienes claro, bonita.

—Ya lo sé.

—¿Nos vamos de compras?

—Será lo mejor. Necesito alguna prenda que otra.

Las dos comenzamos a reírnos y salimos de la cafetería.

* * *

Estoy agotada y muerta de sed, y Zoé parece una niña con zapatos nuevos. Nunca mejor dicho, porque ha adquirido unos cuantos pares por si acaso los necesita, como me ha repetido varias

veces; yo, por mi parte, he adquirido sólo ropa interior, bastante mona, a decir verdad, y ropa para poder cambiarme en uno de los baños.

Ahora sí que voy cómoda, con unos vaqueros azul marino y una camisola anudada al cuello. Y, lo más importante, vuelvo a llevar bragas puestas. ¡Cómo se echan de menos cuando no las tienes! Lo único que me ha faltado son unas deportivas, porque los tacones comienzan a destrozarme los pies.

—¿Puede parar aquí?!

—¡Aún no hemos llegado! —Esta chica está chiflada... ¿No pretenderá que camine hasta el hotel? Me niego.

—Mira —me señala hacia el escaparate de una tienda de Victoria's Secret. Yo niego con la cabeza, no quiero comprar más—. Vamos. —Tira de mí tras pagar al taxista la carrera y salimos para adentrarnos en el interior del establecimiento, pero ya estoy muy cansada y no deseo más que irme a mi casa a dormir.

La sigo por la tienda sin pensar, ni prestar atención a sus grititos cada vez que se pone un conjunto por encima de la ropa, vuelve a buscar otro o coge uno más... De pronto su aullido consigue despertarme de mi embotamiento y veo que me sobrepone una percha al cuerpo; se trata de un sujetador negro, cubierto de pequeñas plumas sobre una suavísima tela de satén negra brillante, a juego de un tanga brasileño.

—Ni loca.

—Oh, sí... Para ese hombre necesitas algo espectacular, y éste lo es.

—Y su precio también, olvídete.

—Perfecto, me lo llevo.

—Para ti —aclaro, amenazante, porque no quiero comprarme algo tan caro—. Déjalo o llévatelo, pero vámonos ya, por favor.

Menos mal que me hace caso. Al fin, andando, pero llegamos al hotel, donde pretendo despedirme de ella para irme a descansar un poco. Sin embargo, Zoé tiene otras intenciones muy distintas: cuando llegamos a la puerta, mira su reloj de pulsera y me pone cara de pena. Sé que eso sólo significa una cosa, viniendo de ella.

—Una copa. Por favor, no sabemos cuándo nos volveremos a ver.

—¿Ya te vas hoy?

—Ha sido un viaje exprés. Esta misma tarde sale mi vuelo.

—Sólo una y me iré a casa.

—¡Cuánto te he echado de menos! —Me da un abrazo y entramos en el vestíbulo del hotel, donde hay un bar; buscamos una mesa libre para terminar la mañana juntas—. ¿Lo de siempre? — Ya me estoy arrepintiendo de haber aceptado, porque la conozco y no sólo va a ser una.

—He conocido a un chico.

—¿Y me lo dices ahora? Llevas toda la mañana interrogándome, ¿y de repente me sueltas esta bomba?

—No es nada serio, pero nos hemos visto varias veces. Es arquitecto.

Se muerde el labio de una forma con la que me indica que le gusta mucho, y en este momento la que está intrigada soy yo.

—¿Dónde lo conociste?

—Durante la venta de una propiedad. El comprador quería reformar cualquier casa que le mostraba, aunque estuviera para entrar a vivir, y me hizo ir con un arquitecto a todas y cada una de las visitas... Así nos conocimos. La verdad es que ambos sudamos lo nuestro para contentar al cliente, pero...

—Qué bonito es el amor.

—No me quiero hacer ilusiones, pues ya sabes lo que me suele pasar. —La entiendo, creo que es la persona que más mala suerte ha tenido en el amor; cuando parece que todo le va bien, o desaparecen o le son infieles, y la pobre termina llorando a moco tendido, jurando que jamás volverá a enamorarse—. Él me ha conseguido este cliente.

—Qué majo. Deseo que éste sea el definitivo. —Alzo la copa que nos acaban de servir y las dos brindamos por ello.

—Mira, ése es mi cliente, pero... ¿quién es ese hombre que va con él...?

Capítulo 8

Me giro para mirar cómo es su cliente cuando mis ojos se clavan en su acompañante. No me lo puedo creer, es Sean. Zoé me dice algo, pero no soy capaz de prestarle atención. Mi corazón empieza a latir desbocado, y vuelvo a sentir ese calor que me recorre el cuerpo en su presencia, consiguiendo paralizar mis sentidos. Mi amiga le hace un gesto para avisarlo de que estamos aquí.

—Es Sean. —Me mira sin comprenderme—. El del McLaren. —Abre la boca desmesuradamente, pero la cierra corriendo mientras se pone de pie y me da una patada para que yo haga lo mismo.

Su cliente nos divisa y le dice algo a Sean, y éste centra toda su atención en nosotras. Siento que mis piernas me van a fallar cuando veo que avanzan y poco a poco se van aproximando a nosotras. No sé cómo este hombre logra desarmarme con una sola mirada, pero el muy condenado es especialista en ello.

—Buenos días, señor Anderson. —Zoé se comporta de un modo mucho más formal y educado de a lo que estoy acostumbrada, pero sé que ese tipo es muy importante para su futuro laboral y va a hacer lo que sea para que todo salga bien.

—Qué casualidad que vengas acompañada. Sean, ella es Zoé Black, la agente inmobiliaria de la que te he hablado.

—Encantado de conocerla. —Coge su mano y se la lleva a los labios, mirándola fijamente, como hizo conmigo la primera vez, y, cuando la va a soltar, siento cómo clava sus seductores ojos grisáceos en mí, como si pudiera leerme la mente y supiera que estoy recordando aquel día.

—Os presento a...

—Avery Gagner —termina la frase por ella, justo en el momento en el que da un paso hacia mí, me rodea la cintura y, sin poder reaccionar y evitarlo, me da un beso en los labios que me deja sin aliento, al igual que deja sin habla a mi amiga y a su nuevo cliente—. Ella es mi formadora particular.

—Ya veo —responde su amigo, que intenta restarle importancia a lo que acaba de ocurrir—. Encantado, Avery. Vamos a almorzar mientras hablamos de negocios —propone, y sé que Zoé no me está quitando el ojo de encima, pero soy incapaz de apartar mi atención de él.

—Tendréis que disculparme, pero yo ya me iba.

—Me encantaría que te quedaras. —Miro a... ¿ha dicho su nombre? No, Zoé lo ha llamado por el apellido, aunque ni lo recuerdo, pues he quedado eclipsada por el influjo lujurioso del socio de mi marido.

—Quédate, yo te acerco a casa más tarde. —Sean se dirige a mí seguro, consciente de que siempre se sale con la suya, pero hoy no va de mí y de él, sino de la importancia que tiene esta reunión para mi amiga y, al ver cómo ella me pide por favor, en silencio, que me quede, no puedo hacer otra cosa que asentir.

—Perfecto.

Zoé sonrío a su nuevo cliente, que le hace el ademán galante de que se siente, y lo sigo bajo la atenta mirada de Sean, quien, cómo no, se encarga de acomodarse delante de mí, y sé que voy a hacer de todo menos comer. A mi lado está Zoé, que sólo tiene ojos para su cliente; ya han comenzado a hablar de la propiedad que ella cree que le va a gustar, y empieza a mostrársela a través de una tableta.

—Veo que te has cambiado de ropa.

Sé por dónde va, y ahora que estoy sentada y mi amiga está tan distraída como para no oírme, vuelvo a tener fuerzas para responderle.

—No he tenido más remedio.

—Qué pena, ese vestido ha dado mucho de sí.

Los dos nos miran de reojo mientras continúan conversando, sabedores de que entre nosotros dos hay mucho más que el beso del que han sido testigos hace escasos minutos.

—¿No te gusta esta ropa?

—No tanto... —Abro los ojos como platos ante su respuesta—. Digamos que me lo pone un poco... —hace un gesto con los dedos índice y pulgar de la mano derecha para indicar una pequeña distancia— más difícil.

Mientras acaba de decir esto, un camarero aparece con la botella que hemos pedido y nos sirve vino en cada una de las copas que ha traído consigo. Bajo la mesa, Sean acerca su pie al mío y roza mi tobillo; lejos de apartarme, lo miro con cara de «no juegues», pero no parece importarle... Es más, sigue con su cruzada de ponerme nerviosa y, aunque mi interior está bullendo como nunca y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano por concentrarme, intento aparentar una tranquilidad que sólo él sabe que no es cierta.

—Mira esta propiedad... ¿Qué te parece? —Gira su rostro para observar lo que su amigo le enseña en la pantalla y, tras unos segundos en los que mira al detalle las imágenes, responde como si nada.

—Es perfecta para ti.

—Lo has clavado; esto es lo que buscaba y nadie conseguía mostrarme.

Zoé se lo ha ganado. Sabía que lo iba a hacer, porque sé cómo trabaja y lo mucho que se esfuerza por lograr entender qué es lo que quiere y necesita el cliente.

—Me alegra saberlo. Entonces, si lo tiene claro, podemos hacer una oferta. Lleva en el mercado más de seis meses y seguro que tenemos margen para negociar el precio.

Oigo a mi amiga tan segura, disfrutando tanto de su trabajo, que me recuerda a mí cuando estoy frente a mis clientes... excepto con una persona. Lo miro, suspiro y acepto que es imposible que

siga adelante con las formaciones. ¿Cómo lo voy a hacer sin poder pararle los pies si cuando quiere algo lo lleva a cabo sin importarle quién esté presente? Y no quiero hacerle daño a Jeff con este juego que probablemente no llegará a nada más que a unos días de locura que me romperán en mil pedazos.

Aparece el camarero de nuevo, esta vez con cuatro cartas; la verdad es que tengo apetito. Abro la mía y leo lo que contiene mientras me siento observada. Lo miro y lo veo recostado en la silla, contemplándome sonriente.

—¿Ya sabes lo que vas a pedir? —no puedo evitar preguntarle, al ver que todos menos él estamos decidiendo la comida.

—Sí.

—Vaya, sí que eres rápido —suelto sin pensar, a lo que contesta mucho más divertido de lo que ya estaba.

—Sólo para lo que quiero.

Zoé finge tener tos y se gira un poco para reírse, al igual que su amigo. Estoy esperando que alguno de los dos lo llame por su nombre y no tener que dirigirme a él con un «oye, tú».

Sin responderle, porque no va a servir de nada, sigo estudiando la carta hasta que veo algo que me llama la atención: una crema de marisco; no lo pienso más, ésa es mi elección.

—¿Sois las dos de Quebec? —se dirige a mí el aún sin nombre, y sonrío antes de contestarle.

—Sí, vivíamos muy cerca y estudiábamos juntas.

—Al igual que Jeff, que era su vecino. Ya lo sabías, ¿no? —Pero ¿por qué lo nombra?

Sean pasa de estar mirándome a mí a prestarle toda la atención a ella... y temo su respuesta o más bien en lo que vaya a derivar la conversación.

—Sabía ya que Jeff es de Quebec, pero no que tenía una vecina tan guapa; de haberlo hecho, habría ido a su casa antes.

«Tierra, trágame; este hombre no se rinde. ¿Va a ser siempre igual? Esto tengo que cortarlo hoy mismo, o no iré el lunes.»

Zoé me mira; se lo está pasando en grande... a mi costa, claro.

—Deberíais venir a Quebec, es una ciudad preciosa.

Le doy una pequeña patada que disimula en vano, porque Sean sabe perfectamente lo que he hecho, aunque no parece importarle; al contrario, creo que ponerme al límite se está convirtiendo en su reto.

—Pues no te digo que no, pero tendrás que ser la guía.

¡Vaya con el amigo y cliente... si es otro maestro del ligue! No le ha dado ni tiempo a responder a Sean; por una vez ha sido más rápido, y me alegro.

—Claro, cuando quiera. —Abro mucho los ojos, bastante alucinada. Le está siguiendo el juego cuando apenas unos minutos antes me ha contado que está comenzando una relación con otra persona; a eso lo llamo no perder oportunidades por si acaso falla el plan A.

—¿Cuándo tienes pensado volver? —me pregunta Sean, muy directo.

—¿Yo? ¿De visita o a vivir? —Lo miro sin entender muy bien a dónde quiere ir a parar. Él no me responde, sólo encoge los hombros y espera a que yo hable—. De visita, suelo ir cada tres meses, si no a mi madre le daría algo. —Se me escapa la risa al pensar en ella y todos me observan.

—Si no lo hicieras, tu madre mandaría a Liam para que te viniera a buscar.

Rompemos a reír en una carcajada y los dos nos miran, atentos.

—Seguro, no tengo duda alguna de que lo haría.

—¿Y Liam es? —Detecto el interés en sus ojos, que clava fijamente en los míos, supongo que en busca de saber si le voy a mentir o no.

—Mi hermano —aclaro.

—Su pitbull; donde ella iba, veías a su hermano espantando a sus conquistas...

—No tienes por qué contarle todo —la amonesto ante las carcajadas de todos menos la mía... Como comience a contar intimidades tuyas, saldrá corriendo —les digo a ellos.

—Aunque ahora su madre tiene a Jeff. Como no conteste a las llamadas, ella lo llama corriendo. —La voy a matar.

—No sabía que erais tan amigos —suelta Sean mientras me analiza, y me esfuerzo por aparentar normalidad, aunque por dentro siento que estoy siendo la peor persona de este mundo.

—Vecinos..., mismo colegio, instituto..., de toda la vida.

Doy un nuevo sorbo a la bebida y, para mi fortuna, no insiste en el tema.

—¿Ya saben lo que van a tomar? —nos interrumpe, educadamente, el camarero. Sean me hace un gesto para que pida yo.

—Una crema de marisco.

—¿Y usted, caballero?

—Lo mismo que ella —responde, lanzándome una fugaz mirada. No sabía lo que quería, sino que ha pedido lo mismo que yo a riesgo de que no le gustara o quizá es que le gusta todo...

—¿Y de qué os conocéis? —le pregunto al amigo, porque quiero que sea él quien me cuente algo de Sean. Tengo una oportunidad de oro de saber un poco más de él y no pienso desaprovecharla.

—No hace mucho, coincidimos en una reunión de inversores y, tras ésta, varios de los presentes decidimos ir a tomar unas copas. Lo pasamos genial.

Noto la picardía en su contestación, y estoy obteniendo mucha información... Primero, que Sean, aparte de la empresa que ya conozco, invierte, así que deduzco que por ello aparenta tener mucho más dinero que Jeff. Este tema lo tengo pendiente de hablar con él. Y, lo segundo, me confirma que Sean es un mujeriego.

—Estuvo bien —le responde como si nada, restándole importancia.

—Ya veo. Seguro que igual de bien que nos lo vamos a pasar esta noche nosotras —replico.

Zoé me mira, pasmada, y rezo para que no abra la boca para decir que su avión sale esta misma tarde.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde tenéis pensado ir? —Al mirarlo mal, decide arreglar lo que acaba de soltar —. Puedo recomendaros varios sitios...

Lo sabía, es un controlador. No le gusta la sensación de no dominarlo todo.

—Justo en la calle de atrás hay un local en el que, a partir de las dos, hay un ambiente estupendo. Se llama Alternative.

Miro a su amigo y le sonrío. Nunca había oído hablar de ese sitio, y me lo estoy apuntando mentalmente cuando oigo el comentario de Sean, bastante molesto con él por recomendármelo.

—Ése no, Andrew.

—Creo que voy a ir un día de éstos. Muchas gracias. —Le agradezco a Andrew, de quien por fin sé su nombre, que me haya dado un ingrediente con el que fastidiarlo un poco... y mucho más habiendo visto que Sean se ha tensado de repente, lo que ha conseguido despertar mi curiosidad —. Pero, tranquilo, que esta noche tengo pensado uno mejor.

—¿En serio? Sorpréndeme.

—No voy a decírtelo; además, no creo que te interesen las noches de chicas, ya sabes lo pesadas que nos ponemos cuando bebemos un par de copas.

No puede replicar nada porque en ese instante aparece el camarero con nuestra comida. Han sido muy rápidos, apenas nos ha dado tiempo de nada. Cuando deja mi plato en la mesa frente a mí, sube el olor y cierro los ojos para inhalarlo mejor. Tiene una pinta deliciosa, tanto que estoy deseando probarlo, pero espero a que el resto tenga su comida dispuesta.

Capítulo 9

—¿Cuándo crees que tendremos una contestación? Me gustaría mudarme lo antes posible. — Andrew olvida los temas personales; tiene una preocupación más grande y, a juzgar por cómo le sonrío Zoé, ella está más que encantada con ese hecho.

—Si todo sale como creo, en dos días podremos tener el papeleo listo. Sé que quieren vender, y su oferta, aunque es inferior al precio inicial, me consta que es superior a las últimas que han recibido.

—¿Va a ser tu vivienda principal? —indago, como si fuera lo más normal tener varias propiedades, aunque yo sólo tengo un *loft*. El caso es que me da que estos dos tienen mucha más pasta que la mayoría de los mortales.

—De momento, sí, pero nunca se sabe... No suelo vivir en una ciudad mucho tiempo. — Sonrío, porque, aunque sé que son bastante ricos, están sentados con nosotras como si nada, sin aparentar lo que realmente poseen. Siempre había pensado que las personas con dinero eran para darles de comer aparte—. Soy un trotamundos. —Encoge los hombros cuando aparece el camarero con sus platos y comienzo a probar mi crema, que está mejor de lo que ya esperaba.

—Ha sido todo un acierto. —Durante unos segundos no sé a qué se refiere y frunzo el ceño hasta que me señala con la cuchara su plato.

—Ah, sí..., está buenísima. Te diría que una de las más exquisitas que he probado.

—En este hotel trabaja el mejor chef de la ciudad —nos aclara Andrew, y Zoé afirma al probar su ensalada con nueces.

Sorbo cucharada a cucharada con la elegancia con la que mi madre me ha enseñado a hacerlo hasta que termino mi plato, consciente de que Sean no ha perdido detalle alguno de mí. No hemos cruzado palabra alguna entre los cuatro; sencillamente hemos degustado la comida sin más, en buena compañía.

—Bueno, chicos, tengo que abandonaros. —Andrew deja la servilleta sobre la mesa y miro el reloj. No me puedo creer que sean ya las cuatro de la tarde.

—Tranquilo, lo llamo en cuanto tenga una confirmación por parte del vendedor.

—Puedes tutearme, ya hemos comido juntos. —Le guiña un ojo a mi amiga y veo cómo Sean se divierte al comprobar que no es el único que tiene dobles intenciones.

—De acuerdo, Andrew.

—Avery, ha sido un placer, espero verte pronto. —Dicho esto, le lanza una pícaro sonrisa a su amigo y yo le digo adiós con la mano mientras éste choca la palma con la de Sean y luego se aleja.

—Pues yo voy a subir a descansar un poco si quieres que salga esta noche. —Zoé miente descaradamente, pero sé que es porque quiere dejarme a solas con él, aunque no tengo nada claro que sea buena idea, la verdad—. ¿Me llamarás cuando estés lista?

—Vale, quedamos en la puerta. —Me pongo de pie y le doy un abrazo—. No sabes lo feliz que soy de estar aquí contigo —le susurro al oído, porque no puedo despedirme de ella como me gustaría, pero nos conocemos bien y ambas sabemos que esto es un «hasta pronto».

—¡Qué despistada soy! Me llevaba sin querer las compras que has hecho para esta noche. — Me ofrece la bolsa de Victoria's Secret con una socarrona sonrisa. La miro con cara de querer asesinarla; antes ya le he dicho que no lo quería, pero le ha dado igual mi opinión—. Con lo ilusionada que te lo has comprado.

¡La voy a matar! No me queda otra que coger la bolsa, porque obviamente no puedo discutir con ella delante de él.

—Gracias, ¡qué haría sin ti! —finjo, ante la diversión de mi nueva peor enemiga—. Nos vemos en un rato.

—Adiós, Sean.

—Adiós.

Veo cómo se despide y me giro para comprobar que, como ya sabía que haría, no le quita el ojo a la bolsa que tengo en la mano.

—Te llevo a casa.

Se pone de pie en cuanto mi amiga desaparece de nuestro campo de visión y me quedo triste por no saber cuándo voy a volver a verla.

—No es preciso, puedo irme en taxi.

—No voy a dejar que te vayas en un taxi cuando tengo el coche aquí mismo.

—Ya veo que negarme no es una opción —me resigno. Sé que va a servir de nada oponerme y significaría comenzar otro duelo de titanes que, francamente, ahora mismo no me apetece en absoluto.

—Vas aprendiendo; creo que al final te voy a enseñar más que tú a mí.

—Ya lo veremos. —Pillo mi bolso, que había dejado colgando del respaldo de la silla, y mientras caminamos en dirección a la puerta algo me viene a la cabeza—. ¿Y no pagamos?

Se le escapa una carcajada y pasa su brazo por mi cintura, pegándome más a él.

—Andrew lo ha hecho.

—Ah...

Sigo avanzando sin apartarme de él, sintiendo el calor que su cuerpo me transmite y consciente de que todas las mujeres que están en el vestíbulo nos miran en silencio. No las culpo: si estuviera en su lugar, también lo haría; es más, no puedo dejar de pensar en cómo ha ocurrido todo esto.

Cuando salimos veo que el aparcacoches del hotel se acerca a nosotros sonriente y le entrega las llaves a Sean.

—Espero que me lo hayas cuidado bien. — Mete la mano en un bolsillo y le da una buena

propina al chico, que asiente, con los ojos llenos de felicidad.

—Sí, claro; tiene una maravilla de deportivo.

—Gracias —responde, dejándolo atrás. De pronto las puertas se elevan y comienzo a sentirme observada por decenas de miradas curiosas que no quieren perderse la oportunidad de ver un vehículo como el que tiene Sean.

—Es demasiado presuntuoso, ¿no? —le planteo en cuanto se sienta a mi lado, y me mira divertido, sin dar crédito a lo que le acabo de decir—. A veces, menos es más.

—Me gustan los coches.

—Y que sepan que puedes tenerlos, también —afirmo.

Vuelve a mirarme antes de lanzarse a mis labios, sin importarle que sigamos teniendo muchos ojos puestos en nosotros; yo le respondo, cómo no. Soy demasiado débil para decirle que no a sus labios, así que nos besamos apasionadamente durante unos segundos, hasta que nos separamos y arranca el motor.

—¿A dónde vamos? —me pregunta.

«Allí donde se paralice el tiempo y pueda estar entre tus brazos sin pensar en nada más», contesto, por suerte mentalmente.

—185 Water Street —acabo diciendo como si nada. De pronto deja de prestar atención a la calzada para analizarme—. ¿Qué pasa?

—Ésa es la dirección de Jeff —suelta mucho más serio de lo que me ha hablado hasta ahora.

—Es mi vecino, ya te lo he dicho.

Sabía que no era buena idea, tendría que haber cogido un taxi. Desde luego que no se lo he dicho, pues he evitado a toda costa hablar de nuestra relación.

—En Quebec, no aquí —aclaro.

—Pues aquí también.

Me encojo de hombros y le lanzo una sonrisilla que espero que lo convenza, aunque no sé si lo hace o no, porque no dice nada.

Conduce de forma tranquila por las calles del centro de Vancouver en dirección a mi edificio mientras miro por la ventana, hasta que oigo que enciende el equipo de música y balanceo la cabeza al ritmo de la música hasta que me siento observada; cuando me giro para mirarlo, lo veo sonreír.

—Eres preciosa.

—Gracias. —Me siento avergonzada, y no sé por qué, pero parece que tenga quince años y sea mi primer ligue—. No quiero que Jeff sepa que tú y yo...

—Eres mayor de edad, ¿no?

—Sí, lo soy, pero es mi amigo de toda la vida y no quiero que piense algo que no es. Sólo ha sido una noche, ¿no? —replico. Espero que lo entienda, porque, si no, no sé qué voy a hacer.

—Sí, eso ha sido. —Arrastra las palabras al hablar y noto cierta desidia en ellas.

—Además, no debemos mezclar el placer con los negocios —sigo diciendo para que me

comprenda—. Pagas mis facturas.

—Indirectamente, sí —responde, molesto.

—¿No le vas a decir nada?

Se detiene en un semáforo y me mira fijamente a los ojos.

—¿Es lo que quieres? —me plantea, y asiento en silencio. En realidad, no es lo que quiero, es que no tengo otra opción que ocultarle a Jeff la verdad; no sé cómo reaccionaría a ello—. Entonces no se enterará, pero no me pidas que no intente volver a besarte, porque ya no puedo parar de hacerlo. —Dicho esto, me atrapa por la nuca y me guía hasta él para, de forma agresiva, besarme como una verdadera fiera.

—Creo que deberías continuar —digo en voz baja al ver que se aparta enfadado de mí porque el conductor de detrás está tocando el claxon como un demente y gritando improperios por la ventana de su coche, pero el semáforo vuelve a cambiar a rojo y, tras un «¡joder!» procedente del vehículo de atrás que logra que los dos nos riamos, vuelve a besarme. Finalmente se aparta para pisar el acelerador justo cuando se pone en verde y dejamos atrás, a muchos metros de nosotros, a ese malhumorado conductor.

—Ya hemos llegado. —Coge la bolsa que he dejado sobre mis pies y no intento quitársela; al contrario, quiero que descubra lo que contiene, porque en el fondo sé que le va a dar algo cuando vea lo sexy que es. Supongo que por eso Zoé ha sido tan malvada, ella también quería que él lo viera... y, al comprobar la cara que se le queda, hasta se lo agradezco—. No te vas a poner esto esta noche.

—Por supuesto que sí.

—Ni hablar. —Lo guarda en la bolsa, muy molesto y con intención de no devolvérmelo.

—¡No te creas que te lo vas a quedar! —Tiro de la bolsa y quedamos agarrándola uno por cada lado, hasta el punto de casi romperla—. Sean, no tienes derecho alguno a esto.

—Sí lo tengo. Te lo advertí: si no te ibas, con todas las consecuencias.

—Que me acueste contigo es una cosa, pero que decidas por mí es algo diferente, y conmigo lo tienes claro —lo amonesto, tirando de la bolsa hacia mí, consciente de que me está fulminando con la mirada—. Yo no soy como las mujeres a las que debes de estar acostumbrado.

—Eso ya lo sé. —Suelta la maldita bolsa y casi me caigo hacia el lateral del coche—. Quiero verte con eso puesto. —Detecto resignación en sus palabras.

—Eso es otra cosa. —Sonrío, ladina, sabiendo que le está costando horrores no volver a quitarme la bolsa—. Si te portas bien, algún día te haré un pase de Victoria's Secret.

—No te burles de mí.

—No lo estoy haciendo. —Pongo cara de «cómo puedes pensar eso» hasta que se me escapa la risa y me mira enfadado, al tiempo que aprieta el volante con fuerza—. Gracias por acercarme. —Cojo el bolso y, cuando veo que las puertas empiezan a abrirse, vuelve a besarme.

—No hay de qué. —Me guiña un ojo y salgo sonriente en dirección a mi puerta. —¡No te lo pongas! —me grita, advirtiéndome de nuevo, a lo que respondo dándole la vuelta y diciéndole

que sí con la cabeza antes de lanzar un beso al aire y proseguir mi camino.

Intento darme prisa en sacar las llaves del bolso, porque no quiero encontrarme a Jeff aquí. No sé si estará en casa o se habrá ido a algún sitio, pero, por si acaso, abro a toda velocidad y me doy media vuelta para decirle adiós; entonces veo cómo me sonrío y, tras dos aceleraciones, sale disparado de mi calle, desapareciendo de mi vista.

Me giro y me apoyo en la puerta unos segundos para recobrar la respiración al tiempo que saco del bolsillo mi teléfono y veo varias llamadas y mensajes, pero ni los miro, porque voy directamente a la agenda y pulso sobre el nombre de Zoé.

—Te debo una —es lo primero que le suelto cuando responde a mi llamada.

—¿Una? Ésta vale por diez.

—No te pases.

—¡Gracias por quedarte, he conseguido a Andrew!

Está pletórica, y no me extraña; ese hombre podría ser su gallina de los huevos de oro. Si se muda tanto como dice, le va a dar una buena comisión en cada una de sus compras a mi amiga, y clientes así no se encuentran todos los días.

—¡Felicidades! —Comienzo a subir la escalera, llego al rellano, abro la puerta de mi casa y compruebo que no hay nadie. Bien. Me dejo caer en el sofá y suelto la pregunta que tanto ansío formular—: ¿No vas a decir nada?

—Avery, me he quedado sin palabras. A ese hombre le gustas mucho y, vaya, sois explosivos.

—Creo que eso no es bueno.

—¿Cómo que no? No quiero ni imaginar cómo es en la cama.

—Sin palabras, lo es ¡¡*todo*!! —recalco, y me muero de la risa cuando digo la última palabra, y me tumbo para hablar con ella—. Te juro que no quería, que lo he intentado evitar, pero no he podido resistirme. Y es que... nadie me ha follado como él.

—¿Has visto cómo te mira? Tía, tienes un problema.

—Ya lo sé. Es el socio de Jeff y no le va a gustar nada.

—Nada.

—¿Y qué hago? No voy a poder evitarlo, ya has visto cómo es, y la verdad es que tampoco sé si quiero. —Emito un suspiro—. Hay algo de él que me vuelve loca como nunca antes me había sentido.

—Te entiendo, y te animo, pero sin mentiras. Jeff siempre ha sido claro contigo, creo que tú también tienes que serlo.

—No puedo. Voy a esperar a ver qué pasa. Míralo, seguro que tiene a cientos y me olvida... esta noche mismo.

—¿Y si no es así?

—Hablaré con Jeff —sentencio, consciente de que es lo mejor y lo que tengo que hacer. A fin de cuentas, es mi marido, y siempre hemos hablado de los líos que hemos tenido fuera del

matrimonio; éste no debería ser diferente—. Por cierto, gracias por el conjunto, pero sabías que no quería que me lo regalaras.

—Pues hazme el favor de ponértelo para ese hombre para amortizar la fortuna que me he dejado en él. —Las dos reímos en una carcajada—. Te dejo, que me voy al aeropuerto. Disfruta esta noche.

—No te prometo nada. Te quiero, Zoé. Buen viaje.

—Y yo. Te escribo cuando llegue y espero el parte diario.

—Qué más quisieras.

Nos enviamos un beso cada una, finalizo la llamada y dejo caer el teléfono sobre el sofá, cuando de pronto oigo un ruido en la terraza.

—Pensaba que tendría que ir al otorrino, pero no, me acabas de confirmar que tengo el oído perfectamente.

—¡Owen!

—¿Sean? ¿El socio de tu marido?

—¿Cuándo has entrado?

Me pongo de pie y voy hasta él, pero se aparta. ¿Está enfadado? Él mejor que nadie debería comprenderme.

—Esa pregunta no importa; siempre entro, y lo sabes.

Eso es cierto. ¿Cómo iba a pensar que esta vez sería diferente?

—Lo siento.

—A mí no me des explicaciones, eres mayorcita, pero a Jeff no le va a gustar.

—Por favor, no se lo digas —le ruego, cogiéndolo de las manos. Me mira a los ojos, confundido.

—No te reconozco, Ave, tú no eres así. —Me llevo la mano a la frente y luego me froto una ceja. Ya lo sé, pero no sé qué me pasa. Hasta este momento nunca me había sentido así, pero él lo ha cambiado todo—. Jeff te propuso a ti para impartir esas formaciones porque creyó que no serías como las demás.

—¿Como las demás? ¿Qué quiere decir eso?

Oír esa frase me ha dolido en el alma; no puedo creer que, después de todo lo que hemos vivido juntos, me hable así.

—No eres la primera, y no serás la última.

—Eso ya lo sé. —No puedo negar lo evidente, soy muy consciente de ello—. Owen, tú sabes lo que es vivir en la sombra, y ahora soy yo la que siento que debo hacerlo. Sé que esto no va a llegar a nada, pero necesito comprobarlo por mí misma, sintiéndome libre, sin miedo, sin que Jeff reprima lo que puedo llegar a sentir.

—Joder, no es sólo un polvo de una noche..., lo deseas.

—Pero ¿qué dices?

—¿No te estás oyendo? ¿Qué cojones tiene ese tío? Aparte de lo obvio, claro.

—No lo sé.

Capítulo 10

Le doy la espalda para dirigirme a la cocina, donde cojo un vaso de agua y me siento sobre la isla, desde donde puedo ver a Owen, parado en el mismo sitio de antes, pensativo.

—Si no digo nada es por Jeff, no se merece esta traición.

—¿Qué diferencia hay con las otras relaciones que mantengo con otros hombres?

—¡Que es consciente de ellas y las acepta!, por lo tanto no son traiciones... pero ¡ésta no es así! —Eleva bastante el tono de voz. Sé que está cabreado conmigo y, aunque ya suponía que tendría que enfrentarme a algo así, no pensaba que sería con él, ni tan pronto—. Al menos sé más discreta y dile que te deje en la calle de detrás —me advierte, y ahora sé que me ha visto. El caso es que he sido una idiota, ¿cómo voy a esconder que hay algo entre nosotros si lo traigo hasta mi puerta?—. Aprende a pasar desapercibida si optas por ello. —Tras soltar esto, se dirige hacia la puerta, pero salto de la isla y lo detengo a medio camino.

—Owen, por favor, dime que no estás enfadado conmigo... Te lo ruego.

—No lo estoy —responde, mirándome a los ojos y dejando que lo abrace como siempre hago, sintiendo su cariño como cada día—. Pero ten cuidado, Sean no es como nosotros.

—Sean... es peculiar.

—No quiero verte llorar por su culpa, y mucho menos que Jeff lo pierda todo por tu rollito pasajero. Él tiene inversiones, inmuebles... de todo, pero Jeff sólo tiene esa empresa.

—¿Por qué crees que me siento tan sucia?

Se me escapa una lágrima porque no me siento bien; sé que estoy engañando a una persona que me quiere mucho y lo último que deseo es que él salga perjudicado o hacerle daño.

—No llores. —Limpia con su pulgar la lágrima que rueda por mi mejilla y me besa los labios —. ¿Sabes a él?

—Eres un depravado.

—Eso no es nuevo. Ah, mañana viene Liam a comer, no te olvides.

—¿Mañana? —Casi se me salen los ojos de sus cuencas. Es lo último que me apetece, estar al lado de mi hermano y decir que mi vida es igual de aburrida que siempre, cuando ahora mismo estoy montada en lo alto de una catapulta cuya cuerda se está tensando, a punto de lanzarme por los aires.

—Si tienes planes, ya los puedes cancelar.

—No los tengo. Ah, las formaciones se llevarán a cabo todos los días a última hora de la tarde.

—¿En su cama? —Se le escapa una lasciva sonrisa.

—En la oficina, con todos; no va haber ninguna clase particular.

Abre los ojos, sorprendido; supongo que pensaba que había cerrado los ojos y acatado todas sus órdenes, pero en mi trabajo no voy a dejar que nadie, ni siquiera Sean, se entrometa.

—Así me gusta. Creo que todos los días voy a estar deseando que llegue la última hora de la tarde, para ver cómo sales de ésta.

—Eres muy gracioso.

—Te espero mañana. Si hoy quieres cenar con nosotros, sólo tienes que llamar a la puerta... o no... De todas formas, te recibiremos encantados. —Me besa una mejilla y veo cómo se marcha hacia casa de Jeff, esa que últimamente es también de él, ya que pasa más tiempo en ella que en la suya propia.

¿Cómo ha podido cambiar todo tanto en tan poco tiempo? Miro el vaso de agua y lo vacío en el fregadero para llenarlo de vino. Eso es lo que necesito ahora para asumir lo que me está ocurriendo en este momento.

Enciendo el televisor y me tumbo en el sofá para buscar una película en Netflix que me haga olvidarme de todo.

* * *

Me doy una vuelta en el sofá para volver a dormir, pero el sonido de mi teléfono me despierta. ¿Quién será? Me siento y veo que ya es de noche. Me he quedado frita sin darme cuenta. Cojo el móvil y veo que tengo dos llamadas de un número que no conozco; me dispongo a borrarlas cuando aparece un mensaje en la pantalla.

Espero que te lo estés pasando bien.

Desconozco el número, pero sé perfectamente que es Sean. Es el único que cree que ahora mismo estoy por ahí, de fiesta con Zoé, aunque en realidad esté en casa, recién desvelada por su culpa. Me levanto a beber un poco de agua mientras barajo la posibilidad de contestarle o no, y qué ponerle en el caso de que lo haga.

Abro la nevera, cojo la botella de agua para llenar un vaso y, sin dudarle un segundo más, lo dejo todo sobre la isla para sentarme y teclear y borrar varias veces, hasta que al fin decido qué mandar.

La verdad es que sí. Ya han caído varias botellas y no te imaginas lo que me estoy riendo.

No sabía que era tan mentirosa. Hasta este momento no había tenido nunca la necesidad de hacerlo, pero una piadosa no hace daño a nadie. Seguro que él sí que está de juerga, y me escribe porque ahora mismo no hay ninguna mujer que le guste a su alrededor; si no, de qué estaría escribiéndome a las dos de la madrugada.

Me encantaría tenerte delante, quitarte la ropa y ver ese maldito conjunto que te has puesto.

Tenía clarísimo que no se iba a olvidar de él... pero ni estoy bebiendo —bueno, agua, pero eso no cuenta— ni me he puesto el conjunto de ropa interior, que aún está dentro de la bolsa, sobre la mesa del comedor. De todas maneras, para mi fortuna, él no lo sabe.

Veo que vas asumiendo que nadie me controla. ¿No tienes a ninguna mujer explosiva cerca que te distraiga? No me creo que estés tan aburrido como para escribirme a mí.

Lleno el vaso y doy un gran trago al tiempo que noto cómo tengo el estómago vacío, así que, mientras espero su respuesta, que esta vez se hace de rogar, pillo un poco de pan de molde y algo de la nevera y me hago un sándwich.

Comienzo a comérmelo y me mancho las manos de mayonesa; me dispongo a limpiármelas cuando capto el sonido de un mensaje. Corriendo, retiro la salsa con el primer trapo que pillo del cajón y vuelvo al teléfono, deseando saber qué me escribe.

Dime dónde estás e iré a buscarte.

Ni hablar, esta noche es de chicas. Zoé se va a ir a Quebec mañana y no pienso dejarla sola sus últimas horas.

Respondo al instante; no voy a dejarlo todo por él cuando quiera, lo tengo muy claro. Mi móvil empieza a sonar, pero no respondo; si lo hiciera, descubriría que todo es una mentira, y eso es lo último que quiero.

No me llames, aquí no oiré nada.

Disfruta de la noche con tu amiga, pero, cuando estés rendida y quieras irte a casa, llámame y te recogeré allí donde estés.

¿Me vas a llamar?

No me lo puedo creer, me está rogando. Sean Cote, ese hombre que me paraliza cada vez que lo tengo a mi lado, a quien no hay mujer que no lo mire cuando camina por la calle o por donde quiera que vaya, está pidiéndome poder pasar un rato conmigo, sin importarle cuándo. Esto no me puede estar ocurriendo. Me froto la cara, reprimiendo las ganas que tengo de teclear en el teléfono que venga a mi casa... porque es lo único en lo que pienso. No sé qué está haciendo este hombre conmigo, pero en este instante estoy hasta húmeda sólo de pensar en él, y por ello debo ser más fuerte; no puede saber lo que provoca en mí..., si no, estoy perdida.

No lo sé.

Con toda la frustración del mundo por saber que puede que esté perdiendo la oportunidad de mi vida, apago el teléfono antes de que me arrepienta y haga lo que creo que sería un error: ir detrás

de él. Sé que eso es lo que haría cualquier mujer, pero yo no soy cualquiera.

Termino a desgana de comerme el sándwich, pues ya no me sabe tan bien como debería, bebo un poco para que acabe de bajarme al estómago y, tras salir a la terraza a respirar un poco de aire, subo para desvestirme y, en ropa interior, me meto en la cama con la intención de dormir, aunque mi estúpida mente no me hace ni caso...; ella quiere recordar cada uno de los segundos que he estado con él, al igual que cada una de las frases que más me han impactado.

* * *

Son las siete de la mañana cuando abro un ojo y, aunque sé que es demasiado pronto teniendo en cuenta que es domingo, tengo claro que no puedo dormir más por muchas vueltas que dé en la cama. Por ello, me pongo ropa de deporte y me voy a dar un paseo. Me gusta correr, pero hoy prefiero caminar; podría recorrerme toda la ciudad a pie, sin problema ninguno.

No hay nadie por la calle y el aire de buena mañana es fresco, aun estando en primavera. Me adentro en un parque y me paro a mirar las flores de almendro que dan color al entorno; recuerdo haber visto estas flores en su casa, cuando me desperté y divisé el bosque a través de los enormes ventanales.

Supongo que estará en su casa, durmiendo, arrebujado entre las sábanas; daría todo por llamarlo y acompañarlo, pero debo resistirme al impulso y ser consecuente con mi vida, con el respeto que le debo a Jeff y conmigo misma. Por eso, aún no he querido ni coger y encender el teléfono.

Sigo paseando ya en dirección a casa y paso por delante de una pastelería; a través del escaparate veo que hay esos pastelitos que tanto le gustan a Liam, así que no lo dudo y me adentro para comprar una gran bandeja, así como pan recién hecho, que huele de maravilla.

—Buenos días —saludo nada más entrar en casa de Jeff. Los dos están sentados en la isla de la cocina, tomando el primer café de la mañana—. Ya veo que lo habéis pasado de lujo sin mí esta noche.

Dejo sobre la superficie la barra de pan y los pastelitos, para abrir la nevera y colocar estos últimos en el interior, para que no se estropeen. Luego vuelvo hasta ellos y le doy un beso en los labios a cada uno.

—Si quieres, aún estás a tiempo, podemos volver a la cama. —Owen no pierde la oportunidad, y Jeff niega con la cabeza, sin decir nada.

—Lo has pasado de fábula con Zoé, ¿no? ¡No habéis parado!

—La verdad es que sí. —Owen me mira, y después camina hasta la habitación para dejarnos a solas; supongo que prefiere no estar presente mientras le miento a Jeff, para no tener que admitir en el futuro que él era cómplice de esto—. ¿A qué hora llega mi hermano? —Cambio de tema, pues prefiero no tener que hablar más de la cuenta para no sentirme peor de lo que ya me siento.

—Sobre las doce.

—He traído el postre, le encantará.

Me lleva hasta él y me abraza. Dios, ¡cómo me puedo sentir tan sucia! Estoy a punto de derramar una lágrima cuando veo que Owen aparece en la cocina.

—Podríamos irnos de viaje, ¿no? Hace mucho que no lo hacemos. —Lo miro extrañada; no sé a qué viene esa idea, pero no me desagrada—. Zoé se apuntaría seguro.

—Ahora tiene mucho trabajo. —Se me escapa una sonrisilla al recordar que tiene un amigo especial a su lado.

—¿Trabajo? ¿De qué tipo? —Jeff mira a Owen y los dos me miran, aguardando una confirmación de lo que ya han deducido.

—Aún es pronto, pero hay alguien.

Encojo los hombros, divertida, y Owen empieza a aplaudir.

—Ya le toca, me alegro por ella. —Jeff, como siempre, es más comedido—. Creo que el viaje deberemos dejarlo para más tarde, una vez esté formalizada su relación y le dé tiempo a explicarle qué clase de amigos tiene.

—¡Puede que sean igual de liberales que nosotros y quieran una orgía! —Jeff niega, y Owen nos mira como si fuésemos lo más aburrido del planeta.

—Lo dudo —comento. Espero que no, la verdad; si ya se ha complicado tanto mi vida en tan sólo veinticuatro horas, no quiero ni pensar cómo podría terminar esto si Zoé y su novio se unieran a la ecuación.

—Un poco de alegría, ¡vaya dos muermos que sois!, en serio.

—Ve a correr un poco, que creo que te queda demasiada adrenalina por quemar —me burlo de él.

Me dispongo a servirme un café, cuando oigo:

—Es que esta noche me has faltado, pero estabas demasiado ocupada para acompañarnos, ¿no es así?

—No lo sabes tú bien —replico mientras le lanzo una mirada asesina y Jeff nos observa sin saber qué nos pasa—. ¿Falta algo para el almuerzo?

—Nada, ayer me encargué de todo.

—Gracias, Jeff. —Siempre soy yo la que compra las cosas, ya que él es quien cocina; no me puedo creer que lo haya tenido que hacer él mientras yo estaba con Sean. Con cada frase que intercambio con Jeff, me siento peor—. Me voy a dar una ducha.

—Huye, cobarde.

—No tengo ganas de acostarme contigo, Owen. La verdad es que creo que durante un tiempo voy a pasar de hacerlo.

Me dispongo a salir por la puerta cuando oigo un «¡ja!» de Owen que me hace reír, a la vez que me agarran del brazo. Me giro para ver cuál de los dos es.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. He dormido poco, sólo eso —me apresuro a contestar.

Jeff me analiza; es una de las personas que mejor me conocen y para que me crea me voy a tener que esforzar de lo lindo.

—No tardes mucho.

—Vale.

Entro en mi casa y cierro la puerta tras de mí, considerándome la peor persona que Jeff podría tener a su lado en este mundo. De todos modos, cuando acepté casarme con él pactamos esto, que yo saldría con más personas, así que no debería sentirme tan mal.

Paso por al lado de la isla y veo el teléfono apagado. Suspiro, sospechando lo que me puedo encontrar; sin embargo, lo enciendo y espero que los mensajes y llamadas comiencen a llegar... pero nada... no aparece nada; nadie me ha escrito ni llamado.

Ninguna insistencia, ningún ruego, ni tan siquiera un mensaje de enfado, y la verdad es que no sé si me alegro o me hace sentir peor.

Lo pongo de mala gana donde estaba y subo a la habitación para darme una ducha. Dejo en el suelo del baño la ropa y me miro al espejo. Tengo unas ojeras horribles, el pelo enmarañado de haber dormido, porque para mi desgracia no lo tengo así por haber practicado sexo, ya me gustaría, y por primera vez reconozco que debería haberlo llamado anoche; al menos estaría sonriendo como una idiota y no enfadada por lo que podría haber pasado y no dejé que ocurriera.

Abro el grifo del agua y dejo que corra unos segundos antes de colocarme bajo la cascada, de brazos cruzados. Ahí, bajo el agua, pierdo la noción del tiempo, pero no me importa; tengo mucho tiempo, y sigo sin moverme hasta que, hastiada de mí misma, comienzo a enjabonarme la cabeza y, poco a poco, termino, salgo y me preparo.

Capítulo 11

—¿Estás solo? —le pregunto al entrar de nuevo en su *loft* y ver que se encuentra en la cocina, preparando algo que huele de vicio al ritmo de una música melódica.

—Owen se ha ido a su casa. ¿Qué le has hecho? —me pregunta mientras remueve la salsa.

Como primera respuesta me encojo de hombros, fingiendo que no tengo ni idea, aunque sé perfectamente que está molesto porque estoy engañando a Jeff.

—No lo sé —suelto finalmente.

—Pues lo noto muy resentido, y él no suele ser así.

—Ya se le pasará. —Me pongo a su lado y veo cómo prueba de la cuchara. Cierra los ojos y, tras saborear y afirmar que está buenísimo, me ofrece un poco. Acepto encantada, con cuidado de no quemarme—. A lo mejor deberíamos replantearnos nuestra relación; cada día pasa más tiempo aquí, puede que él quiera más.

—De eso ya hemos hablado y ya te he dicho que no. Mi mujer eres tú; él apareció después y, aunque estamos bien, los tres lo estamos; todo se va a quedar como ahora.

Voy a decir algo cuando llaman al timbre y, tras lanzarme una mirada fugaz que significa «este tema está zanjado», me dirijo a la puerta; supongo que es mi hermano. No me equivoco, pues en cuanto abro lo veo con los brazos estirados y me lanzo a él para fundirnos en un gran abrazo. De pronto me doy cuenta de que no viene solo y me separo de Liam sin dejar de observar a una chica, que parece una modelo, con tal cara de asco que hasta me da repelús.

—Hola.

—Avery, te presento a Kim. Ella es mi hermana, de la que tanto te he hablado.

—Encantada, Kim.

—Hola —me responde escueta, mostrando la palma de su mano en un saludo, y detecto que mi Liam está bastante nervioso. No me puedo creer que tenga una relación con una tipa así.

—Pasad. Soy Jeff, el marido de Avery.

—Encantada, Jeff. —Vaya, la muy descarada cómo le ha sonreído a mi pareja... a mi hermano tampoco le ha pasado inadvertida esa sonrisita; al menos no soy la única que lo ha visto—. ¡Qué casa más bonita!

—¿Verdad? Eso mismo dije yo el primer día, cuando decidimos mudarnos... y, fíjate, ya han pasado unos cuantos años —comento.

Le dedico una malévola sonrisa cuando veo que Jeff se acerca a mí y, tras besarme en los labios, dice alto y claro:

—Ya sabes que yo sólo miro por ti.

Satisfecha por la reacción de ella, me separo de él y, como siempre he hecho, me centro en mi hermano. Está más guapo que antes.

—Oye, vas más al *gym*, ¿eh?

—Un poco más... —Se le escapa una sonrisa y me abraza de nuevo—. Tienes a mamá de los nervios: que si no la llamas, que si no contestas, que si estás muy lejos...

—Que sí... que sí... ¿No es capaz de entender que estoy casada y que he hecho mi vida?

—¡No! —responde Jeff por nosotros, quien trae unas copas y una botella—. ¿Queréis?

Los tres asentimos, nos sirve un poco de vino blanco y nos dirigimos a la terraza.

Hace un día espectacular, parece más bien de verano y no de primavera; por ello, Jeff ha dispuesto la mesa en el exterior. Nos invita a salir y primero lo hace la amiga de Liam; me niego a creer que sea una novia, espero que sea una tía que a mi hermano le va a durar dos telediarios, por la cuenta que le trae. Luego la sigue él, que le acaricia la mano cuando llega al borde de la terraza, y ambos miran al frente. Yo sonrío cuando Jeff me rodea la cintura y me da un pellizco para que cambie la cara, pero no puedo evitarlo, esa mujer no me gusta nada; tiene algo en su mirada que no me da buena espina.

—¿Y qué os trae por aquí?

—Hemos venido a pasar un par de días porque tiene una sesión de fotos; es modelo.

—¿Para alguna marca? —pregunto, interesada. Quiero saber más de ella, para qué engañarnos.

—Lencería Priveé... —sólo asiento con la cabeza, porque no tengo ni idea de qué marca es; no debe de ser muy famosa—, pero, si todo sale bien, puede que haga un anuncio para Victoria's Secret.

—Anda, ayer mismo me hice con un conjunto de ellos —comento.

Me dedica una mirada asesina que no comprendo. ¡A ver si ahora no me voy a poder comprar lo que me dé la gana!

—No me lo habías dicho. —Jeff me mira sorprendido y da un trago a su copa sin darle mucha importancia.

—Ayer Zoé y yo fuimos de compras, y la pesada se empeñó en que debía quedármelo; ya sabéis cómo es.

Jeff asiente, en el pasado sufrió muchas veces en sus propias carnes lo que es ir de *shopping* con ella, y me juró que la evitaría siempre que pudiera. No lo culpo, en ocasiones me desquicia a mí también. La novia de mi hermano continúa mirándonos como si no le importara lo más mínimo lo que estamos hablando, pero visto lo visto me da absolutamente igual.

—¿Cuándo volvéis?

—Mañana, en el primer vuelo —pensaba que se quedaría más, pero no, literalmente es una visita fugaz— y no nos iremos muy tarde, Kim quiere ir a ver a unas amigas.

—Pues, si queréis, comemos ya. Lo tengo todo listo.

—¿Cocinas tú? —le pregunta a mi marido, llevándose la copa a los labios y lanzándole una

mirada de cazadora furtiva que no se aguanta.

—A no ser que te quieras morir a causa de la comida que prepara mi hermana...

—Serás idiota. —Le doy un golpe en la espalda y suelta una risotada que no puede contener durante unos minutos—. No cocino tan mal.

—No, peor. —Sigue riéndose y yo, golpeándolo, aunque a su amiga no parece hacerle gracia—. Voy a ayudar a Jeff antes de que me mates a trompazos.

—Eso, haz algo de provecho, que ya es hora. —Sigo riéndome cuando de pronto me percató de que la muy estúpida me está mirando de arriba abajo—. ¿Desde cuándo os conocéis?

—Hace una semana. —Vaya, y qué poco te queda, amiguita. Mi hermano es muy listo, así que no creo que pasen más de un par de días hasta que te dé una patada en el culo y te envíe muy lejos de él—. Se os ve muy felices.

—Lo somos —sentencio.

No pienso darle el gusto de que piense algo que no es, porque, en verdad, Jeff y yo estamos muy bien.

Éste aparece con la comida y empieza a servirnos; cuando coloca frente a mí el plato, le doy las gracias en silencio, sólo con el movimiento de mis labios, y veo cómo mi hermano nos mira, sonriente. Jeff y Liam se ponen a hablar de deportes y nosotras nos limitamos a comer y a escucharlos. Cuando terminamos, recojo la mesa y me preparo para sorprender a mi hermano. Sé que los pasteles que le he comprado son sus preferidos y por ello los pongo en una bandeja, entusiasmada, cuando los veo entrar en la cocina.

—¡No me lo puedo creer! —Abre los ojos exageradamente y acelera el paso hasta llegar a mi lado—. ¿En serio? ¿Te he dicho que te quiero? —Coge uno y se lo lleva a la boca; el muy bruto ni lo ha masticado, lo ha engullido directamente. En el momento en el que se dispone a pillar el segundo, ella lo agarra del brazo.

—Tenemos que irnos, Liam.

La miro con cara de querer asesinarla, ¿cómo que se van ya?

—Lo siento, hermanita.

Noto el sentimiento de culpa en su tono de voz mientras toma el segundo pastelito, y ella vuelve a intervenir.

—Esto debe de engordar mucho.

—Esto es lo mejor que existe en el mundo —replica él. Menos mal que Liam no ha cambiado. ¿Cómo puede decirle que engorda mucho? Luego rodea la isla y me abraza con todas sus fuerzas—. Volveré muy pronto, y me los comeré todos.

—Dale un beso a mamá de mi parte.

Jeff se despide con abrazos y besos y la muy sosa me dice adiós con la mano; finalmente, se van. Me quedo mirando la puerta sin dar crédito a lo que ha ocurrido; no me puedo creer que Liam haya estado aquí sólo una triste hora, si es que ha llegado, porque su amiguita tenía prisa. Supongo

que comienza a salirme humo de la cabeza, porque Jeff se pone justo detrás de mí y me abraza cariñosamente.

—Es un poco idiota, ¿no? —Apenas se me entiende, porque estoy engullendo yo sola los pasteles que tenía que haberme comido con mi hermano.

—Mucho. —Suspiro y veo que me quita la bandeja de las manos—. Esto engorda mucho, cielo, es mejor que no comas más... —Dicho esto, comienza a reírse y se la quito de las manos, sabiendo que pretende comérselos él solito.

—Más para nosotros, ¿no?

—Eso ya me gusta más.

Nos sentamos en el sofá, con la bandeja de pasteles en la mesilla de delante, y me pongo a buscar una serie que nos guste a los dos para poder verla. En eso ando cuando me dice algo que consigue que me estremezca.

—Sean me ha llamado esta mañana.

—¿Y qué te ha dicho?

No lo miro; sigo buscando qué ver en la tele, a la espera de que me diga qué es lo que ha hablado con su socio.

—Decirme que, al final, las formaciones se impartirán a última hora de cada día.

—¿Cada día? —simulo que no lo sé, y pongo cara de que me va fatal—. Tengo que mirar mi agenda —añado, a la vez que encuentro algo que creo que puede estar bien y hasta ahora no hemos visto.

—Con lo que me ha costado que acepte, no me puedes decir ahora que no. Puedes mover a clientes por mí, ¿no?

Me agarra de la cintura, me sienta sobre sus caderas, nos miramos a los ojos y... no me siento excitada; no como sí lo he estado tantas otras veces en que he estado encima de él. ¿De verdad una noche lo puede cambiar todo?

—Veré qué puedo hacer.

—¿Sabes lo que vas a ganar gracias a Cote Solutions?

Si es que hasta el nombre de la empresa es el suyo, todo deriva en él.

—Lo sé.

—No lo sabes: Sean ha duplicado tu tarifa.

Se le escapa una sonrisa; sé que se alegra por mí, pero no es justo... Si no me hubiese acostado con él, no lo habría hecho. Lo normal es que me regatee el precio, no que pague de más como si nada.

—No voy a aceptarlo. Así que ya sabes qué tienes que hacer.

—Está bien, yo me encargo de eso. —Me da un beso en los labios y hunde su nariz en mi melena—. Al final no va a ser tan cabrón como yo pensaba. —«Si tú supieras»—. Si consigo que sea más empático con los trabajadores, podremos ganar mucho dinero, no sabes cuánto.

—¿Vemos la serie?

—¿De verdad te apetece? —contesta mientras frota su nariz contra la mía, y asiento. Ahora mismo es lo único que quiero hacer.

Me acurruco a su lado y, abrazada a él, me pongo a ver el primer capítulo... hasta que mis ojos deciden cerrarse y me quedo dormida entre sus brazos.

Capítulo 12

—¡Hola, mamá! —respondo al teléfono aun yendo a la carrera por la calle como una loca. Llevo todo el día igual; he tenido que adelantar formaciones para poder liberar la última hora, tal y como le prometí ayer a Jeff mientras cenábamos, al igual que me he preparado una clase de empatía y saber reaccionar a los imprevistos; en realidad tocaba otro tema, pero él me lo aconsejó. Cree que ése es el mayor problema de la empresa, y que por eso los trabajadores acaban marchándose a pesar de cobrar buenos sueldos.

—Al fin hablo contigo. ¿Estás corriendo?

—Sí; le prometí a Jeff que formaría a sus empleados y llego muy justa de tiempo.

—De verdad, no sé por qué trabajas... Jeff puede hacerse cargo de los gastos, y tú, darme un nieto de una vez.

Es increíble que siga con el tema, no pienso tener hijos.

—Mamá, ya sabes lo que opino al respecto. —Intento suavizar mi tono para que no se sienta mal—. Es más, creo que a Jeff tampoco le apasiona la idea.

Oigo el estruendo de un motor que me paraliza y veo que es él. No disimula que me está mirando cuando pasa por mi lado y sale disparado hacia el garaje público. Niego con la cabeza y continúo andando.

—Mamá, te voy a dejar, que ya estoy llegando a su oficina.

—Dale un beso a tu marido de mi parte.

—Lo haré, y otro para papá.

—Ya te contaré, ya...

—¿Ha pasado algo? —me preocupo; no quiero que me deje sin saber qué es lo que está ocurriendo en mi casa—. ¡Mamá! —le pido que hable, y permanezco petrificada en la puerta del edificio.

—Tu padre, que no sabe estar jubilado y ha aceptado ser asesor de un caso. ¡Y quiere volar a la otra punta del país! ¡A la otra punta!

—Bueno, eso no es tan malo.

—¿Que no? Al final me divorciaré y que le cocinen sus expedientes.

Se me escapa la risa; mi madre jamás haría algo así. Ella y mi padre no sabrían vivir el uno sin el otro.

—No digas tonterías. Ahora sí que te tengo de dejar. Te quiero, mami.

Noto que alguien posa su mano en mi espalda y siento que mi cuerpo se yergue sin poder

controlarlo, incluso dejando de lado la conversación con mi madre. No sé si me responde o no, pero cuelgo la llamada y sigo caminando, adaptándome al ritmo que él me marca, hasta que cruzo el umbral y me aparto para que no me toque.

Ya le dije que no quería que se supiera lo nuestro y mucho menos que lo sepa Jeff, y parece que se ha dado cuenta, porque hace un gesto caballeroso con la mano para que suba la escalera primero y él me sigue cuatro escalones más abajo. Contoneo las caderas, segura de que me está mirando el culo... y puede hacerlo, porque hoy apenas llevo una rebeca fina que me cubre hasta la cintura, dejando al descubierto mi trasero, enfundado en unos vaqueros azul marino.

—Señorita Gagner, Jeff la está esperando en la sala con algunos de los empleados —me indica la secretaria de Jeff y Sean. Se lo agradezco con la cabeza y, cuando ve aparecer a éste, le entrega una carpeta casi sin cruzar una palabra con él. Yo acaricio el musgo verde que cuelga de la pared que separa las dos alas de la oficina y avanzo segura, pues sé a dónde me tengo que dirigir. Al pasar por delante de su despacho, desconozco si se adentra en él o sigue mis pasos.

—Buenas tardes —saludo mientras veo que ya hay cuatro personas sentadas, a la espera de la formación, entre ellos Jeff y Owen, que hoy me mira bastante más relajado que ayer.

—Sólo falta Sean por llegar —me aclara Jeff.

Mientras espero que se digne a entrar, voy preparando las diapositivas que tengo listas en mi tableta cuando oigo que la puerta se cierra y, al girarme, me quedo paralizada... No viste americana, lleva la camisa un poco desabrochada y me taladran esos ojos grises que, al igual que el primer día, me están retando.

—Ya estamos todos —comento.

Le doy al «Play» y apago la luz para que vean un pequeño vídeo explicativo de la empatía, antes de comenzar a hablar yo.

—¿Qué os ha parecido? —pregunto cuando termina.

—Es fácil decir que lo entiendo, porque lo entiendo —interviene el responsable de recursos humanos—, pero, a la hora de la verdad, ¿cómo lo aplicamos?

—Buena pregunta, me gusta. —Sé lo que me plantea y cómo resolver esa duda—. Poned todos los teléfonos sobre la mesa. —Uno a uno los sacan de sus bolsillos... todos menos Sean, que me desafía con la mirada—. Señor Cote, necesito su móvil para un caso práctico. —No me responde; se limita a mirarme fijamente, sin importarle que el resto de los presentes se estén dando cuenta de su actitud conmigo, así que comienzo a ponerme de bastante mala leche—. Gracias. —Curvo mis labios en una media sonrisa forzada cuando veo que al fin se lo saca del bolsillo del pantalón y lo coloca encima de la mesa, como han hecho los demás—. William, ¿cuál es el último correo electrónico que ha entrado en tu bandeja de entrada de la empresa?

—Es de Emily, de hace poco, para informarme de que está enferma.

—¿Qué ha sido lo primero que has pensado al leerlo? —le pregunto.

Tengo que demostrarles que la primera reacción, el primer pensamiento, no es el que deben expresar.

—¿La verdad? —Asiento en silencio y lo animo a que comience a hablar—. Pues que es una putada en el mes en el que estamos y que no sé cómo me las voy a arreglar.

—Escribe la respuesta, pero no la envíes..., aquello que pretendes responderle.

—¿Cuántos días vas a estar de baja? Envíame el justificante —dice en voz alta, y nos enseña la pantalla para que veamos que lo ha escrito.

—Vale; bórralo y pon lo que yo te diga. —Ante su sorpresa, le dicto lo que tiene que teclear—: «Espero que no sea nada grave y que tengas una pronta recuperación. En cuanto te sea posible, necesitaré el justificante para tramitar tu baja. Gracias, Emily». ¿No creéis que, cuando lo lea, se sentirá aliviada y enviará el justificante igual o más rápido que con una orden tan directa como la que pensabas mandarles? El problema laboral lo vas a tener igual. Envíale éste. Ahora le toca el turno al señor Jones... muéstranos tu último *mail*.

—Creo que paso palabra. —Provoca que todos se rían y lo miro con cara de «haz el favor»—. De verdad, pasa al siguiente.

—Tú mismo —le respondo, bastante molesta—. Señor Cote, por favor. —Menos mal que no se cierra en banda; por el contrario, me da el teléfono para que lo lea yo—: «Señor Cote, tenemos un problema con una de las piezas; no voy a tenerla lista hasta las seis como mínimo, lo siento». Éste es el último mensaje, ¿qué has pensado cuando lo has leído?

—Que me importa un carajo el problema que tenga, a las cuatro lo quiero listo.

No esperaba menos, ¡cómo no iba a ser tan horco!

—Teclea...

—No, no pienso enviar lo que tú me dictes. Tengo una imagen y no la voy a perder —sentencia de pronto, sin permitirme hablar, y lo miro con cara de «debes dejarme seguir», pero ni caso.

—A ver, quiero que veáis el efecto que produce...

—Mi último mensaje es el mismo, nos lo ha enviado a los dos. —Jeff me echa un cable; menos mal que alguien está receptivo, si no me pego un tiro. Creo que va a ser la primera empresa que no obtenga resultados tras mis servicios.

—Cote, envía lo que ibas a decirle, y Jeff, por favor, ¿puedes enviar lo que yo te proponga?

—Sí, tranquila.

—Ya lo he enviado —suelta Sean, socarrón, y lo miro de soslayo para no mandarlo a la mierda—: «A las cuatro, ni un minuto más tarde».

—Perfecto —suelto con sarcasmo, debido a su falta de tacto con su personal—. Teclea: «Tranquilo, haz todo lo que puedas. Cuanto antes termines, mejor; ya sabes que andamos justos de plazo».

—Ahora deberéis leerme ambas respuestas, por favor. —Ambos miran sus teléfonos y es Sean el que recibe antes contestación.

—«Ok» —dice, como si fuera lo más normal del mundo.

—«Muchas gracias. Me pongo a ello y haré todo lo posible.»

—Veis, en un mensaje podemos leer un «ok, capullo», aunque no lo diga —suelto con

expresión chulesca, consciente de que no se merece otra cosa. Todos miran a Sean, esperando que me eche una reprimenda, pero yo sigo como si nada. Jeff me muestra la pantalla de su teléfono y sonrío satisfecha; sé que me he salido con la mía, y Sean también lo sabe, aunque no lo reconozca — y, en el otro, una motivación por lograr llegar a tiempo. —Les enseñé el teléfono para que puedan leer personalmente el texto; camino rodeando la mesa para que todos, incluso Sean, puedan verlo, y obtengo afirmaciones excepto de una persona, como ya esperaba. Él me mira muy serio, tanto que comienzo a sentir un calor que asciende por mis piernas, por lo que tengo que hacer fuerza para que no se me doblen como mantequilla delante de los presentes.

Empiezo a tener la garganta seca, y me aclaro la voz como puedo hasta que, sin dudarlo, cojo un vaso de la máquina de agua que hay en un extremo y bebo, consciente de que no deja de mirarme ni un segundo.

Mientras bebo y vuelvo a sentirme un poco más cuerda, reconozco que el ejemplo me ha servido para darme cuenta de que a Sean va a ser casi imposible doblegarlo; él quiere actuar como hasta ahora... y lo entiendo si el interlocutor es una persona que no forma parte de su empresa, pero no si se trata de sus propios empleados. Sé que los resultados son mejores si se trabaja en buena sintonía.

Mientras sigo con lo que me queda por explicar, Sean está distraído con el teléfono móvil, pero no le digo nada; esto no es un colegio y él es uno de los dueños.

—Proseguiremos mañana. Gracias, chicos. —Todos comienzan a salir; Sean, el primero, como si llevara toda la vida encerrado y necesitara respirar, aunque yo me siento del mismo modo—. ¡Gracias por el cable!

—Ya te dije que no iba a ser fácil.

—Lo he comprobado, pero, bueno, poco a poco.

Mientras recojo los papeles y la tableta que había dejado sobre una de las mesas, oigo el sonido de un mensaje entrante.

Mi estómago se contrae de repente, sé que es él. Puede que esté diciéndome que me he pasado de la raya y que no vuelva... o tal vez me equivoque y sea otra persona, pero estoy tan tensa que ya no sé ni lo que hago. Tras fingir tranquilidad delante de Jeff, cosa que no siento para nada ahora mismo, desbloqueo la pantalla y compruebo que, tal y como suponía, es él.

Deshazte de Jeff. ¡Ya!

Miro hacia su despacho y lo veo hablando por teléfono; por sus gestos queda patente que no está nada contento, mucho menos cuando cruzamos las miradas y capto cómo sus ojos me crucifican; sin duda, esto no es nada bueno. Mi cuerpo comienza a temblar sin que pueda evitarlo; tengo claro que es capaz de entrar aquí igual que hizo en el hotel, sin importarle nada ni nadie, arrasando a Jeff por el camino, y eso es lo último que quiero que haga en este momento. Voy a dejar el móvil en el bolso, pero se me cae al suelo.

—¡Joder!

Me agacho y abro la boca exageradamente cuando veo que la pantalla se ha hecho añicos. No me lo puedo creer, por su culpa me he quedado sin móvil.

—Ave, ¿estás bien?

—Sí... Eh, Jeff, puedes ir tirando a casa, tengo que ir a ver a una nueva clienta. —No se me ocurre nada mejor, y necesito que se vaya. Es indignante lo que estoy haciendo, pero sé que Sean está dándome el tiempo justo antes de actuar por su cuenta y no quiero comprobar hasta dónde es capaz de llegar.

—¿Ahora?

—El caso es que tiene un horario infernal y sólo puede por las noches. Puede que tenga que ir alguna que otra vez, incluso el fin de semana. —Vale, esto ya no es una mentira piadosa, se está convirtiendo en una tapadera por si tengo que usarla en más de una ocasión... y debería sentirme mal, pero la verdad es que me está excitando como nunca.

¿Cómo puedo ser tan mala persona? Jeff es mi marido, decidí casarme con él, contarle todo lo que me ocurriera, pero estoy haciendo exactamente lo contrario.

—¿Cómo se llama?

—S... Sonia. —Casi me quedo atascada en la ese cuando veo, desde la sala en la que nos encontramos, que apaga el portátil y vuelve a mirarme con esos ojos grises que me desarman. Se me acaba el tiempo y estoy a punto de explotar por una combustión interior.

—La empresa, no ella.

¿Qué le digo ahora? No puedo pensar, me está retando mirando el reloj de su muñeca y lo único que quiero es que Jeff se largue.

—Jeff, ¿nos vamos ya? —¡Gracias, Owen! Por primera vez en este día dice algo que me ayuda—. ¿No vienes? —me pregunta a mí, y me pongo a sudar de una forma exagerada, tanto que disimuladamente me abanico con la mano.

—Tiene que visitar a una nueva clienta —le explica él, y Owen me observa, consciente de que es una mentira.

—Pues vamos tirando, quiero comprar unas cosas antes de que cierren. —¡Menos mal! Jeff me da un beso en la mejilla al que no respondo, simplemente dejo que me lo dé, más tensa que nunca sabiendo que Sean me está mirando—. Que vaya bien con esa nueva clienta.

Sé perfectamente que es una frase irónica, pero no puedo hacer nada más que escucharla y asumir que, una vez más, estoy haciéndolo mal.

Cuando se marchan, miro hacia él, pero ya no está en su despacho. Me pongo la rebeca, me cuelgo el bolso al hombro y salgo de la sala de reuniones en su busca, pero no lo veo. A decir verdad, no hay nadie en la oficina, y no sé si es lo habitual a estas horas, pues todos se marchan en estampida, o es que también se ha encargado de que no quede un alma por aquí.

Doy un paso atrás cuando noto que unas manos me rodean la cintura y acerca su nariz hasta mi pelo para olerlo, paralizándolo cada uno de mis sentidos. No sé cuánto tiempo permanezco inmóvil hasta que me gira para quedar frente a él. Al mirarlo a los ojos, que descubro enfurecidos, le digo:

—Teníamos un trato.

—Lo rompiste tú cuando no me llamaste —me rebate.

No puedo digerir lo que me está diciendo, ¿de verdad lo cree? Ha actuado así porque el sábado me quedé en casa y no lo llamé. Debería haber barajado la posibilidad de que alguna consecuencia traería, y no simplemente que encontraría a otra... como siempre supuse que pasaría.

—Pensé que ya habrías encontrado a otra para que te acompañara a casa.

—Tú eres la única con la que quería estar. —No me miente, lo tengo claro. Se muerde el labio inferior con una rabia y tanta fuerza que temo que se pueda hacer sangre—. Y apagaste el teléfono. —Me coge de los hombros y me obliga a retroceder hasta que topo con la pared; entonces comienza a desabrocharme el botón de los vaqueros... y gruñe—. Odio este tipo de pantalón.

—Sean, aquí no... —Le aparto la mano y lo cabreo mucho más—. Puede venir alguien. —Le señalo hacia la escalera que está delante de mí, que lleva a la planta inferior; no quiero ni imaginar que Jeff pueda regresar porque se ha dejado algo.

—No va a venir nadie.

—Eso no lo sabes.

—Me importa una mierda si alguien nos ve. Llevo una hora escuchando tu puta voz, viendo tu culo moverse delante de mí sin poder tocarlo. Y, cada vez que me has preguntado, me han entrado unas ganas tremendas de comerte estos labios, pero he respetado lo que me pediste, no como tú.

No me da tiempo a contestar, ya que me agarra por la nuca y me acerca hasta sus labios, que me devoran sin ningún tipo de miramiento. Lo beso como nunca había hecho; yo también estaba deseando calmar este ardor que ahora recorre cada centímetro de mi piel.

—Sean, yo...

—Calla. —Me agarra de las caderas sin dejar de besarme para llevarme hasta su despacho, donde me sienta sobre su mesa, aun habiendo papeles—. Odio estos pantalones. —Me quita la rebeca y la tira al suelo. Le desabrocho los botones de la camisa para poder acariciar su torso desnudo, y descubro una cicatriz que le sale de la axila hasta llegar al hombro; no me había fijado en ella antes. Sin embargo, no digo nada, sólo sigo besándolo con la misma furia con la que él lo hace, hasta que se detiene un instante para bajar a mis pechos. Me apoyo en mis codos y dejo que haga lo que quiera conmigo; ahora mismo nada me importa, sólo anhelo que me haga suya, sin pensar en nada más.

—Te pienso follar duro... Te vas a enterar de lo que es un polvo de castigo.

—¿Castigo? —Se me escapa una carcajada hasta que me muerde el pezón con tanto ímpetu que no sé si gimo o grito, porque ha conseguido que algo en mí se encienda de tal forma que sólo quiero que lo vuelva a hacer. Respiro forzadamente, le acaricio el pecho y me voy a acercarlo a besarlo cuando me sujeta las manos y las retira—. Déjame tocarte.

—Ése es tu castigo; no vas a tocarme, y no vas a pedirme que pare.

—No puedes exigirme eso —replico de forma ahogada, casi con el corazón saliéndome por la

boca, mientras veo que, frente a mí, a apenas medio metro, se desabrocha el pantalón y luego camina hasta su americana, de la que coge un preservativo; con total premura, se lo enfunda, provocando que me desespere—. Sean, por favor... —Me dispongo a ponerme de pie, pero con una mano me advierte que no me mueva.

—La última vez supiste lo que era querer más cuando no consigo lo que quiero, y hoy vas a saber quién soy yo cabreado. No te recomiendo que vuelvas a hacerlo.

Capítulo 13

—¿Me vas a hacer daño? —pregunto, medio excitada, medio asustada.

—Todo el que tú quieras que te haga.

—No podré pedirte que pares —le recuerdo la norma que me ha impuesto, y él sonrío, lascivo, sabiendo que, sea como sea, se va a salir con la suya.

—Estás empapada. —Pasa los dedos por mi sexo y después los lleva a mi boca; la abro y dejo que los introduzca, para que mi lengua los saboree... Juega con ellos, y lo miro fijamente para que sepa lo cachonda que estoy en este instante—. Ahora verás... —Mete sus dedos en mi sexo varias veces antes de penetrarme, consiguiendo un grito por mi parte—. Chist... tranquila... —Me rodea con ambos brazos y me agarro a sus hombros para recibir la segunda estocada, que está a punto de llegar—. ¡Dios! —Cierro un poco los muslos al sentir la ferocidad de su entrada; me ha dolido tanto que me he mordido el labio, pero por una extraña razón necesito que lo vuelva a hacer. Me abrazo con más fuerza, clavándole las uñas, cuando siento que retrocede y sale de mi interior para, por tercera vez, introducirse hasta el fondo, arrancándome un jadeo que no puedo controlar—. Ahora vas a saber lo que es follar duro. —La saca a toda prisa y me levanta para darme un azote en la nalga; luego, de espaldas a él, me estira los brazos sobre la mesa, por lo que tengo que agacharme, dejándole así a su disposición mi trasero, que no duda en acariciar justo antes de volver a adentrarse en mi interior—. ¿Quieres que pare?

—¡No, por favor, no!

Empujo hacia atrás en busca de un contacto mayor. Me veo reflejada en el cristal de su mesa y cierro los ojos cuando noto que se adentra con tal fuerza que casi no puedo sostener mis piernas firmes y casi caigo desplomada sobre la mesa.

—¿Vas a volver a hacerme enfadar? —No hago nada, sólo abro la boca para respirar, cuando me coge del pelo y tira hacia sí para elevar mi cabeza—. ¿No te oigo?

—No lo sé. —Se le escapa una carcajada y yo niego en silencio sin saber por qué, sin querer contestarle que no pienso cabrearlo más porque yo misma lo ignoro. Con todo, ahora mismo no deseo que se detenga..., no quiero que deje de penetrarme y mucho menos de apretar mis nalgas como lo está haciendo—. Por favor...

—¡Pídemelo tú!

—Fóllame, por favor.

Al oír mis palabras, comienza a embestirme y no puedo controlarme; intento agarrarme a la mesa con fuerza, pero apenas lo logro. El calor de mi cuerpo empaña el cristal, y mis

movimientos, con cada una de sus embestidas, tiran algo al suelo, pero nada me importa... Cuando él está en mi interior, me olvido de todo.

—Córrete para mí —me ruega, y mi sexo se contrae como nunca. Sonrío, nerviosa ante lo que sé que va a ocurrir, y noto la dureza de su miembro en mi interior; percibo cómo las estocadas son más profundas, hasta el punto de doler, de sentir que me va a partir en dos, pero no puedo dejar de tirar mi culo hacia atrás para presionar con más fuerza, para sentirlo mejor—. ¡Joder! —oigo cuando mi cuerpo empieza a quedar inerte sobre la mesa y él no se mueve dentro de mí, apoyando su frente en mi espalda, empapada de sudor—. Ya no quiero a otra mujer que no seas tú.

Sus palabras me hacen regresar a la realidad, no puede estar diciendo eso.

Me agarra de las caderas y, cuando me da la vuelta, doy un pequeño grito de dolor. Ambos dirigimos las miradas a mi piel y descubro que me he cortado con el canto del cristal de la mesa.

—¿Estás bien?

—No es nada. —Me dispongo a subirme el pantalón cuando, ante mi sorpresa, me coge en volandas—. ¿A dónde vas?

—A limpiarte.

Me besa los labios y me apoyo en su pecho, por lo que siento el ritmo de su corazón. Estoy agotada; sólo quiero paralizar el tiempo, sin tener que pensar en nada más que en sentir lo que ahora mismo estoy viviendo.

Se adentra en el baño y me sienta sobre el frío mármol, que me provoca un escalofrío que hace que él sonría mientras camina hasta el dispensador de papel que hay colgado de la pared y se hace con varios de ellos. Los deja a mi lado, para quitarse el preservativo y anudarlo antes de tirarlo a la papelera como si nada.

Se limpia con sumo cuidado, y no puedo dejar de mirarlo. Es muy detallista; aun siendo una bestia a la hora de echar un polvo, cuando termina es todo lo contrario. Tira el papel y se sube los calzoncillos y los pantalones, y luego moja otro pedazo de papel sin dejar de mirarme.

—Ven aquí. —Me encojo a la espera de sentir el frío del agua, cuando me doy cuenta de que el papel está caliente y sonrío—. Me estás volviendo loco.

—No me digas esas cosas. Eres mi cliente. —«por no decir el socio de mi marido»—, me haces sentir mal. No debería haber dejado que esto pasara.

—Pero ha pasado y ninguno de los dos lo va a poder parar, lo veo en tus ojos.

—Sabes que acabaremos mal...

Vuelve a pasarme el papel por el sexo y retira los últimos resquicios de mi placer.

—Eso no lo sabes.

—Somos muy diferentes. —Me mira como si le estuviera diciendo algo terrorífico—. Eres dueño de esta empresa, y yo, una *freelance* que se mata por pagar las facturas; por ejemplo, tienes un cochazo y yo voy caminando como una pringada a todos sitios.

—Todo eso va a cambiar.

—No, Sean.

Me vierte un poco de agua sobre la cadera y noto que me escuece un poco.

—Mañana compraré una mesa nueva, más segura. —Se me escapa una sonrisa al ver cómo mira la herida y yo le quito el papel de las manos, me la seco por completo, me pongo la tirita que me ofrece y, finalmente, doy un salto para ponerme de pie y subirme los pantalones—. ¿Qué te pasa?

—Que esto es un error —sentencio mientras intento apartarme, pero me agarra por detrás, quedando ambos frente al espejo, desde donde nos miramos el uno al otro.

—¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo?

—Porque yo tengo la misma de ti. —Sé que mi respuesta no es la que esperaba, pero no puedo demostrar otra cosa distinta a lo que siento—. Soy un capricho y, cuando te canses, me apartarás como seguro que has hecho con muchas. —Sólo pensar en ello me duele. ¿Cómo puede dolerme cuando tan sólo he estado dos días con él? No debería sentirme así, no tendría que haberme enamorado de un hombre como él. Es más, debería estar en mi casa, con mi marido, en vez de con él. Sin embargo, por una extraña razón mi cuerpo no se mueve hasta que él da un paso atrás y me permite que me vaya... pero, lejos de hacerlo, apoyo los brazos en el mármol sin dejar de mirarlo cuando me giro y me lanzo hasta sus labios para volver a besarlo—. Esto es una locura, pero es nuestra, y no quiero que vuelvas a hacerme lo de hoy.

—¿Qué?, ¿penetrarte?

Le doy un golpe en el brazo sin poder reprimir una carcajada.

—Que vuelvas a exigirme que despache a mi amigo para follarme. —Tuerce el labio en una sonrisa traviesa—. No, nunca más. Si Jeff se entera de lo nuestro, te juro que no me volverás a ver.

—¿Qué obsesión con Jeff! ¿Qué más le dará lo que hagas? —gruñe, molesto.

—Sean, es mi única condición —replico mientras le advierto con el dedo, y él me mira pensativo—. Puedes castigarme, dejarme a medias, lo que quieras, pero sin que Jeff sospeche nada.

Termina sonriendo antes de abalanzarse a mis labios, sabedor de que estoy aceptando todas sus condiciones.

—Creo que lo vamos a pasar muy bien. —«Y yo, que voy a sufrir más de lo que debería»—. Vamos, me debes una cena.

Lo miro a través del espejo, cruzándome de brazos.

—No te debo nada —replico.

—Ya lo sé, pero quiero cenar contigo.

Me rodea con sus brazos y agradezco el contacto con su cuerpo; no voy a poder olvidar lo que siento cuando está tan cerca de mí.

—No puedo, me tengo que ir a casa a preparar una cosa para mañana. —Mi respuesta no le gusta, lo sé por cómo tensa la mandíbula, pero no puedo descuidar mis sesiones. Tiene que

comprenderlo: he visto a Jeff muchos días trabajando a deshoras para sacar el trabajo adelante, y él debe de hacer lo mismo—. Seguro que tú también tienes cosas que hacer.

—Cenar contigo.

—Sean...

—¿Tienes que protestar por todo? ¿No es más simple aceptar y ya está?

—¿Y que te salgas con la tuya? —Elevo una ceja, consciente de que es lo que quiere, pero yo no soy así—. Lo siento, pero yo no soy como te gustaría.

—A mí me gustas tal como eres.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué quieres que haga todo lo que tú dices? —Intento que entienda que no está actuando de un modo racional, que no puede controlar a todo el mundo.

—Porque, cuando me dices que no, deseo desnudarte y follarte hasta que no tengas aliento para negarme nada.

—Eso no es justo.

—Pero sí efectivo.

—Controlador —suelto antes de curvar la comisura de mis labios hacia arriba, antes de hacer el ademán de salir... cuando de pronto le propina un cachete a mis nalgas.

—No pienses que lo vas a hacer cuando te dé la gana.

—Por supuesto que sí. —Me agarra para que no salga del baño—. Serás tú la que me suplicará que lo haga antes de correrte.

—Juegas muy sucio.

—En el juego, no hay reglas.

—Para mí sí las hay —dejo clara mi postura, y sé que le importa muy poco lo que le estoy diciendo—. Es más, ahora me vas a llevar a casa.

—Después de cenar, sí, te dejaré en la puerta de casa, aunque yo preferiría que me acompañaras y haría que te corrieras una y otra vez. —No puedo escucharlo, pues cada palabra que sale de su boca es una oleada de calor que excita hasta el último poro de mi piel. Ahora mismo mandaría al carajo mis principios y dejaría que me llevara con él, pero debo ser más fuerte y alejarme para poder pensar con cordura—. Pero, como no quieres, iremos a cenar tú y yo y después te dejaré en casa, sin tocarte ni un pelo.

—¿Vas a ser capaz?

—¿Y tú?

—Vamos a comprobarlo.

Contoneo las caderas, consciente de que me las está mirando, mientras me dirijo hasta su despacho para recoger todas mis cosas. De repente siento el calor característico de que está muy cerca de mí y percibo cómo, para coger su americana, me roza el trasero con su bragueta; para apagar su ordenador, su antebrazo roza el mío... No sé cómo me voy a poder resistir a él, si en cada ocasión que me toca, aunque sea levemente, sólo deseo que vuelva a subirme a esta mesa y me haga suya una vez más... y lo peor de todo es que él lo sabe y juega con ello.

* * *

Llegamos al restaurante y por fin me siento aliviada; han sido pocos los metros que he recorrido acompañada de Sean y su endiablada mano no se ha apartado de mi espalda en todo el camino. He comprobado de reojo que no estuvieran ni Jeff ni Owen en cada una de las tiendas y locales por los que hemos pasado por delante, y eso me hace sentir muy mala persona. No sé cómo, pero tengo que hacer algo al respecto... porque, si continuamos viéndonos, y por lo que acaba de pasar tengo claro que va a ser así, no voy a poder estar todo el tiempo ocultándome, mucho menos estando tan cerca. Si es que a quién se le ocurre acostarse con su socio, ¿cómo no lo va a descubrir Jeff?

—¿Te parece bien?

Espera mi respuesta, y yo vuelvo a la realidad y aparco mis pensamientos; tampoco me apetece que él me pregunte qué me ocurre.

—Sí, claro —respondo como si nada, sin saber qué estoy aceptando, y entonces me guía hasta el fondo de un local y me muestra una mesa en una zona en la que casi estamos solos.

—¡¿Cote?! —Oigo la voz de una mujer que se acerca provocando un ruido con sus zapatos de tacón que debe de estar oyendo cada uno de los comensales que se encuentran en el lugar—. ¡Cuánto tiempo! —Sin dudarlo, le da un abrazo tras besarle la mejilla de la forma más descarada que he visto jamás, y mis ojos comienzan a arder.

—Hola. —Su contestación es fría; no está ni alegre ni enfadado, y por ello sé que es una de sus conquistas... y no me extraña, pues la chica parece una modelo, es guapísima—. Te presento a Avery.

—Ah... hola...

Me dedica dos segundos como mucho y me dan ganas de vomitarle en sus caros *stiletto*s al sentir el desprecio que me regala antes de volver a sonreírle e ignorar que estoy presente, que voy a cenar con él y que hace escasos segundos me ha follado sobre su mesa del despacho como una auténtica bestia. Mi sonrisa me dura poco al imaginármela del mismo modo que yo; ella también lo habrá hecho.

Me siento en la silla sin mirarlos, ya que no quiero volver a imaginarlos juntos jamás; con el mero hecho de hacerlo me duelen las entrañas hasta el punto de querer arrancarle esas delicadas y perfectas manos del brazo de Sean.

—¿Estás celosa? —me plantea cuando por fin se va la intrusa.

Se sienta frente a mí e intenta analizarme, pero disimulo todo lo que puedo, aunque creo que no lo suficiente, porque, ante mi callada por respuesta, comienza a reír en una carcajada de suficiencia.

Capítulo 14

—¡Así que Avery, la mujer segura que enseña a hombres como yo, es celosa!

—No lo soy —rebato toda digna, apoyando los codos sobre la mesa y reposando la barbilla entre mis manos, sabiendo que ahora mismo mis ojos son los únicos protagonistas, y pienso sacarles partido.

—Cuando me miras así, me dan ganas de llevarte al baño y mostrarte las consecuencias de retarme. —Se acerca mucho más a mí para susurrármelo al oído, aunque sé perfectamente que no le importaría que se enterara alguien—. Te lo voy a decir sólo una vez, una. —Levanta el dedo índice y lo miro curiosa—. Tú no eres como ellas.

—¡Ja! —Se me escapa una carcajada que lo sorprende—. Eso mismo, ¿a cuántas se lo has dicho? —suelto antes de morderme el labio inferior de la forma más seductora que sé, y veo cómo se detiene a observarlo; luego me coge las manos y las lleva hasta la mitad de la mesa.

—A ninguna más que a ti, porque antes me importaba una mierda lo que pensarán de mí; es más, prefería que me odiaran a tener que aguantar lloros innecesarios.

Creo que me dice la verdad, al menos se lo ve muy seguro de ello, y debo decir que suelo detectar rápidamente cuándo me están mintiendo.

—¿Y qué ha cambiado conmigo para que no seas como con ellas?

Necesito saber lo que él siente de verdad, porque yo estoy confundida; por un lado, tengo claro que nuestra relación no tiene más vida que unos pocos días y, por otro, no deseo que termine nunca.

—Tú eres la que lo ha cambiado todo. Debería estar trabajando y no soy capaz de concentrarme desde que apareciste con ese vestido en mi despacho. Sólo quiero volver a acariciarte, ver cómo entreabres esa preciosa boca cada vez que te corres...

—Soy una novedad, pero todo se acaba.

—No, sé que contigo todo es diferente —afirma mientras sus ojos grisáceos me penetran, tornándose dos tonos más oscuros cuando me miran. Espero no equivocarme, pero creo que, cuando se vuelven de ese color, es porque lo siente desde dentro.

He conocido a muchos hombres a lo largo de esta vida, y sobre todo he sabido estudiarlos para poder ser la mejor en mi profesión, y él o es muy bueno interpretando o realmente siente lo que me está diciendo.

—Nosotros no podemos tener una relación formal. Lo sabes, ¿no?

—¿Y por qué no? No pienso esconderme mucho tiempo y no vas a poder evitarlo.

Al oír esas palabras, el estómago empieza a comprimirse. ¿Por qué todo se está complicando tanto? ¿Por qué lo nuestro no es un simple encuentro salvaje que se repite porque a ambos nos gusta, sin contemplaciones?

—Sí lo harás... o no me volverás a ver más —le advierto, sabiendo que no puedo ser transigente en este tema—. No tienes otra que aceptarlo.

—¿De qué te escondes?

—De ti —le respondo, aunque tengo claro que no será capaz de entender lo que le digo y que va a intentar averiguar qué significa esa respuesta, y lo sé por cómo se lleva su dedo a la boca y lo mordisquea como hace siempre que está dándole mil vueltas a algo en su cabeza—. ¿Te parece poco? ¿Quién es Sean Cote? ¿Por qué no nos centramos en ello?

—El tío que despierta cada uno de tus sentidos.

—Eres un narcisista. —Clavo uno de mis finos tacones en uno de sus zapatos y pone una mueca de dolor cuando presiono sobre él—. No creas que eres el único de este mundo que ha sabido darme placer.

—Seguro que no como yo. —Veo que se acerca el camarero y me acomodo en el respaldo, alucinada y negando en silencio, cuando le oigo decir—: Ahora no. —Al pobre chico ni lo mira; éste se queda paralizado y blanco como las servilletas que descansan sobre la mesa—. Dime mirándome a los ojos un solo nombre de alguien que te haya hecho disfrutar como yo.

No puedo, porque no existe; él ha sido, sin duda, con quien mejor me lo he pasado, pero no creo que necesite que infle todavía más su gran ego.

—¿Por qué tienes miedo a mostrar quién eres?

—No estás respondiendo a mi pregunta.

No lo distraigo, lo sé perfectamente, pero sé que por algo no se muestra tal y como es. ¿A qué o a quién teme?

—Ni voy a hacerlo, igual que tú tampoco. —Con mi respuesta tengo claro que le he ganado esta partida, que lo he dejado sin habla, y me siento orgullosa por ello.

—Ellas no han sabido jamás acallarme ni replicarme, sólo decirme que sí a todo —retoma el tema inicial.

—Ya te he comentado muchas veces que yo no soy como todas con las que te has acostado. Yo soy Avery Gagner, y nadie ha conseguido silenciarme jamás.

—Yo sí.

Está muy seguro de ello, pero no le respondo. Me giro para mirar al camarero y le hago un gesto para que se acerque, al tiempo que cojo la carta que tengo frente a mí y paso un dedo por encima de todos los vinos que aparecen en el listado; cuando encuentro el más caro, sonrío ladina antes de mirarlo a los ojos y leerle al camarero el nombre.

—¿Dos copas?

—Una botella, por favor. —Vaya, ¡sí sabe ser amable cuando quiere!, así me gusta—. ¿Qué quieres comer? —Pasa la página de mi carta y, divertida, la leo, pero no me decido.

—¿Qué me recomiendas? —le pregunto ante la paciencia infinita del pobre camarero, a quien le han tocado los clientes más pesados de la noche.

—*Carpaccio* de vieiras a los cítricos, te encantará.

—Eso quiero, entonces. —Le entrego la carta al chico—. Yo también sé dejarme llevar, no siempre quiero tener el control. ¡Deberías probarlo alguna vez que otra!

—Prefiero mantenerlo, y te aseguro que tú también. —Se aproxima más a mí y me pide que me acerque, supongo que para decirme algo al oído—. Si llevaras un vestido, te exigiría las bragas y volverías a quedarte sin ellas. —Trago saliva al procesar lo que me dice; no sé si preferiría no haberme puestos estos vaqueros y comprobar de lo que es que capaz este hombre—. Y te aseguro que hoy no te quedarías con ganas de más; hoy no pararía hasta saber que no te quedaban ganas ni de moverte de la cama.

—¿Y por qué me lo dices si sabes que ya es tarde? —Nota mi frustración y me acaricio el muslo bajo la mesa—. No me gusta que jueguen conmigo.

—No lo estoy haciendo, sólo te informo de las ventajas de ciertas prendas de ropa.

—¿Tengo que ponerme vestido todos los días?

—Y, a poder ser, lencería de... —Se le oscurecen los ojos cuando va a terminar la frase y sé que es de rabia—. ¿Te lo pusiste?

—¿El qué? —No sé a qué se refiere, así que lo miro, confundida, intentando deducirlo, cuando de pronto pasa por mi mente una imagen: la bolsa de Victoria's Secret; entonces me fijo en el detalle de que tiene los puños cerrados y apretados sobre la mesa—. No, aún no lo he estrenado. —No sé por qué le digo la verdad, porque se merece que le mienta, que lo haga sufrir, pero no me gusta verlo tan enfadado por algo. Acaricio sus puños y, poco a poco, los relaja.

—Te lo pondrás para mí.

—Eso será si yo quiero —replico mientras retiro rápido las manos ante su postura tan machista, tanto que me cabrea.

—Avery —me nombra intentando serenarse, pero ahora la que está molesta soy yo.

—Sean. —Nos retamos el uno al otro. Somos como dos bombas de relojería que están a punto de explotar, y no sé si es muy bueno hacerlo en público, aunque ahora mismo es lo que menos me importa, pues no pienso consentir que ni él ni nadie me diga lo que tengo que hacer o decir—. No puedes ordenarme las cosas; pienso contradecírtelo todo tan sólo por molestarte, y por mi propio orgullo.

—¿No te das cuenta de que es más fácil si me haces caso?

—¿Y tú no consideras que ya soy mayorcita para decidir por mí misma?

—Eres testaruda. Ya lo negociaremos.

Levanto las cejas, asombrada por su forma de zanjar el asunto, y sorprendentemente se me escapa una sonrisa que debería ocultar, pero sé perfectamente cuál es su plan de negociación, y con sexo no va a lograr dominarme.

—Si tú lo dices... —Por fortuna, el camarero aparece con nuestros platos y yo lo miro antes de

llevarme un bocado del marisco a la boca, dejando que la melosidad de su textura recorra mi paladar—. Esto está delicioso. —Le señalo el *carpaccio* con el tenedor y, sin haber tragado del todo, doy un segundo bocado; él, en vez de empezar a comer, prefiere mirar cómo lo hago yo.

Al fin prueba su plato y me siento más cómoda, hasta el punto de olvidarme de todo lo que nos rodea.

—Tu amigo, al final, ha comprado la casa de Zoé. —Procuro mantener una conversación como personas civilizadas y normales—. Ella está muy contenta.

—Sabía que lo haría, a Andrew le encanta derrochar el dinero, y esa casa era de su estilo.

—Qué casualidad que os conocierais, ¿no?

No puedo evitar pensarlo; desde el momento en el que lo vi con él, me sorprendió la coincidencia, pero a juzgar por su cara no demuestra que me oculte nada.

—Todo en la vida no se puede dirigir.

—Qué alegría me da oír eso de tus labios, pensaba que eras de otro planeta.

Consgo llamar su atención y deja de cenar para centrarse en mí.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso no soy normal? —No me puedo creer que él opine que lo es. Pues no, no lo es, sólo hay que ver cómo se comporta—. A ver, ¿qué tengo de especial?

—Yo no he dicho que seas especial.

—Peculiar.

—Imposible —lo defino, y al instante suelto una carcajada, al tiempo que dejo la servilleta sobre la mesa y me recuesto en la silla para mirarlo fijamente—. Los chicos que conoces tomando una copa en un bar no tienen deportivos, ni empresas importantes, ni casas sacadas de una revista de diseño.

—Mis amigos son así —replica como si nada, y lo comparo con Jeff y Owen... y no, no son como él—. Andrew lo es.

—Una segunda excepción. —Defiendo mi postura como puedo, porque si una cosa tiene Sean son argumentos para todo, y cuando creo que se le han terminado, saca su as bajo la manga: el sexo.

—Cuando quieras, te muestro un abanico de excepciones.

—Perfecto. —Atrapo un mechón de mi pelo y lo enrolló en uno de mis dedos, lo suelto y vuelvo a repetir el mismo movimiento, sabedora de que lo estoy provocando—. ¿Cuándo me vas a llevar a...? ¿Cómo se llamaba? ¿Privado? No... Alternative, eso era.

—No creo que te guste el ambiente.

—¿Hay un abanico de excepciones? —replico con malicia, consciente de que ponerlo celoso no es la mejor de mis opciones, pero sin duda sí la que más me apetece.

—Con esta excepción ya tienes más que suficiente, te lo aseguro. —Se acerca para decírmelo mirándome a los ojos con esa mirada grisácea que me acalora de una forma que me hace perder los nervios, por lo que me remuevo en la silla, incómoda. No sé cómo lo logra, pero cada vez que siento que está molesto despierta algo en mí que se torna incontrolable—. ¿O no lo crees así?

—Tengo mis dudas —miento, y él lo sabe perfectamente; por ello se cruza de brazos, apoyado en el respaldo igual que yo, y nos retamos durante unos segundos con los ojos, sin decirnos nada.

—Vente conmigo; mañana me voy de viaje. Te demostraré que no necesitas a nadie más.

—Tengo más clientes, ¿lo recuerdas? —Está loco si piensa que lo voy a dejar todo por irme con él, eso sí que no lo voy a hacer jamás. Los hombres vienen y van, pero las facturas aparecen cada mes, y no estoy dispuesta a arruinarme por ir detrás de ningún hombre—. No puedo.

—Como tú quieras. —Levanta las manos y sonrío satisfecho al ser yo la que, una vez más, no he querido aceptar su proposición—. Después no digas que no te lo he ofrecido a ti.

—Supongo que aguantarás —me quito un zapato y, lentamente, le acaricio la pantorrilla y el muslo hasta subir a su entrepierna— una noche sin mí.

—Dos, si contamos ésta.

Percibo la frustración en su mirada y simulo que no me importa en absoluto, cuando lo que estoy pensando realmente es en irme con él esta noche y aprovechar hasta el último minuto antes de su partida, pero no..., me mantengo firme y me obligo a seguir mi instinto, como siempre he hecho.

—Dos. —Tiene razón.

—¿Quieren postre?

Él le niega al camarero sin dejar de observarme a mí, y yo me pongo colorada al mirar al pobre chico, que está esperando a que le conteste, pero lo único que puedo pensar es que mi pie sigue en su pantalón y que se ha encargado de atrapármelo para acariciarlo de la forma más sensual imaginable, tanto que siento la necesidad de abrir la boca y dejar salir el gemido que está amenazando mis cuerdas vocales.

—No, ya está bien —logro responder al fin.

Me apoyo en los codos y, tras hacerle un gesto de reproche, le dedico una sonrisa al camarero que sé que no le va a gustar nada. El pobre me retira la mirada y mira el iPad que sostiene entre sus manos. Noto que Sean clava con fuerza sus dedos en la planta de mi pie y luego comienza a retorcerme el dedo pequeño mientras me mira. Tras sentir la tensión entre nosotros dos, el pobre camarero desaparece a toda prisa, supongo que intuyendo lo que estaba ocurriendo.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Eres un bruto, eso me ha dolido. —Intento retirar el pie, pero no lo suelta, y por primera vez miro a nuestro alrededor para comprobar si alguien nos puede ver—. ¿Me lo devuelves?

—Cuando aceptes que vas a venirte conmigo.

—No puedo, no es que no quiera. —Soy sincera; tiene que entender que el mundo no se detiene por él, al menos el mío no lo hace. Él continúa como si nada mientras yo siento que me acerco al precipicio y experimento el vértigo a las alturas, temiendo terminar hecha añicos y sin poder hacer nada por salvarme, pero, cuando veo la peor de mis pesadillas, percibo cómo su mano me acaricia de nuevo de esa forma tan dulce y tan suya que me vuelve loca y olvido cada uno de los

miedos que mi estúpida cabeza fabrica cada vez que se pone trascendental—. Y, a decir verdad, debo irme ya o no me dará tiempo a preparar la formación de mañana.

—No puedo hacerte cambiar de opinión, ¿verdad?

Niego con la cabeza mientras me escanea y me suelta el pie, y disimuladamente me coloco el zapato. Cuando ya estoy lista, me agarro de su mano, que me ofrece para ayudarme a levantar; a continuación me precipita hasta su cuerpo y, sin importarle nada más, me besa... ante la sorpresa de los comensales, quienes esta vez están todos mirándonos, incluida la mujer que ha venido antes a nuestra mesa; me llena de satisfacción ver su cara de repulsa.

Capítulo 15

Después de pagar, salimos del restaurante agarrados de la mano. Cuando pasamos por su lado, él ni la mira, sólo tiene ojos para mí, que voy un paso por delante. En la puerta ya se encuentra el aparcacoches del local, como siempre ocurre, con una sonrisa de oreja a oreja, y Sean, para no perder la costumbre, le entrega una buena propina que recibe más que agradecido.

En cuanto las puertas se elevan, me acomodo en el asiento mientras él rodea el deportivo por la parte trasera; cuando se sienta, lo miro, divertida.

—La verdad es que es bonito.

No puede reprimir una sonrisa de satisfacción, pero, ciertamente, no puedo negarlo: resulta demasiado llamativo, pero el coche es una preciosidad.

—¿Conduces?

—Tengo carnet, sí, pero no conduzco. —Sólo recordarlo hace que se me revuelva la tripa. Noto su mirada clavada en mí cuando reconozco más o menos mi animadversión a ponerme al volante—. Una mala experiencia. ¿Me llevas a mi casa de una vez?

—¿Estás segura de que no quieres venir a la mía?

—Ya te he dicho que no. —Suspiro, forzando un gesto de «qué pesado eres» y pisa el acelerador para salir disparado, sin darme tiempo de ponerme el cinturón, cosa que hago a toda prisa, ante su diversión—. Entonces te vas mañana, ¿verdad?

—En principio, me marcho mañana por la mañana y vuelvo pasado por la noche, aunque nunca se sabe si las negociaciones van a ir bien o no. —Empiezo a arrepentirme de haber declinado su invitación a acompañarlo—. Te iba a enseñar algo de Nueva York que seguro que no conoces.

—¿La cuestión es martirizarme hasta el último momento?

Deja de prestar atención a la calzada para mirarme a los ojos y responderme muy seguro de sí mismo.

—Es convencerte.

—Pues lo tienes complicado —replico.

Es tentador, pero imposible, por más que sueñe con irme con él... con pasear libremente agarrada de su mano sin peligro de que nadie nos pueda ver.

Sería una forma de conocerlo mejor, pero en esta ocasión no va a poder ser. El resto del trayecto lo paso mirando por la ventanilla, y él no dice nada; supongo que, al igual que yo, está pensando en sus cosas. Cuando nos vamos acercando a mi edificio, lo primero que hago es mirar que no haya nadie en la ventana del piso de Jeff. No es buena idea arriesgarme tanto, pero decirle

a Sean que me deje una calle antes puede ser el duelo más doloroso y con más consecuencias de toda mi vida. Así que, aun sabiendo el riesgo que corro, estaciona frente a la puerta.

—Nos vemos cuando vuelvas. —Es mi forma de despedirme, aunque la verdad es que lo único que deseo es lanzarme sobre él y besarlo hasta que no pueda más. Sin embargo, no lo hago; por el contrario, me quedo inmóvil en el asiento.

—Te lo he pedido en serio, me gustaría que vinieras conmigo de viaje. —Sé que lo dice muy de corazón, pero no puedo dejar de lado mi trabajo; he luchado mucho para conseguir esos clientes como para perderlos ahora por una inconsciencia mía—. Sólo de imaginar que no voy a poder verte ni tocarte durante un par de días..., sé que me voy a volver loco.

—¡No será para tanto!

—¡Avery! Mírame. —Me coge una mano y se gira para enfrentarme—. No te voy a prometer algo que no puedo cumplir, nunca lo he hecho y no voy a comenzar a hacerlo ahora, pero, desde que has aparecido, algo ha cambiado.

—¿Crees que a mí no me pasa lo mismo?

—Entonces, ¿por qué siempre te resistes? —Le brillan los ojos; puedo percibir un halo de esperanza en su mirada, más azulada que cuando está cargada de deseo—. Dime qué te detiene a ser mía.

—A que tú tampoco te abres del todo... y a que sé que la única que va a sufrir voy a ser yo. Mira lo que ha ocurrido en el restaurante, he sentido ganas de matar a esa mujer.

—¡Estabas celosa, lo sabía!

—No eran celos, era rabia por saber que yo no soy la única; que, como yo, posiblemente hay cientos, y eso es lo que me duele. —Su sonrisa empieza a minar en el momento en el que por primera vez estoy siendo sincera con él—. Cuando estoy contigo no soy yo, no sé por qué.

—Quizá porque necesitabas a alguien como yo para que saliera tu verdadera personalidad; eso que sientes lo has llevado dentro mucho tiempo.

—¿No ves que es insano? —suelto, y me siento aliviada. Tiene que saberlo, tiene que entender que no puede dominarme cuando quiera ni donde quiera—. Odio tanto cómo me excita que me mandes hacer algo... —Curva sus labios en una sonrisa lasciva—. Nunca he sentido que deba ser propiedad de alguien; al contrario, hasta que te he conocido, siempre me he sentido libre, pero tú no me dejas, y sé que, si esto continúa, no voy a poder tener esa libertad, porque me la vas a cortar, porque no comprenderás mi forma de ser.

—Yo sólo quiero estar contigo; tú me llenas, me haces sentir vivo, y eso sí que es nuevo para mí.

Mira hacia delante y me quedo con una palabra de todas las que ha dicho.

—¿Vivo? ¿Por qué dices eso? Eres joven, guapo, tienes pasta, podrías estar con cualquier mujer..., ¿por qué no te vas a sentir vivo?

—Porque hay tinieblas que no me dejan avanzar. —Está abriéndose... de forma bastante opaca, pero he sido capaz de conseguir que reconozca que algo no lo deja avanzar—. Tenías trabajo,

¿no? Cuando regrese, te llamaré.

Agarra el volante con fuerza; no me mira, no se despide y, mientras una lágrima rueda por mi mejilla al sentirme desplazada, salgo del coche y cruzo la calle a toda prisa, para esconderme en mi casa. Saco las llaves del bolso, la meto en la cerradura y la giro; cuando me dispongo a empujar la puerta, ésta se abre de repente, llevándome con ella hacia el interior y siendo presionada por algo que me abalanza contra la pared.

—No pienso irme así. —Me da la vuelta y se queda parado al ver que mis ojos están anegados en lágrimas—. ¿Por qué lloras?

—Nos vamos a hacer daño.

Las retira con sus dedos y enmarca mi cara con ambas manos; siento suaves caricias bajo mi oreja y cierro los ojos, intentando controlar al calor de mi cuerpo, cuando sus labios se posan sobre los míos y empezamos un sinfín de besos descontrolados que se entremezclan con nuestros jadeos.

—Jamás te voy a hacer daño —vuelve a besarme, mirándome fijamente a los ojos—, y no pienso dejar que nadie te lo haga. —Sigue besándome los labios mientras yo asiento... porque siento lo mismo, porque no quiero que se vaya de viaje, porque quiero que me monte en su coche y me lleve con él—. Cuando regrese, te quiero todo el fin de semana en mi casa —afirma.

Me lanzo a sus labios y subo las piernas a sus caderas, por lo que tiene que sostenerme del culo para que no me caiga al suelo, y es cuando adentro mi lengua en su boca y juego con la suya; este hombre me vuelve loca.

—¿Me llamarás? —Me muerdo el labio inferior tras lanzarle la pregunta justo cuando veo que se gira para dirigirse hacia la puerta.

—Cada vez que piense en ti. Puede que tengas que apagar el teléfono.

Se me escapa una carcajada. Él cruza la calle para volver a los mandos de su McLaren y desaparece a toda prisa.

* * *

—¡Dios! Qué susto —exclamo mientras me agarro el corazón porque se me va a salir del pecho. El caso es que alguien me ha abrazado por la espalda, no esperaba a Jeff. No he oído que se ha abierto su puerta.

—Perdona, no era mi intención. —Inhalo varias veces antes de poder hablar con normalidad—. Te estaba esperando. Quería avisarte de que mañana me voy de viaje.

—Pasa. —Abro la puerta del todo y lo invito a entrar. Enciendo las luces y dejo mi bolso sobre la mesa, para dirigirme hacia la nevera, donde cojo una botella de agua y lleno un vaso que pillo de camino a la isla, donde él está sentado—. No sabía que tenías planeado un viaje.

—Nos hemos enterado esta misma tarde; cuando he salido de la oficina, me han llamado. — Tiene los hombros tensos y no me mira a los ojos, más bien me habla mirando al vacío, y me

preocupa que esté pasando un mal momento y yo ni me haya preocupado por él; se supone que soy su mujer y ésa es mi función.

—¿Va todo bien? —planteo a la vez que me pongo a su espalda y le acaricio los hombros, que percibo duros como una piedra.

—Espero; supongo que estaré dos días fuera, una sola noche..., no creo que más.

—¿Viajas solo? —Sé que no, no debe de ser casualidad que los dos se marchen inesperadamente el mismo día—. Si pudiera, te acompañaría, pero sabes que esta semana la tengo a tope.

—Sean viene conmigo, tranquila. —Espero que, con la vorágine de los problemas de trabajo, no se les ocurra hablar de mí—. Tenemos un proyecto muy ambicioso; si ganamos, vamos a estar en la cima, pero si no...

—¡Jeff! ¿Qué te preocupa? —Quiero que me diga la verdad, ya está bien de ocultarme cosas. Al único que no se lo permito es a él, fue nuestra única condición.

—Nuestra energía es revolucionaria. Sean descubrió algo que puede cambiar la forma de vivir del ser humano, cambiar el mundo, pero el petróleo mueve fortunas de personas muy poderosas, y estamos empezando a convertirnos en sus adversarios.

—No quiero que corras ningún riesgo.

—Ave, no nos va a pasar nada, pero prefiero saber dónde estoy. —Se pone de pie y me abraza. Sabía que su compañía estaba buscando energía alternativa, pero no era consciente de las consecuencias que eso puede acarrear—. Volveremos con la patente y el Gobierno canadiense nos podrá conceder los derechos para comenzar a trabajar en nuestro proyecto. ¿Te imaginas un mundo sin contaminación?, ¿sin materiales de esos que perduran años y años, destruyendo nuestra fauna y nuestra flora?

—Sí, es muy bonito, pero no me imagino un mundo sin ti.

«Y sin Sean», termino la frase para mis adentros. Sólo de plantearme esa posibilidad, que les pueda ocurrir algo, me invade el miedo y no quiero que vayan a ningún lado.

Pasa su mano por mi cuello hasta acariciar mi nuca y enreda la yema de sus dedos en mi cabello para besarme como siempre hace, pero, por alguna extraña razón, me siento rara. Sus labios no son los que deseo, no como debería hacerlo; no hay pasión, aunque sí cariño; no hay atracción ni hay amor, aunque sí amistad. Hasta este momento no me había parado a pensar en ello, simplemente nuestra situación me parecía normal; sin embargo, Sean lo ha cambiado todo.

—No quiero que te preocupes por nada.

—¿Habéis terminado? —Owen se cuela en mi casa, como de costumbre, y nos mira a los dos, que estamos abrazados—. Si vais a comenzar algo, me gustaría estar presente, ya sabéis que soy muy *voyeur*.

Se me escapa la risa; éste es mi amigo de siempre, no el que últimamente me lanza dardos envenenados cada vez que tiene ocasión.

—Mañana, tú y yo tenemos una cita; tenemos muchas cosas que hablar.

—¿Conmigo? Vaya honor.

—Cuando vuelva, los dos me explicaréis qué ha ocurrido, porque no soy tonto y sé que os habéis enfadado por algo.

—No quieras saberlo todo. —Owen se acerca a Jeff y le pasa su dedo índice por encima de la camiseta, para descender hasta la cintura de su pantalón—. ¿Hoy duermes con nosotros? —me pregunta a mí. Noto un halo de esperanza en su voz, pero no me apetece. A decir verdad, con el único que me apetece pasar la noche es con Sean, pero aquí estoy, haciéndome de rogar, a pesar de que el trabajo pendiente lo puedo hacer rápido, en una media hora.

—Tengo trabajo, en otra ocasión.

—Tú te lo pierdes. —Coge de la mano a Jeff, que me indica con la otra mano y ladeando la cabeza que no puede hacer nada, y se lo lleva hasta el *loft* contiguo. Me quedo sentada en un taburete de la isla de la cocina, pensando en cómo ha cambiado todo desde el día que nos casamos. Primero vivimos juntos como una pareja normal, pero yo sabía lo que Jeff necesitaba y una noche me presenté en casa con Owen; aún recuerdo la cara que puso cuando me vio acostarme con él. No dudó en unirse a nosotros y ahora... siento que la pareja real son ellos dos y que yo me estoy apartando.

Subo a mi habitación con el portátil para preparar el trabajo del día siguiente y, antes de acostarme, miro mis mensajes de WhatsApp a través del ordenador. El primero que veo es de Zoé.

No te lo vas a creer: me ha llamado Andrew. Mañana estaré en Vancouver y me debes una noche de chicas.

¿En serio? Mañana he quedado con Owen 😞

Respondo y espero unos segundos, para ver si lo lee y puedo quedar a otra hora; me apetece estar con ella, ponerla al día sin Sean delante, pero también quiero solucionar las cosas con Owen; se lo debo.

Owen entra en el paquete si quieres.

Perfecto, Owen ya lo sabe, así que puedo hablar delante de él.

Nos vemos a las ocho en el Pacífico.

Genial, hasta mañana.

Justo cuando envío el último wasap y voy a cerrar la aplicación, veo un mensaje de Sean.

Me has obligado a tener que dormir con tus bragas en vez de contigo.

Eso es muy enfermizo, yo de ti invertiría en un psicólogo.

Me saldría más a cuenta si vinieras.

El fin de semana puedo pedirle a Hugh que te vaya a buscar o puedo ir yo mismo a recogerte.

¿Hugh?

El hombre del todoterreno, trabaja para mí.

¡Cómo no me acordaba de Hugh! Es el esposo de Helena, aquel tipo de unos sesenta años o más al que vi desde dentro del coche. Aunque se le veía en muy buena forma física, está loco si pretende que voy a aceptar que me venga a buscar ese pobre hombre.

No. Tengo citas marcadas en mi calendario tanto para el sábado como para el domingo. Confórmate.

Para mí el fin de semana comienza el viernes a las seis de la tarde, ¿de acuerdo?

Se me escapa una carcajada, así que también quiere que libere mi agenda para él el viernes por la tarde. No le respondo y cierro la tapa del portátil, pero sin apagarlo. Tengo que pensar en qué voy a hacer y cómo; creo que la segunda parte es la más importante. Camino hasta el baño para lavarme los dientes; cuando estoy enjuagándome la boca, oigo que me llaman. Voy corriendo hasta mi cama, donde lo había dejado, y leo su nombre en la pantalla.

—¿Me echas de menos?

—Estoy esperando una respuesta.

—Y yo me estaba lavando los dientes —le respondo como si nada, para que comprenda que no voy a estar pegada al móvil cada segundo para él—. ¿Cuándo me ibas a contar que te vas de viaje con Jeff? ¿Pretendías que te acompañara yendo con él?

Me siento en la cama con los pies sobre el colchón, abrazándome las rodillas, mientras miro hacia el salón a través de la barandilla de mi habitación.

—Me hubiera encargado de que él no viniera con nosotros, así de simple.

Su seguridad me sigue sorprendiendo.

—¿Ves como no se deben mezclar los negocios con el placer?

—¿Esto me lo dice la mujer que balancea sus caderas cabalgando mi polla o la formadora de empresarios que seguro que se corren pensando en ella?

—¿Crees que lo hacen?

No me imagino a muchos de mis clientes con su miembro entre las manos mientras jadean mi nombre; me produce arcadas el mero hecho de pensarlo.

—Estoy convencido de ello.

—Pues eso que se llevan, ¿no?

Oigo un gruñido a través de la línea telefónica y consigue que se me escape una pequeña risita.

—Si fueras mía, no volverías a trabajar.

Detecto que lo dice en serio, no es un farol; es lo que realmente piensa, y eso me enoja y agrada al mismo tiempo.

—Entonces, nunca seré tuya.

Me duele decirlo, porque en el fondo sé que puedo ser capaz de torearlo, capaz de hacerle entender que su postura no es la correcta; aunque me costase la vida conseguirlo, lo lograría.

—Eso ya lo veremos.

—El viernes me parece bien. —Ahora sí que respondo a la pregunta que me ha hecho.

—Pensaba que me lo ibas a poner más difícil.

—¿Qué plan tienes? Es para saber qué ropa llevarme.

—No te traigas nada, no nos vamos a mover de la cama. —Trago saliva, ¿será verdad que su plan es follar una y otra vez?—. Has oído bien, no te quedes en silencio.

—¿Ni siquiera saldremos a cenar o a que nos dé el aire? Vaya, como personas normales..., eso estaría mejor.

—Lo meditaré —me dice antes de colgarme el teléfono y dejarme con la palabra en la boca.

Capítulo 16

Vaya jornada más larga; pensaba que no terminaría nunca, pero por fin estoy llegando a la oficina para recoger a Owen. Como Jeff y Sean no están, hemos anulado la formación de los dos días que van a faltar; la compensaremos añadiendo esas sesiones por detrás del calendario que teníamos estipulado, así que hoy los trabajadores pueden irse, al menos por un día, un poco más pronto. He traído las chucherías preferidas del goloso de Owen para conseguir hacer las paces, y sólo espero que al menos me comprenda, no le pediré más que eso.

—Si hubieras tardado un poco más, me las habría comido todas.

Se gira y me ve apoyada en la fachada del edificio donde están las oficinas, mostrándole la bolsa transparente que deja ver lo que contiene.

—Hubieras muerto, literalmente.

Me la arrebató y se lleva la primera chuche a la boca, salivando, cerrando los ojos y gimiendo como si estuviera en medio de un orgasmo.

—¿Sigues enfadado conmigo? —Me agarro de su brazo y dejo caer la cabeza sobre su hombro mientras caminamos en dirección a casa, para dejar nuestras cosas antes de irnos hacia nuestra cita con Zoé—. Porque yo te echo de menos.

—Mentirosa.

—No me digas eso, es cierto. No me gusta saber que estás molesto conmigo —me sincero, y alzo la cabeza para que me pueda ver los ojos, para que sepa que no lo engaño—. Te entiendo, de verdad, y te doy la razón.

—Me duele que Jeff lo pase mal. —Se le escapa un suspiro tras la frase.

—Y a mí, pero esto tenía que pasar tarde o temprano. No somos el típico matrimonio convencional, y él sabe que en algún momento aparecerá alguien a quien quiera entregarle mi corazón.

—¿Y tiene que ser a su socio? ¿A ese que te debe de empotrar por los rincones para que hayas perdido la chaveta de esta manera?

—Si tú supieras... te aseguro que a ti también te ocurriría. —Se me escapa la risa, aunque intento contenerla todo lo que puedo, hasta que él ya no puede aguantar más y se une a mí—. Lo tiene todo.

—Ave, no quiero que te hagas ilusiones. Sean no es de una sola mujer. Yo nunca lo he visto con ninguna; sólo trajo a una de sus novias una vez, y no se volvió a saber jamás nada de ella. Las despacha rápido; tenlo en cuenta, porque no quiero que sufras.

—Soy consciente de ello.

—Entonces, sé sincera con Jeff. Tómate el tiempo que necesites, pero, cuanto antes, mejor.

—Lo sé. ¿Te vas a cambiar?

Se mira de arriba abajo y niega cuando ya estamos en el portal. Yo tampoco tengo intención de hacerlo, así que sólo entro en casa para dejar el portátil.

Cierro con llave y entro en el *loft* de Jeff mientras leo un mensaje suyo.

No os desmadréis mucho esta noche; hoy no estoy para llevaros a casa.

Se lo enseño a Owen y me coge el teléfono para enviarle un audio de WhatsApp en el que le dice que sólo vamos a beber lo necesario para pasarlo bien y que regresaremos en un taxi, sanos y salvos. Añade que no le asegura que después no sigamos la fiesta, sin importarnos si está él o no.

—Eres muy malo.

—Así pensará en nosotros.

Justo cuando termina la frase, lo llama por teléfono al suyo y veo que el mío comienza a sonar. Es Sean. Siento cosquillas en el estómago y, como Owen está distraído hablando, salgo al rellano para que no pueda oírme.

—Pensaba que ya te habías olvidado de mí.

—Llevo pensando en ti desde que me he despertado esta mañana. ¿Qué haces?

—Pues preparándome para cenar con Zoé; ha venido porque tenía otra reunión con Andrew y vamos a aprovechar para vernos.

—Ah.

—¿No vas a decir «pásatelo bien» y esas cosas que diría cualquier ciudadano de este planeta?

—Tendrías que haber venido conmigo, ahora estaríamos cenando juntos... Te estaría subiendo el vestido y acariciando esa piel que me vuelve loco. —Tal y como me lo dice, con esa voz tan sensual, lo voy imaginando como si lo estuviera haciendo de verdad y siento un calor que me obliga a apoyarme en la pared para no perder el equilibrio—. Imagínate lo que sería si fuera verdad. —Parece que me esté mirando y sepa lo que me acaba de provocar, o quizá es que no me doy cuenta pero soy demasiado transparente, aun siendo por teléfono.

—Puedes coger el primer vuelo y venir tú —lo reto.

—Lo haría, pero no es posible... no, si quiero lograr la patente.

—Sean, ¿quieres la corbata negra?

El silencio se instala entre ambos en cuanto oigo esa frase en boca de una mujer. Puedo percibir cómo se cierra una puerta y un golpe tras captar a lo lejos una súplica de perdón de quien supongo que es la misma mujer.

—¡Como no he ido, te has buscado a otra! Te lo advertí: sólo soy un capricho y, como yo, vendrán muchas, pero, sinceramente, creía que tardarías un pelín más.

—Avery, no me cuelgues, por favor.

—Vete a la mierda, Sean.

Finalizo la llamada y siento que me falta el aire. Agarro el teléfono con todas mis fuerzas contra mi pecho y comienzo a dejarme caer sobre la pared hasta quedar sentada en el suelo de la escalera; entonces, mis lágrimas empiezan a desbordarse. No me puedo creer que ya esté con otra.

—¿Qué te pasa?! —Owen me coge y me levanta, estupefacto ante la sorpresa de verme llorar como una idiota—. ¿Avery?

—Está con otra.

—¿Quién? —Se pone en cuclillas y, tras acariciarme el pelo, me sujeta del brazo para ayudarme a que me ponga de pie—. Ven, vamos a entrar. —Me guía hasta el interior y me obliga a sentarme en el sofá; luego va corriendo a por un poco de agua. Cuando regresa, me la bebo de un trago, dejando que las gotas caigan por las comisuras de mis labios, mojando mi camisa—. ¿Era Sean?

—Estaba hablando con él y he oído a una mujer. ¡No estaba solo! —casi le grito de la rabia que siento en este momento—. ¿Cómo no he deducido que, si yo no iba, se buscaría a otra? He sido una estúpida.

—No tiene por qué ser una amante, no te pongas en lo peor.

Diga lo que diga, sé que piensa como yo, aunque pretenda ser sensata y no actuar por impulsos como estoy haciendo ahora, pero sólo de imaginarlo acariciando a otra persona, que ésta sienta el mismo torbellino de emociones que apenas hace unas horas yo viví, me enfurece tanto que soy incapaz de controlarme. Si estuviera delante de ellos, no sé qué sería capaz de hacer.

—No, Owen —replico para que me entienda—. ¿Qué corbata quieres? —Pongo la voz aguda al plantear esa pregunta, intentando imitarla, y éste comienza a reírse—. No me hace gracia, ninguna, que lo sepas.

Me pidió que fuera con él y, como no acepté, se ha buscado a otra; eso es lo único que puedo pensar en este momento.

—Seguro que es Rosalie, que ha viajado con ellos; debes de haberla oído a ella. —Lo miro con cara de «de quién me hablas» y me responde—. Su secretaria en Cote Solutions, la has visto varias veces. —Sí la he visto, y no es nada fea, para ser sincera—. ¿Estás celosa? Jamás te había visto así.

Mi móvil comienza a sonar y niego con la cabeza; no quiero que lo coja, sé que es él. A los pocos segundos vuelve a sonar y los dos nos miramos hasta que deja de hacerlo y suspiro aliviada.

—Y, la secretaria, ¿le elige la corbata?

Owen niega, sabe perfectamente que no.

—Esa mujer va loca por pillar a un hombre. Lo intentó con Jeff, pero no lo logró, y supongo que lo hará con Sean, pero no le hará ni caso. Él la ignora todos los días, y no te lo digo para tranquilizarte, sino porque es lo que veo en la oficina.

—Pues intentará con más ahínco salirse con la suya; las mujeres como ella son así. —Sé que

mi tono denota la rabia que siento, pero con Owen no tengo que esconderme ni disimular.

—No tiene nada que hacer con él. Sean sólo tiene ojos para ti; lo que no entiendo es que aún lo dudes. —Me giro para no mirarlo a los ojos, porque está muy bien lo que intenta explicarme, pero yo he oído a esa tía elegirle la corbata y eso no lo hace una secretaria, oh, no... Una secretaria hace fotocopias, prepara documentos o café, pero no elige la corbata de su jefe en su habitación de hotel—. ¿A quién ha llamado Sean?

—¿Qué?

No entiendo a lo que se refiere y, por su suspiro de resignación, me queda claro que lo estoy desesperando demasiado.

—Si estuviera tan ocupado con ella, no te habría llamado a ti. —Me niego a reconocerlo en voz alta. Sólo de imaginarla paseando por su habitación, acariciando las corbatas y mostrándoselas para que elija una, despierta una rabia interior en mí que es incontrolable—. Dios mío, no te pongas en lo peor. Mira, verás...

—¿Qué vas a hacer? —Se va hacia la isla y allí coge su teléfono—. ¡No lo lllames! —le advierto, pero no me hace ni caso. Se lleva el móvil a la oreja y Sean responde al segundo—. Oye, tengo un problema con la nueva campaña; creo que debo repetirla desde el principio. —Veo cómo abre los ojos como platos y vuelve a dejar el teléfono para, al instante, empezar a sonar el mío, y él me mira sonriendo—. Contesta. —Niego cuando el teléfono enmudece—. Me acaba de decir que haga lo que me dé la gana, que tiene cosas más importantes que hacer, y Sean no habría dicho eso si no estuviera preocupado por algo mucho más esencial para él: llamarte.

Mi móvil vuelve a sonar y esta vez veo cómo desliza su dedo para descolgar y me lo lanza a las manos para que hable.

—¿Qué quieres?!

—Es Rosalie, ha venido por si se tiene que rehacer algún documento. —Noto la desesperación en su respiración, pero en lo único que pienso es en que podría modificarlos desde su casa y no desde su habitación de hotel, aunque, que Sean me esté dando explicaciones sin que se las haya pedido, es más de lo que hubiera esperado de él. Puede que haya sacado conclusiones precipitadas y en silencio, mientras lo único que oigo es su respiración, me doy cuenta de lo idiota que he sido.

—Tengo que irme. —No sé ni por qué suelto eso, supongo que por no tener que reconocer que realmente lo que quiero ahora mismo es decirle lo imbécil que he sido, y que estoy deseando que vuelva para estar entre sus brazos, porque, por una extraña razón, desde el momento en que lo vi es lo único que deseo.

—Avery, por favor, tienes que creerme. Si no lo haces, me obligarás a hacer algo que no te va a gustar nada.

—¿El qué, Sean? —me envalentono, pues quiero saber hasta dónde está dispuesto a llegar para que lo crea.

—Iré a buscar a Jeff y te lo dirá él mismo; seguro que su palabra no la pondrás en duda...

—¡No! —grito, sin poder controlarme, y Owen camina hasta mí para procurar oír lo que me está diciendo—. No es preciso; te creo, de verdad.

—Me importa una mierda nuestro acuerdo si no vas a estar a mi lado.

Siento que mi cuerpo tiembla; no puedo permitir que toda mi vida se vaya al traste por una pasión desmedida.

—Lo siento, ha sido culpa mía —acabo fustigándome, con tal de que no le diga nada a Jeff; es lo mejor.

—Avery, escúchame. —Me quedo en silencio, esperando a que hable aun siendo consciente de que Owen está a mi lado y lo está escuchando todo—. Te lo advertí: te dije que te fueras y no lo hiciste, decidiste quedarte conmigo.

—Eso no quiere decir... —No me deja terminar la frase.

—Quiere decir que sólo puedo pensar en ti, día y noche. Y eso no me había pasado nunca. Estoy siendo paciente por ti, así que sólo te pido que confíes en mí.

—Ok. —Capto el silencio reinante en la línea durante unos segundos; supongo que está más tranquilo, igual que lo estoy yo—. Pásatelo bien esta noche.

Sé que acabar la conversación con esa frase es un esfuerzo por su parte, pues está traicionando a su instinto controlador por mí, y eso dice mucho de él.

—Gracias.

—Nos vemos a la vuelta, Avery.

—Sí —sigo respondiendo con monosílabos, porque me siento fatal... como una quinceañera que acaba de discutir con su novio y, al final, tiene que admitir que estaba equivocada.

—Era ella, ¿verdad? —Asiento con la cabeza y me siento en el sofá, alucinada por mi reacción. Jamás había sentido algo parecido por nadie; por un instante he creído que todo se me iba de las manos cuando he oído esa voz femenina—. Nunca te había visto así de celosa por nadie.

—Este hombre despierta lo peor de mí.

—Eso es porque ha llegado muy dentro de ti. —Owen me abraza y permanecemos sin movernos hasta que siento que mi corazón late con normalidad—. ¿Nos vamos?

—Sí, por favor.

Bajamos a la calle, donde comenzamos a caminar en dirección al restaurante sin apartar la mirada de la calzada hasta que logramos que pare un taxi. Owen se pasa todo el recorrido hablando con el pobre hombre, que debe de estar flipando con las preguntas de mi amigo. Él tiende a informarse de todo, como si estuviera interesado en ello, cuando, la verdad, ni le va ni le viene, pero él es feliz así. Yo, en cambio, miro por la ventanilla, pensando en lo estúpida que he sido; no me puedo perdonar mi reacción, y me prometo que no volveré a actuar así, y mucho menos por unos celos absurdos, puedo con ello.

Cuando estamos a punto de llegar, oigo la señal de un mensaje entrante y supongo que será Zoé, avisando de que ya ha llegado, pero no, es de Sean.

Entre Rosalie y yo no hay nada, ni tampoco lo habrá.

Lo creo, pero ahora no me apetece contestarle nada. Guardo el teléfono en el bolso antes de bajar del taxi y ver que Zoé nos espera en la puerta.

—Owen, cada día estás más sexy, no sé cómo lo haces. —Él le sonríe con suficiencia, sabiendo que sus kilómetros de *running* diario obtienen resultados—. ¿Has llorado? —me pregunta, mirándome atenta a los ojos.

—No. Será alergia, ya sabes que en primavera me suele pasar —miento. Hace mil años que no sufro alergia, al menos desde que me mudé a Vancouver, y Owen me mira divertido, pero no me rectifica y deja que Zoé se trague mi embuste y así evito tener que dar unas explicaciones que no me apetece.

—¿Y tu reunión con Andrew? —Se le escapa una nerviosa sonrisa y mira hacia atrás—. ¡Zoé! Te lo has tirado. ¿Y el arquitecto? —No me puedo creer que mi amiga, sin responderme verbalmente, acaba de explicármelo todo.

—En Quebec —suelta Owen como si fuera lo más normal del mundo, y los miro a ambos con la boca abierta hasta que ella lo confirma, encogiéndose de hombros—. Vamos dentro, que tienes mucho que contarnos.

Entramos en el restaurante italiano; no es la primera vez que venimos, pues solemos cenar aquí cuando Zoé visita la ciudad, porque le encantan las pizzas y éstas en especial le chiflan. El camarero, al vernos, nos da la bienvenida y nos pregunta dónde preferimos situarnos. Los tres le indicamos que en el piso superior, así que nos acompaña escaleras arriba; la mesa en la que siempre nos sentamos está vacía.

—Si puede ser en ésa... —La señalo con el dedo y el chico nos hace un gesto con la mano para que pasemos y nos acomodemos.

—Pueden ir mirando la carta, ahora mismo volveré para tomarles nota.

—Gracias —le respondo, y veo que se aleja—. Habla —me dirijo a mi amiga y ésta suspira varias veces antes de hacerlo.

—El arquitecto me vuelve loca, pero este hombre... era como si necesitara probarlo para olvidarme de él.

—Ah, lo que se le denomina «polvo de comprobación».

Miro a Owen con cara incrédula y, después, vuelvo a mirarla a ella.

—Pues sí, porque, una vez catado, me quedo con mi arquitecto —responde como si nada, muriéndose de la risa, y yo alucino por cómo se está comportando mi amiga de toda la vida. Pensaba que la conocía muy bien, pero creo que no tanto.

—Esto no es normal, no puedes ir catando a todo el que te cruces para ver si es mejor que el que tienes. —Intento que los dos me entiendan—. No me miréis así.

—Tú eres la que te acuestas con dos hombres a la vez.

Dicho esto, abre la boca y se la tapa, como si hubiera dicho alguna maldad, burlándose de mí, así que le lanzo una mirada asesina.

—Con tres. —Owen eleva tres dedos y los pasea ante nuestros ojos, consiguiendo que Zoé se ría a carcajadas y yo deje de mirarlos, porque odio que le den la vuelta al asunto y yo acabe siendo la peor persona del mundo.

—Ése no es el tema ahora.

—Lo sé, ya te tocará otro día a ti... y, vale, lo reconozco, no lo he hecho bien, pero es que los conocí casi al mismo tiempo y no quería equivocarme.

Si es que hasta la puedo entender; en definitiva, está asegurándose las cosas, igual que hago yo.

—¿Y ahora? —replico, ya que quiero saber cómo va a salir de todo este embrollo.

—Pues le dará puerta al Andrew este y se irá a los brazos del arquitecto. Por cierto, ¿tienes fotos de ellos? —¡Será cotilla!, Owen no pierde oportunidad. Mi amiga, en vez de enfadarse, saca su móvil y abre la aplicación de Instagram—. ¡¿Este es el arquitecto?!

Casi me deja sorda del grito que ha pegado. Entonces miro su pantalla y veo la foto de un pelirrojo muy irlandés que está buenísimo.

—Vaya con el arquitecto... —suelto, coincidiendo con ellos; no puedo negar lo evidente.

—¿Y el polvo de comprobación? —Vuelve a toquetear el buscador de Instagram—. Me quedo con el otro, es más auténtico. —Me fijo en las fotos de Andrew y son todas de postureo, ninguna en la que salga despeinado o recién levantado... En todas está perfecto y en plan seductor. Sin embargo, lo que realmente me sorprende es la cantidad de «me gusta» que tienen sus fotos—. ¿Tú has buscado a Sean?

Capítulo 17

Los dos me miran esperando que les diga algo, pero la verdad es que no lo he hecho, ni tan siquiera se me había ocurrido. Ellos toman la iniciativa y Zoé busca su nombre y nos muestra la pantalla, en la que no aparecen resultados.

—Espera. —Owen le quita el teléfono de las manos, teclea algo y, ladino, nos muestra la pantalla—. No tiene perfil, pero sí que lo han mencionado a través del *hashtag* de la empresa.

Esta vez soy yo la que le quito el móvil y veo la cantidad de fotos en las que aparece como el dueño de la compañía; en muchas de ellas sale solo, posando en algún evento tecnológico o hablando en alguna conferencia; confirmo lo guapo que es, hasta cuando no sabe que lo están fotografiando aparece bien. Luego, cuando desciendo por la aplicación, me centro en una imagen: está con una chica, aunque en el texto adjunto a la foto no se habla de ella en ningún momento.

—¿Alguna novia? —pregunta Zoé, curiosa y divertida por este momento de cotilleo amoroso.

—No parece —digo pensativa, porque en el fondo me extraña que no salga con más mujeres—. Y si ése es su pasado, tampoco debería importarme.

—Entonces, ¿vas en serio con él? —Zoé da palmadas y Owen sonrío, satisfecho—. Avery, no me lo puedo creer... Siempre aposté a que serías una infeliz al lado de Jeff, pero mírate.

—Muchas gracias por la parte que me toca —respondo, molesta; menos mal que es mi amiga, no mi enemiga, porque, si no, no sé qué me habría podido soltar, la verdad.

—Está colgado por ella.

—¿Y Jeff ya lo sabe? —Zoé cambia la sonrisa y se pone seria, porque este tema lo es. Niego con la cabeza y suspiro al tiempo que sé que no va a tardar en hacerlo, sobre todo por cómo está yendo la relación—. Pues debería enterarse por ti.

—Eso mismo le dije, pero supongo que está en una encrucijada.

—Es peor que eso. Recordáis por qué me casé, ¿no? No puedo hacerle esto a Jeff, se lo prometí.

—Ahí discrepo. —Zoé me interrumpe y la miro con cara de «¿tú qué harías?»—. Jeff es mayorcito, vive muy lejos de sus padres... Con decir que os divorciáis será suficiente, sus padres no van a verlo con...

—Con este pedazo de hombre que le quita el sentido —termina la frase él mismo.

—¡Owen! —lo reprende Zoé con un golpe en el brazo mientras se me escapa la risa cuando él se señala de pies a cabeza y las dos nos tronchamos con sus ocurrencias.

—No sé, siempre me ha tratado como a una reina, y no podemos olvidar que es su socio.

Nunca he sido una persona egoísta, supongo que por ello siempre miro por todos antes que por mí, y con Jeff creo que es exactamente lo que me ha pasado; me amoldé a lo que él necesitaba y me acostumbré a vivir así.

—¿Ya saben lo que quieren?

Los tres nos miramos y asentimos sin haber abierto siquiera la carta. Uno a uno, le indicamos la pizza que nos apetece; repetimos nuestra elección de siempre, sin ninguna variación.

—Al final te quedarás sin ninguno de los dos.

—¡No seas cruel! —la reprende Owen, y siento que en el fondo tiene razón. Jeff se enfadará mucho conmigo y sus padres ni me mirarán a la cara, y Sean pensará que soy una fulana que ha jugado con él... Por no mencionar a mi madre, que se obsesionará con que debería volver o, mucho peor, me mandará a mi hermano, que encima se presentará con esa estúpida modelito de pacotilla—. No se va a quedar sola... pero, amiga, mueve ficha. Si tienes que apostar por uno, hazlo ya.

—¿Podemos hablar de otro tema? —demando, y los dos asienten y se ponen a comentar algo del trabajo de Zoé, aunque yo ni los escucho, pues estoy ensimismada en mis cavilaciones... hasta que me llega otro mensaje.

Espero que estés pensando en mí.

Dudo en si debo contestarle o no, pero ya he ignorado su mensaje anterior, así que pienso durante unos segundos y le respondo, sabiendo que esto lo va a sacar de quicio, porque en el fondo es lo que me gusta de Sean, ese estira y afloja seductor que consigue encender cada milímetro de mí.

Pues sí, justo en el momento en el que me he puesto ese conjunto
que tanto te gusta.

Espero impaciente su respuesta y, como suponía, ésta aparece al instante.

Te encanta volverme loco, ¿verdad?

Se me escapa una risa y, al verme con el teléfono en la mano, mis amigos ni me preguntan. Me lo imagino con esa mirada oscura leyendo mis palabras y reprimiendo las ganas de marcar mi número para recordarme lo mucho que me voy a perder por no haber ido con él.

Mucho.

No te gustará tanto cuando te recuerde estos mensajes... Estarás con las piernas abiertas delante de mi boca y suplicándome que te lama, pero no lo haré; sentirás mi respiración, pero no te besaré; rogarás... rogarás...

No sé si abro la boca exageradamente mientras lo leo, pero sus palabras me han encendido de tal forma que me revuelvo en la silla, incómoda. Necesito un poco de agua, o más bien salir de

este restaurante y dar un paseo, pero sigo sentada, con el móvil en las manos, sopesando qué responder.

Y entonces te echaré el polvo de tu vida... Haré lo que sea para que termines lo que hayas empezado, y serás tú quien olvidará este enfado y me follará como nunca has hecho.

Pocas veces he sido tan directa con un hombre, pero con él soy diferente..., más atrevida, dispuesta a todo lo que haga falta con tal de provocarlo. El teléfono vuelve a vibrar entre mis manos y, tras lanzar una mirada rápida a mis amigos, que continúan hablando entre ellos como si yo no existiera, leo su whatsapp.

Estoy delante de Jeff y la tengo dura como una piedra.

Le podría decir que a Jeff seguro que no le importaría en absoluto saberlo, incluso podría proponerse para solucionar su problema, pero no creo que Sean sepa que a Jeff le gustan tanto los hombres como las mujeres, y mucho menos que yo sé tanto de él, así que decido continuar guardando este secreto.

Pues yo de ti iría al baño y me encargaría de solucionarlo. Tienes cinco dedos, ¿no?

Imaginarlo en un baño, apoyado en una pared y acariciando el largo de su miembro, consigue que suspire, tanto que Owen me mira y yo niego con la cabeza para darle a entender que no ocurre nada; aunque ellos no digan ni una palabra al respecto, creo que se están dando cuenta de mi estado. Estoy ardiendo, hasta sudando por su culpa.

Prefiero los tuyos.

Tenía claro cuál sería su contestación, y debo decir que yo estaría encantada de subirme a horcajadas sobre sus caderas y conseguir que su cuerpo obtuviese lo que parece que tanto necesita, pero, para mi desgracia, estamos a gran distancia, y no quiero volver a pensar en quién está ahora mismo con él.

Estoy muy lejos y, además, tengo que dejarte, pues mi cena me espera. Piensa en mí, vestida de satén y plumas... Deja volar tu imaginación.

Sonrío, ladina; sé que esa imagen lo va a desquiciar.

Me froto la frente y respiro profundamente antes de guardar el teléfono en el bolso. No voy a saber si me responde hasta más tarde, cuando lo mire. Sabe que no estoy sola, como tampoco lo está él. Ambos intentamos aparentar normalidad, aunque en el fondo mi mente y mi cuerpo sólo responden a una cosa: a él.

Cuando el camarero trae las pizzas, los tres estamos deseando comenzar a comer y no lo dudamos un segundo, así que separamos los trozos para que se enfríen antes y así poder probar los

primeros bocados.

—Esto es lo que me gusta más de Vancouver. —Zoé gime de placer y Owen intenta reprimir una carcajada, aunque es en vano, ya que acaba escupiendo trozos a su lado, intentando disimularlos como puede con una servilleta.

—Pues vente a vivir aquí, así no estaré tan sola.

—Yo también te echo de menos —me agarra la mano por encima de la mesa—, pero mi lugar es allí. La mayoría de mis clientes son del este, así que tengo que vivir donde realmente me dan de comer.

—Cómo me gustaría que todo cambiara; echo mucho de menos nuestra ciudad.

—Sois unas tradicionales. No podéis comparar esta ciudad con la vuestra —interviene Owen, horrorizado... pero es verdad, no tienen nada que ver. En Vancouver nadie se saluda, nadie se para a ayudar a nadie, todo va a mil por hora; en cambio, en nuestra ciudad natal todo es mucho más afable y hogareño. Es diferente y, aunque viva a miles de kilómetros, siempre me gustará el sitio donde nací.

—Come y calla —zanja el tema Zoé, provocando que Owen la mire con cara de ofendido. En ese momento suena su móvil y, aun con la boca llena, responde—. Humm, no sé... Mañana mi vuelo sale pronto... Bueno... está bien, pero sólo un rato. —Finaliza la llamada y deja de masticar para mirarnos, y sé que algo trama. La conozco demasiado como para que nos engañe—. Andrew me ha pedido que vayamos a tomar una copa al Alternative. No quiero ir sola.

—¿A dónde? —Sé que Owen está intentando averiguar a qué local se refiere, pero, tal y como me pasó a mí, no logra dar con él mentalmente.

—Tengo entendido que es un lugar de pijos —intervengo yo, suponiendo qué tipo de personas van, y recuerdo la negativa de Sean cuando le dije que iría—, pero vamos a ir a comprobarlo por nosotros mismos.

—Gracias, sois los mejores —comenta, y se lleva otro trozo de pizza a la boca.

Sé que me estoy ganando otro castigo, pero soy un poco testaruda y, cuando me prohíben hacer algo, más me llama la atención. Además, él está en Nueva York; no se va a enterar de nada.

* * *

Cuando llegamos a la puerta del establecimiento, el gorila, o armario empotrado con traje negro y gafas de sol a las once de la noche, nos pide que esperemos. Owen me agarra de la cintura; supongo que piensa que, por ser una pareja, nos van a dejar entrar más fácilmente.

—Andrew Anderson me espera dentro.

—¿Señorita Zoé? —Su voz grave da un miedo de narices, pero los tres sonreímos como si nada—. Deben subir al privado.

—Ah, gracias —contesta ella, y nos abre la puerta de un local oscuro en el que vemos a muchas chicas con vestidos diminutos que pasean ante varios hombres, casi todos ellos trajeados.

Conforme avanzamos en busca del reservado, veo indiscretas miradas de cada uno de los hombres que están tomando una copa o besando a alguna chica, a la que dejan de lado para observarnos a Zoé y a mí; incluso les meten mano sin dejar de escanearnos sin que ellas se den cuenta, o quizá se hacen las tontas.

—Zoé, ¡qué alegría verte! Ya empezaba a pensar que me dejarías aquí solito.

Andrew pone cara de pena y, a juzgar por el efusivo saludo que le está regalando a mi amiga, abalanzándose encima de ella para besarle los labios, diría que está bebido; bastante, en realidad.

—¿A este sitio viene Sean? ¿Es un local de copas o hay algo más? —pregunto en voz alta, mirando cada uno de los rincones.

—Ésta es la cueva del lobo. —Me giro para mirar a Owen, que me ha susurrado esas palabras al oído—. Y yo sin saberlo... Creo que voy a venir mucho por aquí.

—Siempre que te dejen entrar... —Intento que nadie excepto él me oiga mientras sigo mirando hacia los pasillos, en busca de algo que me indique qué hay detrás de todo lo que mis ojos alcanzar a ver.

—¿Avery? Estás guapísima hoy. ¿No has venido con Sean?

—Hola, Andrew. Él está en Nueva York.

—Vaya, ¡sí que se lo monta bien!, y no me ha avisado, qué cabronazo.

Abro los ojos como platos y Owen me aparta para autopresentarse y de paso dejarme unos segundos para respirar antes de que vuelva a entrar en cólera.

Zoé me coge de la mano y me la aprieta con fuerza; ella también lo ha oído, y obviamente sabe que ha conseguido que me vuelva a cabrear, porque, vaya donde vaya, o con quien vaya, me recordarán lo bien que se lo pasa Sean con otras mujeres. ¿No podría haberme fijado en alguien un poco menos complicado?

—Hoy tenemos el reservado para nosotros solos —anuncia, pero yo no veo ninguna parte de este lugar en el que haya una zona apartada, lejos de las miradas del resto. Sin embargo, prefiero no decir nada y sigo caminando tras Owen y Andrew, quienes parece que se conozcan de toda la vida, todavía agarrada de la mano de mi amiga.

Bajamos una escalera y no veo a nadie; la luz es un poco más tenue que antes, aunque no detecto nada que me indique que sucede algo extraño. Cuando Andrew se para frente a una puerta, el resto nos miramos expectantes, cuando el frío de la calle nos abofetea y descubro que el privado es un patio interior perfectamente acristalado desde el que podemos ver la emblemática torre de Vancouver.

—¡Es increíble! —susurra Zoé, ante la diversión de Andrew por nuestras caras de sorpresa.

—Somos muy pequeños ante esta gran ciudad, y esto lo podemos ver gracias a Sean; él se encargó de acristalar esta terraza, que antes era un almacén siniestro.

Miro a Owen con los ojos abiertos exageradamente.

—¿Este establecimiento es de Sean? —Es Owen el que se encarga de hacer la pregunta que no para de repetirse en mi cabeza.

—No, es mío —dice como si nada. Y no sé por qué siento alivio, porque, si lo fuera, tampoco sería para tanto—. Sean es mi amigo, y me aconsejó muy bien.

—¿Y en este local todas las personas que acuden vienen a...? —No termino la frase, todos me han entendido perfectamente.

—Aquí sólo pueden entrar personas de la *jet* preautorizadas; eso sí, una vez dentro, tienen libertad absoluta para hacer lo que quieran.

—Sexo —confirmo mis sospechas.

—Lo que quieran, menos en este sitio. Esto es totalmente privado, exclusivo para muy pocos. Sean es uno de los escasos privilegiados a los que dejo venir.

¿Para ellos solos o en compañía? No lo voy a averiguar, porque sé que lo único que voy a lograr será enfadarme todavía más, y creo que ya he cubierto el cupo de cabreos por esta noche.

Aparece una chica con una botella en un cubo con hielo y Andrew nos invita a sentarnos en unos sillones blancos en los que casi podemos estirarnos y nos ofrece una copa a cada uno.

—¡Quiero hacer un brindis! —Levantamos la copa y Andrew se pone de pie—. Por las cosas bonitas que nos depara la vida.

—Amén. —Zoé es la primera en chocar la copa contra la suya y después lo hacemos los demás—. Porque, lo que ocurre en Vancouver, se queda...

—En Vancouver —finaliza la frase Owen, y nos bebemos lo que quedaba de la copa en el segundo brindis.

La música comienza a sonar y Andrew es el primero que empieza a bailar al ritmo de la armónica melodía. Zoé lo sigue y cualquiera diría que prefiere al arquitecto, porque se está refregando con él de una manera que incluso Owen está sorprendido.

—Jolín con la chica de pueblo.

—¡No somos de pueblo! —lo amonesto, golpeándolo en el hombro, y él se encarga de llenar mi copa de vino blanco. Está exquisito; la verdad es que, sin darme cuenta, ya me he bebido dos copas enteras, y como siga a este ritmo me van a tener que llevar a casa en brazos—. Somos de ciudad, una muy grande y muy fría.

—Eso lo sé; aún recuerdo cuando fuimos a aquella cabaña... ¡Para qué os hice caso!, casi muero congelado, y vosotros dos riéndoos de mí como dos chiflados.

—¿Crees que Jeff me lo perdonará algún día? —le pregunto mirando a Andrew, que, aunque tanto físicamente como por la personalidad no se parece en nada a Sean, coinciden en su forma de vivir la vida, de disfrutar de las mujeres... y, aunque intente pensar que conmigo todo puede ser diferente, sé que en el fondo él necesitará seguir con toda esta vida y yo quedaré relegada a un lado como una mota de polvo.

—Claro que sí; te quiere mucho y, decidas lo que decidas, siempre te apoyará, igual que yo.

—Gracias, Owen.

—No tienes que dárme las gracias, pero tendrás que compensármelo esta noche, ¿no me vas a dejar así? —Señala su pantalón, donde se marca perfectamente su erección a causa del bailecito de mi

amiga.

—Te vas a quedar así; no voy a participar, no mientras esté con él.

No da crédito a mis palabras, pero es lo que siento. No quiero engañarlo, no a Sean, de este modo. Si no soporto la idea de que se acueste con otras mujeres, yo tampoco debo hacerlo con otros.

—Pues ahora sí que ya te puedes ir buscando una excusa.

Owen tiene razón. Jeff sabrá que me pasa algo si de repente dejo de acostarme con ellos, como siempre he hecho hasta ahora.

—Cuando vuelva Jeff, le explicaré que he conocido a una persona...

—Pero no que es Sean —sentencia mientras me mira muy serio. Sabe que me aterra decírselo y, aunque los dos sepamos que llegará el día en el que lo descubrirá, de momento iré amortiguando el tema paso a paso.

—No puedo, necesito un poco más de tiempo.

—Vas a apostar por él, ¿verdad?

Me muerdo el labio inferior y me bebo la copa de un trago para reunir valor, y lo miro al tiempo que afirmo con la cabeza, escapándose mi risita, supongo que fruto del vino que ya he ingerido o de lo infantil que me siento.

Capítulo 18

Llevo dos días trabajando como una loca; que Sean y Jeff estén fuera me ha dado mucho tiempo para mí, para ponerme al día con las nuevas propuestas para varias empresas. Con que salgan adelante un par de ellas, tendré asegurado el pago de unas cuantas facturas, y eso es genial; ni yo misma me puedo creer lo rápido que se está corriendo la voz de mis servicios entre los empresarios de esta ciudad.

Ayer fui a cenar con Román, que, como siempre, me trató como un auténtico caballero. Durante la reunión, incluso estuvimos hablando de hacer, dos meses al año, un curso de reciclaje, de motivación para los empleados, hecho que me parece ideal para que el espíritu que ha conseguido que reine en la compañía no decaiga conforme pase el tiempo. Sean apenas me ha escrito y, la verdad, yo no he querido hacerlo tampoco, supongo que por miedo a no obtener respuesta. De todas formas, deben de estar muy ocupados, porque Jeff apenas nos ha llamado. Por lo poco que ha podido averiguar Owen en la oficina, no les está yendo demasiado bien la obtención de la patente y, según he entendido, sin ella están perdidos, pues no podrán continuar con ese proyecto, lo que supone perder el tiempo y el dinero que han invertido en él.

Oigo el tono de llamada de mi teléfono, que está sobre la mesa del comedor, y corro hasta él. Veo que quien me llama es Zoé; no es que no me alegre de que sea ella, pero el caso es que tenía una pequeña esperanza de que fuese él.

—Vaya, pero si me llama la del polvo de recomprobación.

—No seas mala. —Sé que está sonriendo, igual que hizo cuando nos informó de que se iba al hotel con Andrew. Owen y yo nos quedamos alucinados, pero no le dijimos nada; bueno, Owen, sí: le recordó que una vez no es suficiente para saber si te has equivocado o no, y bautizó ese encuentro como el polvo de recomprobación—. Y sirvió.

—¿Para aclararte que te pone más el arquitecto? Amiga, no juegues con fuego...

—Hablando de fuego, ¿dónde está el tuyo? ¿Ya ha vuelto?

Salgo a la terraza y me siento en la tumbona, desde donde puedo sentir el aire que corre. No sé por qué, cada vez que hablo o pienso en él, la temperatura de mi cuerpo se eleva como si fuera a explotar.

—Aún no... No sé nada de Sean.

—Llama a Jeff—responde tan tranquila.

—Tampoco hemos hablado mucho desde que se fue; creo que están muy liados. —Mientras le respondo, barajo la posibilidad de enviarle un mensaje, pero la declino al instante. Si quiere

saber de mí, ya me escribirá si le apetece—. Me llamas, ¿por?

—Porque me aburro. —Se me escapa una carcajada—. Es más, estoy pensando en celebrar una fiesta. Vendríaís, ¿no?

—¿A Quebec? —Por un momento me emociona la mera idea de volver a mi casa—. Por supuesto, pero tendrías que avisarme con tiempo, para poder organizarme.

—Eso está hecho. Pues nada, te dejo trabajar.

—¿Cómo sabes que es eso lo que estaba haciendo?

Me sorprende que lo dé por hecho, cuando en ningún momento lo he mencionado ni ella me ha preguntado por ello.

—Porque estamos igual de enfermas, y yo también lo estaba haciendo.

—Vaya par, tendríamos que vivir más cerca. —Le pongo voz de pena, para que se anime a venir más o incluso a mudarse—. Ya lo sé, tus clientes están allí. —No tengo que esperar su respuesta, la conozco de sobra.

Nos despedimos y entro en el salón. De repente imagino una reunión de amigos y se me ocurre una brillante idea. Es tan buena que no me lo pienso y corro hasta el *loft* de Jeff y aporreo la puerta con todas mis fuerzas hasta que Owen, perezoso y despeinado, supongo que estaba en el sofá, me abre y me cuelo en el interior ante su sorpresa a mi inesperada visita.

—¿Estás bien?

—¡Owen, lo tengo! —Aprieto los puños y paso el peso de mi cuerpo de un pie al otro varias veces hasta que decido soltarle mi bomba—. Jeff, contratándome, pretende conseguir que todos en vuestra oficina estéis más unidos, que no se respire tensión entre directores y trabajadores. Pues... —alza una ceja, esperando a que diga de una vez lo que se me ha ocurrido—... ¡nos iremos de excursión!

—¿A dónde?

—Al Lynn Canyon. —Me mira como si estuviera chiflada, pero yo considero que es una buena idea que el personal pase un día divertido y, además, vea en chándal y relajados a esos jefes que cada día van de traje y corbata, y con los que apenas cruzan una palabra. Es una idea estupenda, seguro que a Jeff le parecerá fantástica.

—Sean te va a decir que te vayas tú.

—Va a venir, de eso me encargaré yo.

—Mucha suerte. —Me da un toquecito de ánimo en la espalda y bosteza como un oso—. ¿Te quedas a ver una película?

—No, me voy a organizarlo todo —le respondo con un tono de voz más alto de lo normal, pero la emoción de preparar algo diferente, algo original, me provoca que esté deseando ponerme a ello.

—¿En serio?

Asiento y me voy por donde he venido, dejándolo sin habla.

Me siento en el sofá con el portátil entre las piernas y extraigo toda la información que necesito

de la documentación que Jeff me facilitó para que pudiera serme útil para mis sesiones. Lo más importante es el número de personas y es lo primero que consigo. Una vez que ya tengo ese dato, me dispongo a encontrar hoy mismo autocares para que nos lleven hasta nuestro destino. Así me paso varias horas, solicitando presupuestos y escribiendo al parque natural para resolver algunas dudas. Sin darme cuenta, poco a poco me va venciendo el sueño y cada vez me acomodo más, hasta caer rendida.

* * *

Abro un ojo y veo la sombra de un hombre sentado al otro extremo del sofá, con la cabeza entre las manos. Me levanto como un resorte y, en la oscuridad de la noche, gracias al pequeño destello que emite la pantalla del portátil, vislumbro el rostro de Jeff.

—¿Estás bien? ¡Jeff! —Levanta la cabeza y veo sus marcadas ojeras y los párpados inflamados debido al cansancio—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, no paran de ponernos palos en las ruedas. No lo hemos logrado. —Su voz es grave, endiabladamente rabiosa, y no sé qué decirle, porque conozco la importancia que tenía esto para él.

Me pongo de rodillas delante de sus piernas y las abrazo con todas mis fuerzas; luego recuesto mi cara en ellas y siento cómo me acaricia el pelo.

—Sé que no sirve de nada lo que te voy a decir, pero al final todo saldrá bien.

—Sin esa patente, estamos jodidos, acabados. —Termina la frase en un gran suspiro, dejando salir todo su cansancio, y se frota los ojos.

—Vamos a la cama, necesitas descansar —le propongo.

Lo cojo de la mano y lo guío escaleras arriba; él me sigue sin rechistar.

Se quita la ropa y, en bóxers, se deja caer en el centro de la cama, boca abajo, hundiendo la cabeza entre los dos almohadones, y lo miro con ternura. Está agotado, pobre.

Me tumbo a su lado e intento ganar espacio a base de empujones con la cadera, hasta que al fin se pone de costado y me puedo acomodar dándole la espalda; me abraza pasando uno de sus brazos por mi cintura y, casi al instante, oigo que su respiración es pesada, profunda; se ha dormido. No le he preguntado por Sean. ¿También habrá vuelto ya? ¿Me habrá escrito o llamado y no me he dado cuenta? Sólo de pensarlo, me pongo nerviosa, pero ahora Jeff necesita sentirme, y se lo debo, por ello no me muevo de su lado.

* * *

—¡Buenos días, pareja! —Abrimos los ojos y nos desperezamos mientras vemos a Owen con una bandeja con el desayuno; este hombre es el mejor del mundo. Hay dos vasos con zumo de

naranja y unos bollos que tienen pinta de estar recién hechos—. No los mires así, no son para ti. —Pongo cara de mosqueo y los dos se ríen de mí.

—Tengo que llamar a Sean, esperad un momento. —Miro a Owen y él me entiende perfectamente. Los dos observamos cómo se levanta, coge su teléfono y marca el número. Me acomodo y cojo un panecillo de la bandeja; Owen intenta evitarlo, pero le regalo una sonrisa victoriosa cuando le pego el primer bocado, y él niega con la cabeza, en silencio—. No responde. Estará con Rosalie.

Oír esa frase me ha revuelto el estómago, tanto que dejo el bollo medio mordido sobre la bandeja.

—¿Qué ha pasado? —Owen, que ha sido testigo de mi reacción, intenta averiguar lo sucedido en Nueva York al tiempo que evita que Jeff se dé cuenta de lo mucho que me ha afectado que Sean esté con esa mujer. Aunque tengo claro que él le está dando calabazas, sé perfectamente que las mujeres somos muy pacientes, por lo que habrá algún momento en el que él baje la guardia y caiga; sé que caerá.

—Sólo nos han dicho que hay un conflicto de intereses, pero Sean conoce a un tipo que trabaja en ese departamento y está intentando averiguar qué ocurre realmente.

—¿Cuándo vuelve él? —intento simular que la pregunta es casual, inocente, que no me importa mucho la respuesta, aunque en el fondo estoy deseando saberlo, y sobre todo entender por qué narices se ha quedado esa tipa con él.

—No lo sé, supongo que cuando consiga alguna información más fiable. Nuestra tecnología hará peligrar la forma de vida actual y hay muchos intereses detrás de todo esto. Siempre lo hemos sabido, pero creemos que debemos seguir adelante, que el planeta se merece algo mejor.

—Aún no te pongas en lo peor, puede que Sean logre algo más. Conoce a mucha gente —intenta tranquilizarlo Owen.

—Pero hay algo raro..., algo en todo este asunto que me da mala espina. No podemos tener siempre tan mala suerte; con cada paso que damos, aparece algún problema.

—A ver, la negatividad no ayuda, así que, por favor, relájate. Ven a desayunar y vamos a tranquilizarnos todos. —Mientras le digo esto, doy unos golpecitos sobre la cama y él me mira con cara de pocos amigos. Sin embargo, tras unos segundos en los que me observa fijamente, me hace caso. Una vez sentado, coge el panecillo que yo he dejado a medias y se lo termina.

Lo veo tan abatido que me duele el alma. Yo me he pasado gran parte de la noche organizando una excursión y él, en cambio, cargando una gran cantidad de problemas a sus espaldas; no merece otra cosa distinta a que hoy estemos por él.

—Será mejor que anulemos el curso de formación de esta tarde. —Me pongo de pie para coger mi teléfono, pero Jeff me agarra de la mano y me detiene. Lo miro sorprendida y niega con la cabeza. Pensaba que no querría saber nada de sesiones formativas hasta solucionar los problemas más importantes—. ¿Estás seguro? —demando. Asiente en silencio. No quiero que lo haga por mí, pues ahora la prioridad es él y el futuro de su compañía, no que yo esté formando a unas personas

para que cualquier día de éstos se vayan a la calle, insisto—. Jeff, de verdad que no me importa; buscaré nuevos clientes... Es más, tengo varias nuevas propuestas laborales.

—Nada va a cambiar; de un modo u otro, seguiremos adelante..., así que hoy te quiero en Cote Solutions, enseñándonos lo buenos que podemos llegar a ser si conformamos un equipo.

—¿Quieres que en esta sesión me centre en el trabajo en equipo? Se me ha ocu... Da igual, ya te lo contaré más adelante.

—¿Qué se te ha ocurrido, cabeza pensante?

—El único fallo que tiene esta organización es que los directivos estáis muy arriba —alzo una mano para que entienda lo que quiero transmitirle— y el resto de empleados, muy abajo —desciendo la otra, intentando que entre ambas haya una distancia considerable, y los dos miran mis manos y después entre ellos, hasta que asienten y esperan a que continúe hablando—. Tenemos que demostrar que todos y cada uno de los que trabajáis allí sois importantes y formáis parte de un equipo, y qué mejor forma que hacer una salida todos juntos.

—¿Una excursión? —Jeff me mira con cara de preocupación, pero yo asiento—. No creo que Sean esté dispuesto a irse de pícnic con su plantilla.

—Yo creo que más de una aprovecharía para intentar comer a su lado. ¿Te lo imaginas?

—¡A ver, os podéis callar! —Owen podría tener la boca un poco cerrada, pero lejos de hacerlo no deja de decir cosas que me ponen de muy mala leche. Las odio a todas, odio a cada una de esas empleadas que supongo que le pondrán ojitos—. Es una actividad al aire libre, y no hay que comer con nadie que no queráis.

—Si crees que nos puede ayudar, hagámoslo. —Imagino que tengo cara de sorpresa, porque Jeff se acerca a mí y me acaricia la barbilla antes de decirme—: Confío en ti; de Sean ya me encargaré yo.

—Genial, porque ya he pedido presupuestos. En cuanto me lo confirmen todo, cerraremos una fecha. —Me pongo de pie y miro la hora—. Ahora, si no os importa, me tengo que ir a trabajar.

—¿Cómo va con Sonia? —La pregunta de Jeff me descoloca, la verdad. ¿Sonia?—. ¿No tenías una nueva clienta llamada así?

—Sí... bueno... El caso es que sus horarios me descolocan —suelto. Menos mal que me he acordado de la mentira que le solté para librarme de él y poder quedarme con Sean. Sólo de recordar aquel momento en la oficina, siento un fuego interior que no soy capaz de soportar. Ahora sí que necesito una ducha urgente.

—Bueno, ahora sí que te dejamos tu espacio —me dice—. ¿Me invitas a desayunar? —se dirige a Owen. Jeff se levanta de la cama y él, sonriente, le dice que sí. Cuando pienso que se van a ir de mi habitación, veo cómo Owen se acerca y me da un casto beso en los labios para acercarse disimuladamente a mi oído.

—Si vas a seguir mintiendo, lo mejor será que seas más convincente.

No le puedo responder, no sin que Jeff se dé cuenta de que pasa algo y se haga preguntas acerca de qué estamos susurrando y tenga curiosidad por saber aquello de lo que no se está enterando, así

que me resigno a que se marchen, no sin apuntarme en mi lista de tareas pendientes prohibirle a Owen cuchichear cuando no estemos solos.

Me adentro en mi baño una vez que sé que estoy sola en casa y me desvisto para meterme en la ducha. A través del espejo, veo cómo el morado de mi cadera apenas se percibe ya, pero no puedo evitar acordarme de él... No dudo de que vaya a hacer una estupidez, pero no me contengo más. Salgo hacia el dormitorio, cojo el teléfono y compruebo que no tengo llamadas de Sean, ni siquiera un mensaje, pero no me importa. Regreso al baño y me hago una foto completamente desnuda, señalando el moratón, y, sin pensarlo, porque si lo hago sé que no seré capaz, se la envío. Tengo la esperanza de que me responda algo.

Reviso su estado y veo que aparece en línea; como en varias ocasiones anteriores; la aplicación me indica que está escribiendo, pero se lo debe de pensar mejor, porque no aparece ningún mensaje. Frustrada, enfadada y muy pero que muy excitada, me adentro en la ducha y abro el grifo, con lo que me cae en la cara el primer chorro de agua helada, que me pone la piel de gallina y consigue que me encoja, apoyada contra la pared de la ducha.

—Soy una idiota. Seguro que estará con Rosalie y yo, enviándole fotitos. ¡Estúpida!

Doy varios puñetazos a la pared y giro el monomando de la ducha para que comience a salir agua caliente.

Capítulo 19

—¿Tienes planes? —me pregunta Owen. Sigo guardando mis cosas dentro del bolso sin mirarlo, porque la verdad es que llevo un día pésimo. Supongo que haberme despertado ya de mal humor, porque es viernes y no sé nada de él a pesar de haberle mandado ayer el mensaje, ha influido en mi estado de ánimo.

Se suponía que este fin de semana lo tenía reservado para él, pero no tengo noticias suyas. Estoy en su empresa, pues acabo de terminar la formación, y aún no se sabe nada de Sean. Jeff está desesperado porque cree que no ha conseguido la patente, y yo, porque sólo de pensar que ella sigue con su jefe me pone de una mala leche impresionante; no puedo controlar la rabia que bulle en mi interior.

Tenía la esperanza de que, cuando llegara a la oficina, Rosalie ya estaría aquí, pero no es así; en recepción estaba una de sus compañeras, y desde entonces experimento una angustia que casi no puedo disimular delante de Jeff.

Desde mi posición veo la recepción ya vacía, así que supongo que ella no ha vuelto, al igual que no lo ha hecho Sean.

—¿Te esperamos? —Esta vez es Jeff el que aparece en la sala de reuniones cuando estoy a punto de colgarme el bolso al hombro.

—No, id tirando; me voy a tomar algo.

—¿Segura?

—Sí.

Se acerca para despedirse tras mirar a su alrededor y comprobar que no hay nadie. De todas maneras, aunque estamos aparentemente solos, prefiere guardar las formas y agacha la cabeza en señal de despedida en lugar de besarme.

Las luces se van apagando conforme todos van saliendo. Tendría que hacer lo mismo, pero me detengo frente a su despacho. Sin pensarlo dos veces, entro en él y me siento en su silla. Acaricio el canto del escritorio, el que me clavé el otro día en la cadera y me hizo sangrar, y vuelvo a ver su rostro mientras me empotraba como un verdadero animal. Nadie me había hecho sentir algo parecido. Oigo un ruido y me giro corriendo; veo a Rosalie apoyada en el quicio de la puerta y la miro, alucinada... No sé si por saber que está aquí y no con él, o porque me ha pillado en su despacho y no sé qué narices inventarme como excusa.

—¿Qué haces aquí? —Su tono, déspota, me saca de mis casillas. Espera que me vaya pitando, pero lejos de ello apoyo los codos en el cristal de la mesa y cruzo los brazos.

—Nada.

—Aquí no puedes estar. —Me hace un gesto para invitarme a salir.

—¡Estoy esperando a Sean! —Mi contestación la sorprende durante unos segundos, hasta que rompe a reír en una gran carcajada.

—Sean está demasiado cansado como para dedicarte su tiempo. —No es una arpía, es peor; la pobre idiota está enamorada de él—. ¡Así que será mejor que te vayas! —Levanta el tono de voz lo suficiente como para que la oiga cualquiera que pueda estar a nuestro alrededor.

—¡Te he dicho que he quedado con él! —Esta vez soy yo la que elevo el tono de voz, envalentonada porque yo sé algo que ella desconoce.

Sean acaba de subir la escalera con sigilo y ha oído perfectamente cómo me echaba. Ahora mismo está de brazos cruzados, esperando a que se dé cuenta de que está a su espalda. Yo, al ver la rabia con la que la mira, me siento la mujer más feliz del universo.

—Tú misma, pero, si quieres un consejo, ponte a la cola; no eres la única que va detrás de él. Y te aseguro que, antes que tú, estoy yo.

—Rosalie, es mejor que te vayas a tu casa. ¡Ya! —En cuanto oye su voz y es consciente de que la ha pillado, tensa cada uno de sus músculos. Me mira con los ojos muy abiertos y cargados de furia; a punto estoy de lanzarle un beso, pero me comporto y rechazo la idea, pues, si lo hago Sean, me va a ver y no creo que le guste mucho ese acto.

Cuando se gira, me fijo en cómo la mira él: está en un tris de explotar. Aprieta los puños con fuerza y tiene la mandíbula tensa, creo que hasta percibo cómo sus dientes chirrían de lo prietos que los tiene. Ella se da cuenta perfectamente, así que, lejos de seguir replicando, decide callarse e irse sin mirar atrás, y siento que he ganado una pequeña batalla.

—Así que me estás esperando... —Su voz es ronca, cargada de deseo, pero al mismo tiempo de cansancio..., aunque tan sensual que, con esa sola frase, provoca que sienta un revoloteo en mi interior que apenas me deja controlar las emociones.

—Tengo en mi agenda la tarde reservada para ti, aunque tenía mis dudas acerca de que vinieras.

—¿Sólo la tarde? Creía que habíamos acordado todo el fin de semana, y yo nunca faltó a mis citas.

«¡Y no sabes lo que me alegra saberlo!» De repente me doy cuenta de que estoy sentada en su silla del despacho y me pongo de pie de inmediato, como si el culo comenzara a quemarme.

—Te has saltado mi formación de hoy, no me has respondido al mensaje que te envié..., así que pensaba que no aparecerías.

Rodeo el escritorio y me apoyo en el cristal de la mesa mientras él se dirige hasta su silla, la que yo estaba ocupando, aunque no me ha dicho nada por ello, y deja su americana y una bolsa, en la que intuyo que está su portátil, y comienza a desabrocharse los primeros botones de la camisa. Ante esa visión, tengo que hacer un esfuerzo para tragar saliva sin ahogarme.

—¿Ese que consiguió enfurecerme tanto que tuve que partirle la nariz a una persona? —Abro

los ojos desmesuradamente, al igual que mis labios se entreabren, porque no entiendo muy bien qué es lo que ha hecho, ni a quién—. Estaba a punto de conseguir mi propósito por las buenas, hasta que me llegó el whatsapp con la foto. No debería haberlo mirado, pero tenía que comprobar si eras tú la que habías interrumpido mi reunión. —Apoya ambas palmas sobre el escritorio y deja caer su peso en ellas para aproximarse todo lo que puede a mí—. Cuando te vi desnuda, sentí que estaba perdiendo el tiempo, que debería estar follándote y no convenciendo a un imbécil de algo que tendría que estar solucionado.

—Y le pegaste.

—Y lo logré. —Me agarra de las manos y me acerca a él hasta que estamos a una distancia suficientemente corta como para lanzarse a mis labios; ambos nos buscamos cargados de deseo, sin importarnos que nos vean. Ahora mismo lo único que necesito es volver a sentirlo. Rodeo su cuello y con las manos acaricio su cabello al tiempo que él rodea mi lengua con la suya con ansia; entonces, empujo el cristal de su mesa con las caderas para poder aproximarme al máximo, pero no me es suficiente, así que dejo de besarlo para soltar un suspiro de resignación—. Vámonos de aquí.

Asiento, claro que me voy. En este instante lo único que quiero es sentirlo mejor, no tener impedimentos, y en este despacho hay demasiados. Cuando camino hasta la puerta veo cómo, a toda prisa, coge de nuevo sus cosas y, a continuación, coloca su mano al final de mi espalda para invitarme a salir. Tentada estoy de girarme y volver a besarlo, pero sé que Rosalie está justo delante, mirándonos, y no le voy a regalar más motivos para que hable de mí... aunque Sean tiene otros planes, porque, justo cuando avanzamos hacia ella, apenas nos quedan un par de metros para llegar a donde está, me agarra con fuerza de la mano y su secretaria no disimula y se le descompone el rostro. No puede ocultar la rabia que siente por mí y en el fondo no la culpo, porque estos días yo he sentido la misma por ella. Supongo que ambas somos víctimas de la atracción que despierta este hombre.

—Buen fin de semana, señor Cote —se despide de Sean con la fingida sonrisa más falsa que he visto en mucho tiempo, pero, al igual que ella, yo también sé poner la misma; cuando ella la ve, me mira todavía con más desdén.

—Igualmente.

Ni la mira cuando pasa por su lado y ella se da perfecta cuenta de ello; por eso su actitud es peor de lo que ya había sido hasta ahora. Yo sigo agarrada de su mano, y temo que Rosalie lo vaya pregonando entre sus compañeros y, finalmente, llegue a oídos de Jeff. Tengo que hablar con él. No puedo seguir engañándolo, porque sé que más temprano que tarde se va a enterar de lo que está ocurriendo y no quiero que lo haga por una tercera persona.

Abre la puerta del edificio donde está la oficina y me invita a salir. Fuera, aparcado, hay un todoterreno negro con los cristales tintados justo delante. Me estrecha la cintura y, tras darme un beso en la cabeza, me guía hasta el vehículo.

—Cambio de planes: llévanos a Stanley Park. —Abre la puerta y lo miro flipando. Él no dice

nada, sólo me sonrío a la espera de que me acomode, pero cuando lo voy a hacer dice algo que me detiene—. Pensaba que no me habrías esperado, aunque tenía un plan para recuperarte, pero no ha sido necesario.

No sé si temer su plan, o simplemente sonreír, porque ahora mismo lo único que puedo ver delante de mí es al hombre más espectacular con el que jamás he estado. Nos miramos unos segundos y es él quien no puede aguantar más y me empuja hasta quedar de espaldas sobre el lateral del todoterreno y, en medio de la calle, sin importarle que todo el que pasa por nuestro lado pueda vernos, me agarra de la nuca y me besa con una tranquilidad parsimoniosa que me enciende entera. Me besa y me mira, y sonrío. No me creo que esto me esté pasando a mí; siento que todo se está magnificando de tal manera que estoy perdiendo el control, incluyéndome a mí misma, pues ya ni me reconozco.

—¿Subes?, ¿o seguimos protagonizando el espectáculo del día?

Me muerdo el labio inferior y, al apartarse de delante de mí, capto que varias personas nos observan. Ahogo un grito y él, lejos de esconderse, les dice adiós con la mano. Me siento rápidamente, con la respiración entrecortada, y veo que en el asiento del conductor está su chófer; lo reconozco en el mismo instante en el que me mira a través del retrovisor.

Me siento avergonzada, sobre todo cuando Sean se sienta a mi lado y, tras iniciar la marcha, me agarra de la barbilla y vuelve a besarme con la misma pasión de antes. Esta vez sólo nos ve una persona, pero estoy más cohibida que hace un momento y supongo que lo nota, porque se aparta, sonriente.

—¿Aún sigue morado? —Cuela un dedo en mi camisa para acariciar mi cadera, pero el pantalón ajustado no se lo permite—. ¡Te lo dije!

—¿El qué? —respondo casi en un susurro, porque no quiero que me pueda oír el chófer.

—Odio los impedimentos —responde como si nada, y agacho la cabeza—. En un rato me desharé de ellos. —Abro mucho los ojos y me acaricio las cejas, nerviosa. No me puedo creer que esté hablando tan tranquilo con un testigo delante—. Hugh es de la familia, ¿verdad?

—Yo no juzgo, señorita Gagner.

Cruzo la mirada con él a través del espejo retrovisor y me regala una sonrisa que, la verdad, me tranquiliza.

—Ves...

Pasa un brazo por encima de mi hombro y apoyo la cabeza allí mientras, de soslayo, miro hacia el exterior. Ya es de noche y se nota que es primavera; por ello, en las calles hay gente paseando y conversando como si nadie la estuviera observando, y yo, lejos de dudar acerca de lo que estoy haciendo, me siento más y más segura de que deseo quedarme a su lado. Aún no sé cómo voy a salir airosa de esta situación; sin embargo, cuando estoy cerca de él, no me importa mucho.

Le acaricio la barba, que ahora tiene un poco larga —supongo que estos días no se ha afeitado— y me fijo en sus párpados, que están un poco inflamados. Aunque él quiera aparentar que está perfectamente, por su expresión sé que está cansado, mucho. Sus ojeras son bastante moradas y

ensombrecen ese rostro tan sexy que siempre tiene. Sigo acariciándole la barba cuando él me besa la punta de la nariz.

—Estaba deseando volver. —Su pecho se infla y desinfla mientras pronuncia esas palabras, y sé que me dice la verdad.

—¿Sí? —Vuelvo a mirar al frente; no me siento cómoda al mantener esta conversación delante de alguien que sin duda nos puede oír; aunque a él no le importe, a mí, sí—. Yo pensaba que estabas muy ocupado... —Mi voz se apaga conforme lo digo; odio que sepa lo mucho que me ha dolido saber que estaba con otra mujer, pero no soy capaz de disimularlo.

—Y lo estaba, con Jeff. —Sé que me ha entendido perfectamente, y por ello hace más hincapié en el nombre—. Rosalie no tendría que haber venido, pero él insistió, y no ha hecho más que estorbar. —Al final responde a la pregunta que no he planteado pero que ambos sabemos que flotaba en el aire... y es la única que nos separa en estos momentos.

—¿Con Jeff? —Necesito saber la verdad, aunque no sé si va a ser sincero conmigo. De todos modos, si él no lo es, sé que Jeff si lo será y, al fin y al cabo, me voy a enterar de todo.

—Sí, no quería oírlo más —claudica con hastío y, aunque en algún momento haya dudado de él, ahora tengo la sensación de que, al menos durante estos días, no ha tenido nada con ella. Y eso hoy es lo que quiero creer.

—¿Podremos cenar algo allí a donde vamos? —cambio de tema, porque lo último que deseo es mencionar a esa mujer, por miedo a romper esa conexión tan grande que tenemos cuando estamos cerca el uno del otro.

—¿Tienes hambre?

Asiento, aunque realmente no la tengo, pero debo alimentarme. He estado tan ocupada durante todo el día que no he tenido ni un minuto para sentarme y poder comer como Dios manda.

Hugh continúa circulando como si estuviera solo en el coche, y yo empiezo a acostumbrarme a verlo ahí, tras el volante. Conforme ralentiza la marcha, me doy cuenta de la cantidad de coches que hay parados delante de nosotros.

—Ya hemos llegado. Será mejor que bajen aquí, pues no podré llegar hasta la puerta —nos informa el chófer, mirando a nuestro alrededor, igual que hace Sean. Éste, tras asentir con la cabeza, me mira, abre la puerta del todoterreno para bajar y luego me ofrece su mano para ayudarme a hacer lo mismo.

—Hugh, te avisaré cuando queramos irnos.

—Perfecto. Pásenlo bien, señor y señorita Gagner.

Se despide con un educado movimiento de cabeza y yo le sonrío, avergonzada, sin llegar a decir palabra alguna, porque es de las pocas veces que me siento fuera de lugar. Sean tiene chófer, y yo ni siquiera tengo coche propio; para mí, su forma de vivir es muy ostentosa, la verdad.

Muchas personas caminan en una única dirección, el interior del parque. Es la primera vez que lo visito, al menos por dentro, porque he pasado con Jeff por delante en coche, pero hasta este momento no había encontrado el momento de pasear por él. Extrañamente, hoy hay mucha gente, y

lo que me llama poderosamente la atención es la cantidad de personas que, sonrientes, van en la misma dirección que nosotros.

Sean me agarra de la cintura y me aproxima un poco más a él para volver a besarme en la cabeza, porque, aunque no soy bajita, él es bastante más alto que yo y eso es lo que tiene más cerca si no me pongo de puntillas.

—¿Has venido alguna vez a este parque?

—No. ¿Hay una fiesta? —Me mira como si lo que le acabo de decir fuera lo más raro que ha oído jamás—. ¿Qué?

—¿No has oído hablar del Cherry Blossom? Es el festival más bonito de Vancouver.

Se detiene agarrando mis manos y respondo a su gesto, quedando frente a él y entorpeciendo el paso del resto de las personas que nos siguen, por lo que nos tienen que esquivar para poder continuar avanzando.

—Soy de Quebec, ya lo sabes.

—Pues hoy vas a descubrir algo que nadie de este mundo debería perderse. —Verlo tan sonriente me encanta. Me estrecha por la cintura hasta elevarme unos centímetros del suelo para besarme—. Es increíble que nunca hayas estado aquí.

—Y a mí me lo parece que me hayas traído a un lugar con tanta gente.

—Siempre hay una primera vez.

—¿Para relacionarte con la gente? —bromeo, sabiendo que obviamente no es la primera vez que lo hace.

—¿Preparada? —Lo miro y asiento, emocionada—. Pues vamos.

Capítulo 20

De la mano, seguimos caminando hasta que traspasamos la entrada al parque, donde ya puedo ver los cerezos iluminados. Si sus hojas, a la luz del sol, tienen un color rojizo precioso, con las luces nocturnas cobran otro aspecto y me dan la sensación de que me he trasladado a un lugar encantado; las hojas son azules, blancas, rosas. De sus ramas cuelgan farolillos que se mueven por el escaso viento que corre.

Paseo observando el entorno, al ritmo de la música, viendo cómo las diademas de los bailarines se mueven al compás, y no puedo evitar balancear mi cabeza al mismo son.

—Es mágico, Sean. —Lo obligo a que se detenga y nos quedamos parados, una vez más, uno frente al otro, hasta que, sin dudarlo un segundo y entre risas, salto hacia él, que me coge al vuelo, y nuestros labios vuelven a rozarse, a necesitarse; nuestras lenguas se entrelazan hasta que sólo nos miramos. Ya no tengo delante al Sean dominante que quiere salirse con la suya sea como sea; al contrario, sólo veo a un chico que está dispuesto a hacerme feliz. Y éste es el Sean que realmente consigue que pierda la razón, que podría conseguir de mí todo lo que se propusiera, y, aunque intentaría resistirme, sé que se lo entregaría finalmente—. Gracias por esta noche.

—Gracias por aparecer en mi vida. —Divertido, me alza un poco más y noto las luces mucho más próximas. Elevo la barbilla y veo que justo encima de mí hay una luz blanca que me ilumina—. Desde que te vi en mi despacho supe que habías aparecido para ser mía, para sacar lo mejor de mí, y no pienso dejar que nada ni nadie lo estropee. —Oír sus palabras me emociona, tanto que mis ojos se humedecen, pero no llego a llorar porque una luz intermitente nos distrae. Los bailarines se han puesto a nuestro lado, y por ello Sean deja que mi cuerpo comience a deslizarse por el suyo hasta que mis pies tocan el suelo y me besa la cabeza mientras miramos cómo mueven sus cuerpos; la mayoría de ellos son japoneses, y sus rostros reflejan la pasión por la pieza que está sonando. Cuando terminan, nosotros y el resto de los presentes aplaudimos, hasta que se alejan.

—Mira, allí podemos comer algo. —Me guía hasta un lateral, donde está situado un puesto en el que hay un asiático haciendo *sushi*—. Espero que te guste.

—Mucho. —Tras estudiar los diferentes tipos, me decido y le pedimos lo que queremos—. ¿Nos sentamos tipo pícnic? —Asiente, sonriente, y descubro que justo a nuestra derecha hay un cerezo en el que ahora mismo no hay nadie fotografiándose—. ¿Ahí? —Mira hacia donde le señalo y asiente.

No me habría imaginado a Sean comportándose de forma tan humilde, comiendo *sushi* en el

suelo; ésta está siendo una noche cargada de sorpresas.

Nos movemos hasta el sitio que le he indicado y en este momento agradezco no haber traído un vestido, ya que me siento en el mullido césped, bajo la luz lila de las hojas iluminadas, sin tener que pensar en si enseño más de la cuenta o no. Miro sobre nuestras cabezas y me quedo embelesada con las hojas del cerezo llenas de luz. Parece que estemos en una película, él frente a mí, esperando a que me acomode para comer lo que acabamos de comprar en el puesto. Suspiro feliz cuando dejo, un segundo, la bandejita en el suelo para quitarme los zapatos de tacón y los deposito a un lado mientras Sean permanece de pie, observándome.

—¿No vas a sentarte? —Se le escapa una carcajada cuando me mira—. ¿De qué te ríes?

—De que eres una mujer todoterreno.

Me ofrece su bandeja y la aguanto mientras se quita la americana y se sienta a mi lado; vuelvo a entregarle su cena.

—Eso no es malo, supongo.

No me responde, pero sé que no lo es, y, la verdad, dudo que haya traído a cualquier ligue a este lugar; eso me halaga al mismo tiempo que me arrastra hasta el subsuelo por tener la sensación de que estoy jugando con él sin pretenderlo.

—Avery, eres especial. No sé por qué... —dejo de comer, porque lo que acaba de decirme no me lo esperaba, mucho menos de él... pero, cuando estoy contigo, me siento mejor persona.

—No es cierto, no tengo tan buena opinión de mí.

Bajo la vista hasta la superficie de cartón que contiene el *sushi* y me agarra de la barbilla para que nos miremos a los ojos.

—No vuelvas a decir eso. Eres fuerte, valiente, y en tu mirada hay nobleza. —«Pues ahora mismo siento que, de noble, no tengo nada... Estoy aquí contigo, sin decirte que estoy casada... con tu socio, mientras Jeff piensa que estoy con alguna amiga o vete tú a saber dónde, porque no le he dado explicación alguna»—. Y, digas lo que digas, no pienso separarme en todo el fin de semana de ti. Dámelas.

—¿El qué? —Lo miro, alucinada porque no me puede estar pidiendo lo que creo que me está pidiendo—. Llevo pantalones, aquí no pienso darte nada.

Miro a nuestro alrededor ante su diversión mientras él sigue comiendo como si no hubiera dicho nada, así que niego con la cabeza, en silencio.

—¿Estás segura? —De repente, cuando voy a dar el último bocado de lo que me queda de *sushi*, se abalanza sobre mí y quedo tendida en el césped, con su cuerpo sobre el mío, y nos miramos de cerca—. Estás preciosa. —Su rostro está apenas a unos centímetros y sobre nosotros lo único que puedo ver son las luces rosadas que nos iluminan—. Es la primera vez que traigo a alguien a esta fiesta.

—¿Siempre has venido solo?

—No.

Siento que mi pregunta lo ha alejado de mí. Durante unos segundos me mira y creo que me va a

besar, pero no lo hace; vuelve a sentarse donde estaba y yo siento que se me va a salir el corazón por la boca.

—Lo siento, no tienes por qué contármelo, lo entiendo. —Coloco mi mano en su muslo mientras se lo digo y noto cómo su cuerpo se encoge, por lo que no dudo de que se trata de un tema muy importante para él.

—Me traía mi madre.

Captar el dolor en sus palabras me emociona. No sé por qué, pero creo que este hombre no es todo lo que parece, que su imagen de tipo perfecto, de ser una persona imbatible, es sólo una máscara, una apariencia que estoy dispuesta a romper para conocer al verdadero Sean, aunque sea poco a poco, con paciencia y, sobre todo, entregándole todo lo que soy capaz de dar.

—Cuando era pequeña, mi padre siempre me llevaba a pasear por un lago y elegía, de entre las casas, la que creía en ese momento que sería la perfecta para mi futuro. Y mírame, a demasiados kilómetros de mis sueños.

—¿Te gustaría vivir allí?

Hablarle de mí ha logrado distraerlo del dolor que le produce hablar de su madre.

—No importa lo que me gustaría, ahora estoy aquí, y no me va mal.

Nunca lo he reconocido, pero estar en mi ciudad, cerca de mi familia, de mis amigas, es lo que siempre he querido... pero opté por casarme, y dejé que Jeff decidiera por los dos.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Me acaricia la mejilla y nos miramos durante un instante antes de que me apoye sobre su hombro y, observando a las personas que bailan y caminan delante de nosotros, sin darse cuenta de que nosotros permanecemos aquí, reúno el valor que necesito para ser sincera.

—Me encantaría vivir a la orilla de ese lago, pasear por él los domingos por la tarde y darme un baño al atardecer, bajo la luz de las velas, mientras por los ventanales me perdería en los árboles que darían paso al agua mansa.

—¿Y qué te ata aquí? —Levanto la barbilla para mirarlo y él hace lo mismo—. ¿Por qué no coges tus cosas y regresas?

—¿El trabajo? —es mi única excusa, pues de lo otro no puedo hablar, y, aunque ya la he utilizado demasiado, me sigue sirviendo con todo el mundo—. Supongo que me he conformado con mi vida actual.

—Sabes que ése no es el motivo.

Siento que está colándose en mi interior y ahora mismo me está leyendo la mente.

—¿Y cuál es?

—Siempre he pensado que el destino juega con nosotros, y si estás aquí es porque yo necesitaba que tu aparecieras.

—O lo necesitaba yo —replico, porque en este instante me percaté de que, si Sean no se hubiera cruzado en mi camino, no estaría juzgando mi matrimonio, no me plantearía si hice bien o

no casándome y, sobre todo, no estaría pensando en cómo seguir con él sin tener que mentir a mi marido.

—¿Te apetece dar un paseo? —me propone.

Asiento y lo agarro de la mano para que me ayude a levantarme.

Lanzamos los envases de nuestra improvisada cena a una papelería y caminamos como una pareja más entre todos los presentes mientras no dejamos de admirar el espectáculo de luces al que, sin duda, muchas personas han dedicado muchas horas para que hoy sea un lugar tan especial.

—Podríamos ir a tomar algo al local de tu amigo Andrew.

Estaba deseando sacar el tema; me puede la curiosidad, sobre todo descubrir su reacción... Tal y como esperaba, no le hace ninguna gracia.

—Te comenté que no era un lugar para ti.

—Pues el otro día me pareció un buen sitio; es más, lo pasamos genial.

—¿Has estado allí? —Se para de repente sin soltarme la mano, por lo que me obliga a detenerme—. Te dije que no fueras.

—Sean, soy mayorcita, y te aseguro que no me asusto fácilmente. —Me está escudriñando, y apostaría a que me está imaginando en algún tipo de reservado que no vi, pero que estoy segura de que existe—. Andrew fue un caballero con nosotros.

—¿Nosotros? —Alza una ceja, intentando averiguar con quién fui, y no voy a ocultárselo, es hora de que sepa un poco más; de un modo u otro se va a enterar.

—Zoé y Owen vinieron conmigo. En realidad, Andrew la invitó a ella, y ésta nos pidió que la acompañáramos.

—¿Owen? ¿También es tu amigo? —No parece gustarle la idea.

—Conocí a Owen cuando me mudé a Vancouver, salimos un par de noches...

—¿Te has acostado con Owen? —Su pregunta es directa; no le importa en absoluto cómo nos conocimos, ni tan siquiera que trabaje para él. Su única preocupación es si me he acostado con él.

—Hace mucho tiempo. —Me doy la vuelta y comienzo a andar, consciente de que no le ha hecho ni pizca de gracia saberlo—. No significó nada. —Me gira para mirarme a los ojos y percibo la rabia que siente en este instante—. ¡Sean! —Se da media vuelta y me quedo parada, a la espera de su reacción.

—¿Qué hicisteis en el Alternative?

No me puedo creer lo que está insinuando, ¿cómo puede pensar que Owen y yo... justo en el momento en el que acababa de hablar con él? No tenía ni cuerpo ni ganas de estar con otro hombre.

—¡Nada! —grito, sin poder controlarme, porque quiero que me crea—. Llama a Andrew, pregúntale. Estuvimos en la terraza trasera, y allí no había nadie más. —Vuelve a darse media vuelta para mirarme y veo destellos de duda en sus ojos—. Esa noche me di cuenta de que, desde que apareciste, todo había cambiado; yo he cambiado, y no sé si esto nos llevará a alguna parte, pero, por más que me obligo a huir, más atrapada me siento. —Conforme hablo, mis ojos se

humedecen; evito con todas mis fuerzas llorar, pero no quiero que piense algo que no es. Le oculto muchos secretos, pero éste no es uno de ellos—. ¿No me vas a responder? —Las personas pasean como si nada a nuestro alrededor, sin darse cuenta de que están ante una de nuestras primeras discusiones, pero nosotros no nos movemos. Es la primera vez que siento que lo nuestro puede que no llegue a funcionar jamás—. Si no me crees, será mejor que me vaya. —Empiezo a andar a toda prisa, esquivando a la gente que se cruza en mi camino, cuando alguien me agarra de la muñeca y me arrastra.

—No quiero que te vayas. —Me abraza con todas sus fuerzas y, sin dudarlo ni un segundo, me besa con tal ferocidad que me clava los dientes en los labios—. Te necesito. —Enrolla su lengua en la mía y consigue desarmarme, absorber todas mis energías, hasta el punto de creer que de un segundo a otro me voy a desplomar.

—Te prometo que no hice nada el otro día, ni con Owen ni con nadie.

Lo miro a los ojos y sé que me cree.

—No quiero que vuelvas a ese local, Avery, por favor.

Asiento, ahora no puedo hacer más que aceptar cualquier cosa que me pida, aunque en el fondo no soporte la idea de que me esté prohibiendo hacer o ir a un sitio concreto, pero en este instante vendería mi alma al mismísimo diablo con tal de volver a sentir sus besos.

—Nos vamos, ya está bien por hoy de paseos. —Saca su teléfono y, tras enviar un mensaje de texto, supongo que a Hugh, me guía por en medio del parque hasta que llegamos, de nuevo, a la entrada y veo el todoterreno aparcado. Nos acercamos y Sean me abre la puerta, pero la diferencia es que esta vez su chófer no habla, se limita a saludarme con un movimiento de cabeza, y Sean, no sé si nervioso o cabreado, le indica que nos lleve a su casa—. Más deprisa —le exige, alentándolo a pisar el acelerador.

Capítulo 21

No me ha mirado durante el trayecto, ni tampoco me ha dirigido la palabra; se ha limitado a perder la vista a través de la ventana, con la mandíbula tensa. Es evidente que le ha molestado saber que he ido al club de Andrew, pero no entiendo por qué se lo tenía que ocultar, al igual que no comprendo por qué no puedo volver a ir. ¿Qué esconden que no quiere que sepa? Sea lo que sea, lo descubriré de algún modo; no soy una persona que me conforme con parte de la información, necesito saberlo todo y, si él no está dispuesto a decírmelo, la obtendré por otras vías.

Hugh se detiene delante de su casa para abrir la puerta del parking con un mando. Aunque es la segunda vez que vengo, no deja de impactarme que una persona de apenas treinta años viva en una vivienda tan lujosa. Nos adentramos en el aparcamiento por el camino hormigonado y, cuando el coche se detiene, Hugh sale del vehículo sin decir nada, simplemente abre una puerta y desaparece de la forma más sigilosa que he visto en mi vida.

Permanezco sentada, esperando que él se mueva, pero sigue pensativo, ahora mirando hacia la pared.

—¿Nos vamos a quedar toda la noche aquí? —Se gira para enfrentarme y veo la profundidad de su mirada, el movimiento de su mandíbula, casi destrozando sus dientes—. Sólo tomamos una copa, nada más —le recuerdo, pero no me responde, y siento un cabreo que va creciendo a medida que veo que abre la puerta, sale y la cierra como si yo no estuviera presente—. ¡Joder! ¡Será idiota!

Dudo entre irme y que se quede solo con su mala leche o seguirlo, y, aunque la primera opción es por la que me decantaría generalmente, mi corazón late con fuerza hacia la segunda, así que, muy molesta conmigo misma, salgo del coche y entro por la misma puerta por donde ha desaparecido él, que no es por la que ha salido Hugh. Bajo la escalera hasta llegar al salón, donde lo descubro hablando por teléfono y mirando por los ventanales.

—Sí, todo bien... —El sonido de mis tacones le anuncian que estoy justo detrás de él—. Quiero que deniegues el acceso de Avery Gagner a tu local. —Se gira para que lo mire mientras conversa con Andrew, pues supongo que es él, y se me escapa una carcajada nerviosa e incrédula por lo que estoy oyendo—. Porque te lo digo yo, y punto. —Imagino que no le ha dejado ni terminar la frase, porque finaliza la llamada y aprieta con todas sus fuerzas el teléfono—. Yo no juego, Avery.

—¡Ni yo! —Nos retamos con la mirada. Tengo ganas de darle un buen bofetón, de demostrarle

que yo también puedo imponer, al igual que él, pero no lo hago. Permanecemos a pocos centímetros uno del otro sin decir una palabra, mirándonos a los ojos, y siento que mi sexo está vibrando como nunca—. Si quieres algo de mí, sea lo que sea, tendrás que empezar a confiar en mí, en lugar de cerrarme puertas para que haga lo que tú quieras.

—Te dije que no fueras y no me hiciste caso. —Arrastra las palabras con una rabia que no entiendo—. Te lo advertí.

—¿Dime por qué no puedo ir? —Mi pregunta le jode, a juzgar por el suspiro que emite—. Si hay algo tan malo en ese lugar que no pueda ver, me gustaría saberlo.

—¿Por qué no puedes hacerme caso sin más?!

Tira el móvil sobre el sofá y se va directo a la cocina para coger una botella de agua.

—Sean, no puedes pretender que te haga caso así porque sí. —Camino hasta él y me siento en uno de los taburetes de la barra—. Apenas te conozco, ni tú a mí; no puedo cerrar los ojos y seguirte en todo.

—Tuviste la oportunidad de irte, decidiste tú sola —me recuerda mientras me señala con la botella, antes de verter el contenido en un vaso.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —le planteo directamente, consciente de que puede que esta pregunta sea el fin para nosotros, pero no puedo seguir adelante sin saber a lo que me tengo que atener.

—¿Aún no te has dado cuenta? —Se bebe el agua de un trago y, con muy mala leche, deja el vaso sobre el mármol de la encimera, provocando un estruendo que me asusta y me hace pegar un brinco sobre el taburete—. Te quiero a ti. Lo quiero todo contigo.

—No puedes decir eso.

—¿Tú no quieres lo mismo? —«Claro que lo quiero, pero no puedo dártelo todo, no sin solucionar mis cosas, sin hablar con Jeff, con mi familia. ¿Cómo voy a entregarme en cuerpo y alma si ninguna de las partes implicadas sabe la verdad de mí?» Rodea la isla y gira el taburete, me agarra de la barbilla y la eleva unos centímetros para que lo mire a la cara. Está agotado, mucho más que cuando lo he visto en la oficina; sus ojeras están más marcadas y, aun así, tiene la palabra «provocador» tatuada en la frente. Me está tentando, seduciendo, y poco a poco va ganando terreno—. No puedo quitarte de mi cabeza día y noche; toda mi vida pende de un hilo porque no dejo de desearte, y no quiero que nada ni nadie te pueda hacer daño.

—¿Quién me va a hacer daño?

—Estar conmigo puede hacértelo.

—¿Por qué? ¿Quién eres, Sean Cote?

No necesito que me lo diga, porque en el fondo no me importa; ya no tengo armadura ni barrera que me separen de él. Mis piernas se abren lentamente y las suyas se cuelan en medio para acariciar mi cuerpo. Mis labios se entreabren y esperan con ansia a que los bese.

—Un capullo que ha encontrado algo que no esperaba y teme perderlo. —Siento un nudo en la garganta que no me deja tragar, y apenas respirar... porque sus palabras son más de lo que puedo

asumir. Su entrega a mí es total, y yo de momento no puedo decirle lo mismo, no sin mentirle, y me siento la persona más mezquina del universo—. No quiero que lo hagas, pero, si tienes que hacerlo, que sea ya.

—¿El qué? —apenas balbuceo, con unas ganas de llorar que no puedo parar, así que mis ojos se humedecen y miro hacia la pared para que no lo descubra, aunque no sirve de nada, porque me enmarca la cara con ambas manos y vuelve a girarme para que lo mire fijamente.

—Avery, si no quieres esto que ves, puedes irte. Pero, si te quedas, no me pidas que vaya despacio, que te deje tu espacio, porque no voy a poder; no seré capaz de controlarme y te haré daño, ambos acabaremos dañados... Será todo por mi culpa y acabarás odiándome.

Sus palabras me están matando. No puedo entender por qué se fustiga si no ha hecho nada para que yo pueda sentir algo así. Sus caricias, sus besos, sus frases... me demuestran todo lo contrario. ¿Cómo es posible que crea que lo nuestro va a terminar mal sin ni siquiera intentarlo?

—No me puedo ir —abre los ojos, sorprendido—, no sin intentarlo, porque si de algo te puedes arrepentir en esta vida es de rendirte antes de saber que realmente no funciona. Sin embargo, voy a pedirte una cosa, sólo una. —Espero a que me responda y asiente muy serio—. Voy a entregarte todo de mí, pero necesito tiempo. —No le gusta nada lo que le estoy rogando, pero es la única forma de poder sentirme libre para ofrecerle lo que me está demandando—. Por favor, confía en mí.

En cuanto finalizo la frase, me besa con tal pasión que se me olvida de qué estábamos hablando. Paso una mano por su cuello hasta llegar a su nuca y él me agarra de los glúteos hasta subirme a sus caderas, mientras nuestros labios se rozan y nuestras lenguas se enredan, extrañándose la una a la otra. Mi respiración es forzada, con el mismo ritmo acelerado de mi corazón, que está a punto de salirse del cuerpo.

—Te daré el tiempo que necesites, pero déjame estar dentro de ti.

Me apoya contra la pared que hay entre la cocina y el salón, rozando su miembro contra mi sexo, todavía vestidos; aun así, siento la dureza de su erección, que consigue despertar en mí el deseo incontrolable de estar desnuda.

Comienzo a abrirle los botones que aún le quedan abrochados de la camisa y poco a poco voy descubriéndole el pecho, los hombros, hasta que siento bajo las yemas de mis dedos la gran cicatriz que asoma en su hombro desde su axila y la acaricio, en una indirecta para que me diga qué le ocurrió, pero no obtengo respuesta. Se separa de la pared unos centímetros y, lentamente, bajo las piernas hasta que mis zapatos de tacón pisan el suelo. A continuación es él quien se encarga de subirme la tela de la camiseta hasta que elevo los brazos para que pueda quitármela por la cabeza y, justo cuando se deshace de ella, me atrapa las muñecas, quedando por encima de mí, y besa esa zona. Me imprime pequeños besos desde ahí hasta llegar a mi hombro, que muerde al tiempo que gruñe, supongo que para descargar la tensión y no seguir clavando los dientes para evitar lastimarme.

Me acerco a sus labios y, tras recorrer con la lengua su comisura, lo muerdo, arrancándole un

jadeo, y sonrío satisfecha.

—Llevo días imaginando este momento —dice apenas en un suspiro, y no puedo dejar de besarlo. Lo abrazo con todas mis fuerzas hasta que me separa y lo miro, frustrada—. Quiero tenerte mejor. —Vuelve a subirme a sus caderas, pero para llevarme consigo hasta el piso superior, donde se adentra en su habitación y, tras posarme lentamente y con mucho cuidado sobre su cama, desabrocha el botón de mis pantalones para bajarlos al tiempo que besa mis muslos y me retuerzo, porque me hace cosquillas.

—Quieta, no te muevas. —Nos miramos un segundo y asiento al tiempo que arrugo la sábana con ímpetu cuando su lengua es la que recorre cada centímetro de mi piel desnuda. Tengo que concentrarme en respirar, porque hasta se me olvida hacerlo debido a lo que me está haciendo sentir—. Eres mía, toda mía. —Inflo el pecho cuando lo oigo y cierro los ojos con todas mis fuerzas cuando sus dedos masajean mis pies, doloridos de andar con los zapatos de tacón todo el día.

Me arrima a él tirando de mis tobillos y eleva una de mis piernas para acariciar su mejilla con ella, al tiempo que sus manos acarician mi sexo desnudo. Aprieta mi clítoris entre sus dedos, para estirar de él y soltarlo de repente, arrancando un gemido ronco de mi garganta. Acaricia en círculos la entrada de mi vagina y siento que estoy empapada, que poco a poco estoy más que preparada para que pueda colarse en mi interior sin problema alguno.

Atrapo una de sus manos y tiro de ella para que se caiga sobre mí. Necesito besarlo y, en cuanto se aproxima, lo cojo del cuello para hacerlo... despacio, suavemente, hasta que siento que necesita más, así que me yergo, lo hago retroceder y, avanzando de rodillas, lo obligo a sentarse en el centro de la cama, para colocarme encima de él.

Atrapa mis glúteos, que acaricia y estrecha con todas sus ganas, al tiempo que su cabeza se hunde entre mis pechos, y agarro su miembro para que, como esperaba, se cuele con facilidad en mi interior, desatando una locura de besos, gemidos y embestidas que consiguen que pierda la razón, que me olvide del mundo y me dedique en cuerpo y alma a conseguir que se muera de placer, al igual que él hace conmigo.

Nos enrollamos y damos vueltas por la cama; me penetra como un salvaje, acercándose, apretando con tanta fuerza mis nalgas que duele, pero duele del mismo modo que me gusta, sin poder remediar varios alaridos de placer justo en el instante en el que mi cuerpo tiembla. No puedo articular palabra alguna, y tengo que apartarme el pelo de la cara para mirarlo a los ojos y ser consciente de la lasciva sonrisa que tiene dibujada en el rostro. Espera un par de segundos a que me reponga, y, en cuanto le sonrío y me besa, me sujeta de las caderas, me da la vuelta y me coloca de cara al cabezal de la cama, para que me apoye en él, dejando mi culo a su merced; lo acaricia y estimula durante el tiempo suficiente como para prepararlo para este momento. Sus manos se clavan en mi cintura antes de darme una cachetada y guiar su miembro hasta el agujero y penetrarme lentamente, permitiendo que mi cuerpo se adapte a su tamaño, y siento una oleada de calor que recorre cada poro de mi piel cuando se hunde en mi interior y, tras esperar un par de

segundos, sale y vuelve a entrar hasta el final, en un solo movimiento. Sigue así hasta que mis gritos y los suyos se funden en una pasión incontrolable y ruge, vaciándose dentro de mí.

—Me encanta tu culo. —Sonríe mientras lo dice y deja caer la mitad de su cuerpo sobre mi espalda, empapada en sudor—. Avery, ufffff. . .

No soy capaz de decirle nada, sólo procuro recobrar la respiración mientras siento cómo sale de mi cuerpo poco a poco, mientras besa mi espalda y acaricia mi trasero.

—Voy a limpiarme, no te muevas. —Me acomodo sobre las almohadas y veo cómo, desnudo, camina denotando el cansancio que ya arrastraba, reforzado por el agotamiento de ahora, que acaba de rematarlo; desaparece tras la puerta del baño.

Miro al techo, sonriente, sabiendo que lo que siento no lo voy a tener en otro lugar, ni con Jeff ni Owen, y, aunque sé que para Jeff va a ser un golpe muy duro, decido que tengo que separarme; es momento de que mire por mí, por lo que quiero realmente en mi vida. Dejo apartados mis pensamientos cuando lo veo aparecer y lo primero que hace es tumbarse encima de mi pecho y abrazarme con todas sus fuerzas.

—No te vayas nunca —dice apenas en un suspiro, y siento que su gran y fornido cuerpo comienza a flaquear, quedándose dormido sobre mí.

Muevo su cabeza y compruebo que su respiración es profunda y que sus ojos están completamente cerrados. Con cuidado, me aparto y se acomoda mejor en la almohada para seguir durmiendo.

De puntillas para no hacer ruido, me encamino hasta el baño, donde me miro al espejo y sonrío al ver mi rostro sonrojado. Abro el monomando y me mojo la cara, observándome en el espejo; de ese modo veo que justo detrás de mí está la gran bañera, así como un enorme ventanal gracias al que se tiene la sensación de que se está en medio del bosque. Me seco la cara con la toalla y, sin dudar, abro el grifo y espero apoyada en la pared de pizarra negra, para que coja la temperatura idónea; entonces pongo el tapón y se llene un poco antes de adentrarme para darme un baño placentero.

Mientras me enjabono el cuerpo, me digo que tengo que ir a casa a por ropa, ni siquiera tengo bragas limpias... y no pretenderá que me pase todo el fin de semana desnuda, me niego, no estaría cómoda. Mañana, en cuanto me despierte, le diré que me tengo que escapar un rato y, si veo que se niega insistentemente, avisaré a Owen para que me traiga algo de ropa. No puedo seguir así, voy a terminar loca.

Suspiro sumergida en lo que tengo frente a mí a través de los ventanales; apenas se ven los árboles, por la oscuridad de la noche, pero sí percibo el movimiento de sus copas debido al viento. Quedo prendada de la visión que tengo delante durante unos minutos, hasta que decido cerrar los ojos y respiro profundamente. El agua tiene la temperatura perfecta y consigo relajarme por primera vez en todo el día; sin darme cuenta, me quedo dormida.

Me muevo y el agua provoca que me despierte; está mucho más fría que antes, y estoy a oscuras, pues las luces están completamente apagadas, aunque no recuerdo haberlo hecho. Me

siento y vacío un poco la bañera para poder añadir agua caliente cuando de pronto miro hacia el ventanal. Allí veo a un hombre, justo detrás del cristal, y pego un grito al tiempo que me pongo de pie, con tan mala pata que me golpeo con el grifo en la pierna al salir y me caigo al suelo... cuando las luces se encienden.

—¡Avery! ¿Qué pasa? —Se abalanza sobre mí y me enmarca la cara con las manos, pero tengo el corazón acelerado, al igual que la respiración, por lo que no puedo hablar. Giro el rostro, a pesar de su reticencia, hacia la enorme ventana y la señalo, pero no me hace caso porque en el suelo hay sangre—. ¿Estás bien? —Empieza a revisarme, hasta que me estira la pierna y ve que tengo un corte.

—Había alguien, me estaba mirando...

—¿Fuera? —Asiento con la cabeza, asustada—. Tápate; ven, vamos a la habitación. —Coge la toalla que colgaba justo detrás de él y me ayuda a ponerme de pie, para luego envolverse con ella.

—Me estaba dando un baño..., me he dormido... y, cuando me he despertado, he visto a un tipo que me estaba mirando. Por cierto, ¿habías apagado tú las luces?

—Tranquila, no digas nada más. —Sé que está nervioso, su cara de dormido ha mutado a preocupada. Mientras me acompaña al dormitorio, mira hacia el exterior varias veces, aunque intenta disimularlo, pero no lo logra. Me da un beso en los labios antes de ayudarme a sentarme en la cama... y entonces mi cuerpo comienza a temblar, no sé si por el frío o por el miedo que he sentido durante un momento. Por ello, agarro el edredón de la cama y me lo pongo por encima mientras Sean coge su teléfono y regresa al baño—. Hugh, ven a mi habitación. ¡Ya! —le oigo decir.

Capítulo 22

—Sean, estoy...

—No se te ve nada. No te muevas de aquí.

Dicho esto, se aleja en dirección a la puerta y, cuando me doy cuenta de que va a salir, procuro evitarlo.

—¡No me dejes sola! —chillo; no quiero que se vaya a ninguna parte.

—Sólo voy a abrirle la puerta a Hugh; si no, no entrará. —Asiento justo antes de mirarme y ajustarme mejor la toalla y el edredón, para asegurarme de que no me va a ver nada, mientras él va a su vestidor para coger algo de ropa a toda prisa, antes de dirigirse a la puerta—. Avery ha visto a alguien en el exterior.

—¿Aquí? —Señala el ventanal de la habitación y yo niego, indicándole con el dedo que ha sido en el baño—. Esperen aquí. —Veo cómo entra en esa estancia; va en pijama, seguramente lo he sacado de la cama—. No parece haber nadie, pero voy a hacer unas comprobaciones. Hasta que no les avise, no salgan de la habitación.

—Está bien, mantenme informado.

Sean cierra la puerta, apoya la frente en su superficie y se da pequeños golpes antes de venir hasta mí.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, porque comienzo a estar asustada.

—Aún no lo sé.

Su rostro es el mismo que tenía Jeff cuando noté en casa que algo le preocupaba; hasta este momento no he querido averiguar más, pero ya es hora de que lo haga.

—Sean, si pasa algo, yo debería saberlo. —Me mira muy serio; sé que oculta algo y por ello está tan inquieto—. Si no lo haces tú, te aseguro que Jeff me lo dirá. —Tengo claro que eso no le ha gustado nada.

—Al conseguir la patente, nos hemos puesto en contra a muchas personas, pues sin duda pueden perder mucho dinero.

Sé que sus palabras salen con mucho esfuerzo de su boca; no quiere decirme más de lo indispensable, y lo sé porque las medita mucho antes de pronunciar cada una de ellas.

—El negocio petrolero —aclaro. Puedo imaginar a lo que se refiere; Jeff lleva muchos años intentando hacer de este planeta un lugar mejor, pero, para ello, las personas que mueven el mundo deben perder muchos millones. De eso hemos hablado en infinidad de ocasiones antes de que fundara la empresa con Sean—. Pero aún no habéis hecho nada que los perjudique, ¿no?

—Pero lo haremos...

—Y quieren que os asustéis.

—Déjame que te cure esa herida. —Sé que no quiere hablar más del tema y por ello no insisto y permito que se vaya al baño; allí abre y cierra varios cajones antes de volver con una toalla mojada y un botiquín entre las manos—. Te voy a limpiar un poco. —Con la toalla, retira la sangre seca que aún permanece en mi piel y observa la herida, que no es gran cosa, y la desinfecta—. No creo ni que sea necesario, pero por si acaso te pondré estos puntos de papel.

—¿Eres médico?

—Digamos que en mi infancia aprendí muchas cosas.

Se le escapa una carcajada al tiempo que se encoge de hombros y veo cómo, tira a tira, se encarga de que la pequeña señal producto de mi susto se quede en nada.

Justo en ese momento, llaman a la puerta y Sean se levanta rápidamente y sale apresurado, cerrando tras de sí. Estoy tentada a acercarme porque no oigo lo que Hugh le está diciendo, pero no lo hago, pues entrará enseguida y no quiero que me pille.

—Está todo en orden. —Escucho su voz en cuanto vuelve a la habitación.

—¿Y el hombre?

—No hay nadie, en las cámaras no aparece nadie.

¡No puede ser, yo lo he visto! Por ello me he asustado, no me lo he inventado. Supongo que mi rostro le está indicando lo que pienso, porque me abraza y me besa la cabeza antes de decirme:

—Le he pedido a Hugh que envíe las imágenes a la empresa de seguridad, para hacer unas comprobaciones.

—Te prometo que lo he visto; llevaba una sudadera negra con capucha. —Lo miro fijamente y él vuelve a mirar hacia el ventanal; sé que está preocupado—. Sean, ¿me crees?

—Claro que sí. —Me coge de las manos para que vea que efectivamente lo hace—. Pero ahora ya no hay nadie, y es mejor que descansemos. Estás helada.

No sé si voy a poder dormir, la verdad, pero no replico y dejo que me quite la toalla; luego me meto en la cama; él también se tumba y me arroja entre sus brazos durante no sé cuánto tiempo, el suficiente como para que me tranquilice y el sueño comience a aparecer de nuevo.

* * *

Abro un ojo y no lo veo a mi lado. Ya es de día, pero no sabría decir qué hora es. Me siento en la cama y me tapo con la fina colcha que me cubre las piernas, pensando en lo que ocurrió anoche. No me puedo creer que no aparezca nada en las cámaras de seguridad; lo vi, no me lo imaginé, ya estaba despierta.

Mi ropa está doblada y descansa sobre una butaca que hay justo al lado de la entrada del baño. Me dirijo hasta ella para vestirme, sin dejar de mirar hacia los ventanales... Lo único que diviso son los frondosos árboles que parece que se cuelen en el interior de la estancia. Al tocar la ropa,

la noto caliente y, por instinto, la huelo; el olor es diferente, es el mismo que el de su ropa. «Se ha encargado de que la tenga limpia», deduzco, y sonrío por el detalle que ha tenido conmigo mientras decido ir al baño y suspiro al descubrir el estado de mi pelo.

Anoche no me peiné y me acosté con el cabello mojado, por lo que ahora tengo una maraña que va a ser muy difícil corregir. Busco en sus cajones, pero para mi desgracia no encuentro ningún peine, y mucho menos un cepillo o un secador.

Resignada frente al espejo, me visto y decido hacerme un moño alto, porque por suerte siempre llevo un coiletero en la muñeca por si en algún momento me canso de llevarlo suelto. Apenas puedo atravesar con los dedos un mechón entero, pero con algo de esfuerzo logro recogermelo y no parecer una chiflada.

Bajo la escalera y me encuentro a Sean sentado en un taburete de la isla de la cocina, charlando como si nada con Helena y Hugh. Parece que todo está en calma, ninguno de los tres está nervioso, todo lo contrario.

—Buenos días, señorita Avery. ¿Quiere un café? —me pregunta ella.

Hugh, al verme, se levanta de la banqueta donde estaba y se aparta para permanecer en un segundo plano, y Sean me mira de arriba abajo, sonriente.

—Gracias. Si no le importa, sí, tomaré uno con leche.

—Siéntese, ahora mismo se lo sirvo.

Helena va corriendo hacia la cafetera, y yo, tal y como me ha pedido con un gesto de la mano, me acerco a Sean, que continúa escaneándome, y me siento a su lado, donde segundos antes estaba Hugh.

—Hola. —Me muerdo el labio inferior, sin saber muy bien qué más decir; el mero hecho de no estar solos provoca que no me sienta cómoda.

—¿Has dormido bien?

Asiento en silencio y veo cómo acerca el taburete para tenerme más cerca de él y así poder rodear mi cintura y, tras inhalar mi cuello, lo que consigue que se me ponga la piel de gallina, me da un tierno beso en los labios; luego sigue bebiéndose su café, mientras mira las noticias en su teléfono.

—Aquí lo tiene.

Deja la taza delante de mí y, tras una sonrisa, se gira para salir de la cocina.

—Gracias, Helena. —Se da media vuelta y con el simple gesto de agachar y levantar un poco su cabeza, me da a entender que es un «de nada». ¿Algo interesante? —pregunto antes de darle el primer sorbo a mi café con leche.

—La verdad es que no, pero aquí delante sí. —Se pone de pie y me agarra de la cintura para subirme a la isla, por lo que tiene que dejar la taza en la isla para no derramar el contenido, y acaricia su nariz contra la mía—. ¡Estás muy callada! ¿Qué ocurre? —Me giro para comprobar que no haya nadie, y él es consciente de lo que me sucede—. Ya se han ido.

Abro mucho los ojos al oírlo.

—¿Les has dado fiesta?

—No los vamos a necesitar. Tenemos la nevera llena y no pienso salir de casa hasta el domingo. Sí, les he pedido que no estén, sé que te incomoda.

—Que haya comida me parece bien, y que no estén, mucho mejor, pero eso de no salir... — Eleva las cejas, pero no dice nada, espera a que continúe hablando—. Necesito ropa, debo ir a mi casa.

Sonríe y coge de nuevo el móvil justo en el momento en el que me pide que espere.

—Necesito algo de ti... —Se aparta el teléfono del oído y con un gesto me indica que la persona que le habla a través de la línea telefónica se está enrollando más de lo que le gustaría—. No es para mí... Femenina... —No entiendo lo que está haciendo—. Talla... treinta y seis. — Abro la boca desmesuradamente; no me puedo creer que esté pidiendo que me traigan ropa—. Espera... la treinta y seis, ¿no? ¿Treinta y ocho?

—¡Cuelga! —le advierto, ante su sorpresa.

—Es mi *personal shopper*. —¡Cómo no! Pero si quiere que me quede no va a ser a costa de que solucione todos los impedimentos a base de llamadas telefónicas—. Está esperando la talla.

En increíble que no se haya dado cuenta de que no pienso aceptar esa ropa. Le arranco el teléfono y me lo pongo en la oreja al tiempo que él coloca cada una de sus manos en la isla, rozando mis caderas con los brazos, y comienza a besarme el cuello, por lo que tengo que hacer un gran esfuerzo para hablar.

—Hola... —Le doy un golpe con el hombro para que pare, pero, lejos de hacerlo, prosigue, pues le divierte mucho más—. Perdona que Sean te haya molestado, pero no necesitamos nada.

—¿De verdad? Vaya, pensaba que me lo iba a pasar bien esta mañana. —Su contestación me hace reír, sobre todo cuando descubro que la voz es de un chico y no de una chica, como había imaginado.

—Lo siento, otro día será. —Se me escapa un pequeño grito cuando me muerde el pezón con fuerza y le agarro la mandíbula con una mano para que no se pueda volver a acercar—. Gracias de todos modos.

—Espero vuestra llamada —es su despedida.

Le ofrezco el teléfono ante su diversión, pero no lo coge, así que lo dejo en la isla.

—Has decidido estar desnuda.

—He decidido que cojas tu cochazo y me lleves a casa —le vacilo, sonriente, escurriéndome de entre sus brazos y bajando de la isla—. Va, ve a cambiarte, no perdamos más el tiempo.

—¿Lo dices en serio?

¿Aún duda de mis intenciones? No voy a dejar que me compre ropa, a vete tú a saber quién, que le va a costar un dineral, porque el *personal shopper* no va a ir a un rastro ni a ninguna tienda normalita, ¡oh, no!, se irá a las grandes firmas.

—Muy en serio. O me llevas o me voy, elige.

Como no se mueve, soy yo la que camino hasta el sofá, cojo el bolso que ayer dejé en él y me

lo cuelgo al hombro antes de comenzar a andar en dirección a la salida.

—Entendido, nos vamos de compras.

—A mi casa, no necesito comprar nada.

Consigue sacarme de mis casillas, y lo sabe porque se ríe a carcajadas mientras sube hacia su habitación; me aproximo a los ventanales, desde donde veo que en el piso de abajo hay una salida a la piscina.

Sin dudar, me dirijo a la escalera para descender hasta allí y saco el teléfono justo cuando llego a la altura de dos tumbonas que hay situadas en un lateral de la piscina; allí marco el número de Owen.

—Buenos días. ¿A qué se debe el honor de esta llamada?

—Como si nunca lo hiciera...

—Desde que te mueves en las altas esferas y te codeas con sus miembros, no.

—Espero que Jeff no esté muy cerca.

—Para tu información, Jeff no está en casa. Ahora mismo está en un *spa*, relajándose de la tensión del viaje, ese del que ha vuelto con tu amante...

—No lo llames así.

—¿Y cómo quieres que lo haga? Tu marido está ahora mismo tumbado en una camilla, pensando que tú estás en casa, porque eso le he dicho cuando ha preguntado por ti.

—Siendo el amante de mi marido, ¿no se te ha ocurrido una excusa mejor?

Me giro para comprobar que nadie pueda oírme y vuelvo a mirar hacia el horizonte, hacia el agua azul que en este momento tiene el mismo color que los ojos de Sean.

—Y el tuyo; recuerda que el placer a tres es increíble... y creo que empiezas a olvidarte de lo que se siente. Dudo que Sean pueda igualarlo.

Lo supera, pero eso no se lo voy a decir.

—Quiero que, después de ese masaje, lo invites a comer fuera y volváis tarde a casa. Tengo que ir a buscar cuatro cosas, porque hasta el domingo no volveré.

—Avery, no voy a poder encubrirte siempre...

—Lo sé. Hablaré con él, te lo prometo..., pero dame hasta el domingo —pongo voz de súplica; es la única persona que ahora mismo me puede ayudar.

—A partir del domingo, olvídate de que existo, estarás sola.

—De acuerdo. Te quiero —termino de decirle esas palabras y, sin darle tiempo a responder, finalizo la llamada. Justo entonces oigo el sonido de llamada de mi teléfono y veo escrito el nombre de mi madre. Tengo que cogerlo o llamará a Jeff—. Hola, mamá.

—Por fin me contestas a la primera, ¿seguro que estás bien?

—Claro que lo estoy. —Me acomodo en una tumbona—. El trabajo va fantásticamente, tengo nuevos clientes y estoy feliz...

Noto sus manos acariciarme las mejillas y alzo la cabeza, para verlo con gafas de sol. Siento que me quedo sin saliva y estoy a punto de ahogarme, está impresionante.

Capítulo 23

—No sé por qué os tuvisteis que mudar tan lejos, de verdad.

Mi madre no se acostumbrará jamás, eso lo tengo claro.

—La vida es así. A veces ocurren cosas que debemos aceptar —replico al tiempo que me pongo de pie y me acerco a él, sin importarme que sepa con quién hablo.

Él me analiza; sé que está intrigado, desea saber quién es mi interlocutor.

—Eso es lo que dice tu padre.

—Pues, si los dos te decimos lo mismo, será porque tenemos razón. —Sean se aproxima y me besa el cuello, al tiempo que sus manos lo rodean. Le encanta ponerme en aprietos mientras converso por teléfono—. Mamá, te quiero mucho; lo sabes, ¿verdad?

De repente deja de besarme para mirarme y encojo los hombros cuando él sonríe con lascivia, agarra mis caderas y frota su miembro contra mí; cómo no, está duro como una piedra, con el miembro enjaulado en sus pantalones.

—Ya me vas a colgar... Siempre me dices que me quieres para que no hable más.

—Tengo que irme, me están esperando. Te prometo que muy pronto iré a verte.

—Eso espero. Cuídate, hija, por favor.

—Ya lo hago. Dale un beso a papá de mi parte. —Finalizo la llamada y me quita el teléfono de la mano para dejarlo sobre una de las tumbonas; luego me lleva en brazos hasta la mesa de teca que hay a un par de metros de nosotros, para sentarme en ella—. Era mi madre.

—Lo sé —me levanta la camiseta y deja al descubierto mi sujetador—, pero ahora me apetece cuidarte... —dicho esto, pasa la lengua por mi barriga y me encojo de placer—... aunque, después de chafarme mis planes de tenerte para mí solito, creo que te voy a castigar un poco.

—No serás capaz... —Lo agarro de las manos y lo acerco a mí para besarlo. No quiero que pare, ahora quiero que acabe lo que ha empezado, pero el muy canalla no tiene intención alguna de hacerlo—. Sean...

—¿Lo tienes todo? —Abro la boca desmesuradamente y él sonríe y me estira de la mano por el jardín, en dirección al interior de la vivienda—. ¿No querías ir a tu casa? Pues vámonos ya. Hugh lo ha preparado todo y ha dejado el coche en marcha.

—Eres un provocador...

—No más que tú —me responde justo cuando voy a subir el primer escalón de la escalera; sin embargo, me obliga a detenerme y, tras atraparme contra la pared, me besa—. Y cuando volvamos te vas a enterar de lo que significa llevarme la contraria.

—Estoy deseando regresar.

Tengo claro que estoy jugando con fuego, pero no me importa. Provocar a Sean es asegurarme sexo, y no puedo negarme a él, no sabiendo lo que me hace sentir cuando estoy entre sus brazos.

Tras recoger mis cosas y llegar luego al parking, donde, como me había dicho Sean, nos espera el deportivo con el motor encendido y la puerta de acceso abierta.

—¿Quieres conducir? —Lo miro, alucinada. ¿En serio me va a dejar hacerlo? Este coche vale un pastón, más de lo que gano en medio año con mi trabajo, así que no voy a tentar a la suerte—. Te da miedo.

—Prefiero que me lleves tú.

—Algún día me tendrás que explicar lo que te ocurrió en un coche.

Volver a recordarlo me provoca un escalofrío; dudo que vuelva a conducir tras lo que viví.

No le respondo, no quiero hablar de ello; me limito a esperar a que las puertas del vehículo asciendan y luego me siento a su lado, consciente de que tengo vía libre para ir a mi casa sin que Jeff pueda pillarme con él.

Pisa el acelerador y sale derrapando, provocando que tenga que ahogar un grito y cerrar los ojos al tiempo que me agarro al asiento con todas mis fuerzas, sabiendo que él se lo está pasando bomba a mi costa, aunque no los abro hasta que siento que vuelve a conducir como una persona normal.

—Si quieres terminar conmigo, hazlo ya, pero, por favor, no conduzcas así.

—El día que quiera terminar contigo, lo haré a polvos. —Me giro para que me mire directamente a los ojos, pero no lo hace. Sabe perfectamente que lo estoy esperando, pero se resiste hasta que se detiene en un semáforo y se vuelve hacia mí—. Qué mejor final que ése, ¿no?

—Puede que seas tú el primero en morir de placer.

—Si sigues como hasta ahora, te puedo asegurar que llegará el día.

Posa una mano sobre mi muslo y continúa la marcha, ahora a una velocidad más reducida, y así continúa hasta que llegamos a mi portal.

Por instinto, miro hacia la ventana de Jeff y compruebo que las luces están apagadas, aunque ya lo sabía. Sean se detiene en una zona de aparcamiento y espero que eleve las puertas para salir, consciente de que la mitad de los que están cerca nos están mirando. ¡Como para no hacerlo, el coche de Sean no es nada discreto!

Rebusco dentro de mi bolso en busca de las llaves a pesar de saber que están en el pequeño bolsillo interior, pero es la primera excusa que se me ha ocurrido para ocupar mis manos y no tener que aceptar la suya, evitando así que ninguno de mis vecinos tenga carnaza para el cuchicheo; bastante hemos dado ya que hablar entrando y saliendo con Owen.

—Aquí. —Le muestro las llaves y sonrío; meto la del portal, la giro y la puerta se abre.

Como tengo por costumbre, no cojo el ascensor, porque sólo hay que subir una planta; lo cogemos exclusivamente cuando vamos al subterráneo, en busca del coche de Jeff, o cuando vamos muy cargados.

Lo guío hasta que llegamos a mi puerta y se para de repente, con la vista fija en la puerta de Jeff, y sé que se está preguntando.

—Ésa es la casa de Jeff—afirma.

No tenía la menor idea de que había estado allí; es más, Jeff jamás me lo ha comentado... y eso sí que me extraña, porque puedo entender que no quisiera presentarme a su socio, pero es que casi nunca ha hablado de él.

—¿Se comunican ambos *lofts* por dentro?

Sabe que no es así y ya no dice nada más; es evidente que no le ha gustado nada saber que su socio, ese que no sabe que es mi marido, vive justo enfrente de mi casa; no le ha hecho ni pizca de gracia.

—¿Entras o te quedas fuera? —Como veo que duda, lo dejo atrás y me adentro en mi *loft*. Me da la sensación de que hace días que no he estado aquí, cuando en realidad ayer mismo salí de casa para ir al trabajo—. ¿Quieres beber algo? —le pregunto en cuanto cierra la puerta y aparece delante de la isla.

—No, estoy bien. —Abro la nevera, cojo la botella de agua y me lleno un vaso, que me bebo de un trago. Estaba seca—. Es muy bonito, la verdad.

—¿Pero...?

Sé que no lo está diciendo todo y espero, impaciente por conocer su sincera opinión, porque lo cierto es que a mí el *loft* me encanta. Cuando lo vi, me enamoré de él, pero sé que no es un hogar para toda una vida.

—Es pequeño.

—Comparado con tu casa, sí, lo es. —Se sienta en el taburete de la isla y me acerco a él, esta vez en mis dominios; me cuelo entre sus piernas y lo abrazo por el cuello—. Pero no está mal, ¿verdad? —Niega con la cabeza y acepta mi beso—. ¿Me acompañas arriba y recojo mis cosas?

Se pone de pie y, agarrados de la mano, subimos la escalera que nos lleva a mi habitación, desde la que se puede ver todo el espacio al completo, ya que está abierta a la planta baja. Entro en mi vestidor, pillo una pequeña maleta de mano, la abro, la coloco sobre la cama y empiezo a meter ropa para dormir; la más sexy que tengo... íntima, la última que me compré, de satén, y un par de mudas de ropa, una informal y otra formal, por si acaso decidimos abandonar en algún momento su cueva. Cuando voy a salir, recuerdo algo que me hace sonreír, aunque él ni se da cuenta, porque está apoyado en la barandilla, sin prestarme atención. Voy al vestidor de nuevo y, tras esconderlo bajo mi camiseta, lo guardo con disimulo en la maleta. Luego voy hasta el baño, para coger mi neceser con maquillaje y utensilios básicos.

—Pensaba que no querías venirte conmigo y resulta que te mudas.

—No te confundas —se me escapa la risa y él me analiza desde su posición—, esto sólo son imprescindibles.

—Ajá.

—Y van a volver conmigo el domingo.

—Lo entiendo. —Levanta las manos y me indica que pase delante, pero le hago un gesto para que lo haga él primero y empiece a descender, no sin antes coger la maleta para cargarla él—. ¿No bajas conmigo?

—Me cambio y voy. —No pienso llevar la misma ropa del día anterior, así que elijo un vestido muy fresquito, una rebeca y unas botas de tacón bajo, y, una vez lista, me reúno con él—. Y, ahora, ¿a dónde vamos?

—Ya veremos.

Eso sí que me sorprende, pues tenía entendido que íbamos a encerrarnos en su casa, pero parece que va cambiando su plan conforme pasan las horas y eso me gusta... mucho, a decir verdad.

—Pues vámonos.

Me mira de arriba abajo y clava los ojos en mis piernas a la vez que esboza esa sonrisa lasciva y oscura que sólo él consigue poner, con la que me vuelve loca. He seguido su norma número uno: fuera impedimentos. Sean aún no sabe que mi maleta sólo contiene vestidos, tal y como a él le gusta y, para qué engañarnos, a mí también. Me encanta que pueda tocarme en cualquier momento y lugar.

Arranca el motor y enfila en dirección contraria a su casa, pero no pregunto. Quiero dejarme sorprender, que me lleve donde le apetezca. Tal y como esperaba, su mano se cuelga por debajo de la tela de mi falda, cuando mi teléfono comienza a sonar.

Sean me mira mientras rebusco en el bolso. Por fin lo encuentro, miro la pantalla y veo que es mi hermano. Dudo entre cogerlo o no, pero, si no lo hago, Sean sospechará.

—Hola, hermanita.

—Hola, Liam. ¿Estáis por la ciudad de nuevo? —Tengo que cerciorarme de si debo preocuparme de algo más o puedo estar tranquila.

—Qué va, lo hemos dejado.

—Me alegro, era una idiota. Lo siento, hermanito, pero esa chica no te convenía —le digo como si nada, y comienza a reírse a carcajadas; supongo que Sean puede oírlas, porque él también sonrío.

—Estaba muy buena, ya está.

—Eso no lo es todo, y lo sabes.

—¿Y me lo dices ahora? —Sigue tronchándose de risa, así que me queda claro que no está afectado para nada y me alegro por ello, porque lo vi demasiado perro faldero de aquella mujer—. Me ha dicho mamá que vas a venir.

—No sé cuándo... Ha sido para salir del paso; es muy pesada.

Sean conduce como si no estuviera oyendo nada; supongo que respeta mi intimidad y se lo agradezco.

—En cuanto logre hacer un hueco en mi agenda, iré, os lo prometo. ¿Querías decirme algo?

—Eso espero. No, estaba aburrido, sólo eso.

—¿No tienes ningún ligue que te distraiga? —Soy muy mala, lo sé, pero es que Liam siempre ha tenido cientos de novias, nunca ha estado más de dos días sin conocer a una chica u otra—. De todas formas, te abandono, que yo sí estoy ocupada... Te quiero... adiós...

No le doy opción a responder, porque Liam, normalmente, termina dándome recuerdos para mi marido y, estando en el coche, lo último que quiero es que pronuncie esa palabra. Dios, qué difícil va a ser ocultar durante mucho tiempo mi relación matrimonial con Jeff; va a resultar casi imposible que cualquier día de éstos uno u otro no se entere de la verdad.

—¿Tu familia es tan pesada como la mía?

—No tengo familia.

Me giro en su dirección, porque no puedo creer lo que acaba de soltar; es imposible que no tenga ningún familiar cercano.

—¿Algún familiar tendrás?

Se tensa, lo noto por cómo ejerce más fuerza en su agarre del volante, pero ahora ha despertado toda mi curiosidad.

—Sí, pero no tengo relación con ninguno; el tiempo nos ha distanciado.

Sé que está midiendo sus palabras, y que en el fondo de esa frase se esconde una pena terrible, porque algo muy gordo debe de haber pasado para que no se hable con ningún miembro de su entorno familiar.

—El tiempo lo cura todo.

—Eso dicen —zanja la conversación como si nada y se adentra en un parking público para dejar el vehículo bien aparcado en el centro de Vancouver—. No tardaremos mucho, tengo que cerrar una cosa.

—¿Trabajo? —¿No me lo puedo creer!

No responde, baja del coche y lo rodea para ofrecerme la mano y ayudarme a salir de él.

Cuando estoy de pie y voy a seguir su camino, se detiene de repente y me atrapa entre su cuerpo y el deportivo para besarme.

—Llevo todo el maldito trayecto mirando estas piernas y me estoy volviendo enfermo... —Se lanza a besarme, colando su mano bajo mi falda, sin importarle que la esté levantando y que cualquiera que pase lo puede ver—. Vas a tener que compensarme muchas cosas hoy.

Esta vez soy yo la que cuelo mi mano por dentro de su polo negro y acaricio cada uno de sus abdominales.

—Dicen que sirven para lavar la ropa, aunque yo creo que tienen un mejor uso. —Mi frase le hace gracia.

—Ah, ¿sí? Estoy deseando saber cuál es.

—Tendrás que esperar a esta noche. —El color de sus ojos se oscurece, y se me escapa la risa cuando nos giramos y vemos a un matrimonio de avanzada edad negando con la cabeza al vernos en una situación tan íntima—. Creo que es mejor que vayamos a cerrar eso tan importante que no puede esperar a mañana.

Lo cojo de la mano y, a regañadientes, sigue mis pasos hasta la puerta que nos conduce al exterior. Agarrado de mi cintura, me guía por las abarrotadas calles hasta que llegamos a una pequeña tienda que me sorprende.

—¡No me lo puedo creer, Sean Cote en persona!

—De vez en cuando me dejo caer por los sitios —bromea, y se chocan la mano, pero el dependiente, no contento con eso, lo abraza, sobándolo de arriba abajo sin que él se queje; no noto que le moleste.

—El otro día pasó por aquí Andrew y le pregunté por ti; deberías haber venido antes.

—He tenido mucho lío —se justifica sin ofrecer más detalles, y da un paso atrás, quedando detrás de mí—. Marc, te presento a Avery.

—Encantado, una buena percha. —Me mira de arriba abajo con todo el descaro del mundo—. Una treinta y seis, y noventa...

Elevo las cejas intentando no ser desagradable, pero no me hace ni pizca de gracia que una persona que no me conoce de nada me describa según mi talla de pantalón o de pecho.

—Lo quiero todo negro brillante y blanco, ya lo sabes.

—Ahora ya no tengo dudas, es la mejor elección. —Le hace darse la vuelta y Sean accede, hecho que me sorprende, ya que no me encaja, aunque, si es su *personal shopper*, estará acostumbrado a ello—. Ya podéis iros, que tengo mucho trabajo.

—Que tengas un buen día.

—*Ciao, bella.*

Salimos del establecimiento y me lo quedo mirando bastante alucinada, incrédula por el momento que acabo de vivir.

—¿Necesitas un traje?

—Tengo un evento en un par de semanas y, sí, necesito uno. Marc es el mejor diseñador.

—¿Es diseñador? —Eso sí que me asombra; pensaba que era un mero dependiente que se encargaba de vestir a los clientes—. ¿Es el mismo a quien has llamado esta mañana? —Asiente con la cabeza, como si fuera lo más normal del mundo, y me paro de pronto, ante su desconcierto—. ¿Pensabas traermme ropa de un diseñador para un fin de semana?

—Qué más da de dónde sea.

No puedo entenderlo. ¿Tanto dinero tiene? No me entra en la cabeza que, por muchas inversiones que haya hecho en su vida, su economía sea tan dispar a la de Jeff.

—Si piensas que voy a aceptar ese tipo de regalos, lo tienes claro. Yo no soy una persona que necesite obsequios caros. Es más, prefiero un detalle hecho con el corazón que una joya que me dé miedo ponerme por la calle por si me la roban.

—Tomo nota.

¿Toma nota? Este hombre no tiene solución.

Capítulo 24

Comienzo a reírme y me mira sin entender por qué lo hago, pero es que la imagen que ofrecemos ahora mismo es digna de troncharse. Nuestra ropa está desparramada por el suelo, formando un camino desde la puerta del parking hasta el sillón, donde hemos explotado y no hemos podido aguantar más el silencio que se había instalado entre ambos desde que hemos salido de la *boutique* de su amigo y diseñador, Marc. Supongo que no esperaba mis palabras, o no es a lo que está acostumbrado, pero, si quiere estar conmigo, debe saber a qué atenerse.

—¿Me vas a explicar qué te hace tanta gracia?

—¡Tú! —Se queda petrificado al oírme—. ¡Yo! —Sigo con mis risas—. Nosotros. —Señalo a nuestro alrededor—. Esto es de locos. —Me lanza un cojín a la cara y le respondo dándole un golpe con otro que tengo al lado, pero veo que me va a ocurrir lo de siempre, que voy a terminar perdiendo y haciéndome daño, como me ha pasado tantas y tantas veces con mi hermano—. Me rindo, de verdad, me rindo.

—¿Tan pronto? Creía que eras mucho más peleona. —Se pone de pie y me ofrece su mano, que acepto encantada... cuando me lanza sobre el sillón y atrapa mis labios—. No me canso de ti, y eso es muy raro en mí.

—Eso es porque soy especial. —Mi declaración lo sorprende—. Es broma.

—Es cierto; nunca había conocido a nadie como tú, por eso no voy a dejar que te vayas de mi lado. —Lo miro a los ojos, embelesada—. Nunca —añade, y me abraza; lo beso en el hombro cuando me pone de pie—. ¿Tienes hambre?

—Mucha... —Hago un gesto de que estoy chupada por la falta de alimento, absorbiendo mis mejillas hacia dentro, y comienza a carcajearse de mi cara mientras nos acercamos a la nevera—. ¿Te importa si voy a por mi maleta al coche, subo y me pongo algo de ropa?

—Sí.

—¿Sí, te importa, o sí, sube la maleta, sin problemas? —En estos momentos no me decantaría por ninguna de las dos, porque no sé por dónde me va a salir.

—Sube la maleta y ponte algo de ropa, pero no tardes. Aunque me gusta que estés así, sin impedimentos... —Me señala de arriba abajo y no me siento cómoda; nunca me ha gustado pasearme desnuda delante de nadie; todo lo contrario, siempre he preferido llevar puesta aunque sea una prenda.

Cojo la maleta y subo a su habitación, donde me limito a abrir el equipaje sobre una butaca.

Saco un vestido negro de satén que me regaló Zoé cuando me casé, la verdad es que apenas lo

he usado, y, cuando me lo voy a poner, veo un trozo de tela del conjunto de Victoria's Secret y sonrío, sabiendo lo mucho que le va a gustar verme con él esta noche cuando lo sorprenda.

Me pongo el vestido y voy hasta el baño, donde lo primero que hago es mirar por los ventanales para comprobar que no haya nadie, y no lo hay; al final voy a dudar de mí misma y tendré que admitir que puede que la oscuridad de la noche provocara que imaginara algo que no ocurrió. Me miro al espejo y recompongo mi triste recogido, que ya no es ni un moño ni nada... aunque más tarde le pondré solución, tras darme una ducha.

Salgo del baño, bajo la escalera y voy hacia la cocina, donde lo veo sirviendo nuestra comida en dos platos, y me fijo en que ha colocado los utensilios en la mesa del comedor. Me encanta ese cubículo sobresaliendo de la casa.

—¿Te ayudo? —le pregunto cuando saca una botella de vino rosado y dos copas, que tras oírme me entrega para que las lleve a la mesa.

—Espero que te guste lo que nos ha preparado Helena.

Miro el plato y descubro una carne rustida en salsa, que huele de vicio, sobre una cama de patatas al horno que estoy deseando probar.

—Tiene muy buena pinta.

—Helena es la mejor cocinera de este mundo —señala, dejando los platos sobre la mesa, y me pide con un gentil movimiento de la silla que me siente—. Que aproveche.

—Igualmente. —Rodea la mesa y se sienta enfrente. Tras dar el primer trago, tengo que reconocer que es de los mejores que he catado—. Me gusta este vino.

—Suelo tener este vino para ocasiones especiales.

—¿Comer conmigo es una ocasión especial? —inquiero, para que me lo diga directamente, tal y como está a punto de hacer.

—Que estés a mi lado ya lo hace especial.

—Para mí también lo está siendo. —Corto un poco de carne y me la llevo a la boca, sin evitar gemir al sentir la explosión de sabores en mi paladar—. Es lo mejor que he comido en siglos. No la despidas nunca. —Consigo que ría en una carcajada y, cuando logra parar de hacerlo, comienza a comer mientras no deja de observar cómo lo hago yo.

—¿Qué te parece el personal de nuestra empresa?

—¿A qué te refieres? —A ver a dónde me conduce, porque ahora mismo no sé si quiere retomar el tema de que me he acostado con Owen o es una simple pregunta inocente.

—Tenemos un problema, por eso te contratamos...

—El problema es básico. —No dejo que acabe la frase y me animo a ser sincera con él, al igual que lo fui con Jeff—. Vosotros, los propietarios y directivos, estáis muy arriba; en cambio, los empleados, muy abajo.

—¿Y eso es malo?

—No tiene por qué, pero te aseguro que los resultados mejoran si los trabajadores sienten que los de arriba están unos pasos más próximos a ellos; ganan confianza y seguridad para transmitir

los problemas que ahora mismo se reservan.

—Nunca he prohibido a un empleado decirme su opinión. —Da un trago al vino y me percató de que sabe perfectamente que nadie lo hace porque impera un respeto que llega a ser excesivo, hasta el punto de cohibirlos.

—Y, si lo hicieran, ¿tendrías en cuenta su opinión?

—Según...

—Según, ¿qué?

Me encanta debatir con él de este tema; por mucho que lo deteste, estoy por encima de él en este ámbito y, aunque lo intente, no logrará superarme. Llevo muchos años formándome para que ningún Sean ni ningún Román queden por encima de mí en esta área.

—Lo que quieran.

—Da igual lo que sea, el objetivo es mejorar, y muchas veces tu opinión no es la única válida. Ya que has sacado el tema... —He despertado su curiosidad, porque espera intrigado a ver lo que le voy a decir. Pero, antes de lanzarme, como un poco más, cerrando los ojos para saborear el bocado; por más que lo intente, no logro saber con qué ha preparado la carne ni qué contiene la salsa—. ¿Por qué me miras así?

—Porque me pones a cien con cada una de tus caras.

—¿Eso es bueno?

—Demasiado bueno. ¿Decías...?

—Sí, eso... —Mejor que no me desvíe del asunto, ya que tengo la oportunidad de soltarle la bomba y no voy a desaprovecharla—. He pensado en realizar una salida conjunta de la plantilla al completo: ir al bosque a hacer una caminata todos juntos.

—Les gustará —comenta tan tranquilo, ¡y yo que pensaba que se iba a subir por las paredes!, pues no, le parece perfecto, y ahora no sé si me frustra o no que no me rebata. Estaba preparada para sacar mis armas de mujer si hacía falta.

—Vosotros incluidos —le aclaro para que no haya dudas—. Tú y Jeff.

—¿Estás de coña? No pienso perder un día de mi vida en eso.

Ya decía yo que su reacción no había sido normal. Al final voy a tener que sacar las armas de verdad.

—No lo vas a perder, vas a demostrar que eres una persona cercana, que pueden confiar en ti, y que, lo que ven, sólo es una fachada que utilizas en la oficina.

—¿Y tú te crees eso? ¿Consideras que, cuando salgo del despacho, no soy la misma persona que dentro?

«No, eres peor; eres jodidamente provocador, asquerosamente irresistible, y puede que mi idea no sirva de nada, pero estoy convencida de que debo conseguir que aceptes.»

—Lo creo; es más, míranos.

—Tú me pones cachondo, ellos no. —Se limpia con la servilleta tras comerse el último pedazo de carne—. Prepáralo, tienes vía libre, pero no cuentes conmigo.

—Yo te iba a compensar si venías, pero ya veo que no servirá de nada.

—¿Qué tenías planeado? —Se pone de pie mientras mastico mi último trozo de carne, antes de coger la copa y levantarme también, para aproximarme a él y sentarme sobre la mesa, apoyando los pies encima de su silla, dejándole ver mi sexo desnudo; luego me estiro un poco hacia atrás a la vez que doy un nuevo sorbo, dejando caer intencionadamente un poco de vino en mi pecho—. ¿Y si aun así no acepto?

—No dejaré de intentarlo.

—Pues creo que voy a ser un empresario déspota y cuadrulado que se va a empecinar en decir un no tras otro hasta que te quedes sin ideas para chantajearme.

—Dudo que me quede sin ellas. —Provoco que el tirante de mi vestido caiga un poco, lo suficiente como para que asome mi pecho, que tiene el resto de una gota de vino de las que han caído y se está quedando pegajoso—. ¿Estás seguro de que no vas a venir? Puedo garantizarte que no te arrepentirás.

—No voy a ir.

—Entonces creo que me voy a mi casa.

—Ah, no, eso no entra en el juego. Has dicho que no ibas a dejar de intentarlo; rendirse no es una opción.

Pasa la lengua por el reguero de vino en mi piel, al tiempo que sus manos aprietan mis muslos.

—No vas a tener sexo si no aceptas.

—Eso ya lo veremos. —¿En qué momento han cambiado los papeles? No me lo puedo creer, era yo la que estaba jugando con él y ahora es él quien ha tomado el mando—. Me vas a rogar que te folle... —cuela un dedo en mi vagina y lo saca, y ahogo un grito e intento disimular las ganas que tengo de que vuelva a meterlo, pero no quiero demostrarle que soy débil, que él es el único que consigue que me olvide de mi objetivo... una y otra vez.

—Eso ya lo veremos —repito sus palabras, y curva la comisura de sus labios hacia arriba. Sé que eso es lo que esperaba de mí.

Se desabrocha el pantalón, que se ha puesto mientras yo estaba arriba vistiéndome, y adentro mi dedo índice en mi copa para mojarlo en vino y luego comienzo a escribir en su pecho la palabra «sexo», para después lamerla, provocando que se yerga y cierre los ojos, momento que aprovecho para agarrar su mano e introducirme yo misma uno de sus dedos, que no detiene... Me deja hacer a mí, me deja buscar mi placer hasta que abre los ojos y lo saca al tiempo que niega con un chasquido de la lengua.

—Las apariencias engañan, pero eso sólo lo saben las personas que yo quiero —me recuerda mi discurso anterior, ante mi resignación al ser consciente de que no sé cuándo va a volver a tocarme.

—Yo puedo cambiarlo.

—Quiero que todo siga como hasta ahora. No me va nada mal, ¿no crees? —Cuela dos de sus dedos y me penetra con tanta fuerza que me agarro a su cuello para contener el grito—. No te oigo

—insiste. Atrapo su pezón y lo muerdo, obteniendo un gruñido gutural que me excita más de lo que esperaba—. Te gusta... Reconoce que te gusta cómo soy.

—No eres mi jefe.

—Soy tu cliente —tiene toda la razón, parece que en algo estamos de acuerdo—, y ahora mismo quieres que te folle.

—¡No! —miento con todo el descaro, porque claro que lo quiero, estoy deseando que lo haga.

—Ha sido más fácil de lo que esperaba —lo miro abstraída sin saber a qué se refiere... ¿a qué he respondido?—, primera pregunta contestada.

Supongo que se ha salido con la suya, pero yo ahora mismo no sé ni cuál era esa maldita pregunta.

—¿Participarás en la salida en grupo? —intento volver a controlar la situación, debo hacerlo si quiero salirme con la mía, pero, lejos de aceptar o rechazar, da un paso atrás, cruzándose de brazos y apoyándose en la cristalera, sin dejar de mirarme..., más bien de torturarme, porque no soy capaz de mantener la cordura cuando me observa de ese modo—. Sean, por favor.

—¿Comienzas a rogar? —Se frota la barba, que me encanta como le queda; aún no ha tenido tiempo de afeitarse, pero por mí que no lo haga, porque lo prefiero así—. Creo que me está gustando mucho esta comida.

—No es una comida de negocios —le aclaro, al tiempo que me bajo de la mesa, procurando parecer muy digna, pero, cuando paso por delante de él, me coge por los muslos, elevándome hasta su hombro y llevándome consigo mientras yo me agarro de su espalda para no caerme—. ¡¿Me quieres soltar?! —le grito, pero no me hace ni caso y continúa su camino hasta dejarme caer en el sofá.

—Vamos a ver una película.

—Estás de broma, ¿no? —¿No pretenderá dejarme así, con ganas de seguir lo que ha empezado sobre la mesa?—. Vale que no quieras hacer esa excursión, lo entiendo, aunque no me rendiré hasta convencerte, pero no vas a castigarme por ello.

Siento que mi cuerpo se revela por completo y me pongo de muy mal humor cuando veo que se deja caer a mi lado y pilla el mando del televisor. Me cruzo de brazos a su lado y él me estira de los tobillos al tiempo que se pone de pie y luego se arrodilla ante mí con esa mirada que sólo significa una cosa.

«Sí, al fin ha oído mis plegarias.»

Me separa las piernas y vuelve a mirar con lascivia mi sexo excitado, antes de morderme los muslos y dirigir la cabeza a mi vagina, para lamerme como sólo él sabe hacer... y me hundo en el sofá, dejándome llevar por el magnífico placer de su lengua juguetona, que esta vez se esfuerza al máximo para que mi frustración de antes quede en el olvido y logre obtener el orgasmo que tanto he necesitado durante todo este rato.

Capítulo 25

Me despierto y siento que todo me da vueltas; anoche me pasé bebiendo el maldito vino rosado. Miro hacia su almohada y compruebo que no está a mi lado; supongo que se habrá despertado hace un rato y ya habrá bajado al salón. Me pongo de pie y me dirijo al baño; de camino veo tirado por el suelo mi carísimo conjunto de Victoria's Secret... Nunca imaginé lo mucho que daría de sí. A punto estuve de conseguir un sí por su parte, pero el muy canalla no terminó de ceder, aunque al menos gané una noche de sexo sin límites.

Sean, en la cama, es una bestia, una que tiene un control sobre sí mismo que me sorprende de verdad, al contrario que yo. Cuando está en mi interior, sólo quiero más, y no puedo ni pensar, sólo busco mi placer, el suyo, el nuestro, pero no podría contenerme como hace él.

Abro el grifo de la ducha mientras me miro al espejo; me agrada lo que veo: tengo el rostro sonrosado y un brillo en la piel que pocas veces he detectado. Supongo que ahora mismo me siento tan afortunada y feliz que mi cuerpo lo expresa igual que hago yo con esta sonrisa que se dibuja en mi rostro. Toco el agua y me adentro bajo la cascada, que logra relajar cada uno de mis músculos.

Cojo el gel de baño que me traje el día anterior y comienzo a acariciar cada centímetro de mi cuerpo, consiguiendo dejar la mente en blanco durante un buen rato, hasta que decidido enjabonarme el pelo y aplicar un poco de mascarilla, así que cuelo mis dedos en la gran melena rubia que tengo y estiro mechón a mechón, intentando que se hidrate y se desenrede. Poco a poco el agua aclara mi cabello y finalmente decido salir para ir a comer algo; tengo el estómago vacío y no sé ni qué hora es.

Abandono el baño y me pongo un vestido camisero cruzado con cintura anudada y estampado geométrico muy sencillo, aunque, desde que lo vi, me enamoré de él. Viendo el escote en forma de uve que muestra lo justo, pero deja espacio a la imaginación, sé que a Sean le va a encantar. Me polvoreo un poco el rostro, me aplico la base de rímel en las pestañas y me dirijo a la planta de abajo, pero allí tampoco está, no hay rastro de él.

Desciendo una planta más para comprobar si está en su despacho, pero tampoco doy con Sean, así que subo hasta la cocina, donde ahora encuentro a Helena.

—¿Tiene hambre, señorita Avery?

—Un poco... —Me siento en un taburete de la isla y veo cómo me sonrío—. Helena, ¿sabe dónde está Sean?

—Ah... —duda, y luego pasea por la cocina sin responder—. Los domingos suele salir a

correr a esta hora. Mire, ahí lo tiene.

Aparece a mi izquierda, muy sudado, sin duda viene de hacer deporte. Se quita los auriculares de los oídos y me mira de arriba abajo, sonriente.

—Buenos días. Estás preciosa hoy.

Se acerca para darme un beso, pero sin tocarme mucho, porque realmente está completamente empapado en sudor. Cuando dirijo la mirada hacia Helena, nos está observando, sonriente, tan embobada que me sonrojo.

—Ve a darte una ducha y así os hago tortitas a los dos. —Helena lo apremia como si fuera su hijo, y él asiente con la cabeza mientras retrocede hasta la escalera sin dejar de mirarme hasta que el muro le entorpece mi visión—. Hace buen día, ¿quiere que prepare la mesa del jardín?

—Claro, lo que crea que es mejor —le respondo sin saber muy bien si Sean preferirá dentro o fuera.

—Bueno, bueno, no me trates de usted, que ya nos conocemos un poco y, además, me haces sentir más mayor. Para mí Sean es el hijo que no tuve, así que, si al final vas a venir mucho por aquí, te convertirás en la hija que tampoco pude tener.

—¿No tienes hijos? —Intento saber un poquito más de ella; me parece una mujer tan abrazable que, si tuviera un poco de confianza, lo haría sin duda alguna.

—No... El embarazo no fue bien y tuvieron que intervenirme... En el quirófano se quedaron mis ilusiones de ser madre. —Me rompe el alma saber lo que le ocurrió. Qué vida tan injusta, seguro que sería una madre increíble—. Así que tengo que cuidar a mi único chico. —Me guiña un ojo mientras coge todo lo necesario para poner la mesa exterior.

—Te ayudo.

—No, por favor, puedo sola.

—Lo sé, pero me siento inútil viendo cómo me lo haces todo. —Le cojo la bandeja y ella abre un cajón del que saca un mantel gris oscuro; a continuación las dos bajamos la escalera—. Si mi madre me viera sin echarte una mano, me reñiría muchísimo.

—Es mi trabajo, y no me importa en absoluto; es más, quiero que mi ayuda sirva para que seáis más felices.

—Quieres mucho a Sean, ¿verdad? —Asiente mirando hacia arriba, supongo que comprobando que no nos puede oír—. ¿Y sus padres?

—Hija, ese tema es muy complicado; sólo él puede responderte.

—Sí, perdona, no pretendía incomodarte; ya me ha dicho que no tiene relación con la familia.

No quiero que piense que pretendo aprovecharme de ella para obtener información; todo lo contrario, lo que quiero es ser educada.

—La vida, a veces, es muy dura con las personas que no se lo merecen, pero supongo que eso ya lo sabes.

Interiorizo sus palabras, porque con ellas me está diciendo más de lo que parece.

Llegamos a la mesa y dejo la bandeja a un lado para ayudarla a estirar el mantel y colocar los

cubiertos en su sitio, hasta que ella, con un gesto, asiente con la cabeza, convencida de que todo está listo. Cuando creo que se va a marchar, se gira y me pregunta:

—¿Sirope de caramelo?

—¿Chocolate negro? —Pongo cara de que me sabe mal no aceptar lo que me ha ofrecido, pero el caramelo me empalaga demasiado—. Si no hay, no te preocupes.

—Creo que puedo solucionarlo. —Sonríe, pensativa, y se marcha, dejándome en el gran jardín sin saber muy bien qué hacer.

Por suerte me he bajado el teléfono, así que le envío un mensaje de WhatsApp a Zoé con la intención de entretenerme un poco mientras Sean termina y se reúne conmigo.

Hello, ¿estás por ahí? Estoy pasando el fin de semana en su casa.

Automáticamente veo que su estado cambia y los dos tics cambian al color azul cuando lo lee.

Lo tuyo va en serio, ¿verdad?

Cómo quieres que lo sepa... Sólo sé que todo él es impresionante.

¿Y Jeff? Tía, estás casada, y...

Ya lo sé. 😞 Hoy voy a hablar con Jeff, debe saber que salgo con alguien..., es lo mínimo.

Lo entenderá, él se muere por Owen.

Estamos hablando de su socio. ¿Lo entenderá? Yo creo que me va a matar. ¿Qué tal con el arquitecto?

Sin palabras, lo mejor que me podía haber pasado.

A ver si venís y lo conocemos. Me encantaría.

Muy pronto.

Helena vuelve con dos platos, y tengo que contenerme para no lanzarme sobre una de las tortitas que ha preparado. Mi teléfono suena de nuevo, seguro que Zoé me ha contestado, así que leo de refilón su mensaje, que me hace sonreír.

Te llamo la semana que viene. Estoy muy, pero que muy, ocupada.
Kiss.

—Espero que te guste, era el único chocolate que tenía. A Sean no le entusiasma, sólo lo quiere blanco. —Dice que no repetidas veces con la cabeza, sonriente.

—Y, el sirope de caramelo, ¿sí? —Nos miramos y sonreímos. Él aparece a su espalda y yo lo observo de arriba abajo.

Lleva puestos unos vaqueros oscuros y una camiseta de manga corta, blanca, y así de sencillo

está espectacular, sobre todo porque no se ha afeitado la barba de varios días que le hace estar más sexy... si es que se puede elevar su categoría de adonis perfecto.

—Comed, que se enfrían. —Helena me guiña un ojo y, cuando se gira para irse, recibo una cachetada en el culo.

—¡Oye! —lo amonesto al tiempo que me toco la nalga, porque se ha pasado bastante—. Un poco más de delicadeza, por favor.

—¿Así? —Me gira para tenerme frente a él y me levanta el vestido para acariciarme, pero yo sigo con cara de molestia; no me gusta que me golpee tan fuerte, y menos así de improviso—. Lo siento.

—Eso me gusta más. —Le lanzo una mirada mientras le sonrío y ahora es a él al que se le escapa una carcajada—. Y, si no te importa, no quiero que se enfríe mi tortita. —Me siento en la silla y, observada por él, cojo mi tenedor y mi cuchillo y, al cortar la tortita, veo cómo las virutas de chocolate se deshacen y me llevo un pequeño trozo a la boca—. ¡Dios, mío! Esto está buenísimo.

—No lo dudo.

—¿Quieres probarla? Ah, no, que tú eres más de caramelo pringoso y empalagoso.

Sé que le ha sorprendido mi contestación, porque esa información me la ha facilitado Helena, no él. Me dispongo a darle un nuevo mordisco a la tortita cuando atrapa mi mano y se lleva el tenedor a la boca.

—No está nada mal, pero las mías están más buenas.

Se sienta a mi lado y, tras cortar un pedazo de una suya, en vez de comérselo me lo ofrece y, aunque no me apetece en absoluto, soy educada y me lo meto en la boca, sintiendo la textura del caramelo... y confirmando que no me gusta.

—Me quedo con el chocolate. —Seguimos desayunando cuando veo que aparece Helena y no lo dudo un instante—. Están riquísimas, las mejores que he probado.

—Me alegro de que te gusten, Avery. Sean, ya lo tienes todo listo; si no necesitáis nada más, me voy.

—Puedes irte, está todo bien.

Se despide diciendo adiós con la mano y, como siempre, de forma sigilosa desaparece escaleras arriba.

—Después de desayunar me gustaría irme a casa; quiero hacer unas cosas para el trabajo de mañana. —Sé que no está de acuerdo, pero no dice nada, se limita a terminarse la tortita—. Sean, ¿me has oído?

—No pienses en eso ahora.

—No puedo desatender mi trabajo.

Necesito que me entienda, que comprenda que, cuando estoy con él, mi mundo se para, pero que, como siga así todos los días, mi economía se resentirá y me iré a la ruina, y no puedo consentirlo.

—Te llevaré cuando quieras.

—Gracias. —Pierdo la vista en la piscina y pienso en lo bien que estaría bañándome en ella si fuera verano; aún quedan unos meses y, aunque la temperatura es seca y cálida, todavía no lo es lo suficiente como para darme un chapuzón—. ¿La usas a menudo?

—Menos de lo que podría, suelo trabajar todo el tiempo.

—¿Y qué haces para divertirte? —Parece que mi pregunta lo ha pillado desprevenido, porque me mira fijamente, dudando sobre qué responder—. Saldrás con amigos... ¿Andrew?

—Andrew son negocios, básicamente.

No me lo puedo creer. ¿Habrás algo en su vida por lo que esté dispuesto a dejar de pensar en su empresa y sus inversiones?

—Tendrás algún *hobby*, ¿no? —insisto, porque quiero saber un poco más de él.

—Hundir a las compañías petroleras; desde hace años, ésa es mi única diversión.

Lo peor de todo es que veo cómo disfruta al decir eso mientras sonrío. Realmente parece que su única diversión es trabajar.

—¿Y mujeres?

Imagino que por esta casa habrán pasado demasiadas y, aunque no estoy muy interesada en conocer la verdad, sí que me gustaría que fuese sincero conmigo.

—Estás tú.

—Ahora, sí, pero me refiero a antes.

—Nada digno de mención.

No va a soltar prenda, me lo está dejando claro por cómo le resta importancia a mi pregunta; parece que para él no tenga ninguna, y no necesito que me confirme lo que ya sé a ciencia cierta. El caso es que, siendo como es, seguro que no tiene ningún problema a la hora de tener a la mujer que quiera.

Me pongo de pie y me dispongo a recoger los platos, pero su mano lo impide y se pone frente a mí, apenas a unos centímetros, agarrando mi cintura y mirándome de arriba abajo.

—Me gusta este vestido, es muy... —se muerde el labio inferior al tiempo que ladea la cabeza para mirarme mejor—... provocativo. Desde que te he visto, he sentido la necesidad de volver a hacerte mía. ¿Qué estás haciendo conmigo?

—¿Yo? Eres tú el que, con tu provocación, estás consiguiendo poner mi vida patas arriba.

Es lo que está ocurriendo exactamente en este momento, sin buscarlo ni pretenderlo, sin ni siquiera darme cuenta de que estoy inmersa en una espiral de sensaciones y no sé si voy a salir disparada y me voy a dar la hostia más grande de mi vida, pero, cuando lo miro como lo estoy haciendo ahora, siento que merece la pena todo lo que tenga que llegar.

—Eres mía, no voy a permitir que nadie pueda probar esto. —Acerca sus labios a los míos y los roza antes de adentrar su lengua en mi boca, a la vez que me abraza con todas sus fuerzas y me eleva del suelo. Lo beso del mismo modo, porque sus besos son lo único que me importan aquí y ahora—. Nadie.

—Con una condición —se me escapa la risa y apoya su frente contra la mía para escucharme
—: vas a venir con el resto del personal a esa salida; vas a sonreír a tus empleados e incluso vas a hablar con alguno de ellos, no te pido con todos.

—No vas a rendirte, ¿verdad?

—No.

—¿Y si me niego a hacerlo...?

Sé que estoy a un pasito de nada de conseguirlo y me la tengo que jugar; debo sacar mi as bajo la manga si quiero romperle los esquemas y que acepte.

Capítulo 26

—Pues me iré a dar un paseo, para hacerle una visita a tu amigo Andrew en su local. Por lo poco que te gusta esa idea, deduzco que allí podré experimentar muchas sensaciones... nuevas, ¿no es así?

—No te dejarán entrar, ya lo oíste.

—¿Estás convencido de ello?

—¿Serías capaz de desobedecerme? —Asiento, satisfecha; sabe que voy en serio... y, si tuviera que hacerlo, lo haría sin dudarle un segundo—. ¿Sólo se trata de ir a esa dichosa excursión, una sola vez, y después podré volver a ser yo?

—Será sólo un día... y luego dejaré que mandes esos *mails* tan inapropiados. —Suspira, resignado pero divertido con la conversación—. Te lo estoy poniendo muy fácil, no puedes quejarte.

—Y esa misma noche te follaré donde quiera. —Me aparto un poco, para analizar lo que realmente está omitiendo—. ¿No confías en mí? —Me besa el cuello y consigue ponerme la piel de gallina.

—Está bien.

—Trato hecho, entonces.

Me da un beso en los labios y comienza a dar giros sobre sí mismo hasta que nos caemos a la piscina.

Cierro los ojos con fuerza cuando me adentro en el agua, esperando que no esté helada; para mi sorpresa, y no sé cómo no lo había pensado, ésta está caliente. La piscina está climatizada. Cuando emergo, lo busco con la mirada, pero no lo encuentro; está sumergido, y lo sé porque me agarra por los tobillos, tira de mí hacia abajo hasta que estamos a la misma altura y comienza a besarme mientras ascendemos juntos a la superficie.

—Me vuelves loco. —Me coge de las caderas y me alza hasta que mis pechos quedan justo delante de sus ojos—. Creo que a partir de hoy le voy a dar más uso a esta piscina.

Rodeo su cintura con mis piernas y me dejo llevar por la fuerza de sus brazos, que me sostienen por encima de él, quien está mordiendo mi vestido para lograr acceder a mi pezón, ya duro como una piedra y no por la excitación que siento en este instante, sino porque, aunque el agua esté caliente, el aire del exterior parece mucho más fresco al estar mojada y comienzo a temblar.

—¿Tienes frío?

—Un poco. —Me deja caer para que me sumerja y cierro los ojos, agradecida por volver a

sentir el calor—. ¡Me has tirado al agua vestida! —me quejo entre risas cuando vuelvo a sacar la cabeza, provocando que se ría a carcajadas.

—Estás impresionante con el vestido adherido a tu cuerpo.

Le mojo la cara en señal de protesta y él me hunde, estrechándome entre sus brazos, hasta que emergemos de nuevo y me lleva hasta el borde para besarme con más comodidad.

—Será mejor que te traiga una toalla; espera, tienes los labios morados. —Los atrapa entre sus dedos y vuelve a besarlos antes de impulsarse con los brazos para salir del agua y, a toda prisa, ir a por un par de toallas de un armario que hay al lado de la barbacoa; hecho esto, vuelve con paso seguro hasta donde le espero. Me ayuda a salir para luego rodearme con ella—. Vamos dentro.

—Sécate tú también. —Me paro de repente para que lo haga, pero me coge de las piernas y me carga sobre su hombro hasta que sube conmigo a cuestras hasta llevarme al baño de su habitación.

—Voy a secarte —insiste, pero no tengo intención de dejárselo hacer; ahora me toca a mí y quiero que, por una vez, me permita hacer lo que deseo hacer.

—No: ahora vas a ser tú el que me vas a dejar a mí. —Me quito la toalla, que está empapada, la lanzo al borde de la bañera, le desabrocho los pantalones y se los bajo por las piernas—. Levanta. —Le doy un toque en un tobillo para que lo alce y me hace caso, así que, después de repetir ese gesto con el otro tobillo, puedo quitárselo y los dejo en el suelo. Después, desde mi posición, le quito los calzoncillos y, tras obligarme a ponerme en pie, le levanto la camiseta y lo dejo completamente desnudo. A continuación, es él quien se encarga de retirarme las prendas, que están pegadas a mi cuerpo y están provocando que me hiele, para luego abrir el grifo de la ducha y dejar que el agua corra y alcance la temperatura que necesitamos.

—Ahora entrarás en calor —mi cuerpo está temblando como un flan; tirarme a la piscina ha sido la peor de las ideas—, ven.

Tira de mí para que lo siga bajo el chorro de agua caliente, que agradezco enormemente, al tiempo que me abraza y apoyo mi rostro en su pecho; entonces veo justo delante de mis ojos la gran cicatriz que tiene en la axila, que acaricio con un pulgar.

—¿Algún día me explicarás cómo te la hiciste? —Sabe perfectamente a qué me refiero, porque tensa todo su cuerpo—. Si no quieres hacerlo, lo entenderé. —Intento que no se sienta presionado, es lo último que deseo ahora.

Me separo de él para coger la esponja, vierto un poco de gel de baño en ella y la espachurro contra su pecho para comenzar a frotarlo ante su atenta mirada. Me encanta cuando me deja hacer lo que me apetece, sin rechistar; éstos son los momentos que más valoro de nuestra pasión, porque no todo es el sexo duro que me ofrece, también recibo una cercanía, una sensación de que, sin hablar, se abre a mí, que descoloca mi enamorado corazón.

Deslizo la esponja por su vientre y me detengo justo cuando llego a su vello púbico. Sé que, como lo roce un instante, no va a poder detenerse y me va a empotrar contra la fría pared de pizarra, así que, arrancándole un gruñido en señal de protesta, vuelvo a subir hasta cubrirle de jabón el cuello; luego me pongo de puntillas para darle un casto beso que me sabe a gloria.

—Como sigas así, te voy a atar a la cama y no dejaré que te vayas.

Abro la boca excesivamente y me aparto unos segundos para retarlo.

—Ni se te ocurra o te juro que no me volverás a ver el pelo nunca más.

—Bueno, sin atarte. —Me quita la esponja de las manos y se encarga de enjabonarme el cuerpo —. Avery, no te imaginas lo mucho que te deseo.

—Tengo una ligera idea —me burlo, y recibo una cachetada por su parte—, pero me vas a dejar marchar.

—Me lo estoy pensando —replica, y niego con la cabeza, divertida. Este hombre está loco de verdad, y lo peor de todo es que creo que sería capaz de dejarme atada a la cama.

—Ibas a aceptar desde un principio mi idea de la salida con los empleados, ¿verdad? —le planteo, y su forma de sonreír me lo confirma; el muy provocador sólo ha estado jugando conmigo, sabiendo que no necesitaba que lo convenciera.

—Me ha parecido buena idea.

No sabe cuánto me alegra que valore mi trabajo; él aún no es consciente de ello, pero sé que, cuando todos trabajen bajo mis indicaciones, les irá mucho mejor.

—Aunque creo que voy a vetar a Rosalie. —Se hace el sorprendido, pero los dos sabemos que esa mujer no va a ser nunca mi amiga; en realidad, tengo claro que ninguna de las dos pretendemos serlo—. Es una arpía que se quiere tirar a su jefe, pero no se lo digas a él.

—Tu secreto está a salvo conmigo —me acerca para abrazarme, y siento cómo su miembro comienza a endurecerse sobre mi vientre—, pero ella no sabe una cosa —se agacha hasta que su rostro queda a la altura de mi cuello y cierro los ojos para sentir lo que supongo que va a ser un beso— y es que, desde que has aparecido en mi vida, no tiene nada que hacer.

—Deberías decírselo.

No me puedo creer lo que estoy soltando. Con ninguna de mis exparejas he sido tan celosa, ni he tenido ese sentido de la propiedad como en estos momentos me sucede con él. Sólo de pensar en que lo acaricie o lo toque, me enfurezco sin medida.

—¿Quieres que lo haga? —Sé que me está analizando y, aunque mi cabeza está gritando que sí como una demente, mi yo lógico sabe que no es lo correcto—. Porque, si tú me lo pides, mañana a primera hora la haré pasar a mi despacho.

—¿Y no puedes hacerlo por correo postal? —Se le escapa una carcajada que retumba entre las cuatro paredes del cuarto de baño—. Es broma. No le comentes nada, será lo mejor.

No contesta, simplemente se limita a estrecharme más contra su cuerpo y a acariciarme el pelo mientras me besa una y otra vez, de la forma más tierna que ha hecho hasta ahora.

* * *

Sean lleva un buen rato en el despacho, hablando con alguien que lo ha llamado y por lo que me ha pedido un momento para atenderlo. No he querido molestarlo, porque, cuando me disponía

a decirle que subía a hacerme la maleta, le estaba gritando a su interlocutor de una forma tan autoritaria que me ha dado hasta miedo.

Ya he recogido todas mis cosas, que andaban desperdigadas por los rincones de la casa; no tenía por tan desordenada, pero debo reconocer que he encontrado prendas de ropa por cada una de las estancias de la vivienda, aunque no es culpa mía, pues él es el mayor responsable, ya que se ha encargado de desnudarme en cada una de ellas.

Voy metiendo mis pertenencias en la maleta y, cuando le toca el turno al conjunto de Victoria's Secret, recuerdo la noche anterior, justo después de cenar... Le pedí un momento para ponerme algo más cómoda y se me ocurrió vestirme con una bata de satén a juego con el conjunto; lo descubrió cuando la abrí para él y se quedó mudo. Zoé me hizo el mejor regalo del mundo... y, si no, que se lo pregunten a Sean, pues sé que le encantó verme con él puesto; es más, no quiso que me lo quitara hasta que ya no pudo resistirse más y me folló contra la cristalera del salón, bajo la luz de las muchísimas estrellas que brillaban en el cielo.

—Será mejor que esto lo guarde en mi caja fuerte.

—¡No te lo voy a dar! —Se me escapa una carcajada, incrédula por lo que he oído; está apoyado en el quicio de la puerta y luego se acerca a mí; lejos de amedrentarme, escondo el conjunto de ropa interior tras la espalda—. Es mío.

—Lo sé, pero quiero que te lo pongas sólo para mí.

—Eso es muy machista.

—Llámalo como quieras, pero te lo pondrás sólo para mí. —Abro la boca desmesuradamente y me subo de un salto a la cama para huir de él; sin embargo, me coge por los tobillos y, al tirar de ellos, me tumba sobre el colchón, boca abajo; me resisto entre risas, sin soltar mi conjunto.

—Es un regalo de Zoé, no te lo vas a quedar.

—Tranquila, que no me lo voy a poner.

Empieza a hacerme cosquillas en las costillas y comienzo a patalear como una niña pequeña al tiempo que lo pillas y tira de él para quedárselo.

—¡Sean, es mío!

—Y lo seguiré siendo... en mi casa. —No me lo puedo creer. ¿En serio lo va a guardar para asegurarse de que no me lo voy a poner?—. Es más, quiero verte con él muchas veces, y te compraré todos los que quieras.

—¡No te lo voy a dar! —Siento su cuerpo sobre el mío.

—Sí lo vas a hacer, y rápido, me tengo que ir.

—¿Ahora? —Me detengo de repente y veo enfado en su mirada; no le apetece nada tener que marcharse—. ¿A dónde?

—Ha ocurrido algo que tengo que solucionar en persona. —Se levanta de la cama y me siento para observarlo con atención—. Hugh te llevará, ya está de camino.

—Pensaba que ibas a llevarme tú. —No disimulo la rabia en mi voz; no creía que nuestro fin de semana iba a finalizar de este modo.

—Me encantaría hacerlo, pero lo que ha surgido es importante.

—Lo entiendo —lo hago, aunque no me agrade, para qué voy a mentir—, pero puedo coger un taxi, no hagas venir a Hugh.

—No, te llevará hasta tu casa —zanja con rotundidad—. Y esto se queda aquí. —Tal y como lo dice, y aprovechando que he bajado la guardia, me quita el conjunto y camina con él en la mano, para que lo vea bien; tras entrar en su vestidor, abre una caja fuerte—. Éste es su lugar.

—Está sucio, no seas guarro. —Me tapo la cara con las manos y aun así veo cómo lo huele, con los ojos cerrados, justo antes de lanzarlo al interior y marcar un código que cierra la caja fuerte.

—Cuando no puedas cogerlo, me encargaré de lavarlo.

—Es el más bonito que tengo...

—Por eso te estará esperando aquí, para que, cuando vengas, no tengas la excusa de que te lo has olvidado. —Abro exageradamente la boca para que vea mi frustración respecto a su manía de controlar lo que me pongo—. Hugh ya ha llegado. ¿Lo tienes todo? —Miro la maleta y, tras cerrarla, veo cómo se abriga con una chaqueta de cuero antes de quitarme el equipaje de las manos y, en silencio, bajamos hasta el salón, donde su hombre de confianza lo está esperando... o, mejor dicho, me está esperando a mí.

—Mañana desayunamos juntos.

—Tengo una reunión con una directiva a primera hora, para ver si contrata mis servicios para su compañía, así que no creo que me dé tiempo. —¡Cómo odio tener que negarme a algo que en el fondo me encantaría hacer!

—¿A qué hora tienes la cita? —Me lo pregunta mientras trastea en su móvil, escaleras arriba.

—A las siete saldré de casa, porque tengo que recorrer media ciudad para llegar.

Pongo cara de hastío; la verdad es que no me apetece nada tener que atravesar medio Vancouver de buena mañana para después tener que volver a hacerlo en dirección opuesta, ya que la siguiente es en el otro extremo.

—Perfecto. —«¿Perfecto? Eso qué significa»—. Hugh, tengo que irme. —Abre las puertas de su McLaren y siento que se me encoge el corazón cuando oigo cómo le da unas indicaciones, de unos papeles que necesita, antes de acercarse a mí, al tiempo que Hugh se aleja de nosotros y se sienta en su todoterreno para esperarme—. Te llamo mañana e intento verte.

—Gracias por este fin de semana.

—Gracias a ti. —Me rodea con ambos brazos por la cintura y me acerca a él para besarme—. Odio tener que irme...

Me agarra de la mano y, tras abrirme la puerta del copiloto, vuelve a besarme y me invita a subir. Hugh ni nos mira, se limita a esperar.

—Adiós —me despido también con la mano mientras el coche comienza a salir del parking y poco a poco nos alejamos de él, que permanece de pie frente a su deportivo, aguardando a que nos vayamos—. Gracias por llevarme —le digo a Hugh.

—No tiene que agradecermelo, es mi trabajo. —Me sonrío sin dejar de mirar hacia la calzada y me da la sensación de que este hombre es una bellísima persona—. ¿Le importa si pongo un poco de música?

—Para nada. —Enciende el reproductor y comienza a sonar una canción *hip hop* que para nada esperaba de él—. ¿Le gusta este estilo?

—No soy tan viejo.

—No, no quería decir eso...

—Lo sé, estaba bromeando. —Se le escapa una carcajada—. Siempre me ha gustado este tipo de música, pero no suelo escucharla con nadie más.

Me halaga saber que conmigo siente que puede ser él mismo, dice mucho de él.

—¿A Helena también le gusta?

—¡No! —responde al instante—. Ella es mucho más clásica, musicalmente hablando; jamás me dejaría escucharla si estuviera aquí.

—Pues a mí me gusta —confieso, porque es cierto; no se lo digo para quedar bien, ni mucho menos—. Creo que nos llevaremos muy bien.

—Seguro que sí, señorita Avery. —Es la primera vez que lo noto tan cercano, y me sorprende haber descubierto a un tipo la mar de encantador.

Para frente a mi casa y, antes de que me dé tiempo a decir nada, se encarga de salir y entregarme mi maleta. Se lo agradezco y se despide de mí con un movimiento de cabeza; le digo adiós con la mano y aligero el paso para entrar en mi edificio, para evitar que Jeff pueda verlo. Supongo que debe de conocerlo, que sabe perfectamente que Hugh trabaja para Sean y muchas cosas más de su vida. Aunque a mí no me haya explicado nada, sé de sobra que lo conoce muy bien, o en caso contrario no se hubiera arriesgado a montar una empresa con él.

Hoy es uno de esos días en los que espero el ascensor, y no sólo por la maleta, sino porque este fin de semana ha sido tan intenso que ha minado casi todas mis energías. Cuando al fin se abre la puerta del mismo, pulso el botón del primer piso; al salir del cubículo, voy hasta mi puerta y, a punto de meter la llave en mi cerradura, percibo que se abre la de Jeff y me giro sin saber muy bien qué decir al detectar que mira mi pequeño equipaje; en un primer momento, sólo me encojo de hombros.

—Hola —es lo único que se me ocurre verbalizar a continuación.

—¿De dónde vienes? —Se rasca la mandíbula y siento que ha llegado el momento que tanto he estado demorando—. Mejor pasa y hablamos.

Trago saliva; está más serio de lo habitual. Sé que algo le ronda por la cabeza y no va a dejarme ir como si nada sin que sea sincera con él. Por suerte o por desgracia, nos conocemos demasiado bien.

Capítulo 27

—Jeff... yo... —digo mientras paso a su salón y dejo la maleta al lado de la mesa del comedor; luego me apoyo en la robusta madera oscura mientras él pasea por delante de mí de un lado al otro.

—¿Alguna vez me he enfadado por algo? No entiendo por qué me he tenido que enterar por otras personas... —«Owen se ha ido de la lengua... Oh, no, ¿y si ha sido la maldita arpía de Rosalie?»—. Avery, nos casamos con dos condiciones: una —me enseña un solo dedo—, relación abierta, y dos —esta vez levanta dos dedos—, sinceridad.

—Lo sé... —admito, temblorosa ante su fría y distante actitud, mientras se sienta en la parte opuesta del sofá para estar frente a frente—. Debería habértelo dicho desde un principio.

—Lo reconoces. —Asiento con un cuidado movimiento de cabeza y Jeff permanece, analizándome, de brazos cruzados—. No me importa, ya lo sabes, pero, ¡joder!, cuando te llamen a casa y me pregunten por ti, me merezco al menos poder soltar alguna excusa convincente sin tener que inventarme nada sobre la marcha... porque la realidad la sé. Me has hecho parecer un idiota.

—Me he sentido desbordada, Jeff. Él es diferente, no es como con los anteriores hombres que traía y compartíamos.

—¿Te has enamorado?

«¿Lo he hecho? ¿De verdad estoy enamorada de Sean o simplemente estoy magnetizada por su provocación, por un peligroso juego a dos bandas que sé que puede arrastrarme con él?»

—No lo sé. —Me levanto y camino hasta su nevera para servirme un poco de agua—. Ignora que estoy casada —continúo, sin querer mirarlo a los ojos, porque me siento la persona más mezquina del planeta... por él, por Sean y, sobre todo, por mí misma.

—¿Por qué no se lo has dicho? —«Porque, en cuanto lo haga, sé que lo voy a perder, y no quiero ni imaginar el día que llegue ese momento»—. ¿Se lo vas a contar?

—Tendré que hacerlo, ¿no? —respondo, consciente de que se enterará de algún modo, igual que Jeff se ha enterado de lo mío, pero, por cómo habla, deduzco que no sabe que estamos hablando de Sean.

—¿A qué tienes miedo? —Se acerca y me agarra del brazo justo cuando me disponía a beber, así que me detengo para mirarlo a los ojos—. Dime la verdad, no quiero que te sientas así, sé que estás sufriendo y en el fondo toda la culpa es mía.

—Eh, para. Yo accedí a casarme, a ser tu esposa ejemplar de cara a la familia, así que la culpa

es compartida. —No quiero que piense que lo culpabilizo de nada, porque no es así. Jamás sería capaz de hacerlo. Tras oír mis palabras, me estrecha entre sus brazos y comparo lo que siento cuando estoy en ellos y cuando estoy entre los de Sean, y sin duda no tiene nada que ver; por Jeff no experimento esa sensación de perder el control, de querer que me bese, que no se aparte... con Jeff siento cariño, amistad, pero no pasión—. Tengo miedo de que se entere y no quiera volver a verme —confieso a su primera pregunta, y siento una liberación que descarga mis hombros.

—Si ese hombre te ha conocido la mitad que yo, te aseguro que no podrá volver a vivir sin ti.

—¿Y nosotros? —Me levanta la barbilla y lo miro a los ojos, mostrándole cómo los míos están completamente humedecidos—. ¿Qué va a ser de nosotros?

—Eso lo tienes que decidir tú. Ay, Avery, sabíamos que algún día llegaría este momento, yo lo tenía claro. —Me retira las lágrimas que comienzan a caer sin cesar de mis irritados ojos.

—Por ahora sólo quiero ver qué ocurre; no quiero que tengas problemas con tus padres por mi culpa.

—No debes preocuparte por mí. —Vuelve a secarme las lágrimas con sus pulgares, que recorren mis mejillas—. Tienes que ser más egoísta y pensar en ti; de mis padres ya nos encargaremos.

—Te quedarás sin nada si se enteran de que nuestro matrimonio no es lo que ellos creían desde el principio.

Jeff, con nuestra boda, huyó de los rumores, de la sensación de ser juzgado día tras día por unos padres intransigentes a quienes los avergonzaba reconocer que a su hijo le podían gustar los hombres. Nuestro inocente acuerdo, que un día aceptamos los dos, fue lo mejor que le pudo ocurrir, pero en la actualidad... ¿en qué posición lo dejaré si se enteran de la verdadera razón por la que no estamos juntos?

—¿Y cuándo podré conocer al afortunado que me ha arrebatado a mi esposa? —«Nunca», pienso para mis adentros, porque no sé si seré capaz de mirarlo a la cara cuando se entere de que Sean es el culpable de que nuestras vidas comiencen a ponerse patas arriba.

—Ya veremos; más adelante, supongo. —Se aleja para estudiarme desde la distancia y niega con la cabeza, sonriente—. ¿Qué vas a cenar? —Me asomo a la sartén, que está puesta a fuego lento, y sonrío, divertido.

—¿Quieres un poco de pasta italiana?

—Por favor, estoy agotada. —Enarca las cejas y espera que siga hablando—. Es provocador, es irresistible y...

—Ver cómo te brillan los ojos cuando hablas de él me lo está diciendo todo.

—Jeff, no sé cómo, pero este hombre ha llegado para arrasar con todo lo que yo creía, y tengo miedo de sentir algo tan fuerte, porque, si después no sale bien, estaré muy jodida.

Reconocerlo en voz alta es más de lo que creía que sería capaz de hacer, teniendo en cuenta que, mientras lo hago, mi estómago se retuerce, con un dolor insoportable que casi me ahoga.

—A eso lo llamo amor, y dicen que, si no arriesgas, no ganas. —Tal como declara eso, me deja

ensimismada en mis pensamientos... pero de pronto da un golpe con el trapo y pego un brinco—. ¿Has dicho que quieres pasta? Pues mueve el culo y ayúdame a poner la mesa.

—¡Voy! —Me movilizo y, tras coger lo imprescindible de los cajones, entre los dos lo colocamos todo sobre la mesa del comedor. Luego me acomodo en mi sitio, como siempre presidiendo la mesa—. Vino negro, me gusta.

—Hoy tenemos mucho que celebrar —suelta a la vez que me guiña un ojo y, tras acariciarme la mano, que reposaba encima de la mesa, abre la botella y llena las copas para brindar antes de ponernos a comer.

He comido muchísimo, tanto que mi boca se abre cada par de segundos en un bostezo. Me apoyo en la silla y contemplo cómo está recogiendo la mesa. Le echaría una mano, pero estoy demasiado hecha polvo como para ponerme de pie. Me dormiría sentada en esta silla, aunque tuviera que hacerlo sobre la dura madera.

—¿Quieres echarte en el sofá? —Lo haría con tal de no tener que moverme, pero creo que lo mejor será que me vaya a mi *loft*. Niego con la cabeza y sonrío; es como si me estuviera leyendo la mente—. Si quieres, te llevo en brazos; tienes unas ojeras que te llegan al suelo.

—No es preciso, aún tengo fuerzas para llegar hasta mi cama. —Voy a coger las copas que todavía quedan por recoger, pero me agarra de la muñeca para detenerme—. Déjame, es lo mínimo tras esta comida tan deliciosa que me has hecho.

—¡No seas pelota!

Se me escapa una carcajada y, sin hacerle caso, me dirijo hasta el lavavajillas y coloco las copas dentro; luego, tras besarle la mejilla, me dispongo a irme.

—Va a ser raro saber que estás con otra persona —comenta.

—Lo sé.

—Porque interpreto que vais a pedirnos exclusividad, ¿no es así?

Eso supone una novedad; con los anteriores a Sean no he tenido la necesidad de estar sólo con él; no me ha importado que Jeff o Owen entraran en nuestra cama, pero con él todo es distinto. Creo que no sería capaz de verlo con otra persona sin enloquecer.

—Eso parece...

Nos miramos fijamente y, abro la puerta de su casa y me voy a la mía, que está vacía y casi desangelada.

Subo la maleta con mucho esfuerzo y la dejo sobre la cama para vaciarla y así echar a lavar todo lo que he utilizado este largo fin de semana. Veo el vestido húmedo con el que me tiró al agua y sonrío recordando el momento.

Divertida, cojo todas las prendas y las deposito en el cesto de la ropa sucia. A continuación me lanzo sobre la cama, una vez que me he desnudado, y nada más tumbarme siento que mis fuerzas se han agotado por completo y me dejo llevar por los sueños.

Después de dormir casi toda la tarde, mi cuerpo seguía pidiendo descanso, por lo que programé el despertador y me acosté de nuevo.

* * *

Es muy pronto, pero tengo que cruzar media ciudad, así que, sin pensarlo, he madrugado muchísimo para arreglarme y poder ir con el tiempo suficiente como para llegar a mi cita a tiempo. Estoy bajando la escalera de la calle cuando veo que frente a mi portal está el coche de Sean; lleva el todoterreno, no su deportivo. Cuando ve que estoy a punto de abrir la puerta, sonrío y se baja las gafas de sol para mirarme de arriba abajo.

—Buenos días.

La voz de Jeff me paraliza; no doy ni un paso más, evitando actuar como pretendía y llegar a Sean, sino que me giro y lo miro con una media sonrisa que creo que no ha detectado.

—¡Qué temprano sales! —logro exclamar, disimulando los nervios que me están matando ahora mismo. No sé cómo voy a salir e irme con Sean sin tener que darle explicaciones a Jeff. Si ayer hubiera sido valiente del todo, le hubiese explicado que la persona que está en estos momentos delante de nosotros es por la que estoy tan loca y perdida; sin embargo, no lo hice, y ahora tampoco me siento con la suficiente fuerza como para decírselo.

—Tengo una reunión en la oficina a primera hora. —Qué suerte tengo, nótese la ironía en mis palabras, porque en ese instante es en lo único que puedo pensar—. Sean me está esperando; ven, te llevaremos.

Eso sí que no me lo esperaba. No ha venido a buscarme a mí, sino que ha quedado con mi marido.

—No es preciso, puedo ir sola.

Jeff me pone la mano en la espalda y me arrastra hasta el exterior, donde Sean ya se ha bajado del vehículo y, demasiado sonriente, está esperando a que nos acerquemos. Como sabía la hora a la que llegaría ha provocado el encuentro, pero ¿por qué lo ha hecho?

—Buenos días, Jeff. Avery. —Coge mi mano y la besa, y siento que su beso es fuego para mi piel. Me arde, desprende un calor que recorre mi brazo por completo y se expande hasta recorrer cada parte de mi cuerpo.

—Yo me voy, tengo prisa. —Retiro la mano lo más deprisa que puedo y doy un paso atrás, ganándome que Jeff me recrimine con la mirada.

—A Sean no le importará llevarte, ¿verdad?

¿Desde cuándo Jeff es tan cordial con su socio, ese al que me ha ocultado durante tantos años y que ahora cualquiera diría que son amigos de toda la vida?

—Para nada, estaré encantado.

Esta vez la mirada de Jeff es diferente; sé que su forma de responder no era la que esperaba y lo mira confuso, pero no le voy a dar pie a pensar en nada.

—Está bien.

Abro la puerta de detrás y me acomodo, consciente de que Sean me mira, sonriente, mientras

Jeff camina rodeando el vehículo hasta abrir la puerta del copiloto. Sean, parado frente a mi puerta, se quita la americana. Tengo que concentrarme para no lanzarme a sus brazos mientras, desde mi posición, veo cómo dobla la prenda.

—Perdona. —Tengo su rostro a apenas unos centímetros, y sólo quiero acariciar el vello de la barba que sigue sin afeitarse del todo; sin embargo, me contengo porque Jeff ya se ha sentado y en nada se girará para curiosear qué narices está haciendo a mi lado. Veo cómo deja la americana y con total descaro, al salir del habitáculo, acaricia mi tobillo; aunque recojo los pies, no tengo espacio suficiente como para evitar que sus dedos asciendan lentamente, al mismo tiempo que sale; luego cierra la puerta y veo de soslayo cómo me guiña un ojo—. ¿Dirección? —oigo su voz autoritaria, y siento que mi cuerpo al completo se encoge debido a la tensión que me está haciendo sentir. No me puedo creer que, aun sabiendo que está Jeff delante, y habiéndolo avisado por activa y por pasiva de que no quería que su socio se enterara de lo nuestro, esté jugando de este modo, sin importarle lo que opino al respecto—. ¿A dónde vamos?

—¡Ave! —me llega la voz de Jeff, y lo miro sintiendo un calor que tengo que abanicarme con la mirada—. ¿Te encuentras bien? Estás sudando... —Sean me observa a través del espejo retrovisor y sé que está excitado, al igual que es consciente de que me está ocurriendo lo mismo.

—Sí... sí... Llévame a la biblioteca pública de Vancouver West.

—¿A qué hora tienes que estar allí?

Miro el reloj y confirmo lo que ya sé: tengo tiempo de sobra para llegar.

—En una hora, pero no os preocupéis por mí, me dejáis allí y ya haré tiempo tomándome un café. —Los dos asienten y Jeff le pregunta si ya está todo firmado; supongo que se refiere a la patente que tanto les ha costado conseguir.

Miro por la ventanilla mientras ellos hablan de sus cosas. Tengo claro que esa conversación no me concierne y por ello me distraigo observando el paisaje que vamos cruzando conforme nos acercamos.

—¿Un café? —le pregunta Sean a Jeff, quien asiente al ver el Starbucks que le señala, y siento que me voy a morir. ¿Cómo narices voy a poder disimular teniendo a Jeff tan cerca y a Sean provocando situaciones que nos pueden descubrir?

—Si tenéis prisa, será mejor que os vayáis ya. —En cuanto lo suelto, noto cómo clava su mirada en la mía; sin duda no le ha parecido bien mi comentario.

—Tranquila, tenemos tiempo de sobra.

Aparca justo delante del escaparate del local. Nunca suele haber aparcamiento y hoy, cuando me encantaría que estuviera lleno de coches para que olvidaran la idea de quedarse a tomar un café conmigo, lo hay, y bien grande para que quepa su coche. Bajamos y avanzamos hacia el establecimiento; yo lo hago un paso por detrás de ellos, porque, la verdad, no sé dónde meterme. Jeff entra y Sean me aguanta amablemente la puerta para que yo acceda al interior, y entonces coloca la palma de su mano en mi espalda y comienza a descenderla hasta alcanzar mi trasero, y como si nada se la agarro y la retiro, no sin antes lanzarle una advertencia con la mirada, aunque

lo único que consigo es que se ría en una carcajada que sorprende a Jeff, que se da media vuelta y lo observa confuso.

—¿Qué queréis?

—Café con leche —respondo, restando importancia a los actos que me están haciendo sentir muy molesta por culpa de Sean.

—Lo mismo —dice él.

Esperamos a que nos sirvan y nos sentamos en la mesa que da a la cristalera, desde la que podemos ver el todoterreno; bueno, en realidad puedo hacerlo yo, porque a ellos les queda a sus espaldas.

—Cuéntanos, ¿qué vas a hacer ahora?

—Voy a ver a una nueva cliente, quien me ha pedido que nos reunamos en la biblioteca. —La verdad es que ese hecho me extraña, pues es la primera vez que alguien no me cita directamente en su empresa, pero, bueno, supongo que antes de decidirse a contratarme querrá hablar conmigo—. Si nos ponemos de acuerdo, llevaré a cabo dos formaciones al mes en su compañía; no es para tirar cohetes, pero me irá bien para aumentar mi cartera de clientes.

—¿Cómo ha sabido de ti? —Socarrón, Jeff sonrío porque esta vez no ha sido gracias a él. Al principio, cuando me dijo que iba a facilitarme clientes, me enfadé mucho, pero intentó que entendiera que llegaría el momento en el que no necesitaría sus contactos, pues yo misma haría los míos.

—No lo sé seguro, pero creo que es cosa de Román.

—Ese hombre es un loco —interviene Sean, para dar luego un trago al café con leche.

—Un loco con mucho dinero —le aclara Jeff, consciente de que eso es lo único importante si hablamos de potenciales clientes— y con muchos amigos en toda la ciudad.

—Cierto —concluyo, y Sean me mira fijamente hasta que comienza a sonar su teléfono.

Jeff y yo seguimos hablando, aunque no dejo de procurar escuchar su conversación. Sé que es Andrew, porque he oído mencionar su nombre y la gran casa que su sexy agente inmobiliaria le ha conseguido.

—Voy al baño, ahora vengo —comenta Jeff, que se ausenta después de que yo asienta con la cabeza. De pronto, oigo una frase que me deja helada.

—Lo que te dije el otro día sigue en pie. Acceso denegado.

Abro la boca exageradamente, sabiendo que me está mirando y está disfrutando de mi reacción; decido no decir nada hasta que finalice la llamada.

—¿A qué estás jugando? —Se dispone a acariciarme la mano, pero la retiro para que no llegue a tocarla—. Vamos a ser justos, entonces. Si yo no voy al local de Andrew, tú tampoco. —Sé que lo ha pillado por sorpresa por cómo eleva las cejas.

—¿No quieres que vaya? —me reta, lo sé muy bien.

—Oh, sí, pero conmigo... Si es así, puedes ir las veces que quieras; es más, quiero que seas tú quien me lo muestre.

—Ése no es un lugar para ti.

—¿Por qué no? ¿Acaso no crees que pueda estar a la altura? —Se acerca a mí y va a decir algo, pero finalmente se calla—. Cobarde.

—Hecho, no iré si no es contigo. —Eso no era lo que deseaba oír; quería que me pusiera a prueba, que me enseñara lo que estoy anhelando conocer—. ¿Te parece bien?

—No. —Ahora sí que he logrado confundirlo—. Preferiría conocer al Sean de verdad, el que entra en ese local y se deja llevar.

—Allí no vas a encontrar nada que te guste, sino todo lo contrario. Seguramente saldrás huyendo en cuanto descubras más cosas de mí, esas que desde que has aparecido en mi vida quiero enterrar para siempre.

—Sean, vamos a tener que irnos.

Ambos nos callamos cuando oímos la voz de Jeff, que espera de pie a que él también se levante; mientras lo hace, no puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho. ¿Qué quiere dejar atrás? ¿Qué hay tan malo en él para que tenga que huir?

Capítulo 28

Tras despedirme de ellos veo a través de la cristalera cómo, al llegar al coche, se encuentran con una policía que le está poniendo una multa. Sean le dice algo, a lo que ella responde con una actitud chulesca y sigue escribiendo lo que supongo que es la infracción... y no puedo evitar reírme cuando él coge el papel que la mujer le entrega a continuación y lo rompe en sus narices, para luego ver el intento de Jeff de disculparse, que ya no sirve de nada.

Cualquiera diría que éste ha oído mi carcajada, porque se gira, me mira enfurecido y resopla antes de montarse en el vehículo.

Aún es pronto, pero decido ir acercándome a la biblioteca; aunque estoy muy cerca, tardaré unos minutos en llegar. Espero que mi potencial clienta sea puntual.

Cuando salgo, el todoterreno ya se ha ido, y con ellos la tensión que he sentido desde que lo he visto aparcado frente a mi portal. Realmente no sé si había quedado con Jeff o no, pero algo me dice que le ha encantado ponerme en un aprieto.

Llego a la puerta de la biblioteca y dudo unos segundos si entrar o no hasta que decido hacerlo; mientras espero, aprovecharé para leer unas páginas.

—Usted es Avery, ¿verdad? —Veo delante de mí a una chica joven; la verdad, no es como la esperaba—. Soy Charlotte.

—Hola, encantada de conocerla. —Me pongo de pie y nos estrechamos la mano. Percibo cómo me mira de una forma profunda mientras me sonrío. Se trata de una sonrisa que me llama mucho la atención, no sé si es porque es muy simpática o bien porque en el fondo no lo es tanto—. ¿Quiere que hablemos aquí? —Le señalo la mesa en la que estaba sentada y ella mira la gran sala repleta de libros.

—Este sitio es increíble, ¿no cree? —Parece una apasionada de la lectura y eso me parece estupendo—. Podemos hablar aquí mismo.

—Perfecto, le he traído mi *portfolio*. —Abro mi gran bolso y saco la carpeta donde lo he guardado esta mañana antes de salir.

—No lo necesito, prefiero que me lo explique personalmente —replica, y curva la comisura de sus labios en una fingida sonrisa que intento analizar, para saber con qué tipo de persona estoy tratando.

—¿Desea saber mis últimas experiencias como formadora? —le pregunto un poco fuera de lugar, porque no logro entender qué es lo que pretende de mí.

—No, quiero saber qué clase de persona voy a contratar para mi organización.

Vaya, es directa... mucho, a decir verdad.

—Podría decirse que soy alguien normal que ha conseguido que muchas empresas obtengan más beneficios a raíz de contratarme; supongo que Román ya se lo habrá comentado, suele hacerlo. —Doy por hecho que es él quien le ha informado sobre mí.

—Sí, eso ya lo sé, pero quiero saber cómo logra esos resultados.

—Es muy fácil: soy observadora, estudio a los empleados, sus costumbres, sus virtudes y sus imperfecciones. Cuando tengo claro lo que tengo ante mí, sé dónde incidir para alcanzar los objetivos que me han marcado.

—¿Y qué tal es su relación con los directivos *hombres*? —pronuncia la última palabra de forma destacada, y la miro fijamente, porque sé por dónde quiere ir.

—Estoy casada, así que, como comprenderá, mi relación es puramente profesional.

—No se ofenda, pero he tenido muchos problemas con mi esposo —me explica para que no me sienta tan violenta con esta conversación, pero ahora mismo la mandarí a la mierda y me largaría por donde he venido—. Es bastante mujeriego, y usted es un bombón, seguro que intentará seducirla.

—Pues no tiene nada que hacer, se lo aseguro.

—Eso es lo que quería oír. Me quedo mucho más tranquila.

¿En serio se dedica a contratar a aquellas personas que no pretenden ligar con su marido ni dejarse seducir por él? Es ridículo, ¡así cómo no les va a ir mal! Si no se está preocupando lo más mínimo por mis aptitudes o cualidades, supongo que tampoco lo hará con el resto de los empleados.

—Creo que no soy la persona que necesitan. —Me pongo de pie para despedirme e irme, cuando veo que su cara se ha transformado; sin duda no esperaba mi reacción—. Lo siento, pero, si no tiene confianza en mí, jamás podré ayudar a mejorar la compañía de su marido.

—No se vaya. Usted nos puede ayudar. —Me agarra del antebrazo y la miro con cara de «suéltame ahora mismo»; afortunadamente para ella, lo hace.

—Acepte un consejo: confíe en su esposo y busque a profesionales de verdad, independientemente de sí considera que suponen un riesgo para su relación. Ésa es la solución a sus problemas.

Tal y como termino la frase, me cuelgo el bolso al hombro y me dispongo a salir.

—Está bien, váyase, no la necesitamos —me suelta con tono de indignación, ofendida, pero tengo claro que no podía irme sin decirle lo que pensaba, y encima no le he cobrado por ello; ha tenido suerte, aunque ni siquiera lo sepa.

No me giro, sigo avanzando hasta salir del edificio. Allí me paro de repente, al ver a Hugh de pie en la entrada. Camino hasta él y me abre la puerta del vehículo. En el interior descubro un enorme ramo de rosas blancas que me deja sin habla. Me giro y lo veo sonriendo, aunque intenta disimularlo, pero sin éxito. Lo cojo y lo primero que hago es olerlo. Son frescas, recién cortadas... No me puedo creer que las haya comprado para mí. Hay una nota adherida al ramo,

que cojo a la vez que me acomodo en el asiento del todoterreno de Hugh mientras él camina hasta su asiento.

Me hubiera encantado ver tu cara en este momento.

Me muerdo el labio inferior y sonrío, emocionada. Creo que de la última persona que hubiera esperado flores sería de él. No lo dudo un segundo y pillo mi teléfono para agradecerle el gesto tan bonito que ha tenido.

Gracias, son preciosas.

¿Me lo hubieras perdonado si te las hubiera entregado delante de Jeff?

Pues no.

Evidentemente no puedo verlo, pero sé que ahora mismo estará sonriendo... supongo que está delante de Jeff, porque tenían una reunión juntos y puede que hasta sea tan aburrida que esté leyendo mis mensajes mientras otra persona le está hablando y lo esté ignorando como si nada... Resumiendo, haciendo todo lo que yo le diría que no hiciera, pues para conseguir ser empático debería mirarlo a los ojos, sonreírle y respirar varias veces antes de responder un no rotundo a sus propuestas.

¿Estás reunido?

Acabamos de comenzar.

¿Tienes un día muy liado?

Mucho... pero con suerte no me saltaré tu sesión de última hora. Es la única que nadie puede cancelar por nada del mundo.

Entonces, te veo en ella. No seas muy duro con las personas con las que estás reunido, anda.

Lo justo, ya sabes.

Estoy a punto de enviarle varios emoticonos cuando veo una llamada entrante de Zoé; respondo con un «hola» muy alegre... y capto un bufido a través de la línea telefónica.

—¿Qué pasa? —inquiero, porque no sé de dónde procede su mal humor, mientras acaricio los pétalos de las rosas que reposan al lado, en el asiento trasero.

—Te has olvidado.

—¿De qué? —No sé de qué diantres me habla—. Venga, ilumíname.

—Te dije que hoy nos veríamos en tu casa.

Me quedo pasmada de repente. ¿Hoy? ¿Está en Vancouver? No tenía ni idea.

—A mí no me has dicho nada —replico.

—¿Cómo que no? Últimamente estás demasiado dispersa, me da a mí que ir en un McLaren te está afectando demasiado.

—Si tú supieras... —Se me escapa una carcajada—. Hugh, ¿me puede llevar a mi casa?

—Perdona, ¿ya tienes chófer y todo? Creo que me tienes que contar muchas cosas.

—No tardaré demasiado, estoy de camino.

—Te espero en la puerta, qué remedio.

Me la estoy imaginando mirando a su alrededor en busca de una cafetería o algún lugar donde sentarse y descansar un poco los pies, que seguro que van calzados con unos tacones de infarto que la estarán moliendo.

—Hasta ahora.

Menos mal que no tengo formaciones en todo el día, sólo la de Jeff y Sean, pero seguramente para esa hora Zoé ya habrá cogido un avión de vuelta, como hace siempre que viene. No sé cómo no se cansa de volar tantas horas en un mismo día. Aunque, sabiendo que el arquitecto la espera en Quebec, puedo entender sus prisas.

Miro por la ventanilla; estamos atravesando el puente que cruza la ciudad. Observo el agua, azul, que hay a nuestros pies y salimos a la carretera, rodeada de una frondosidad que me recuerda la excursión a la que Sean ha aceptado asistir. Mañana como muy tarde debo concretarlo todo; ahora sí que tengo luz verde de verdad y estoy deseando verlo rodeado de su personal en medio de la montaña. Sólo de imaginarlo, se me escapa la risa.

—Ya estamos a punto de llegar, señorita.

—Llámeme Avery y tutéeme, por favor.

—Prefiero seguir tratándola así.

—¿En serio? —Veo sus ojos clavados en el espejo retrovisor y él asiente con la cabeza—. Como quiera. —Si él se siente más cómodo así, ¿quién soy yo para obligarlo a algo que no sale de él?

Poco a poco nos acercamos a mi distrito y, cuando diviso mi edificio veo a lo lejos a mi amiga, apoyada en la pared, resignada. Hugh se detiene justo delante y Zoé sonríe cuando me descubre saliendo del todoterreno.

—Muchas gracias, de verdad.

—No tiene por qué dárme las. —Asiente y cierra la puerta, ante la mirada estupefacta de Zoé, que no da crédito a lo que está presenciando. Espero y deseo que cierre el pico y se contenga antes de soltar cualquier burrada—. ¿La espero aquí?

—No, por favor, tendrá otras cosas que hacer.

—El señor Cote me ha advertido que me contestaría esa misma frase. —Se encoge de hombros y abro los ojos como platos—. La llevaré donde necesite.

Niego con la cabeza, ¡es flipante! ¿Cómo es posible que de un día para otro mi vida sea tan dispar a la que conocía?

Cojo el teléfono a la vez que mi amiga avanza hacia mí y, mientras estoy esperando que

responda, me da un beso en la mejilla. Cuando ya pienso que va a sonar el último timbre sin que descuelgue, oigo su voz grave y autoritaria. No está solo.

—¿Me vas a decir por qué obligas a Hugh a llevarme a todos lados? —le suelto como si nada, ante el gesto del pobre hombre, que sabe que va a tener problemas por esto... pero, como los tenga, entonces Sean me va a oír a mí, y no voy a ser nada condescendiente; al contrario, voy a ser la peor tirana que haya podido conocer.

—No lo obligo; trabaja para mí y está siguiendo mis estrictas órdenes.

—Pues ya puedes liberarlo ahora mismo o no me verás el pelo en todo el día. —Puedo imaginarlo en este instante, mirando a su alrededor, conteniendo un grito, reteniendo unas palabras que topen contra mi provocación; logra hacerlo, porque permanece en silencio—. ¡Ya! No pienso estar vigilada.

—Ésa no es mi intención.

—Pues lo parece, y no me siento cómoda.

Intento que comprenda mi situación, es decir, el cambio tan repentino que estoy experimentando por su culpa, además de que no necesito que nadie me lleve a ningún sitio, jamás lo he necesitado.

—Está bien, dile que se ponga.

—Quiere hablar con usted. —Le paso mi teléfono y el pobre lo mira muy serio. Se da media vuelta y, sin que pueda ver su cara, oigo un sí tras otro hasta que regresa a mi lado y Zoé nos observa, curiosa.

—Disfruten del día, me marchó. —Está a punto de subirse al coche cuando se detiene y me mira, sonriente—. Señorita Avery, sus flores. —Abre la puerta por la que he salido y me entrega el ramo de rosas que me ha regalado Sean.

—Gracias.

Zoé las mira alucinada, ¡y no me extraña!, el ramo es precioso y enorme.

—Ha ganado, y eso no es fácil con el señor Cote.

—Poco a poco, sólo hay que ser paciente.

Ahora sí que le arranco una carcajada antes de subirse al todoterreno y desaparecer.

—Vaya, vaya con el señor Cote... —oigo la voz alegre de mi amiga a mi espalda mientras contemplamos cómo el vehículo se aleja de nosotras—. Tiene un cochazo, chófer, está bueno y regala flores... Amiga, has dado en el clavo.

—Me está volviendo loca. —Me tapo la cara con una mano y niego con la cabeza, avergonzada.

—Necesitamos un café.

—Vamos a mi casa, allí podremos charlar tranquilamente. Jeff y Owen están trabajando.

* * *

Dejo el bolso sobre la mesa del salón y caminamos hasta la cocina, donde busco un jarrón para

poner las rosas en agua y luego lo coloco en la mesa del comedor. Las volvería a oler, pero no lo hago porque Zoé no deja de observarme.

Regreso a la cocina y le muestro una botella de vino y le señalo la cafetera, para que elija.

—Café, es demasiado pronto para beber y, además, quiero ir lúcida a la compraventa de la mansión de Andrew.

Sus ojos brillan muchísimo cuando habla de ese cliente y ya no sé si es porque le ha hecho ganar mucho dinero y prestigio o porque realmente Andrew le atrae más de lo que reconoce.

Voy hasta la nevera, cojo uno de los cartones de leche y le pregunto si va a querer, a lo que afirma. Mientras veo cómo está con la mirada perdida y pensativa, hago los cafés, los sirvo en sus tazas, vierto leche en ellas y me siento delante de mi amiga para charlar un rato.

—Si no te conociera tanto diría que Andrew te atrae demasiado.

—Y lo hace, pero no es el hombre que quiero en mi futuro. —Admitir la verdad es un gran paso, el más importante, en lugar de hacerse unas expectativas de algo que no va a poder ser y que después dolerá mucho más—. Aunque hay que admitir que está muy bueno.

—Lo está, pero no todo es eso.

—¿Y el tuyo? ¿Sólo es sexo o hay más? —Curvo la comisura de mis labios en una gran sonrisa que me delata—. Hay muchísimo más. Desembucha, mala amiga.

—Me vuelve loca...

—Eso ya lo sé. —Me da un golpe para que despierte de mi ensimismamiento y vaya si lo hago, por la cuenta que me trae—. ¿Ya lo sabe Jeff? —Asiento con la cabeza y abre la boca exageradamente.

—Sabe que he conocido a alguien.

—No a su socio...

—Exacto. —Encojo los hombros y huelo el café una vez más antes de darle un sorbo mientras ella me analiza—. Es difícil.

—De esto nada: es muy sencillo, sólo tienes que ser sincera.

—¿Crees que le va a parecer bien?

—No, pero es lo que hay y tendrá que asumirlo. —Le tengo que dar la razón, por mucho que se moleste o quiera evitarlo; no voy a dejar de verlo porque a Jeff no le parezca bien, no cuando siento algo tan fuerte que no puedo controlar—. Ya es hora de que tu marido asuma ante sus padres que vuestro matrimonio es un paripé y reconozca lo que es.

—Resulta muy fácil decirlo, pero yo lo entiendo.

—Siempre lo has defendido, y ha llegado el momento de que te defiendas a ti misma.

Esta conversación me devuelve al pasado, a cuando se enteró de que me iba a casar con Jeff y no daba crédito. Intentó convencerme, evidentemente sin éxito, de que no lo hiciera, pero no escuché sus palabras... Sólo quería ayudar a Jeff en su situación, y sabía que para él era lo mejor que podíamos hacer. Cierto es que en aquel momento no sentía nada igual a lo que ahora mismo siento por Sean; supongo que, si en aquella época hubiera sido así, no habría aceptado su

propuesta y Jeff se hubiera casado con otra mujer, tal vez engañada, o hubiera asumido que realmente le gustan los hombres y que yo sólo le he servido de amiga.

—Ayer le conté que no me volvería a acostar con ellos; no quiero engañarlo más de lo que ya lo estoy haciendo.

—Pues, como no comiences a ser sincera, al final tus propias mentiras te van a explotar en la cara.

Me dispongo a responderle cuando oigo el sonido de un mensaje entrante en mi teléfono.

—Espera.

Voy hasta la mesa del comedor y, tras desbloquear mi móvil con mi huella digital, descubro que es de él.

Esta noche vas a tener que compensarme la frustración que siento por tu culpa.

—Eh, eh, menos secretos. Enseña esa pantalla.

La miro a ella y después a la pantalla varias veces alternativamente, hasta que giro el aparato para que pueda leer el wasap. Zoé comienza a retirarse el supuesto sudor de la frente.

—Este hombre es puro fuego.

Capítulo 29

—Y más... Te aseguro que lo es todo.

—¿Y está forrado? —No quiero que sólo piense en él por el dinero que tiene. A mí, la verdad, eso me tiene sin cuidado; lo que me atrae de él es este juego ardiente que nos envuelve en una pasión descontrolada que ninguno de los dos podemos detener, por mucho que nos esforcemos—. Hay algo que no entiendo.

—¿El qué? —Arrastro las palabras porque estoy convencida de que lo que va a soltar no me va a gustar mucho.

—Si Jeff y Sean son socios, ¿por qué Jeff no aparenta tener tanta pasta?

—Porque no la tiene. Sean, además de tener esa compañía, invierte y se mueve por terrenos en los que Jeff no ha querido adentrarse. Éste se ha centrado única y exclusivamente en la empresa; en cambio, Sean ha sido más osado, se ha arriesgado, y, a juzgar por lo poco que he visto, no le ha ido nada mal. Pero, de verdad, eso es lo de menos.

—Ya lo sé, pero, oye, nunca viene mal una ayuda extra. —Le lanzo una mirada recriminatoria y ella termina de beberse el café con leche para no añadir nada más a ese respecto—. He reservado mesa en el restaurante que hay justo delante del Alternative.

—Ahora que lo mencionas... —me mira, extrañada—, ¿qué se hace exactamente en ese local?, porque no me creo eso de la terraza...

—¿En serio me lo preguntas? Es un club exclusivo para la alta sociedad; allí van a conocer gente y, si les apetece... pues acceden a espacios privados...

—Para practicar sexo.

—¡No, para jugar a las cartas! —responde en medio de una carcajada—. Parece mentira que la que haga tríos seas tú.

—Ya sabía lo que se hacía, sólo quería confirmarlo.

—¿Tienes miedo de que tu prometedor amante frecuente dicho establecimiento?

Ahora soy yo la que le da un golpe en el brazo, primero por llamarlo «amante», es una palabra espantosa que me da repelús, y segundo porque, en el fondo, me joroba reconocer que tiene razón.

—Ya sé que va.

—Pues sí, yo lo he visto allí.

—¿Haciendo qué? —Alzo una ceja, francamente interesada en averiguar lo máximo posible—. Venga, habla.

—Andrew me dijo que no podía comentar nada de lo que ocurría en el Alternative, pero nada

de nada.

—¿Y quién se va a enterar? —Sé que la estoy poniendo en un compromiso, pero necesito saberlo. Quiero confirmar si Sean ha acudido a ese sitio para acostarse con más mujeres desde que está conmigo—. Zoé...

—Mientras yo he estado allí, no he visto que haya hecho nada raro; se ha tomado una copa y se ha ido.

—No me mientas —le advierto, porque sé que no sólo ha ido para tomar algo. Sean no hace nada porque sí, él siempre tiene un motivo de peso.

—Te prometo que, al menos esa noche, no hizo nada.

Me alivia saberlo, porque desde que Zoé lo conoce me he estado acostando con él; eso significa que puede que, cuando me ha dicho que desde que me conoció todo ha cambiado, sea cierto y yo no sea la única que estoy respetando la exclusividad.

Justo cuando voy a responderle, vuelve a sonar mi teléfono y pongo los ojos en blanco antes de leer el mensaje.

No contestarme tiene un castigo peor.

Por alguna extraña razón, empiezo a sudar, a sentir un calor que me atormenta... y me digo que no es más que pensar en lo que me va a hacer cuando me tenga delante. Sé que me va a follar hasta que no pueda ni decir basta, y lo peor de todo es que, cuando haya recobrado el aliento, querré más, lo querré más intenso, más duro... y, si puede ser, mucho más pasional de lo que ya me lo haya hecho. Sean es mi droga: una vez que lo he probado, ya no puedo desengancharme de él.

Debería contestarle, pero no lo hago, pues mis dedos no son capaces de teclear nada... o quizá es que mi mente está jugándome una mala pasada y quiere cabrearlo todavía más para comprobar lo que es capaz de hacer si siente que lo ignoro.

—¿No vas a responder nada?

—Creo que no.

—Yo estaría desesperada en tu situación. —Se agarra de los pelos para simular que no podría contenerse.

—¿Y quién te ha dicho que no lo esté? Pero sé que, si le contesto, es capaz de venir aquí mismo y follarme aunque estés delante.

—Madre mía, y lo dices tan normal.

—Es que Sean es así. —Me encojo de hombros—. Si no lo hago, sé que lo estoy provocando, estoy haciendo lo que muchas no han sido capaces de resistir, y sé que eso le pone mucho más.

—Tú sabes demasiado, pillina.

—Te juro que me vuelve loca; me paso día y noche pensando en él, incluso podría olvidarme del trabajo por estar entre sus brazos, pero no me lo puedo permitir. Debo ser fuerte y controlar mis emociones, si no, estoy perdida.

—Con un hombre así es imposible.

—Sí, si quiero seguir cuerda en el futuro.

Zoé no me comprende, y lo sé por cómo me mira, pero es que Sean no es el típico tío que conoces en un bar o en una discoteca, él es especial.

—¿De qué sirve estar cuerda si no tienes a un hombre como ése en tu vida?

Pues tiene toda la razón; sólo de imaginarme todos mis días a su lado, consigue que valga la pena por todo lo que tenga que pasar.

—Y tu arquitecto, ¿qué? Lo tienes muy escondido.

—Como para no hacerlo...

—¡Oye, guapa, que no te lo pienso quitar! —No me puedo creer que dude de ello; si es que, de verdad, ten amigos para esto—. ¿Qué plan tienes hoy?

—Francamente, ninguno...

Me mira con cara de aburrimiento y ahora mismo no se me ocurre ninguna idea más divertida que irme de compras con mi mejor amiga.

—¿Te apetece...? —digo, emocionada, y veo cómo ella también lo hace, entendiendo mis intenciones de irnos juntas a hacer una de las cosas que más nos gustan a las dos.

—Claro que sí.

* * *

Hemos caminado por todas las calles del centro de Vancouver, o eso me parece por el dolor de pies que sufro en este momento, pero mi amiga está desatada, Visa en mano, y cualquiera diría que hace años que no se ha comprado nada o bien que tiene que renovar todo su armario de forma inmediata.

Le señalo una cafetería y sigue mi dedo para comprobar hacia dónde quiero ir. Extrañamente no vuelve a mirarme, sino que centra su atención en un escaparate.

—¡No puede ser! —No sé a qué viene eso, no sé a qué se refiere. Miro los escaparates hasta que uno de ellos me resulta familiar, pues es el de la tienda a donde fui con Sean a que se encargara un traje, pero no creo que eso tenga nada que ver y sigo mirando a mi alrededor—. Tía, es Marc... —Parece que soy la única que no lo conocía.

—No sé quién es —le aclaro, restándole importancia, porque para mí no tiene ninguna.

—Lo tuyo no es normal. —Resopla como un caballo—. Vamos, tiene cosas alucinantes.

—¿En serio? Prefiero ir a tomar un café y descansar un poco, estoy agotada.

—No te has comprado más que dos vestidos; allí seguro que hay algo para ti.

—¡Qué pesada eres! Vete tú, te espero en la cafetería —intento escabullirme, pero no lo logro. Me agarra de la mano y me arrastra hacia el interior de la tienda, donde, como ya ocurrió la última vez, aparece Marc; en esta ocasión, me mira sorprendido.

«Me ha reconocido, genial.»

—¿Te envía Sean?

Niego con la cabeza y mi amiga no abre la boca, supongo que porque se está conteniendo, pero sé que está flipando porque el diseñador me esté hablando como si me conociera.

—Mi amiga quiere comprar algo —le anuncio, y asiente serio durante unos segundos en los que sus labios, que hasta ese momento estaban rectos, pasan a curvarse hacia arriba, mostrando además unos dientes brillantes y blancos.

—¿Buscas algo en concreto?

—Nada, más bien la prenda debe buscarme a mí. —La muy descarada lo agarra del brazo y pasean entre la ropa que cuelga de los percheros. Yo los sigo, sin importarme lo más mínimo la ropa de la tienda—. ¿Esto? —Zoé sale casi corriendo hacia una percha que no está expuesta, pero que se ve en un pasillo que parece que es privado del establecimiento—. Es precioso. Mira, Avery, brillante, elegante, fino... Me he enamorado.

Lo miro y me fijo en que el vestido está al lado de un esmoquin masculino. Realmente es fantástico, pero demasiado para llevar en una fiesta cualquiera.

—Ése es único y no está a la venta; es un encargo.

—¿No puedes hacerme uno igual? Te prometo que no se lo diré a nadie.

Se me escapa la risa cuando veo la cara de Marc, es de auténtico estupor. Creo que no entiende cómo Zoé se ha atrevido a pedirle semejante desfachatez.

—Es para uno de mis mejores clientes, no voy a enfadarlo por nada del mundo. Él exige exclusividad.

—Lástima, pero tenía que intentarlo.

Se gira y ve una falda vaporosa color champán que es muy bonita y de su estilo.

—Ésta sí que va contigo —la anima, sacándola de la percha y sobreponiéndola a sus caderas. Zoé se mira al espejo, ensimismada.

—Me he enamorado.

—Ésta sí que puede ser toda tuya y sólo hay dos iguales..., es casi exclusiva.

No quiero ni pensar en lo que vale, pero sé que a Zoé, cuando ve algo que le gusta mucho, le importa un pimiento el precio. Tiene la suerte de tener ahorros; esa manía la ha heredado de su padre, que se arruinó una vez y aprendió a no malgastar el dinero si no tenía guardado más.

—Me la llevo.

—Perfecto, ahora mismo te la preparo. —Da dos palmadas al aire y se gira para mirarme—. Para ti tengo algo que te puede interesar.

Se va corriendo y vuelve con un mono vaporoso de color blanco roto que, tanto Zoé como yo, miramos maravilladas. Es fantástico, simplemente elegante.

—Seguro que es muy caro.

—Mujer, te haré un precio especial, eres la novia de Sean.

Trago saliva cuando oigo esas tres últimas palabras, sintiéndome extraña. Estoy acostumbrada a que me llamen Avery, o la mujer de Jeff, pero... ¿la novia de Sean...? Aún no he asumido que lo soy, porque lo soy, ¿no?

* * *

Doy un nuevo trago al café antes de volver a mirar la bolsa blanca que tiene grabado el nombre de Marc y niego con la cabeza, estupefacta, por acabarme de gastar mucho más de lo que debería por haber entrado en la tienda con Zoé, que sigue cotorreando acerca de lo contenta que está de haberlo conocido en persona, que tiene muchas prendas suyas en casa y un sinfín de frases que apenas escucho.

—¿Me estás atendiendo?

—Claro, pero ahora mismo mi cansancio me tiene pesarosa.

—Qué poco aguante tienes, eso es la falta de costumbre. —Y espero que siga así, porque, como salga un par de veces más con ella, no me llegará el dinero ni para comer; tendré que buscarme un trabajo extra para poder subsistir—. Estamos muy cerca del restaurante, si quieres vamos para allá.

—Vale.

Nos levantamos de la mesa y ambas, con las bolsas colgadas del brazo, caminamos hasta que, tras recorrer un par de calles, llegamos a nuestro destino, que efectivamente está delante del local de Andrew..., ese que Zoé ya me ha confirmado que sí es un lugar para practicar sexo... y aunque sólo de pensarlo me mate, tengo curiosidad por saber qué ha hecho exactamente Sean en su interior.

—Tengo una mesa reservada a nombre de Zoé.

Se nota que es un restaurante en medio de una zona de negocios; el gusto por la decoración es exquisito, y las personas que están sentadas a las mesas son trabajadores de las oficinas de alrededor, que están aprovechando para almorzar o para hacer negocios que, entre copa y copa, seguro que terminan llegando a buen puerto.

—¿Me acompañan? —El *maître* nos guía hasta la mesa que hay en uno de los extremos de la cristalera, desde la que podemos ver el exterior—. Les dejo la carta y mientras eligen, si me lo permiten, les traeré una copa de vino blanco.

—Muchas gracias. —Zoé le agradece la gentileza y me mira, sonriente, apoyando su mandíbula sobre sus manos—. ¿Qué te parece? Aquí es donde como siempre con Andrew.

—Tiene buen gusto.

—Sí, te gustará.

Me guiña un ojo y empezamos a leer la carta para decidir lo que queremos pedir, pero la verdad es que no tengo excesiva hambre. Leo varias veces y, cuando creo que ya me he decidido, cojo el teléfono y lo desbloqueo.

—¿No vas a contestarle todavía?

—Creo que sí. —Se me escapa una risa tontorróna y, con un movimiento de sus cejas, me anima a que comience a escribir.

Los castigos, con el estómago lleno, sientan mejor, así que voy a comer bien.

Espero unos segundos a que me responda; sin embargo, no aparece ningún mensaje entrante.

—Lo hará. —Zoé me acaricia la mano y la miro asintiendo con la cabeza; sé que lo hará en algún momento, sé que me contestará—. ¿Cómo es eso de formarlo? Con lo poco que he visto, sé que no debe de ser nada fácil.

—No lo es. —Se me escapa un suspiro y recuerdo las veces que he estado explicando algo y he sentido cómo me penetra su mirada, cómo me desconcentra hasta el punto de tener que parar unos segundos para pensar en lo que estaba diciendo—. Te juro que he pensado varias veces en dejarlo.

—¿Jeff? ¿Por eso no lo has hecho?

—Por los dos... ¿Cómo puedo sentir que, si estoy separada de él, me falta algo? Te aseguro que es la primera vez en mi vida que me siento así.

—¿Amor tóxico? —Se separa un poco de la mesa, da un sorbo a su copa y me analiza—. Avery, tú eres la más seria de las dos, la que siempre ha sabido elegir a los buenos, pero esta vez me parece que Sean es todo lo contrario.

—La verdad es que no sé qué me pasa con él; es algo que me desconcierta, porque nunca me había sentido así por nadie.

—Mira, no soy la más idónea para dar consejos, pero, como tu amiga, y porque te quiero, te recomiendo que tengas mucho cuidado. No quiero que sufras por un tío que sólo va a ser dañino.

—No me hace daño..., está por mí. Si fuera por él, estaría recluida en su cama para tenerme a su disposición.

—¿Y eso lo ves normal?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo aceptas?

O no me explico bien o no está entendiendo nada de lo que le estoy explicando.

—No lo acepto; impongo mis normas, aunque tengo que jugar con el sexo para hacerlo.

—Eso es muy feo. —Pone cara de asco hasta que rompe en una carcajada—. Si funciona, mejor que mejor... y eso que te llevas, ¿no?

—¿Ya saben lo que van a tomar?

Zoé vuelve a abrir la carta y espero a que se decida mientras miro por la cristalera... cuando de pronto aparece el deportivo de Sean y sonrío al verlo bajarse del coche, hasta que mi sonrisa se congela cuando él rodea el coche y le da la mano a una morena de pelo largo.

—Zoé, fíjate. —Lo señalo y ella me mira con la boca abierta—. ¡Cabrón! —Al insultarlo en voz alta, el joven camarero sigue nuestras miradas, pero no dice nada—. Tengo que ir.

—Avery, ¿estás chiflada?, ¿a dónde vas? —Me agarra del brazo cuando voy a ponerme de pie para que me detenga, pero no lo logra—. ¡Avery, por favor!

Eso es lo último que oigo mientras camino lo más deprisa que puedo hasta cruzar la puerta y

salir al exterior, sintiendo que se me va a salir el corazón por la boca, con un nudo en la garganta que apenas me deja tragar y con una presión en el estómago que me va a matar. Ya en la calle, veo que avanzan en dirección al club de Andrew.

No me puedo creer que haya roto nuestra promesa. Sólo volvería allí conmigo, eso me dijo, y obviamente me mintió, como seguramente habrá estado haciendo durante todos estos días.

Capítulo 30

Me tengo que detener para cruzar la calzada y gracias a ello Zoé aparece corriendo a mi lado, con todas nuestras bolsas, y me sujeta del brazo, casi sin aliento.

—No entres, que le den.

—Pienso entrar, quiero verlo con mis propios ojos.

Me suelto de su agarre con frustración, porque, si ella estuviera en mi situación, haría lo mismo.

Los coches no dejan de circular y el maldito semáforo no se pone en verde para permitirnos cruzar; las manos comienzan a temblarme debido a los nervios que siento ahora mismo. No me puedo creer que todo sea una mentira, que todas las veces que me ha dicho que lo único que quiere es a mí hayan sido una farsa para llevarme a la cama, pero, si descubro que realmente es así, no sabe de lo que soy capaz.

Por fin el disco está verde y, como alma que lleva al diablo, cruzo la calle, dejando atrás a Zoé, que con los altísimos zapatos de tacón es incapaz de seguir mis pasos. Voy todo lo rápido que puedo, porque, si quiero entrar, sólo tengo una oportunidad.

—Hola, me espera Andrew —le digo al hombre de seguridad que está en la puerta y parece un gorila enfundado en un traje dos tallas más pequeñas de lo que necesita.

—¿Su nombre?

—Zoé; soy la agente inmobiliaria de Andrew, tengo una cita con él —miento descaradamente, con la esperanza de que mi amiga no sea tan rápida y me dé tiempo a entrar antes de que ella llegue y desvele mi trola.

—Pase.

Abre la puerta y, cuando voy a entrar, llega mi amiga. Me mira enfadada, pero tengo claro que, si le hubiese dicho mi nombre real, no me hubiera dejado acceder al local. He oído salir de sus labios cómo vetaba mi entrada, y no podía jugármela a que le dijeran que estaba en la puerta.

—Lo siento, Avery —me despido antes de cerrar la puerta, y veo cómo abre la boca exageradamente, cayendo en la cuenta de que me he hecho pasar por ella para entrar, pero no tengo tiempo de que me diga de todo. Quiero enfrentarme a él, que vea que a mí no se me puede engañar tan fácilmente.

El local no es nuevo para mí, pero me siento extraña caminando sola por la entrada, igual que atravesando el salón, de luz tenue, que consta de varias mesas altas situadas junto a la barra de cuero negra, y un poco más al fondo hay rincones con grandes sofás, cada uno de ellos

acompañados de mesas bajas, donde reposan las bebidas de todas las personas que, sorprendentemente para mí, son más de las que esperaba a esta hora, que en estos momentos charlan como si nada.

Me siento en un taburete de la barra y, con disimulo, comienzo a mirar a todos los que están a mi alrededor, pero no lo veo. El camarero se acerca, pero, antes de que me pregunte, me pongo de pie y me dirijo hacia la terraza trasera, porque según Andrew era sólo para ellos, así que puede que me lo encuentre allí.

Recorro el pasillo hasta que llego a la puerta que da acceso a la gran terraza en medio de la ciudad. En cuanto abro la puerta, me despeino por el aire que corre; cualquiera diría que me ha dado una bofetada... Puede que me la merezca, por estar en este lugar haciendo el tonto y no siguiendo con mi vida. Sin embargo, por una extraña razón no puedo hacerlo, necesito comprobarlo con mis propios ojos, supongo que para hundirme un poco más en la miseria, o simplemente para terminar de creer lo que he visto y que no logro entender.

Escaneo cada centímetro de la terraza y constato que tampoco están aquí, así que mis sospechas se hacen realidad; lo único que me queda por revisar son los privados que Zoé ya me ha confirmado que hay.

Retrocedo por donde he venido y vuelvo a la sala, donde me acomodo en uno de los taburetes; mis lágrimas empiezan a empañar mi visión, soy una estúpida. Seguro que ahora mismo está pasándose de lujo con esa chica, y yo, llorando como una desesperada.

—¿Estás bien? —Me giro y me topo con un chico muy guapo; no me había dado cuenta de que se había sentado a mi lado. Con un gesto de su brazo me da a entender que, si me molesta, se va, pero yo niego con la cabeza al tiempo que encojo los hombros para que haga lo que quiera—. Te invito a una copa; un mal día lo tenemos todos.

—Gracias. —Debería decirle que no, pero luego me planteo que por qué no. Quiero algo muy fuerte, algo que me haga olvidar la rabia que siento en este instante—. Que sea fuerte.

—A sus órdenes. —Se ríe en una carcajada y me invita a un chupito, que bebemos de un solo trago; siento que mi garganta me arde como nunca. ¿Qué narices es esto?—. ¿Otro?

—Sólo uno más.

—¿El último? —Sonríe y me fijo en la gran sonrisa que tiene—. ¿Estás segura? —Asiento—. Pon dos, esta vez dobles. —¿Dobles? No sé qué puñetas le está pidiendo al camarero, pero ciertamente me da igual; quiero olvidarme de él, y este chico me lo está poniendo fácil.

Vuelvo a coger el vaso de chupito, aunque éste es un poco más alto que el anterior, y doy un gran trago que consigue que se me salten las lágrimas del ardor que provoca en mi garganta. Dejo el vaso con fuerza, provocando un estruendo que sólo oímos nosotros. Él sonríe y me hace un gesto con su dedo por si quiero repetir, pero esta vez me niego. Me froto las sienes al notar una nube en la cabeza, y me giro de nuevo hacia el pasillo... y veo aparecer a Sean y Andrew con cara seria. Ambos están poniéndose la americana, pero Sean fisga a su espalda por encima de su

hombro y la veo a ella, que lo mira demasiado seca, parece enfadada. Sonrío ladina, puede que les haya fastidiado el coito. ¡Qué pena me dan!, ironizo para mis adentros.

Sean le pregunta algo a Andrew y éste se acerca hasta pegarse a su oído y luego, con disimulo, se aleja hacia la puerta a toda prisa, frotándose la frente; supongo que Zoé lo habrá llamado por teléfono y, efectivamente, Sean es consciente de que estoy en algún rincón de este local, y que por ello no le hace ni caso a la chica que espera a su lado, malhumorada. Sean mira uno a uno a todos los presentes, hasta que sale disparado hacia una chica y la gira de repente, ante la sorpresa de ésta, y después tiene que disculparse; imagino que pensaba que era yo.

—¿Quieres que entremos? —me propone el chico con el que he estado bebiendo.

Asiento. No sé a qué se refiere, pero ahora mismo quiero salir de esta sala. Me va a encontrar y necesito unos segundos antes de enfrentarme a él.

Justo cuando me voy a poner de pie, veo que aparecen Andrew y Zoé y que éste le hace un gesto que indica que no sabe algo, y ella niega, de brazos cruzados, hasta que llega a Sean y ella lo mira, cabreada. Detecto cómo él se extraña por su expresión molesta, pero está demasiado ocupado en averiguar dónde estoy como para pararse a preguntarse qué es lo que le pasa a mi amiga.

Los tres caminan en dirección a la terraza justo cuando mi acompañante me guía hacia el pasillo contrario y me abre una de las puertas que tanta curiosidad me provocaban. No me lo ha enseñado Sean, pero al menos voy a conocer qué es lo que tanto le puede gustar de este sitio.

Desde el umbral de la puerta puedo ver una pequeña sala, con una cama redonda frente a un espejo; la verdad es que esperaba algo más impactante.

—¿Entras?

Me doy media vuelta para mirarlo y un escalofrío me recorre el cuerpo cuando lo descubro al final del pasillo: está observándome, con el rostro enfurecido y los puños apretados. Andrew le está diciendo algo, pero no le hace ni caso; me mira fijamente y yo a él, sin saber qué hacer. No soy capaz de moverme en este momento; es la primera vez que lo veo cabreado de verdad y no lo conozco tanto como para saber cómo puede reaccionar... y, francamente, ahora que estoy a punto de saberlo, no sé si quiero hacerlo.

—¡No tengo todo el día! —oigo la voz de hastío del chico, que me agarra de la mano y tira de mí hacia el interior, pero sin éxito, porque mis pies no se despegan del suelo de madera. Veo cómo Sean centra toda su atención en mi mano y, tras negar una sola vez, avanza hacia mí a grandes zancadas.

—Sean, espera, por favor... —le ruega Andrew cuando me descubre en la puerta de un privado, creo que más sorprendido todavía que el propio Sean.

Mi cuerpo empieza a temblar, pero sigue inmóvil hasta que llega a mí y suelta mi mano de la del chico, que nos mira sin entender nada.

—Vete si no quieres que te mate aquí mismo.

Utiliza un tono tan oscuro que me da miedo incluso a mí, y el tipo es inteligente, porque, tras

unos segundos de confusión, mueve los brazos en señal de «no quiero problemas» y desaparece por el pasillo, no sin antes recriminarle con la mirada a Andrew la reacción de Sean.

—Avery. —Zoé corre hasta nosotros y se queda muda cuando ve cómo Sean me agarra fuerte del brazo—. ¡Suéltala ahora mismo! —Golpea a Sean en la espalda, pero éste ni se inmuta y yo no puedo evitar que se me escapen las lágrimas.

—¿Nos disculpáis un segundo? —les ordena, porque, aunque haya utilizado una frase interrogativa, es una exigencia en toda regla—. Tengo que hablar con ella, *a solas*. —Recalca las dos últimas palabras, y siento que mi cuerpo se estremece, pero tengo mis dudas de si es a causa de terror absoluto o de excitación. Sea lo que sea, dudo que pueda mantener una conversación con él ahora—. A solas —repite cuando Zoé se queja.

—No le va a pasar nada, te lo aseguro —oigo cómo Andrew la tranquiliza y, agarrándola de la cintura, se la lleva hacia la sala, para dejarnos el espacio que le ha pedido su amigo.

—¿Qué quieres?

Me limpio las lágrimas y cruzo los brazos bajo mis pechos mientras camino hasta el fondo de la sala y me apoyo frente al espejo. No sé ni cómo he tenido la fuerza necesaria para caminar y hablar, pero conforme pasan los segundos y recuerdo que he entrado porque lo estaba siguiendo a él, que no iba solo, sino que estaba acompañado de una morenaza, mi cuerpo se tensa y mi estado de ánimo muta a un enfado al instante.

—¡Te dije que no vinieras aquí! —me grita justo en el momento que cierra la puerta tras de sí.

—Me aseguraste que no vendrías sin mí —replico, rabiosa, y responde con un bufido de cabreo, pero no dice nada más; los dos sabemos que tengo razón—. Y has venido con otra.

—¿Qué...? No...

—¡Te he visto! —le advierto, señalándolo con el dedo y sin dejarle terminar la frase, porque no voy a consentir que me mienta. Sé perfectamente lo que he visto, y no he sido la única.

—He venido por un negocio.

Se pasa las manos por la cabeza y camina rodeando la cama hasta que se para frente a mí.

—Claro, yo también lo llamaría «negocio»...

—Avery...

—¡No me toques! —le chillo para que se detenga cuando tiene la intención de abrazarme—. Te confundes de persona. —Me mira extrañado, pero me deja continuar—. Yo no soy la típica que va detrás de tus pasos sin preguntar; yo jamás he ido detrás de un tío porque tenga dinero o esté bueno. No soy de ese tipo de chicas, Sean.

—Lo sé, por eso me gustas, pero debes creerme.

—No puedo hacerlo. ¡Joder, mira dónde estamos! ¿Aquí tienes reuniones de trabajo? Pues qué bien te lo pasas en tu curro.

—Es una amiga de Andrew. Ella es clienta, por eso he venido, por un favor —me da esas explicaciones mientras se sienta en la cama redonda—. No crees nada de lo que te digo, ¿verdad?

Claro que no, no soy tan estúpida, y por ello niego con la cabeza. A continuación saca el

teléfono de su americana y se lo lleva a la oreja.

—Ni se te ocurra llamarla.

—Si quieres saber la verdad, te la demostraré. —No quiero que nadie piense que soy una loca celosa que pierde los estribos a la primera de cambio—. Andrew, necesito que vengas con Kourtney.

No me puedo creer lo mal que me está dejando delante de todo el mundo. Más enfadada de lo que ya estaba, camino en dirección a la puerta, pero me sujeta de la cintura, me gira para mirarme a los ojos y me empotra contra la puerta, para así evitar que me vaya.

—¡Déjame irme! —le exijo, con un tono de voz más alto de lo habitual, porque en este momento mi corazón está a punto de salirme del pecho; respiro forzada.

—¿Has bebido?

—No lo suficiente —le contesto, mirándolo fijamente a los ojos, sin amedrentarme, como pocas veces había conseguido ante él—. Si fuera por mí, lo habría hecho hasta que me hubiera olvidado de tu nombre.

—Todo esto es un error y, cuando lo asumas, me suplicarás que te folle de nuevo.

—Olvídate de eso. Eres un cabrón, un manipulador que juega con mis sentimientos. —Mi maldito cuerpo no piensa del mismo modo, porque, conforme pasan los minutos, no es capaz de detenerlo cuando se encarga de subir mis manos por encima de mi cabeza... y mi sexo comienza a excitarse—. A ella la engañarás, pero, a mí, no.

—No te estoy engañando y lo sabes.

Pasa su lengua por mis labios y siento un fuego que me invade para no dejarme ni pensar, pero cierro los ojos y le muerdo el labio para conseguir que se aparte de mí. En ese instante llaman a la puerta y la abre, al tiempo que se limpia el labio con la mano.

—¿Estáis bien? —Andrew habla desde el quicio de la puerta, no quiere entrar.

—Sí. Pasad, quiero aclarar algo. —La primera que se cuele con cara de enfado es Zoé, que se pone a mi lado y me revisa de arriba abajo para comprobar que estoy bien; después aparece Andrew, que se coloca delante del espejo, y, por último, la mujer morena, talla noventa sesenta noventa, que me mira de arriba abajo con total desprecio—. Kourtney, ¿le puedes decir a mi novia para qué hemos venido aquí?

—Sean, no creo que deba hablar de este tema delante de personas que no conozco.

«La mato a hostias como siga con ese tono de suficiencia», pienso, pero Zoé se encarga de cogermelo de la mano para que no me lance sobre ella como una leona.

—Lo sé, pero hay un malentendido y no quiero que Avery piense que tú y yo tenemos algo.

Por su mirada, me queda claro que ella lo tendría, si no lo ha tenido ya.

—Estoy casada —dice como si ese papel significara algo para mí. Yo también lo estoy, pero eso no se lo puedo decir. Comienzo a reírme y Sean me mira, cabreado; sabe que no me estoy creyendo su excusa y por ello la amenaza.

—Kourtney, como no aclares lo que estábamos haciendo, no hago ningún negocio más contigo

en toda tu puta vida.

Ella se yergue de repente. ¡Vaya, pues sí que son importantes los negocios como para que se altere tanto!

—Tengo un negocio entre manos muy grande, y necesito inversores que puedan disponer de liquidez inmediata. Sé que Sean la tiene, y por ello lo necesito. Él adelanta el dinero y yo le devuelvo más del doble.

—¿Y de qué se trata ese negocio? —Los dos se miran y Sean asiente, ante el enojo de ella, a quien no le parece correcto lo que está ocurriendo.

—Compramos grandes lotes de viviendas y después las alquilamos. Y ahora, si no os importa, tengo más compromisos. Sean, necesito la transferencia, como mucho, a las ocho de esta noche.

—Gracias, Kourtney. —Le ofrece la mano para despedirse y me dan ganas de ponerme en medio para que no toque a mi hombre; sólo con imaginar sus manos acariciar sus dedos, me pongo enferma.

—Adiós —es lo último que dice antes de desaparecer por la puerta, y ambos nos miramos fijamente.

—Zoé, creo que tú y yo tenemos algo que hacer —interviene Andrew.

—No me fio de él. —Señala a Sean, pero éste ni se inmuta, sigue observándome fijamente.

—Tranquila, no me va a tocar ni un solo pelo —la calmo, y ella lo mira de nuevo, nada conforme—. Ve con Andrew.

—Voy a estar aquí fuera.

Cuando cierran la puerta, me apoyo en ella y él espera a que yo diga algo... y no sé si debería abrirla de nuevo e irme como si nada o asumir que mis celos han sido infundados.

—¿No puedes reunirte en otro lugar? —Camino hasta el espejo, pasando frente a él pero sin llegar a rozarlo; tampoco intenta hacerlo él—. No sé, ¿un sitio sin una cama y sin espejos?

—¿Crees que me he... o iba a acostarme con ella para negociar? —Se le escapa la risa mientras lo dice y yo me giro para mirarlo a los ojos.

—Conmigo lo has hecho.

—Contigo lo quiero todo; con ella, nada.

—Creo que todo esto se me está yendo de las manos. No sé... —ahora sí que me abraza por la espalda y me lleva hasta él—..., no me gusta sentirme así, odio todo lo que despiertas en mí, no me reconozco.

Capítulo 31

—Me pasa lo mismo contigo, he querido matar a ese tío sólo por tocarle la mano. —Su mirada se oscurece y sé que me está diciendo la verdad—. No puedo soportar la idea de que otra persona te mire, te hable, pero intento dejarte tu espacio; no quiero que te sientas esclava de mis celos. ¿Crees que no siento lo mismo que tú?

—¿Y opinas que esto es bueno para los dos? Nos vamos a hacer daño, mucho, y no sé si es mejor parar antes de que eso ocurra.

—Te equivocas; pase lo que pase, lo que siento aquí —me coge la mano y la lleva sobre su corazón, que late con fuerza. Cierra los ojos y veo cómo su nuez sube y baja cuando traga saliva— no lo he sentido por nadie, y no pienso perderlo sin intentarlo.

—Sean...

—Dime que no sientes lo mismo, que cuando te toco no te estremeces, y te juro que te dejaré ir. —Me acaricia la mejilla y no puedo apartarme; es más, no quiero que deje de hacerlo—. En el fondo estás de acuerdo conmigo, te ocurre lo mismo. —Me agarra la barbilla y me besa en los labios, lentamente, esperando mi reacción. Yo ya estoy perdida...: siempre que algo me molesta de él, llega arrasándolo todo, incluido mi enfado, que se ha desvanecido en cuanto he sentido sus labios, y ahora ya no soy capaz de negarle nada.

Me abraza y ambos suspiramos con fuerza; supongo que los dos estábamos deseando que llegara este momento. Somos dos impulsivos que nos rompemos en un instante, pero, cuando llega la calma, nos compenetramos a la perfección.

—Sigo enfadada —miento, y a juzgar por la carcajada que se le escapa lo sabe muy bien.

—¿Y si te enseñe este sitio?

—Seguiré enfadada. —Reprimo la sonrisa, sin éxito.

—Pues entonces tendré que follarte para que te olvides de ello, ¿no? —Abro la boca y le hago un gesto para que entienda que a eso lo llamo «manipulación». ¿Qué? Vale, vale. ¿Estás preparada? —Se pone a mi espalda y me hace dar unos pasos hacia delante y, de repente, veo que el espejo en el que estamos reflejados de pronto se transforma en un cristal transparente y las luces de nuestro privado se oscurecen para que los que hay al otro lado del espejo no nos puedan ver, pero nosotros, a ellos, sí.

—Ésa es la zona común, puedes elegir mirarlos desde aquí o... —toca el cristal y éste comienza a subir hasta que nada me impide el paso—. Aquí nadie juzga, todo el mundo viene a lo mismo —me susurra al oído para que nadie pueda oírlo, y yo camino siguiendo sus pasos,

alucinada, y no porque yo sea una mojigata que no haya hecho nada de esto, pero sí que tengo que reconocer que no delante de más personas; no creo que me sintiera cómoda. Sólo de imaginar estar acostándome con Sean y que varias mujeres estuvieran observándonos, me desagrada.

Me agarra de la mano con ímpetu y me guiña un ojo antes de abrir una puerta que hay al fondo; a continuación, me invita a pasar.

—En la sala anterior, el sexo que se practica es bastante habitual..., parejas, tríos y orgías, pero nada excepcional, al contrario que en ésta. —Veo a una mujer colgada boca abajo y a varios hombres lamiéndole del cuerpo un líquido blanco que no sé si es chocolate u otra crema que desconozco. Un poco más adelante hay una mujer atada de pies y manos a un mástil y varios hombres la están golpeando con un látigo. ¿Sean practicaba todo esto?—. Creo que por hoy ya es suficiente.

Volvemos por donde hemos venido, siendo el punto de mira de muchas de las mujeres de la sala, incluida la mujer que hace un rato estaba cerrando un negocio con él; ahora está desnuda, con una especie de bozal de cuero puesto mientras un hombre la rodea y va atando su cuerpo con seda negra. Justo cuando paso por delante de ella, la observo, impactada, y ella me lanza una mirada de desaprobación.

—¿Qué es lo que has hecho aquí dentro?

—¿Anteriormente?

Sé que no quiere hablar de ello, por eso me agarra de la mano y me guía a paso ligero hasta el privado en el que estábamos antes.

—Te he hecho una pregunta. —Me cruzo de brazos y compruebo cómo cierra la cristalera y queda en forma de espejo tras pulsar en un extremo; espero impaciente a saber un poco más—. Sean, no me ignores.

—Lo importante es que no quiero volver a hacerlo y mucho menos verte en este lugar.

—¿Y por qué no, si tú has venido?

Sus ojos se tornan oscuros, indicándome que no le gusta nada mi insistencia.

—Eres mía, sólo mía.

—Hicimos un trato —le recuerdo para que sepa que no se me va a olvidar tan fácilmente—, así que tengo derecho a romperlo una vez, igual que has hecho tú.

—Ya lo has hecho. Mira dónde estás, y pretendías entrar con otro tío en una sala.

—¡No iba a hacer nada con ése! —Se me escapa la risa, porque no pensaba liarme con ese tipo, sólo quería huir de él—. Bueno, para ser el primer día ya he visto bastante. —Paso por su lado para dirigirme hacia la puerta, cuando me agarra de la cintura y caemos sobre la cama redonda.

Se acerca y frota su nariz contra la mía; nos miramos fijamente antes de oír algo que francamente no esperaba.

—¿Me perdonas?

—No.

—Avery, no juegues conmigo o te follo de inmediato.

Me estiro un poco más y, tras mirar al techo, que también es un espejo, vuelvo a mirar sus ojos grises.

—No, Sean, vas a tener que compensármelo para que te perdone.

—Tú lo has querido. —Se lanza sobre mí para besarme y lo recibo deseosa; me doy cuenta de que sus besos son mi antídoto, sus manos son las que me protegen y su voz ronca la que me guía.

—¿Estás bien? —Oímos unos golpes en la puerta y Sean gruñe cabreado al reconocer la voz de Zoé.

—Sí. Pasa. —Sean alza la cabeza para mirarme todavía más cabreado de lo que ya estaba, pero no se mueve y me agarra con todas sus fuerzas para que no me suelte de su abrazo.

—A ver, si molesto, me voy —dice mi amiga, mientras se tapa los ojos con las manos, pero dejando la suficiente separación entre los dedos para vernos.

—Que no, que ya nos vamos. ¿Verdad?

—Eso me han dicho. —Se pone de pie y, con desgana, me ofrece su mano para ayudarme a levantarme; sé que lo último que quiere es irse de aquí—. Zoé, siento cómo te he hablado antes.

—Tranquilo, creo que todos estábamos nerviosos, yo la primera. —Ella me sonrío y sale por la puerta sin querer mirar más—. Os espero en la terraza trasera.

Sean me mira, sonriente, y niego con la cabeza; no pienso acostarme con él aquí; está loco si cree que voy a hacerlo.

—¿Me vas a dejar así? —Coloca ambas manos en sus caderas y me muestra su erección, que se marca bajo los pantalones del traje gris marengo que lleva puestos.

—Me gusta este traje. —Le estiro la chaqueta de la americana hacia abajo y abro la puerta para invitarlo a salir, cuando de pronto recibo una buena cachetada.

—Tenemos diez minutos; tengo una reunión en mi despacho en media hora, vendrás conmigo.

—¿A la reunión? —Se me escapa la risa y vuelve a abalanzarse sobre mí hasta que quedo atrapada entre la pared y su cuerpo; entonces cuela su lengua en el interior de mi boca.

—¿Quieres estar presente? Así analizas cómo me como a un tiburón que quiere liquidar nuestra empresa porque el mercado del petróleo está manipulado por las altas esferas.

—Uf, tiene pinta de que va a haber sangre. Paso, mejor me voy a trabajar a algún café.

—Trabajarás en una de las salas que hay libres en mi oficina.

Podría decirle que no, pero ahora mismo me da igual trabajar en un sitio u otro, y así podré ver un poco el ritmo de la compañía, por si puedo descubrir algo en lo que debería incidir.

—¡Al fin! —Andrew aplaude al vernos agarrados de la mano—. Entonces, esto ya es oficial. Enhorabuena, amigo. —Sean sonrío y yo miro a Zoé, que tiene la misma cara de circunstancias que yo. Debo salir de este lío cuanto antes, pero sé que, el día que Sean se entere de la verdad, no se lo va a tomar nada bien, aunque desconozco hasta donde será capaz de llegar—. ¿Una copa?

—Un refresco mejor, si es posible.

Sé que le gusta que no haya pedido beber más alcohol; no sé por qué, me da la sensación de

que no quiere que lo haga; aunque él siempre se bebe un par de copas conmigo, nunca pasa de eso.

—Marchando. —Andrew le pide al camarero que nos traiga las bebidas y éste, rápidamente, las prepara. En cuanto llega, doy un gran trago a la Coca-Cola.

—Vamos a comer, ¿no? —Zoé me mira y me siento culpable de su estado, porque estábamos a punto de almorzar cuando he salido corriendo como una demente.

—Nosotros, en... —mira el reloj de pulsera—... cinco minutos, nos vamos.

—Te invito a comer —suelta Andrew como si nada, y Zoé le sonrío de un modo muy complaciente.

—¿No has almorzado todavía? —Niego con la cabeza mientras me bebo el refresco y al menos me sube un poco el azúcar y rebajo el efecto del alcohol de los chupitos que he ingerido antes, que, la verdad, eran muy fuertes—. Ahora lo solucionamos.

Tras unos minutos en los que ninguno pregunta lo que ha ocurrido, terminamos despidiéndonos y salimos por la puerta.

—Rubita —me para el gorila de seguridad de la puerta y lo miro con cara de culpabilidad—, que sea la última vez que me mientes y me metes en problemas.

—Lo siento.

—No volverá a ocurrir, te lo aseguro. —Sean le responde en tono amigable, no hay duda de que se conocen de hace tiempo—. Avery Gagner, recuerda que tiene vetada la entrada.

—Sean Cote también, a no ser que lo veas entrar conmigo. —Nos mira, sonriente ante nuestro enfado de chiquillos—. Dilo —le exijo.

—Sólo entraré si viene ella conmigo; en caso contrario, no me dejes pasar —termina diciendo, divertido, supongo que porque la situación es la más absurda que hemos vivido desde que nos conocemos, pero para mí es algo muy importante.

—Después no quiero quejas —le advierte a Sean, muy serio.

—No las tendrás. —Me besa la cabeza tras pasar su brazo por encima de mi hombro—. Que tengas una buena tarde.

Bajamos los escalones que nos separan de la acera y veo a Hugh esperándonos dentro del todoterreno. Cuando nos ve, sonriente, baja del vehículo para abrirme la puerta.

—Hola. —Mi tono es amigable, y Sean sonrío al ser consciente de ello; supongo que no le molesta que lo emplee con sus empleados más allegados—. ¿Podemos parar a comprar algo? Una pizza... algo rápido.

—¿No prefieres que haga un pedido en un restaurante y te lo traigan a mi despacho?

Niego con la cabeza.

—A la sala, no a tu despacho.

—No sé a qué esperas para decirle a Jeff de una maldita vez que estamos juntos. Si no le gusta, me importa una mierda.

Pero, a mí, sí, y supongo que a mi marido también le importará, por no mencionar a los arcaicos de sus padres, que estuvieron a punto de desheredarlo por no traer una novia a casa.

—Apenas he hablado con él; pronto se lo diré, pero, por favor, deja que sea yo quien lo haga en el momento que crea conveniente.

Asiente, aunque no está nada conforme, pero acepta mi petición.

—¿De qué la quieres?

—¿El qué? —le pregunto, sin comprenderlo.

—La pizza —me aclara.

—Una vegetal.

Se encoge de hombros y marca el número de su oficina.

—Rosalie, resérvame una sala de las pequeñas para toda la tarde. —Imagino que ella le está haciendo varias preguntas, porque no dice nada y escucha lo que le dice—. Nada, tranquila. Ah, y pídemme una pizza vegetal y... —me mira sin saber qué quiero de beber y vocalizo «agua» sin emitir sonido alguno, para que no me oiga— una botella de agua. Lo quiero todo listo en la sala para dentro de veinte minutos, que es lo que tardaré en llegar.

Dicho esto, cuelga el teléfono sin un «gracias», sin nada, y no es que me haga especial ilusión Rosalie, todo lo contrario, le tengo una animadversión que no puedo controlar, pero, ya que le está pidiendo que haga algo que, en realidad, no es parte de su trabajo, cómo mínimo debería habérselo agradecido.

—Tengo una reunión y después iré a tu formación.

—Vale. Yo quiero preparar la salida del grupo y dos cositas más que tengo pendientes, ya que al venir Zoé no las he podido hacer.

—Sin duda podrás trabajar tranquila en la sala; no tendrás ningún problema y nadie te molestará, eso seguro.

—Muchas gracias.

Me aprieta contra él y vuelve a besarme justo antes de apoyar su barbilla en mi cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo? Siempre quieres llevarme la contraria y eso me saca de quicio —suelta como si nada, y frunzo el ceño para que se dé cuenta de que lo que acaba de decir no es para nada apropiado.

—Vas a tener que acostumbrarte —replico a la vez que me acomodo en su pecho y dejo que me acaricie el pelo mientras cierro los ojos, y el cansancio y los nervios pasados consiguen que me relaje tanto que creo que hasta me duermo.

Hugh nos deja en la misma puerta y temo encontrarme a Jeff; sin embargo, como Sean se para a darle unas indicaciones a su hombre de confianza, aprovecho para entrar y subo la escalera hasta llegar delante de la siesa de Rosalie; pasaría de largo si no tuviera que preguntarle por la sala que ha reservado para mí.

—Buenas tardes. —Hago el mayor esfuerzo de mi vida por utilizar el tono más cordial y amigable que puedo, pero ella, al verme, no responde del mismo modo, ya que su cara se torna en repulsa ante lo que tiene frente a ella, yo.

—El señor Cote aún no ha venido. —«Eso ya lo sé, idiota.» Menos mal que no lo suelto en voz

alta, sólo lo pienso, porque en caso contrario sé que se montaría una buena bronca—. Puedes aguardarlo en la sala de espera. —Me señala, con una sonrisa fingida, la dirección de la misma.

—¿Qué sala ha reservado Sean? —Que lo llame por su nombre es lo que más le ha molestado, pero ni me planteo tratarlo de usted ni llamarlo señor, como si entre nosotros no hubiera nada.

—No te puedo facilitar esa información.

Suspiro de frustración y me voy a dar media vuelta cuando siento ese calor que me indica que está muy cerca de mí, y entonces soy yo la que sonrío.

—La pregunta es muy clara. —Se yergue al oír su voz grave y cabreada. No hay duda alguna de que ha captado su negativa. Me giro y lo descubro parado a mi espalda, con la vista fija en Rosalie, que sigue paralizada, igual que yo, que no me acostumbro a verlo; sigue imponiéndome como el primer día. Es que es perfecto; lo mire por donde lo mire, es el hombre que jamás imaginé tener—. ¿Qué sala me has reservado? —Baja un poco el tono de voz, pues se le está agotando la paciencia, que no es mucha. Rosalie comienza a teclear algo en el ordenador a toda prisa.

—Cuatro B; es la que más te gusta.

Mentalmente repito su frase con un tono de voz más agudo, porque no me puedo creer cómo se puede doblegar de tal forma, aunque sea su jefe, y no sólo le ocurre a ella, al resto de féminas de la oficina también, y los hombres, por miedo a un enfrentamiento, se callan. Espero que, con la salida que tengo planificada, descubran a otra persona y consiga un ambiente menos distante; si no, no lograré ningún resultado.

—Perfecto, pues a partir de ahora, cada vez que venga la señorita Gagner y necesite trabajar apartada, le reservas ésa, y me da igual si está ocupada en ese momento, la liberas.

—Eh... sí, claro. —dice, y me sonrío, pero en el fondo siente la misma rabia que yo por ella, y Sean lo sabe, aunque simula no verlo.

—Buenas tardes.

Roza con un dedo mi trasero hasta que se separa de mí. Menos mal que detrás de nosotros, en este instante, no hay nadie que pueda ser testigo de lo que acaba de hacer; debo esforzarme mucho por no cerrar los ojos y seguirlo hasta su despacho para que siga acariciándome. Mi cuerpo está ardiendo y tengo un calor que me pone histérica.

—¿Necesitas algo más? —me concentro en la pregunta tan desagradable y poco amistosa de ella.

—No, muchísimas gracias —le respondo, aunque de buena gana no lo hubiera hecho, pero entonces la que hubiera quedado como una maleducada hubiera sido yo. Me doy media vuelta y desaparezco por el pasillo, consciente de que me está fusilando con la mirada, pero no me importa, porque Sean la ha puesto en su sitio, aunque no se va a rendir y en algún momento volverá a la carga, pero hoy la batalla la he ganado yo.

Capítulo 32

—Buenas tardes. —Esa voz la reconozco al instante: es Owen. Hace tiempo que no coincidimos y ya tenía ganas de verlo.

—¡Cuántos días sin verte! —Me quito la americana y me retiro el sudor de la frente—. Qué calor hace aquí. —Resoplo y comienza a reírse—. ¿¡Qué pasa!?

—O tienes la menopausia o estás cachonda perdida. —Levanto ambas manos para recriminarle que lo haya dicho tan alto y mi subconsciente dirige toda mi atención al despacho de Sean, ya que puedo verlo desde mi posición. Está hablando por teléfono, recostado en su silla y mirándome fijamente. Le sonrío y veo que Owen se está percatando de todo—. La segunda opción siempre es la ganadora. —Tras soltar esto, se le escapa una gran carcajada.

Entro en la sala, en la que sólo hay una mesa y dos sillas, seguida por él y se sienta en una de ellas sin pedirme permiso.

—¡Qué bien huele! —Abro la caja de cartón que hay encima de la mesa y, sin poder esperar, me llevo un trozo de pizza a la boca—. ¿Quieres? —le pregunto con la boca llena, perdiendo todo el *glamour*; sin embargo, con Owen no es necesario que me comporte de forma recatada, me conoce demasiado bien.

—Toda para ti; he almorzado, con Jeff, un menú más saludable.

Me encojo de hombros y sigo comiendo, hasta que, cuando voy a dar el último bocado, veo que Sean me está observando con el teléfono entre las manos y mostrándomelo como si quisiera decirme que cogiera el mío.

Me chupo los dedos, porque no hay servilletas, y lo pillo del interior de mi bolso, y entonces descubro varios mensajes, que leo... y si antes tenía calor, ahora tengo el triple. Me abanico y consigo una carcajada de él que hasta Owen oye, y me mira con lascivia, consciente de lo que está ocurriendo. Veo la botella de agua y no lo dudo un instante: doy un gran trago, con tan mala fortuna que me mancho la camisa y, al instante, suena otro mensaje en mi teléfono.

—Si no voy a participar, prefiero no ser cómplice.

—Owen...

—Ah, no. La cachonda eres tú, mírate. —Porque no tengo nada a mano, sino se lo tiraría a la cabeza de inmediato—. Ahora tengo trabajo, pero a ver si esta noche cenamos juntos. —Asiento al tiempo que cojo un segundo trozo de pizza; me dispongo a metérmelo en la boca cuando veo que niega, recordando algo—. Hoy hay una fiesta para celebrar que tenemos un nuevo accionista en la

empresa; lógicamente, nos ha invitado, pero Jeff es un cabezón y no quiere ir. ¿Te puedes creer que me ha dicho que vaya yo?

—Eres director de Marketing, ¿por qué no vas a ir?

—Si no va Jeff, paso. Eso no es una fiesta de verdad, este tipo de actos me aburren.

—En todo caso, avisadme para cenar o no.

—¿No crees que tendrás un mejor plan? Uno más caliente...

—¡Owen! Para ya..., aquí no. —Vuelvo a desviar mi atención hacia Sean, pero está inmerso en la pantalla de su ordenador; se acaricia la barba del mentón y me parece el hombre más sexy de este mundo.

—¿Qué os pasa? —Jeff aparece y le llama la atención que esté comiendo en la sala—. ¿No has almorzado con Zoé?

—Vaya, parece que soy la única que no sabía que venía... —comento, y la verdad es que, por más que intente recordar cuándo me dijo que estaría hoy en Vancouver, no lo logro. Por desgracia, supongo que, a partir de este momento, cuando ya ha finalizado la compraventa de la propiedad de Andrew, no tendrá que viajar tanto y la veré menos—. No nos ha dado tiempo a comer juntas y, como tengo trabajo, he pensado en adelantar aquí, pero está visto que no lo conseguiré si no me dejáis tranquila.

Jeff sonrío; me conoce muy bien y es evidente que los estoy echando de la forma más elegante que sé.

—¿Esta noche vas a ir o no? —le pregunta Owen directamente, y Jeff se envara y parece molesto.

—Ya he hablado con Sean: irá él, así que no. —Es lógico pensar que hablan de la fiesta del nuevo accionista que me ha comentado Owen hace un momento; no sabía que Sean sí que iba a ir, así que seguramente no tengo planes para esta velada—. ¿Cenamos fuera? —añade, y nos mira a ambos.

No sé qué contestar, porque me apetece pasar una noche normal con ellos; sin embargo, prefiero asegurarme de que Sean, efectivamente, tiene un compromiso.

—Después os lo confirmo.

—Perfecto, creo que esta noche lo vamos a pasar muy bien. —Owen está emocionado, y no lo culpo; últimamente apenas les he dedicado el tiempo que merecen, pero me siento dividida.

—Te dejamos trabajar. —Jeff le pide a Owen que salga y cierra la puerta tras de sí, quedando, ahora sí, en silencio, y mientras termino la pizza, cierro el plan de la excursión. Vamos a ir a pasar el día a la montaña, el mes que viene, que hará mejor tiempo y podremos caminar sin miedo a morir de frío.

Hago varias reservas, entre ellas un autocar de dos plantas con capacidad para todos los empleados. Sonrío al imaginar a Sean montado en él; no creo que esté nada a gusto, pero él ha aceptado, así que ya no voy a dejar que se eche atrás. La salida ya está en marcha, así que me

centro en las siguientes formaciones de otros clientes. Me dispongo a abrir un correo electrónico cuando veo otro que me llama poderosamente la atención.

De: Charlotte Collins
Para: Avery Gagner
Asunto: Formación urgente

Buenos días, señorita Gagner.
Creo que no hemos empezado con buen pie, pero necesitamos su ayuda, de verdad.
¿Podemos hablar de nuevo cuando tenga un momento?

Charlotte

No me apetece responder; tengo muy claro que no voy a aceptar esa empresa como cliente. Si algo he aprendido en el tiempo que llevo en este sector formativo es que lo primero son mis principios; no quiero dedicarme a un cliente con el que no voy a estar cómoda, pues en este caso tendría a una persona vigilando que hiciera mi trabajo en lugar de ligar con su marido. Prefiero no comenzar esa formación y evitarme problemas.

—¿Vienes? —oigo la voz de Sean, que ha abierto la puerta, aunque no me he enterado.

—¿A dónde? —Cierro el navegador para dejar de ver el *mail* de esa mujer y lo miro sin comprenderlo.

—Son las ocho.

—¡¿Ya?! —Me pongo de pie a toda prisa y empiezo a recoger todas mis pertenencias mientras me observa desde el quicio de la puerta de cristal—. Ya tengo lista la salida, lo vamos a pasar genial.

—Si tú lo dices...

—Un poco más de entusiasmo, por favor.

Lo sigo hasta la sala donde imparto las sesiones sin comentarle nada de los detalles, pues no quiero que se retracte de lo dicho, teniendo en cuenta todo el tiempo que aún queda para esa fecha.

En esta formación Sean parece otra persona: se ríe de las bromas del resto de los directores de departamento e incluso provoca alguna de ellas, poniéndome en algún que otro aprieto, pero prefiero al Sean relajado que al que he visto esta misma tarde en el Alternative. Así da gusto trabajar con él.

—¿Te esperamos para cenar, entonces? —me pregunta Jeff justo cuando doy por finalizada la clase y aún no se ha ido ninguno de los asistentes, entre ellos Sean, que al mirarlo me niega en silencio. No quiere que vaya, y puede que me lo diga simplemente porque lo que no quiere es que me vaya con ellos.

—¿O tienes algún plan mejor? —me vacila Owen, porque sabe muy bien que Sean está delante y que, si tengo algún plan, es con él.

Yo me desespero de nuevo por tener que andar con tanta mentira y no poder preguntarle directamente a Sean si vamos a cenar juntos o se va a ir directamente a esa celebración que han

comentado Jeff y Owen.

—Seguro que lo tiene, pero como no nos lo quiere presentar...

—¿Me dejáis un poco tranquila? —los acallo de repente, y recojo mis cosas dispuesta a marcharme, pero Jeff me coge del brazo y me pide que espere.

—No te enfades. —Sé que me está mirando, noto su calor clavado en mi espalda—. Estaremos en el japonés de al lado de casa. Si al final no tienes planes, te pasas por allí o nos llamas.

—Vale.

—De verdad, últimamente estás muy irritable, deberías follar más. —Esa frase Owen la dice casi en un susurro antes de darse media vuelta para irse con Jeff—. Adiós, Sean.

Me giro y Sean encoge los hombros, mirándome y aguantándose una carcajada... hasta que no puede más y la suelta, por lo que lo miro, molesta. No me puedo creer que, precisamente a él, le haga gracia.

—¿Te parece gracioso?

—Mucho. —Niego, con cara de cabreo—. Me encantará ver la cara de Owen cuando sepa que follas mucho, pero conmigo.

—Pues ya que me has fastidiado mi plan de cenar con ellos, tendrás uno mejor que ofrecerme, ¿no?

—Por supuesto, y se nos hace tarde —se pone de pie y pasa por delante de mí—, pero antes de cenar te voy a follar en mi casa, para que no te vuelvan a decir que estás irritable.

—Serás idiota.

—Uno muy afortunado —replica, y se marcha, riendo, a su despacho.

Cuando salgo me topo de bruces con Rosalie, quien, al ver que ha chocado conmigo, vuelve a regalarme una de sus caras de asco.

—Tú otra vez.

—Una, que tiene la suerte de ser un poco como el jueves —bromeo, y pone cara de no entender lo que le he dicho, pero tanto me da. Camino sabiendo que me está siguiendo con la mirada hasta la puerta de Sean—. Entonces, ¿cenamos?

—Será algo rápido, porque como ya te he dicho...

—Aquí no —intento que no lo vuelva a repetir. Sé que Rosalie está con la oreja puesta y no es apropiado que se entere de más cosas de las que debería.

—No esperemos más, pues. —Pasa su brazo por detrás de mi cintura y me obliga a andar a su ritmo hasta que llegamos a la escalera y, sonriente, le pellizco el brazo para que me mire—. ¿Qué pasa?

—Gracias. —Creo que no le he dado muchas veces las gracias por nada, pero ahora mismo me parece que se las tengo que dar por todo lo que está haciendo por mí, que no es poco. Antes me ha antepuesto a su empleada y, aun teniendo trabajo, cuenta conmigo, y eso es más de lo que yo esperaba de él.

—No me las tienes que dar, sólo quiero verte sonreír. Si lo consigo, ya no necesito nada más.

Me agarro de su brazo y salimos a la calle; fuera nos espera Hugh, quien, como siempre, me saluda muy sonriente.

—Señor —lo saluda—, señorita Avery.

—Buenas noches —le digo antes de sentarme en el interior y esperar que Sean lo haga a mi lado. Cuando lo hace, me sorprende al abrazarme y besarme. Llevo mucho rato esperando este momento, poder estar a solas y poder hablar sin miedo a que alguien nos pueda oír. Y ahora los nervios, la frustración, pierden sentido, porque este instante es mucho más especial que todo lo que ha ocurrido a lo largo del día.

—Helena nos ha hecho la cena, algo rápido, porque nos tenemos que preparar para acudir a una fiesta relacionada con el trabajo.

—¿Tenemos?

—No pensarás que voy a ir solo. —Levanta una ceja y lo miro sin dar crédito—. Por eso no podías ir a cenar con Jeff, porque me he encargado de que no venga para que no puedas decirme que no quieres que te vea conmigo.

—Sean...

—Aunque esto debe cambiar ya, no voy a ocultar lo que siento, y mucho menos a Jeff. Si no le gusta, me da absolutamente igual.

Oír la firmeza de sus palabras me encoge el estómago, debo decírselo. Mañana por la mañana será lo primero que haga antes de ir al trabajo.

—Te prometo que mañana se lo diré.

Recibo un beso en los labios y me fundo en su abrazo mientras Hugh se adentra en la circulación para llevarnos lo antes posible a su casa.

—¿Y qué tienes que hacer exactamente en esa fiesta? —Quiero saber más, no me gusta ser una acompañante florero que no se preocupa por nada de lo que ocurre a su alrededor; al contrario, si puedo ayudarlo, mejor que mejor.

—Darle la enhorabuena a nuestro nuevo accionista, que va a inyectar dinero en la compañía ahora que con la patente vamos a doblar trabajo, y que crea que invertir y trabajar con nuestra empresa es lo mejor que ha podido pasarle. Como sé que a Jeff no le van estas cosas, le he servido en bandeja no tener que acudir.

—Eres muy mala persona.

—¿Hubieras venido si él hubiese estado allí? —Los dos sabemos que no, así que no puedo echarle nada en cara—. Esta noche vas a ser mi preciosa acompañante.

—Pues necesito ir a casa, tengo que buscar algo que ponerme. —Me miro de arriba abajo y, obviamente, no llevo la indumentaria adecuada para acudir a una fiesta de gente adinerada—. Sean, ¿me has oído?

—No tenemos tiempo; en mi casa te puedes duchar y maquillar.

—¿Y volver a ponerme esta ropa? ¡Estás loco si piensas que voy a ir así! —Hugh no dice nada, pero acelera, supongo que para llegar lo antes posible—. Necesito ir a mi casa —repito, porque

parece que no me oye o que no le importa lo más mínimo lo que le estoy diciendo.

—De vuelta, pasamos y coges lo que necesites.

—Gracias.

—Es la segunda vez que me las das, creo que vamos haciendo progresos.

—Los haremos cuando seas tú quien me las dé a mí.

Pasa su brazo por mi hombro y me acerca a él hasta que descanso sobre su pecho al tiempo que él me acaricia el pelo. Para decidir qué puedo ponerme, doy un pequeño repaso mental a mi vestidor hasta que creo que sé cuál elegir.

El vehículo se detiene frente a la cancela de su casa, Hugh acciona un mando y poco a poco accedemos a ella y nos adentramos en el parking. Allí el chófer nos abre la puerta y Sean, agarrándome de la mano, me ayuda a descender.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Pues vamos hacia la cocina, Helena nos está esperando.

Bajamos la escalera hasta llegar al salón y desde la entrada ya puedo oler a comida. Esta mujer es una cocinera de lujo, Sean no sabe la suerte que tiene.

—¿Ya estáis aquí? Perfecto, tenéis la mesa lista.

Me giro para mirar hacia el comedor y veo que hay una serie de platos con verduras, salsas y masas para hacer fajitas sobre la mesa.

—Te dije que sería algo rápido —me susurra al oído, al tiempo que rodea mi cintura apoyando la barbilla en mi hombro y dejo que me abrace con fuerza—. Creo que me estoy arrepintiendo de haberme comprometido para esta velada; preferiría llevarte a la cama y follarte hasta mañana.

Me estremezco conforme oigo lo que me declara y me digo que yo pienso como él. Ahora mismo me comería esas fajitas y luego me quedaría entre sus brazos lo que queda de noche, no me apetece otra cosa, pero el sonido de mi teléfono me distrae y, a regañadientes, me suelta hasta que logro sacarlo del bolso para ver quién es.

—Hola, Jeff —digo su nombre para que, tal y como esperaba, Sean me mire.

—¿Vas a venir? —me pregunta, curioso, y lo único que puedo hacer es ver cómo Sean está preparándose una fajita. Cuando la tiene lista y creo que se la va a comer, se acerca y me hace un gesto para que abra la boca.

—No, ya estoy cenando. Mañana desayunamos juntos, ¿vale? —De repente retira el manjar de mi boca y me deja a medio probarlo, pero no le puedo decir nada.

—Últimamente no te vemos el pelo. —Y menos que me lo vais a ver como siga así—. Mañana te espero.

—Gracias. Disfrutad mucho del japonés. —Finalizo la llamada y lo miro con los brazos cruzados—. ¿Por qué no me la dejas probar?

—¿Por qué tienes que desayunar con él? —Sus ojos se tornan oscuros, cargados de deseo y celos a partes iguales, y debo reconocer que me encanta verlo así.

—¡Estás celoso! —Se me escapa una carcajada y me lanzo a su mano para morder un trozo de fajita, sin evitar que parte del contenido caiga al suelo—. Reconócelo.

—No pienso admitir algo que no es cierto. —Me agarra de la cintura y me sienta sobre la mesa de madera—. Ahora vas a ser mi cena. —Alzo las cejas, sorprendida y divertida, y veo que coge un poco de salsa y me mancha la punta de la nariz para después lamérmela—. Cómo me gusta este sabor, pero hoy está mucho más bueno.

Unto uno de mis dedos con la salsa y esta vez soy yo la que lo mancho, en el cuello; él me mira con cara de no dar crédito a lo que estoy haciendo.

Capítulo 33

—¿Helena? —susurro ante su lasciva sonrisa.

—Ya no está, tranquila.

Más relajada, le desabrocho los botones de la camisa y, tirando de ella para acercarlo a mí, lo besuqueo y saboreo la salsa de su piel. ¡Cómo me gusta cuando está así de distendido!

—¿Cuánto tiempo has dicho que tenemos? —Nos miramos fijamente y a los dos se nos escapa la risa—. Creo que no tengo tanta hambre como pensaba. —Me acerco hasta besar sus labios y cierro los ojos para saborearlo a fondo.

—¿Estás segura de que no te desmayarás a medianoche?

Ahora mismo me importa muy poco comer, lo único que quiero es que me haga suya. Me quito la camisa y la dejo caer a un lado, ante su ladina mirada.

—¿Esto responde a tu pregunta?

—¡Ponte de pie! —Lo hago de un brinco y recibo un azote en el culo que me provoca un gemido. Cómo me gusta este hombre. Termina de quitarse la camisa y la lanza sobre la mía, al tiempo que cuele sus dedos por la cinturilla de mi pantalón y, con maestría, desabrocha el botón y comienza a bajar hasta hincar su rodilla en el suelo y, desde su posición, me mira mientras desliza la tela por mis piernas; levanto primero un pie y después el otro, para quedarme solamente en ropa interior.

Atrapa la salsera y mancha un poco mi rodilla para después chuparla enérgicamente hasta pegarle un bocado; cuando se deshace de toda la salsa, repite lo mismo con la otra pierna y sigue con mi ombligo. No contento con ello, muerde la tela de mi braguita; siento sus dientes clavarse con fuerza, atrapar uno de mis labios y tirar de él hasta que tengo que sujetarme de su cuello para no perder el equilibrio, momento que aprovecha para sentarme sobre la mesa con las piernas dobladas; entonces las abre para contemplar mi sexo, aún tapado.

—Creo que esta noche vuelves a quedarte sin bragas. —Tal y como lo dice, las agarra entre ambas manos hasta estirar y romperlas, arañándose un poco la piel del muslo, que se enrojece al instante y que por instinto me acaricio—. Lo siento, no quería hacerte daño.

—No te lo voy a perdonar. —Suelto una risotada que hace que mi pecho suba y baje cada vez que respiro y siento que clava sus dientes en mi muslo como reprimenda. Lejos de quejarme, llevo uno de mis pies, que aún tiene el zapato de tacón puesto, a su pecho y se lo clavo, para luego obligarme a retroceder... pero él atrapa mi pierna y se aproxima, clavándose un poco más, para luego colocarlo sobre la mesa, dejando mi sexo al descubierto.

—No voy a parar hasta que te corras en mi boca —me dice con esa voz ronca que ya ha conseguido que mi vagina se empape por completo de repente—. Me rogarás que no pare.

Me agarra enérgicamente los muslos y noto cómo su lengua comienza a rodear mi clítoris, por lo que tengo que asirme al borde de la mesa para controlar las sensaciones que en este momento me desbordan. Cuela su dedo en mi interior, al tiempo que unta otro de la otra mano en la salsa y comienza a pellizcar mi clítoris a la vez que lo masajea y mancha de salsa, para después absorberlo con la boca, y no puedo evitar gemir. No quiero gritar, pero estoy tan excitada que soy incapaz de controlarme. Intento recomponerme y levantarme, pero no me lo permite, pues con una mano empuja mi hombro para volver a tumbarme, y veo cómo de nuevo se acerca despacio a mi sexo y vuelve a succionar, arrancándome otro gemido y provocándome una nueva oleada de calor.

—¿Te vas a correr? —Asiento, estirando mi cuerpo sobre la mesa, sin percatarme de que una salsera estaba en el borde y cae al suelo, haciéndose trizas—. ¡Córrete!

Introduce varios dedos en mi interior mientras chupa y los saca con fuerza, presionando hasta que mi cuerpo comienza a flaquear y empiezo a temblar en su boca, dejándome llevar—. Ahora vamos a terminar de verdad. —Me coge en volandas y se dirige escaleras arriba para llevarme a su habitación.

Cierro los ojos y llegamos al baño, donde oigo cómo abre el grifo de la ducha y, poco a poco, me deja de pie en el suelo.

—Gracias.

—Al final me voy a acostumbrar y después no te permitiré que dejes de dárme las. —Le sonrío, medio exhausta, cuando me acompaña hasta posicionarnos bajo el chorro de agua—. Hoy quiero que te dejes llevar, que no pienses en nada más que en disfrutar lo que la vida nos ofrece.

Asiento, encantada; vendería mi alma al mismísimo diablo por volver a sentirme en el futuro como estoy ahora mismo.

Agarra mi cintura y me da media vuelta para quedar con la mejilla pegada a la pared y me guía a descender hasta quedar en ángulo recto, con mi espalda a su merced, al igual que mi trasero, que comienza a acariciar con mucho cuidado de no hacerme daño, para, poco a poco, introducir uno de sus dedos y, en círculos, preparar la zona para él. Estiro las palmas de las manos y entrebros los labios conforme la zona está más sensible y lentamente siento cómo su miembro se aproxima y empieza a frotarse hasta que mi cuerpo lo recibe.

—Estás tan prieta, Diosss... —Tiene que apoyarse en la pared, sobre mi mano, para controlar la necesidad de penetrarme con más ímpetu; sabe que si lo hace puede lastimarme la zona y ya no disfrutaríamos—. No voy a dejar que nunca te vayas de mi lado.

Respiro profundamente cuando se adentra por completo y poco a poco, agarrado a mis caderas, ambos nos balanceamos hasta que mi cuerpo lo recibe sin ningún impedimento y sus embestidas empiezan a ser más enérgicas y certeras, arrancándonos a ambos unos jadeos de placer que seguramente están siendo oídos por todo el mundo, pero ahora no puedo pensar, sólo hago que empujar hacia atrás, respirar forzosamente y sentir que mis piernas vuelven a perder prestancia.

—Espérame, cariño —oír esa última palabra me estremece aún más y tiene que rodearme la cintura para que no me caiga al suelo—, ya estamos, espérame.

—No voy a aguantar mucho más.

Acelera las penetraciones hasta que su cuerpo se clava en el mío y, tras varios rugidos, nos fundimos en uno, corriéndose en mi interior, y caemos al plato de ducha, donde nos abrazamos y permanecemos así durante unos minutos.

—Prométeme que no vas a irte nunca de mi lado —me pide entre besos.

—No voy a hacerlo si tú no quieres.

—Jamás, nunca voy a querer que te marches. Eres lo mejor que me ha pasado en esta vida. — Me levanta el mentón y me besa con una necesidad que hasta este instante no había sentido en él.

—¿Me dejas lavarte? —le pregunto mientras cojo el bote de jabón, vierto gran cantidad sobre mi mano y luego la froto con la otra, antes de restregárselo por el pecho, prestando mucha atención a las zonas que antes he manchado de salsa. Poco a poco su cuerpo está cubierto de espuma. Masajeo sus sienes, paso mis dedos por su barba y me encanta verle las facciones tan relajadas.

—Me chifla esta barba.

—Lo sé —apenas responde en un suspiro, y sonrío, agradecida porque no se la quite—. Ven, ahora me toca a mí. —Abro las piernas y rodeo su cintura, sentándome encima de sus muslos, para cerrar los ojos mientras me enjabona la cabeza y poco a poco sus dedos hacen las mil maravillas para terminar de eliminar cualquier tensión.

—Vamos a tener que salir, porque ya llegamos tarde.

—Hummm... No quiero.

—Debes levantarte. —Me acaricia el final de la espalda y ronroneo como un gato—. Avery, no puedo levantarme contigo así, nos vamos a caer.

—Pues no te muevas, estoy muy a gusto.

—Tengo un compromiso y no puedo faltar.

Alzo la cabeza y le pongo cara de pena, pero no sirve de nada, no está dispuesto a quedarse en casa, así que, con su ayuda, me pongo de pie y me sigue, dándonos antes un último enjuague por si nos queda jabón. Me ofrece una toalla, que estira y con la que me rodea justo antes de atarse la suya a la cadera, y me dan ganas de arrancársela para volver a verlo desnudo.

—Esto, ¿qué es? —Me paro de repente cuando, al salir del baño, veo toda su cama llena de cosas.

—He pedido que te traigan todo lo que puedas necesitar para arreglarte.

—¿Todo esto? ¿Estás loco?

—Por ti. —Me coge en brazos y me besa. No me puedo creer que haya comprado tal cantidad de cosas; queda patente que no tenía intención de ir solo a la fiesta de su nuevo accionista, porque no lo ha podido preparar desde que hemos llegado; lleva días organizándolo y yo ni tan siquiera me he dado cuenta—. ¿Falta algo?

Niego con la cabeza al acercarme a la cama, donde veo un secador de pelo, una plancha y un

rizador para el cabello, justo al lado de infinidad de maquillajes, cremas corporales y faciales... Si me mudara de inmediato a su casa, no necesitaría nada de la mía con todo lo que hay aquí.

—Pero tengo que ir a por ropa, otra vez estoy sin bragas.

—¿Tú crees? —Se le escapa la risa y observo cómo camina hasta su cómoda y abre el primer cajón, donde descubro infinidad de braguitas, todas ellas de raso, cómo no, con la etiqueta incluida—. Y tienes un vestido que Marc ha hecho expresamente para ti.

De repente mi rostro se tensa, se ha pasado. Mucho. Yo no necesito tantas cosas, soy muy sencilla. Sigue caminando hasta su vestidor y al fondo veo su esmoquin, el que vi en la tienda de Marc cuando fui con Zoé, y se me abre la boca exageradamente cuando contemplo el vestido que Zoé trató de adquirir y Marc le dijo que era para uno de sus mejores clientes.

—Espero que Marc haya sabido medirme con la mirada.

Ahora lo entiendo todo: el día que fuimos sólo era para que pudiera verme en persona y tomar mis medidas sin que yo lo supiera.

—Es demasiado, Sean. ¿Cómo voy a aceptarlo?

—No tienes que aceptar nada, sólo debes ponértelo y hacerme feliz. —Me dispongo a replicar cuando posa su dedo en mis labios para que no diga nada—. Pocas veces en este mundo he sentido algo como lo que siento por ti, y no quiero que pienses que mis regalos son para ganarme algo, simplemente pensé que podrías estrenar un vestido esta noche, al igual que haré yo. —Señala su traje hecho a medida.

—Debe de ser carísimo. —Acaricio la tela y no me cabe duda de que lo es, porque su tejido es delicado, fascinante.

—Llevo muchos años ganando dinero para nada, ahora puedo compartirlo; puedo pagarlo sin problemas, te lo aseguro. —Suspiro, sin saber qué hacer—. Por favor.

—Está bien.

—Gracias. —Ahora es él quien está agradecido conmigo, aunque soy yo la que debo estarlo—. El baño es todo tuyo; venga, tenemos prisa.

Me apremia y no sé ni por dónde empezar. Salgo del vestidor y, tras coger un conjunto de raso negro sin tirantes, me lo pongo; luego elijo el maquillaje que voy a utilizar, me planto frente al espejo y comienzo a arreglarme el pelo.

Salgo del baño ya peinada y maquillada y lo veo intentando ponerse el reloj frente al espejo. El traje es mejor que hecho a medida, Marc lo ha diseñado para él; está increíble.

—¿Me ayudas? —Se gira y me mira de arriba abajo mientras se acaricia la barba—. Necesito dos manos para abrochar la correa.

—Claro.

Luego descuelga el vestido de la percha, desabrocha la cremallera del lateral y me pide que levante las manos para colocármelo. Poco a poco la tela va bajando y la ayuda a ajustarse. Cuando fijo mis ojos en el espejo que tengo delante, me maravillo con lo bonito y elegante que es.

—Me gusta que te hayas dejado el pelo suelto. —Me abrocha la cremallera y rodea mi espalda

con sus manos para acariciar las puntas onduladas de mi cabello y la piel de mi espalda—. Aunque no sé si voy a llevar bien que esta noche seas el centro de atención.

—¿Todo el mundo irá de etiqueta?

—Sí, es la directriz de nuestro nuevo accionista. —Me ofrece su mano para guiarme hasta donde veo una caja de zapatos y saco unas sandalias negras que son un sueño—. ¿Serán cómodas?

—Ningunas lo son.

—Entonces tendré que compensártelo de algún modo cuando regresemos.

—No sabes las ganas que tengo de que llegue ese momento.

Me acaricia la mejilla y salimos para llegar hasta la cama, donde cojo un pequeño bolso donde meto mi documentación y mi teléfono antes de bajar la escalera, con mucho cuidado de no caerme con la cola del vestido, hasta llegar al salón.

Me asomo a la mesa y veo que no hay ni rastro de la fuente rota, ni de la comida que apenas hemos probado porque hemos acabado jugando con ella.

—Tranquila, Helena se ha encargado de todo.

—Me sabe mal, lo había preparado expresamente para nosotros y ni siquiera lo hemos probado. —Después del trabajo que ha tenido la mujer y somos tan desconsiderados que, para más inri, lo hemos tirado al suelo.

—Cuando tenía vuestra edad, también me olvidaba de comer. —Me giro cuando oigo su voz y me sonrojo al ser consciente de que sabe perfectamente lo que hemos hecho hace un rato sobre esta mesa—. Estás preciosa; ese vestido parece que esté hecho especialmente para ti.

—Gracias, Helena.

—Tenemos que salir ya. —Sean la saluda con un ligero movimiento de cabeza y me mira antes de decirme—: ¿Estás lista?

—Sí. —Subimos al nivel superior y veo que ya está arrancado el deportivo; Hugh no está esperándonos y sonrío, porque prefiero estar con Sean a solas—. Vas a tener que ayudarme.

Estudio la cola del vestido y decido enrollarla en mis piernas antes de agarrar la mano que me ofrece. Me siento en el McLaren, que es más bajo de lo que recordaba... o quizá es que estos zapatos son más altos de lo que acostumbro a llevar. Luego rodea el coche y se sienta a mi lado, para marcharnos.

Hace una noche de primavera de lujo, apenas corre el aire y las estrellas alumbran el cielo con fuerza. Me pierdo en ellas mientras pienso en lo afortunada que soy de haberlo conocido. Las calles de la ciudad no están muy llenas; es un día laborable, así que casi todo el mundo está en sus casas, pero, conforme nos aproximamos al centro, el tráfico se hace más denso.

—En nada estaremos allí.

Tras recorrer varias calles al ritmo de una música que no conozco, pero que hace que ladee la cabeza siguiendo el compás, veo que uno de los edificios del fondo está muy iluminado.

Sean sigue conduciendo hasta que se detiene en la puerta y un chico se acerca rápidamente para cogerle las llaves; espero a que él rodee el coche y me ofrezca la mano para que pueda bajar.

—Cuida de él.

—Claro, señor, ¿cómo no voy a hacerlo? —De sus ojos saltan chispas de felicidad, y lo entiendo perfectamente: poder conducir este deportivo es muy tentador.

—¿Lista?

—Cuando quieras.

Me agarro de su brazo y nos encaminamos a la entrada, donde vemos que muchas de las personas que están conversando dejan de hacerlo para mirarnos; supongo que la mayoría de ellas lo conocen y se sorprenden de verlo llegar acompañado.

—Buenas noches. —Sean los saluda para que sepan que es consciente de sus miradas—. Ibas a causar furor, te lo advertí —me susurra al oído.

—Puede que sean esos ojos grises que las embauca a todas, ¿no crees?

—No, es tu presencia lo que los ha alterado.

Coloca su mano en mi espalda y la desciende hasta estar a punto de tocarme el trasero, pero se contiene y camina llevándome hacia él a su lado en cada paso. Se para de repente y, tras mirarlo extrañada, me coge de la mano con ganas, frente a las mujeres que hay justo delante de nosotros, y me besa en los labios, dejando claro que esta noche está conmigo.

—¿Sean?! —Esa voz la conozco... Nos separamos y veo la cara de enfado de él. Ha tensado de pronto la mandíbula y sus ojos se han oscurecido, y más lo hacen cuando miramos hacia el interior y vemos a Rosalie, quien, sin dejar de escanearme de arriba abajo, se acerca a nosotros embutida en un vestido rojo estilo ochentero que no le queda nada bien—. Pensaba que no vendrías.

—¿He dicho en algún momento que no lo iba a hacer?

Miedo me daría estar en su posición, y ella lo siente, porque está temblando como un flan ante el Sean despiadado que es más frío que un témpano de hielo de la Antártida.

—Me ha llamado Mónica... diciéndome que aún no habías llegado a la fiesta, y he deducido que habías declinado la invitación, por eso le he pedido a... —Su voz es baja y trémula, y en este momento siento lástima por ella, aunque no debería, porque una vez más se ha entrometido en algo que no le concernía.

Sean resopla mientras niega con la cabeza, imagino que se está conteniendo para no decirle algo que no debe, cuando ella se gira y ambos seguimos la dirección de su mirada hasta que me topo con los ojos de Jeff clavados en mí; no deja de repasarme de arriba abajo, parándose finalmente en la mano de Sean, que continúa en mi cadera.

—Jeff. —Mi voz se apaga cuando veo que se da media vuelta y se pierde en el interior.

No me cabe duda de que está muy enfadado; sabía que no le iba a hacer ninguna gracia enterarse de que la persona que me hace sentir tan especial es su socio.

Capítulo 34

—¡La próxima vez me llamas antes de hacer nada! —le grita justo a mi lado, pero ni me inmuto. Mi cabeza sólo tiene espacio para Jeff, en lo que debe de estar considerando de mí, aunque lo que más me duele es que se ha enterado de la peor de las maneras de con quién estoy saliendo y me duele en el alma.

—Yo he pensado que...

—No te pago para pensar —le gruñe en un tono tan bajo y enfadado que consigue llamar mi atención, y lo miro intentando pedirle que se controle—. Vete. Mañana hablaremos en la oficina. —No intenta rebatir, ni disculparse; sabe perfectamente que lo ha hecho muy mal y que lo mejor es irse sin más. Me agarra de los hombros y me gira hasta que lo miro; entonces procura leer mis pensamientos—. ¿Estás bien?

Inhalo profundamente para recargarme del valor necesario para poder enfrentarme de una vez a Jeff, al fin, con la verdad.

—Sí, pero necesito hablar con él, ¿te importa?

—Ve, yo iré a saludar a alguno de los presentes.

—Gracias.

—¿Otra vez? —Sonríe e incluso lo hago yo—. Me podría acostumbrar muy rápido a ello.

—Eso no sé si es bueno o malo.

—Según se mire. —Elevo las cejas y niego con la cabeza; me agarra de la barbilla y, tras darme un beso, se acerca a mi oído—. Te esperaré, no te vas a ir de aquí sin mí —me advierte muy serio, a lo que niego de nuevo. No lo voy a hacer, porque, aunque Jeff se haya cabreado conmigo, quiero pasar la noche con Sean, tal y como tenía planeado.

Camino entre las personas hasta que, en una de las barras, lo diviso bebiéndose una copa de un trago.

—Jeff, por favor...

—¡Es Sean! —es lo primero que me suelta, en tono furioso—. ¿Él es esa persona que apenas te deja pasar por casa?

—Jeff, yo...

—¡Dime la verdad! —vocifera.

Miro a mi alrededor y, obviamente, compruebo que las personas que están más cercanas a nosotros nos miran de soslayo; siento vergüenza, porque no me apetece que nadie se entere de mi vida privada.

—Sí —le confirmo—. Quería decírtelo, en serio.

—Es mi socio, Avery, ¡joder!

Deja el vaso con tanta fuerza sobre la barra que lo rompe, y luego camina hasta dejarme sola y confusa allí plantada.

—¿Estás bien? —Sean es el único que me distrae de mis pensamientos—. ¿Avery?

—Se ha enfadado.

—Ya se le pasará, es mayorcito.

No lo entiende, pero no puedo confesarle la verdad, ¿cómo voy a hacerlo? Ahora mismo no soy capaz de perder a otra persona. Conozco muy bien a Jeff y sé que, cuando se cabrea, necesita su espacio. Salir detrás de él sólo empeoraría las cosas. Mañana hablaré con él, cuando haya asumido la noticia y esté dispuesto a escucharme.

—Mañana iré a su casa antes de que se vaya a la oficina.

—¡Cote, pensaba que no vendrías! —Aparece una mujer de unos cuarenta años pero con una silueta de escándalo, y ella lo sabe, a juzgar por cómo se arregla, pero yo sólo pienso en Jeff.

—Hola. —La saluda como acostumbra, con un ligero movimiento de cabeza, pero, no conforme con ello, ella se abalanza hacia su mejilla sin que a él le haga ni puñetera gracia, y se lo demuestra con la mirada; sin embargo, la recién llegada simula no darse cuenta y sonrío como si nada, hasta que de pronto parece entender que no está solo y me mira un poco menos sonriente—. Te presento a Avery, mi pareja.

—Qué formal. —Se le escapa una carcajada, dando por hecho que soy uno más de sus ligues pasajeros—. Encantada, soy Mónica, la organizadora de este evento.

—Hola —la saludo con educación.

—¡Si necesitáis algo, ya sabéis a quién debéis acudir! —termina diciendo antes de irse, no sin antes toquetearle el brazo de arriba abajo, consiguiendo sacarme de mis casillas.

—Gracias. —Me agarra fuerte de la mano y me guía por la sala hasta llegar a dos personas, pero, la verdad, ya no me apetece sonreír—. Os presento a Avery.

—Encantado —me dice uno, y finjo una sonrisa. Mi mirada se dirige hacia la puerta por donde Jeff se ha largado. Menos mal que Sean se encarga de entablar una conversación, una que no me apetece escuchar, pues en este instante estoy tan preocupada que no me interesa lo más mínimo.

Sé que Sean es consciente de ello, porque no deja de mirarme.

—¿Me permitís un segundo? —Los dos hombres, amablemente, me dan el permiso que acabo de solicitar y Sean me agarra con fuerza.

—¿A dónde vas?

—Tengo que ir al baño —me disculpo, porque sí quiero ir, pero no para lo que él cree; necesito hacer una cosa lo antes posible—. Me gustaría ir sola.

—¿No necesitarás ayuda? —replica mientras acaricia mi cremallera con su dedo índice, sin importarle que las dos personas que están delante estén siendo conscientes de su caricia y se hayan girado a la vez que hablan, para darnos la privacidad que creen que debemos tener.

—Me las apañaré. —Esbozo una sonrisa, aunque sé que no ha sido la mejor de mi vida, pero sí la idónea para que se tranquilice y no me acompañe—. Aunque, si suena el teléfono, quizá sea una petición de SOS —bromeo, sabiendo que es lo que debo hacer para que no se haga más preguntas de las necesarias.

Al fin avanzo por el pasillo hasta que veo un cartel en una de las puertas que informa de que es el baño femenino.

Entro en el pequeño cubículo y me siento en el váter para sacar mi móvil y llamar a Owen.

—Jeff me ha visto con Sean.

—¡Joder! Y se ha cabreado, claro que lo ha hecho... Te lo avisé.

Me lo estoy imaginando andando de un lado a otro por el *loft*, negando con la cabeza mientras cambia el teléfono de una mano a la otra de lo nervioso que se acaba de poner.

—Necesito que lo calmes, ayúdame a que me entienda... —le ruego, y no tarda en interrumpirme en un grito.

—¡Ah, no! Tú solita te has metido en este lío.

—Owen, me lo debes —le recuerdo un favor que le hice y que jamás le he contado a Jeff; si lo hiciera, no le haría ni pizca de gracia.

—Eres una mezquina.

—Y tú, un gran amigo. Sabes que, si no fuera importante, no te lo pediría.

Cierro los ojos hasta que logro captar un suspiro y sé lo que me va a responder.

—Está bien, pero mañana te quiero a las siete en punto aquí, hablando con él. —«Bien, gracias, gracias», pienso para mis adentros, y estoy a punto de llorar cuando suelta de repente—: Ésta vale por veinte.

—No te pases.

—Y tanto que sí. No creas que me voy a olvidar.

Sé que no. Owen no olvida nada, ni las puñeteras matrículas de los coches que pasan por su lado... Yo sería incapaz de recordar la primera.

—Lo que quieras. Te dejo, que tengo que salir del baño.

—Qué lugar más romántico para llamarme —ironiza, y a mí se me escapa una risotada—. Espero que al menos no estés...

—Tranquilo, con este vestido creo que me será imposible usar el váter.

—Te dejo, que acaba de entrar por la puerta.

Me cuelga y noto cómo el latido de mi corazón retumba en mi cabeza. Menos mal que tengo a Owen de mi parte y me va a echar un cable. Jeff tiene que entender que me he enamorado... de su socio, sí, pero ¿qué más da de quién?

Abro el cerrojo y me paro frente al espejo; allí saco de mi bolso el carmín y me repaso los labios antes de abrir la puerta y ver a Sean esperando frente a ella.

—¿Todo bien?

Asiento con la cabeza, más relajada.

—¿Tomamos una copa? —le propongo mientras le guiño un ojo. Me abraza y me arrima a su cuerpo, para volver a besarme.

—Me encantas con este vestido, pero no sabes las ganas que tengo de verte sin él. —Acaba la frase en un susurro ronco que sólo mis oídos son capaces de oír y siento un escalofrío que recorre todo mi cuerpo.

—¿Sería muy descortés si te escaparas pronto de este evento?

—Me importa una mierda lo que sea; nos tomamos esa copa y nos vamos.

Sonrío; no sabe las ganas que tenía de escuchar esas palabras... El día está siendo de lo más entretenido.

Acariciando mi espalda, caminamos hasta volver a la sala, donde la mujer de antes, creo que se llamaba Mónica, no nos quita el ojo de encima; eso no es que me apasione, pero tampoco me incomoda. Sean me ofrece una copa de vino blanco y me arrepiento de no haber cenado esta noche; es más, este mediodía apenas he terminado la pizza que me ha pedido, y mi cuerpo necesita ingerir algo sólido antes de beber o terminaré mareada.

—Por nosotros. —Levanta su copa y curvo la comisura de mis labios en una tímida sonrisa cuando la levanto y respondo:

—Por lo que nos depare el destino. —Se la choco y damos un primer sorbo, y entonces me doy cuenta de lo helado que está el vino. El frescor recorre mi laringe y mi esófago hasta desaparecer en mi estómago.

—De momento, no escondernos más —añade, y no sé si ahora mismo me alegro por ello. Pero en parte tiene razón: no era lógico lo que estaba haciendo, no, teniendo una relación abierta con Jeff. Yo lo he respetado y ayudado durante años para ocultar su condición sexual, así que ya ha llegado la hora de que mire por lo que quiero en mi futuro... y lo tengo muy claro, lo quiero a él, a Sean.

—Tenía su gracia, ¿no? —intento bromear, aunque no consigo que ría; al contrario, niega con la cabeza y me lleva hasta él para susurrarme al oído.

—Ninguna. Es más, ahora no pienso soltarte en ningún momento. —Sus palabras son sinceras, provocadoras y sensuales, tanto que tengo que tragar saliva para controlarme—. Eres mía y todo el mundo lo va a saber, sin excusas, cuando quiera y como quiera. —Se aproxima tanto a mí que mi brazo queda atrapado entre su cuerpo y el mío y siento el frío de la bebida en mi pecho—. Y ahora... nos vamos.

Mira a su alrededor en busca de alguien, hasta que sé que lo ha encontrado. Se trata de un hombre muy elegante. Me agarra de la mano con fuerza y caminamos juntos entre todos los invitados, que nos siguen con la mirada hasta que llegamos a él.

—Qué alegría verte, Cote.

—La fiesta es de las mejores a las que he asistido, pero tengo otro compromiso.

Va a chocarle la mano, pero Sean tiene agarrada la mía y no tiene ninguna intención de soltarla, así que el pobre tipo lo mira con cara de circunstancias. Al final baja su mano y le dice un escueto

«adiós», sin poder evitar dirigir su atención a nuestras manos entrelazadas, que no se han separado en ningún segundo.

—Gracias por venir. Hablamos en unos días y cerramos la operación.

—Perfecto —acepta sin duda alguna—. Que tengan una buena noche, caballeros. Señorita —se despide de todos los que tenemos delante y nos marchamos de allí.

—¿No me vas a soltar?

—No.

—¿En toda la noche? —Se me escapa una risa nerviosa; en ese momento veo aparecer al aparcacoches, que nos hace un gesto para que esperemos un instante.

—Nunca.

—Tendré que ir a trabajar. —He mencionado un momento en el que no estoy con él, pero parece darle igual.

—Trabajarás sólo para mí.

No me lo puedo creer. Es una broma, ¿no?

—Sabes que no, no pienso dejar a mis clientes por ti.

—Ah, ¿no? —Me obliga a dar medio giro y me inclina hacia atrás, quedando a su merced, a pocos centímetros de su boca, y sus ojos me penetran como nunca—. ¿Estás segura? —Adentra su lengua entre mis labios y el deseo invade cada uno de mis sentidos.

—Ejem... ejem... —oigo carraspear al pobre chico y a él gruñir por tener que separarse de mí.

—Te hubiera dado una buena propina si no me hubieras interrumpido —suelta con tono de enfado, y al pobre muchacho se le queda una cara de pena que no puedo soportar.

—No seas cruel.

—La próxima vez seguro que no volverá a joder a nadie.

Se dirige hacia su puerta y, tal y como le ha advertido, no le da ni un céntimo, pero me niego, así que, antes de montarme, paso por su lado, abro mi bolso de mano y le doy la propina, ante la mirada atónita y la cara de póquer de Sean.

—Yo no soy mala persona. —Le guiño un ojo mientras le dedico una sonrisa.

—Te vas a enterar de lo que es bueno, por lo que acabas de hacer. —Sube al vehículo y espera a que lo haga yo para cerrar las puertas—. No sabes con quién estás jugando.

—Tú tampoco, señor Cote.

—Oír mi nombre salir de tu boca me pone cachondo, pero más me va a poner cuando supliques.

Dios, esa voz, ¡cómo me puede encender cuando me habla con esa ronca sensualidad que consigue destrozar cualquier escudo que pueda tener listo!

—Pero ¿quieres que suplique a Sean o al señor Cote? —bromeo, sabiendo que me la estoy jugando demasiado, y me lo confirma su forma de pisar el acelerador e introducirse en la carretera, que me obliga a agarrarme con fuerza para no caerme encima de él—. ¿Sabes que estos

pantalones no me gustan nada? —Paso la mano por encima de su entrepierna y se mueve para lograr controlar su erección mientras mira a la calzada e intenta concentrarse en la conducción.

—¿Has visto lo que haces conmigo?

—¿Yo? A ver, ¿qué es lo que te hago?

—Vas a conseguir que me cargue un pantalón de mil pavos. —Se le escapa la risa mientras lo dice, porque los dos sabemos que eso es lo que menos le importa.

—Pues sí que serían de mala calidad; de ser así, yo de ti cambiaría de diseñador.

—No creo que le guste la idea a Marc.

Cruzamos la mirada unos segundos; los dos estamos excitados, mucho. Me aproximo un poco más y paso una mano por su bragueta, presionando para sentir el largo de su miembro apretado.

—Te está pidiendo a gritos que lo liberes, ¿no lo oyes? —suelta. Coloco la palma de la mano haciendo ángulo recto en mi oído y me aproximo a su paquete, provocando que se le escape una carcajada—. Reconócelo, te está pidiendo que se lo folle tu boca.

—¿Tú crees? —Pongo cara de confusión cuando vuelvo a acariciar la longitud de su miembro—. En realidad me ha dicho que le gusta más estar en mi sexo, entrando y saliendo en esa humedad que afirma que sólo yo poseo.

—Dios, calla o me voy a tener que parar en medio de este puente para darte lo que me pides.

Vuelve a recolocarse en el asiento; sin duda alguna lo está pasando realmente mal, tanto que da un giro brusco al volante y se para en el arcén de un puente, quedándonos resguardados por la negrura de la noche y los árboles, que no dejan que veamos la luz que despide la luna que debe de estar sobre nosotros.

—No puedo más.

Me coge de las caderas, sube toda la falda del vestido y me sienta sobre sus muslos, colocando la cola a los lados para que nos moleste lo mínimo posible.

—Fóllame, señor Cote —lo instigo, y me lanzo a besarle los labios al tiempo que mi cuerpo frota su entrepierna sobre la tela de su pantalón de tela exclusiva.

—Te dije que me suplicarías —logra balbucir entre besos.

—Y no me pidas que deje de hacerlo nunca.

—Nunca. —Me muerde el labio inferior y comienzo a desabrocharle el pantalón. Él se estira hasta la guantera del deportivo, pillá un preservativo, que se enfunda a toda prisa, y me penetra con premura—. Cómo me gustas —ruge cuando se cuele en mi interior.

—Fóllame.

—Chist... Tranquila... —Sus manos rodean mi cuello hasta que sus dedos se enredan en mi pelo, y me empuja hacia atrás, quedando mi cuerpo apenas a unos centímetros de él; así puede disfrutar de las vistas de mis pechos, que suben y bajan con cada una de mis respiraciones—. Eres perfecta. —Hace fuerza con las caderas para llegar más profundo y arrancarme un grito de desesperación... pero entonces se detiene, aunque yo sigo el embiste, pero sus manos atrapan mis caderas para que no pueda moverme sobre su miembro.

—Sean, por favor...

—Acabas de rogarle a Sean —se le escapa una lasciva sonrisa— y eso tiene recompensa. — Me eleva y baja con todas sus fuerzas, y tengo que apoyarme en sus hombros para no volverme loca. Creo que su polla está más grande que nunca, o quizá yo estoy más sensible, pero el caso es que siento que mi cuerpo se va a romper en dos cada vez que llega al interior de mi vagina—. ¿Te gusta?

Asiento con los ojos cerrados, ansiosa porque llegue la segunda arremetida, o la tercera, me da igual..., sólo quiero que continúe, porque estoy perdiendo los nervios.

—Sigue, por favor.

—El señor Cote está esperando una súplica. —Se me escapa una carcajada, sabía que le había gustado esa broma—. Es muy educado y no te va a tocar hasta que se lo supliques.

—Si lo hago, ¿hará que me corra? —No quiero irme por las ramas, ahora no; eso es lo único que deseo, que no deje de amarme hasta que me haga tocar las estrellas que están sobre nuestras cabezas.

—Las veces que quieras.

—Termine conmigo, señor Cote.

—A sus órdenes, señorita Gagner. —Mi estómago se contrae cuando aparece esa ronquera que me indica que va a llevar a cabo mi petición, ¡y vaya si lo hace! En cuanto termina la frase, se cerciora de que encuentre lo que necesitaba.

Siento que mi cuerpo empieza a dejar de seguir las órdenes de mi cerebro y cobra vida propia; se mueve en busca de placer, y consigue que las mariposas revoloteen por mis extremidades, por mis labios, que rozan los suyos, siendo el elixir de mis sentidos, hasta concentrarse en la boca de mi vientre hechas una maraña de sensaciones que apenas puedo controlar, hasta que siento un calor infernal que casi me deja sin respiración mientras oleadas de éxtasis inundan cada uno de mis poros. Lo único que rompe el silencio son sus gruñidos mientras desfallezco sobre su cuerpo, tenso e inmóvil tras haber acabado en el mismo instante.

Capítulo 35

—¿Me ayudas a levantarme? —Mis labios rozan su cuello mientras susurro y le provocho un escalofrío que siento porque sus hombros se mueven de repente.

—No, quédate un poco más así. —Sus manos rodean mi espalda con más fuerza y me acomodo entre sus fornidos hombros; de pronto la luz de un camión nos ilumina y la bocina propicia un sonido ensordecedor, pero ambos lo ignoramos—. Creo que este vestido es la mejor compra que he hecho en mi vida.

—Y, eso, ¿por qué?

Me incorporo y lo miro a los ojos al tiempo que mis manos acarician la pomposidad de la falda que casi le tapa medio cuerpo.

—Porque estás preciosa, y te puedo follar sin problemas.

Se le escapa una risotada y vuelve a pasar otro coche por nuestro lado; sus ocupantes se nos quedan mirando. Supongo que ver un deportivo de alta gama parado en un lateral resulta demasiado extraño como para pasar de largo sin mirarnos y curiosear.

—Me parece que ya es hora de irnos.

Empiezo a recoger la tela de la falda y me ayuda a sentarme en mi asiento. Luego sale del vehículo y, tras anudar el preservativo, lo tira sin ningún miramiento y vuelve a subir al coche para reanudar la marcha en dirección a su casa.

La música del reproductor se detiene y aparece el nombre de Hugh en la pantalla y, no sé por qué, sonrío cuando sé que es él quien lo está llamando.

—Ya estamos llegando —es lo primero que le dice, en un tono amigable—. Unos quince minutos.

—Perfecto, necesito hacer algunas comprobaciones. —La voz de él no me transmite seguridad, sino todo lo contrario, y a Sean tampoco, a juzgar por su seriedad contenida.

—Avísame cuando hayas terminado.

—Eso haré, conduce con cuidado. —Automáticamente mira por el retrovisor central y yo dirijo toda mi atención al que hay a mi lado, pero no veo nada raro; no hay ningún coche detrás de nosotros y, poco a poco, nos acercamos a las luces de la ciudad.

—¿Va todo bien? —no puedo evitar preguntar, porque algo me indica que no y que acaban de hablar en clave.

—Tranquila, Hugh se está encargando de todo.

—Hugh... ¿qué hace, exactamente? —Me muero por saber un poco más de él, pero Sean se

extraña ante mi pregunta. Resulta obvio que siempre está ahí, así que me parece imposible que alguien no se pregunte cuál es su papel—. Que trabaja para ti ya lo sé, me refiero a cuál es su puesto.

—Un poco de todo.

—Chófer, seguridad privada...

—Sí, ésas son sus principales tareas. —Le está restando importancia, lo sé, y también que es un poco parco en palabras cuando quiero saber algo más de él; tengo claro que hay mucho por descubrir aún.

—¿Cuándo lo conociste?

—Hace mucho tiempo. —Noto que endurece el tono de voz, y eso me señala que mis preguntas le están empezando a molestar—. No tienes que preocuparte por nada —me dice esto mientras me acaricia las piernas sobre la tela del vestido, y contengo mi siguiente cuestión... aunque no por mucho rato, porque me martillea la cabeza hasta que la lanzo.

—¿Desde cuándo vives solo?

—Cuando cumplí los dieciocho decidí buscarme la vida.

—¿Y tus padres?

—No han estado. —Aprieta el volante y sé que este tema le trae recuerdos dolorosos—. ¿Crees que Jeff te podrá perdonar?

Ese giro en la conversación me pilla por sorpresa y ahora la que está más seria soy yo. Cuando estoy con él pierdo la noción de mi vida real, y ni siquiera me acordaba de mi marido.

—Supongo, aunque no sé qué le has hecho para que, hasta hace nada, no haya hablado de ti.

Es la primera vez que comparto este asunto con él, pero ya es hora de que lo haga, no tenemos que escondernos más.

—Imagino que no querrá que la preciosa de su amiga conozca al oscuro de su socio.

—¿Oscuro? ¿Ese adjetivo dice mucho de cómo eres?

—Puede.

—¿Debo tener miedo?

Lo analizo, y sé que se está divirtiendo mucho. Cuando va a responder, vuelve a sonar su teléfono y se cuele la voz de Hugh por los altavoces.

—Todo en orden.

—Perfecto. —De repente Sean cambia de sentido y me doy cuenta de que estaba dando vueltas para no regresar a su casa hasta que Hugh no le confirmara que todo estaba en orden. ¿Tendrá algo que ver el hombre que vi desde el baño hace unos días? Porque estoy segura de que no me lo imaginé, estaba allí—. ¿Qué te preocupa?

—¿Por qué estabas haciendo tiempo? —Me mira, pero no me dice nada y vuelve a centrar toda su atención en la calzada—. Jeff me habló de su preocupación por nuestro trabajo; estabais adentrándoos en algo que no lo dejaba dormir. ¿A ti tampoco?

—Jeff es más cauteloso que yo.

—Tu eres más oscuro —afirmo, consciente de que lo es, o por lo menos es más hermético. Y no sé si eso es bueno o no.

—El petróleo mueve mucho dinero, y hay personas que están dispuestas a todo por ganar más todavía.

—Y vosotros sois el enemigo, les vais a fastidiar su negocio.

—Los vamos a aniquilar. —Su media sonrisa maliciosa consigue que se me escape una carcajada; entonces pega un acelerón y me obliga a agarrarme—. Un día de éstos me tendrás que contar a qué se debe ese miedo a la velocidad.

—Algún día, pero de momento, si no te importa, reduce —le ruego. Sentir que circulamos tan rápido me recuerda lo que sucedió con Jia y se me revuelven las tripas. Creo que jamás me perdonaré lo que ocurrió, pero explicarlo es superior a mí; un día decidí que era mejor no hablar de ello y así no tener que reconocer lo culpable que me siento.

—Llegaremos enseguida. —A pesar de mi petición, sigue sin dejar de pisar el acelerador, de cerrarse todo lo que puede en los giros, provocando que mi cuerpo dé brincos cada dos por tres—. Yo de ti me sujetaría más fuerte —me aconseja, y da otro pisotón al pedal, con lo que el bólido sale disparado en una curva, y yo sólo hago que mirar al frente, a la señal de Stop que nos anuncia que se debe detener, aunque no tiene intención alguna de hacerlo.

—Sean, por favor...

Cierro los ojos con todas mis fuerzas cuando noto que pega un frenazo y el chirrido de las ruedas suena tan estruendoso como los latidos de mi corazón, que retumban por toda mi cabeza. Tengo que hacer un esfuerzo increíble por no gritar como una posesa, cuando se detiene y siento que no puedo respirar. Abro los ojos y veo que estamos parados frente al cruce que nos lleva hasta su calle, y a Sean, sonriente; puede que él se haya divertido mucho, pero a mí no me ha hecho ni puñetera gracia.

Busco la manecilla de la puerta, pero no la encuentro.

—¿Cómo se abren estas malditas puertas?! —Estoy muy nerviosa, me tiembla todo el cuerpo, y no quiero estar ni un segundo más en el interior del vehículo—. ¡Ábrelas! —chillo.

—Avery, ya hemos llegado; no voy a correr más, te lo prometo. —Intenta que lo mire sujetándome de la barbilla, pero le giro la cara para no mirarlo. No puedo creer cómo ha podido actuar así sabiendo que lo estaba pasando espantosamente mal.

—Que me abras o rompo la ventana —le advierto muy cabreada. Creo que es la primera vez que me ve así, pero ahora mismo lo abofetearía hasta quedarme a gusto, hasta que me doliera la mano y la tuviera tan roja que ardiera en su mejilla—. Esto no es una súplica, es una orden tajante. —Tiene que saber cuándo parar, y éste es el momento. Siento cómo el frío de la noche comienza a correr cuando la puerta se eleva; me desabrocho el cinturón a toda prisa para salir, y cuando lo hago me tropiezo con la tela del vestido, por lo que casi me caigo al suelo. Por suerte, logro tocar el muro de una de las casas y respiro profundamente cuando mis lágrimas comienzan a saltar de

mis ojos, sin poder evitarlo, porque vuelvo a sentir esa ansiedad que durante años había logrado tener bajo control.

—¿Estás bien?

—¡No! —grito.

Doy un primer paso, con tan mala fortuna que me tropiezo y me caigo de rodillas ante él, que también ha bajado del deportivo, pero no intenta cogerme. Se deja caer frente a mí y me eleva la cara, que tengo completamente llena de lágrimas. Me tiembla el labio como a una niña pequeña y, cuando percibo el calor de sus dedos, siento que algo se calma en mi interior, hasta que me siento segura y apoyo mi frente en su pecho para dejar que me abrace.

—Lo siento. Si hubiera sabido que te iba a afectar tanto, no lo habría hecho.

—Yo... yo... —Soy incapaz de decir lo que quiero, necesito que me entienda—. Jia murió porque... yo... iba demasiado rápido. —Mi voz tiembla conforme termino la frase, pero he conseguido decirlo, y siento que, después de muchos años, he logrado expresarlo verbalmente, lo que nunca nadie había logrado provocarme antes... ni los psicólogos más caros y más prestigiosos de Quebec.

—Ven aquí, nena. —Me atrapa y, entre sus brazos, me levanta hasta cogerme a horcajadas y me besa los labios—. Perdóname, he sido un imbécil.

Camina cargando conmigo, con cuidado de no tropezarse con la gran cola, cuando Hugh nos ve aparecer y corre hasta nosotros, preocupado.

—Trae mi coche, está en medio de la calle, abierto.

—Señorita, ¿está bien? ¿Qué ha sucedido?

—Nada, yo me encargo. —Me limpio las lágrimas de los ojos y nos adentramos en su casa. Baja la escalera como si yo fuera un peso pluma y luego me deja sobre el sillón. Allí me quita los zapatos, para después ir hasta la nevera y volver a mí con un vaso de agua—. Bebe, te sentará bien.

—Gracias.

Acepto el vaso que me ofrece y pego dos sorbos, pero no me apetece más, así que lo dejo sobre la mesa de centro. Entonces se arrodilla, agarrándome las manos.

—No sabía nada de Jia; no volveré a correr.

Consigo dejar de llorar, aunque sigo temblando. Me encojo, abrazando mis rodillas como puedo por la tela de la abultada falda, y dirijo toda mi atención a las luces que se ven al fondo, a través de la cristalera.

—Es algo que llevo cargando desde hace mucho tiempo.

—¿Quieres que lo hablemos?

Lo miro y encojo los hombros, porque no sé si seré capaz de contárselo todo, pero, por alguna extraña razón, descubro que deseo hacerlo; necesito liberarme de esa pesadilla que me ha acompañado durante tantos años y cuya causa aún no he aceptado, aunque sí que he sido capaz de disimularlo para que nadie se preocupara por mí.

—Estábamos en el instituto... Era el último viernes antes de finalizar el curso y decidimos celebrarlo por todo lo alto. Ella me decía una y otra vez... —Trago saliva y Sean me ofrece de nuevo el vaso; ahora sí que doy un gran trago, antes de proseguir—: Me decía que fuéramos en coche; yo me acababa de sacar el carnet y fui una inconsciente cogiéndolo sin experiencia. Todo el mundo me repetía lo bien que conducía, mi padre incluso me llevó a correr alguna carrera en circuitos..., por ello, me envalentoné, me atreví a coger el coche de mi padre y nos fuimos las dos hasta un merendero, donde habían preparado una fiesta, con bebidas y música. Era el lugar perfecto para unos jóvenes que querían pasarlo bien, y lo hicimos, hasta que Jia me tentó a hacer una carrera con un chico que no dejaba de provocarme. Yo no quería... —Necesito parar, porque se me va a salir el corazón por la boca; me duele tanto que las palabras empiezan a salir de forma atropellada... pero mi amiga me convenció y, además, se montó de copiloto. Todavía recuerdo sus gritos de felicidad, hasta que en una curva... él... me golpeó para que no lo adelantara y chocamos.

—Avery... —Se abalanza sobre mí y yo vuelvo a llorar, desolada, mientras me acaricia la cara y el pelo hasta que me tranquilizo un poco.

—Choqué contra un árbol y Jia... Jia...

—No digas nada más, ya lo sé. —Se sienta a mi lado y me reclina hasta que descanso medio cuerpo sobre él—. Imagino lo que tuviste que sentir, pero no debes tener miedo, no conmigo.

—No he vuelto a conducir desde entonces, no puedo.

—Ni lo harás, Hugh te llevará donde necesites ir y, si no puede, lo haré yo. —Me da un pequeño beso y de pronto mi estómago ruge, por lo que me mira de soslayo—. ¿Tienes hambre? —Niego con la cabeza, pues no tengo; ahora lo último que tengo son ganas de comer—. Vamos a cenar algo.

—No, de verdad, no tengo apetito.

Se levanta, va hasta la nevera, comienza a sacar cosas y se prepara un sándwich vegetal con mucha salsa de yogur. Yo lo miro desde el sofá, alucinada, mientras recuerdo la sonrisa de mi mejor amiga... Jia, y me siento terriblemente apenada por no tenerla ahora mismo a mi lado. Seguro que me estaría comentando lo guapo que es Sean y la suerte que tengo de que esté conmigo... y no porque ella fuera fea, aunque sus rasgos chinos la hacían muy peculiar.

—¿Seguro que no te apetece?

Se remanga la camisa y se sienta en la barra al tiempo que me pongo de pie; descalza, camino hasta llegar a él, teniéndome que recoger la falda, y con cuidado de no caerme me siento a su lado en un taburete.

—¿A qué sabe?

—Es el más bueno que vas a probar en toda tu vida.

—Lo dudo, no lo ha hecho Helena —le resto un poco de mérito, aunque en realidad no tiene ninguno, pues es un simple sándwich con un poco de todo.

—Ya quisiera ella hacerlos igual de bueno que éste. —Da un nuevo bocado y le queda un poco

de salsa en la comisura de los labios, que retiro con un dedo antes de llevármela a la boca y probarla—. ¿Me has perdonado?

—Lo haré sólo si me haces uno igual. —Se me escapa una media sonrisa socarrona cuando él mira el sándwich y, a desgana, lo deja sobre la encimera, supongo que para hacerme uno a mí.

—No tengo tanta hambre, así que mejor quédate éste —me propone.

Lo cojo sin dudar y, en broma, me recrimina con la mirada que era suyo cuando doy un gran mordisco y la salsa comienza a derramarse entre mis dedos, así que tengo que dejarlo para limpiármelos, pero, como no hay ni una servilleta a mano, me chupo los dedos ante su mirada de asombro.

—No tengo servilletas —intento justificar la marranada que acabo de hacer.

Capítulo 36

—No las necesitas.

Me atrapa la mano y se la lleva a la boca, jugando con la lengua entre mis dedos y mirándome fijamente hasta que aparta la boca y mira mis dedos, que ya no tienen ni rastro de salsa, y pega un nuevo mordisco al sándwich como si nada. Parece que toca compartirlo.

—¿Está bueno? —me pregunta cuando doy el siguiente bocado.

—Mucho. —Y él da uno más grande, para terminar cuanto antes.

Me ofrece la mano y, tras agarrarla con fuerza, subimos los escalones hasta que llegamos a su habitación, donde me abraza y luego se dispone a bajarme la cremallera del vestido. La tela comienza a caer, rozándome la piel, hasta quedar hecha una montaña de brillo en el suelo.

—Llevo toda la noche pensando en este momento y no pienso estropearlo por nada de este mundo. —Me besa el cuello y siento que se me pone el vello de punta, pero no tanto como cuando sus dedos empiezan a acariciar el largo de mi brazo hasta tocar las puntas de mis dedos, para luego jugar con ellos—. Avery, te quiero. Creo que es la primera vez en mi vida que se lo digo a una mujer. —Siento que me voy a desmayar; oír de él esas dos palabras es más de lo que podía esperar—. No sé qué es lo que haces conmigo, pero no dejes de hacerlo nunca.

Mis manos van directas a su camisa y le desabrocho uno a uno los botones para tener su torso a mi merced. Deslizo la tela por sus hombros hasta que cae al suelo y, entonces, me alza para colocarme sobre sus caderas, que rodeo con mis piernas, y nos besamos.

Nuestros labios se reconocen, se sienten atraídos igual que nuestros cuerpos, que dejan de ser nuestros para ser del otro. Mi sexo comienza a humedecerse sin poder controlarlo, al igual que mis manos, que se enredan en su nuca. Lo beso aún con más pasión, hasta que cae de espaldas sobre la cama y me posiciono encima de él para poder besarle el pecho, sin evitar acariciarle la cicatriz. Aunque no se queja ni dice que no lo haga, percibo cómo su cuerpo se tensa conforme la toco. Voy descendiendo, dejando un reguero de besos invisibles que sólo él siente en modo de calor, hasta que llego a su pantalón y me encargo de desabrocharlo y liberar su erecto miembro, que ya está más que dispuesto para mí.

Paso la lengua por la punta y oigo cómo suspira con fuerza. Agarro el largo de su pene y lo aprieto, subiendo y bajando una y otra vez, para luego adentrarlo en mi boca hasta el fondo, con lo que consigo arrancarle un gemido de placer.

—Avery... sigue...

No paro y me concentro en disfrutar, porque sé que, cuando yo lo hago, él siente más placer y

quiero que termine ahí, que lo haga en mi boca, saborear su elixir, ese que ahora soy la única que tiene derecho a tener entre sus dientes.

—No puedo más..., no voy a aguantar más. —Acelera sus movimientos y yo aprieto más los labios cada vez que su miembro llega a lo más profundo de mi garganta, hasta que lo saboreo, sabedora de que le acabo de ofrecer el placer que tanto le gusta—. Ven aquí ahora mismo.

Su voz es mucho más ronca que minutos antes. Su miembro ha bajado unos centímetros, pero no le importa; me coloca debajo y cuela su lengua en mi clítoris para, ahora, saborearme él a mí. Abre el cajón de la mesilla de noche y, tras coger algo de tela, me ata ambas manos por encima de la cabeza.

—No las muevas, por nada del mundo. —Desciende hasta mis pies y entrelaza cada uno a un lado de la cama, con lo que me quedo con las piernas estiradas y separadas. Entonces se pone de pie, abre un cajón de su cómoda y se gira con esa media sonrisa lasciva que me anuncia que la noche sólo acaba de empezar. Me muestra una pluma y me muerdo el labio inferior, consciente de lo mucho que voy a disfrutar—. ¿Quieres? —Asiento calladamente; estoy excitada, mucho. Deseo que juegue conmigo, quiero gritar de placer y, sobre todo, rogarle que acabe de una vez cuando ya no pueda más.

* * *

Oigo un sonido que me obliga a abrir los ojos. Estiro el brazo y Sean ya no está en la cama. Me siento, tapándome con la sábana, y recuerdo lo mucho que gocé anoche. Es el mejor amante que he tenido, con diferencia; es la única persona que consigue que mi mente desconecte y piense exclusivamente en lo mucho que me hace sentir... y ayer me dijo que me quería. Eso era lo que necesitaba para dar el paso hoy mismo. Quiero divorciarme de Jeff, es lo mejor para todos, además de la única manera de poder seguir adelante con Sean sin preocuparme de nada.

Pego un brinco de la cama cuando entra por la puerta, sudando y con su ropa de deporte. Me da un beso en los labios, sonriente, y al mirarme de arriba abajo descubre que aún sigo completamente desnuda.

—Perfecto, necesito una ducha.

Me coge del culo hasta elevarme y tener a su merced mis pechos, que muerde con delicadeza, para volver a bajarme hasta tener mis labios a su altura; entonces me besa mientras camina hasta el baño, donde abre el grifo de la ducha y nos adentramos bajo el chorro caliente.

El agua le cae por la frente, topando luego contra mi clavícula, y siento que estoy tan a gusto cuando él está a mi lado que no necesito más.

—Sean, no me dejes nunca.

—Nunca voy a hacerlo, estaría loco.

—Te quiero. —Agacho la mirada conforme mis palabras salen, sin pensarlas, de mi boca, y me obliga a contemplarlo a los ojos para, de inmediato, hacer un gesto para que las repita, esta vez

mirándolo fijamente—. Te quiero, Sean Cote.

—Y yo, Avery Gagner. —Suspira y me estrecha entre sus duros brazos antes de besarme de la forma más tierna de este mundo, rodeados del vaho de la ducha y mostrándonos el uno con el otro tal y como somos.

—¿Me llevas a casa? Necesito hablar con Jeff.

—¿Quieres que te acompañe? —me propone.

Sé que desea hacerlo, pero es mejor que me enfrente a mi embuste yo sola. Cuando todo esté hablado con Jeff, le diré la verdad; no quiero más mentiras en mi vida, y sobre todo lo que no quiero más es que se enfade por haberle ocultado algo tan importante.

—Prefiero ir sola.

—Como quieras. —Vierte un poco de champú en la palma de una mano y comienza a masajearme la cabeza. Cierro los ojos y me relajo con sus maravillosos dedos—. Porque tengo una reunión muy importante, porque, si no, no saldrías de este baño en toda la mañana.

—¿No puedes anularla? —Abro un ojo y se me escapa una sonrisa cuando me encuentro su cara de «no me lo pidas dos veces». No lo hago, me niego a que nuestra relación afecte a nuestros negocios. Ambos hemos trabajado muy duro para conseguir estar donde estamos—. No he dicho nada.

Me da un beso en la frente y empieza a enjabonarse para luego enjuagarse y salir.

—No tardes mucho o llegaré tarde —me pide, y veo cómo se enrolla la toalla a la cintura y, tras ponerse desodorante y perfume, sale del baño en dirección al vestidor.

Me doy toda la prisa que puedo, pero cuando aparezco delante de él me lo encuentro ya vestido frente al espejo, y tengo que tragar saliva para no atragantarme cuando lo contemplo vestido con ese traje negro y corbata a juego.

—Marc se encargó de traer cuatro cosas para ti, para cuando te quedaras a dormir aquí —me anuncia mientras me señala el lado opuesto de donde cuelgan sus trajes y descubro que hay una barra repleta de vestidos.

—¿Ningún pantalón?

—Ninguno. —Pone cara de detestarlos—. Cero impedimentos, ya lo sabes. —Acaricio la tela de varias de las prendas y procuro no pensar en la fortuna que habrá pagado por ellas. Tras embelesarme con los vestidos, percibo que se acerca y, tras inhalar mi olor, me gira para besarme en los labios—. Te espero abajo; yo de ti me inclinaría por éste. —Alarga la mano hasta acariciar uno blanco muy elegante—. Tú misma, no tardes.

Me quedo parada sin saber muy bien qué decir o hacer, aunque lo que tengo claro es que no le voy a hacer caso, y no porque no me guste el que ha elegido, sino porque no quiero que crea que voy a hacer todo lo que me pida..., así que los miro detenidamente hasta que uno muy primaveral con media espalda descubierta es el elegido junto con una chaqueta vaquera. Los descuelgo de la percha y voy hasta mi nuevo cajón de braguitas, todas ellas de satén y a juego con los sujetadores, y busco las más adecuadas para el vestido.

Me miro al espejo una última vez y me encanta. Doy media vuelta y, cuando veo la piel desnuda de mi espalda, sonrío, sabedora de que lo va a volver loco. Me froto los labios para que el carmín se fije en ellos antes de coger la vaquera y mi bolso, que supongo que Sean ha dejado sobre la cómoda, porque yo lo abandoné en el salón, y bajo la escalera, para ir a su encuentro.

—Buenos días —saludo a Helena, levantando también la mano, y ella me sonrío justo antes de verter el contenido de un café en un vaso térmico que me entrega, para luego marcharse de la cocina. Entonces Sean me mira de arriba abajo y se pone a mi espalda y, aunque no puedo verle la cara, sé que está molesto porque muestro más piel de la que le gustaría, pero se va a tener que acostumbrar.

—Vamos, te llevaré antes de dirigirme a la oficina. —Pruebo el café y me deleito con su sabor; está a la temperatura perfecta y tiene la espuma exacta como para ser uno de los mejores que he probado—. ¿Lo llevas todo? —Miro mi bolso y reviso todas mis cosas antes de asentir y seguirlo hasta el nivel superior, donde está el McLaren ya con el motor arrancado... y recuerdo lo que sucedió ayer.

Pero esta vez no huyo de mi problema: cojo fuerzas y me monto en el asiento del copiloto mientras veo cómo se quita la americana y la dobla con mucho cuidado de no arrugarla antes de sentarse a mi lado.

—No manches nada —me suelta, y le lanzo una mirada de reproche.

—Pues conduce como las personas normales —le advierto, mostrándole el vaso para que sepa que, si se cae, el único culpable será él—. ¿No tenías prisa? —Reprimo una sonrisa cuando me agarra de la nuca y me lleva hasta él.

—Este vestido no es el que te he dicho que te pusieras, pero estás igual de preciosa.

—Me va a ir perfecto para la formación de las doce, es un hueso duro de roer.

Mi entusiasmo no tiene nada que ver con el cabreo que él transpira. Supongo que se está imaginando a un empresario como él, un rival a batir, aunque podría decirle la verdad: que es un hombre más bien a punto de jubilarse, acostumbrado a sus técnicas y muy cerrado a mis consejos, pero su hijo insiste en que, el tiempo que continúe haciéndose cargo de la compañía, debo mostrarle los beneficios de la modernidad. Podría aclarárselo, pero ¿para qué?, me pregunto, a él no le importa en absoluto; es más, prefiero que, mientras estoy trabajando, esté pensando en mí, aunque sea porque esté celoso.

—Al final vas a provocar que te obligue a dejar ese trabajo.

—No. Nunca lo haría.

—Nunca digas nunca.

—Siempre te responderé nunca —le aclaro, para que sepa que no puede controlarme, no hasta ese punto. Paso por alto que, cuando me toca, pierdo el sentido y me dejo embaucar por sus palabras, pero no hasta el extremo de abandonarlo todo por una persona, porque hoy estoy muy feliz a su lado, pero no sé lo que va a ocurrir más adelante, y me quedaría sin él y sin mi modo de vida.

Pisa el acelerador de forma suave y, poco a poco, salimos de su finca. Tengo claro que mi contestación no es la que esperaba, aunque no me importa; debe saber cómo soy y a lo que se tiene que atener si quiere seguir conmigo. Doy un sorbo al café, con cuidado de no mancharle la tapicería, seguro que carísima pues es de piel, aunque hoy está conduciendo tan plácido que me relajo mirando las calles, hasta que se detiene frente a mi edificio.

—¿Estarás bien? —inquire. Sé que tiene prisa, ya que no ha dejado de mirar el reloj durante todo el trayecto, pero me halaga que se preocupe por mí.

—Lo estaré, Jeff es muy buena persona.

—Lo sé, pero, si necesitas algo, sólo tienes que decírmelo.

—¿Nos veremos hoy?

—No lo sé. —La alegría se me esfuma de golpe al oír eso; creía que al menos cenaríamos juntos—. Tengo varias reuniones y terminaré tarde, aunque puede que logre librarme de alguna y te sorprenda.

Consigue que sonría cuando me acerco y lo beso en los labios con la idea de despedirme, pero, lejos de hacerlo, el calor que desprende me magnetiza y no puedo dejar de besarlo, y él tampoco tiene intención de hacerlo, hasta que un golpe en la ventana nos sorprende y nos separamos de repente.

—Eh, buenos días. —Owen es el que nos ha interrumpido y Sean lo mira con cara de querer asesinarlo—. ¿Subís?

—Yo sola. —Me giro para volver a darle un beso, esta vez casto, en los labios—. Que tengas un buen día.

—Igualmente.

—¿Tenías que dar golpecitos al cristal? —le recrimino cuando los dos le decimos adiós al deportivo con la mano, que poco a poco desaparece en el horizonte de nuestra calle, y ambos lo seguimos con la mirada hasta que lo perdemos.

—¿Y que Jeff te vea dándote el lote desde la ventana? —Señala y lo veo allí, de brazos cruzados—. Un poco más, claro...

—Va a tener que acostumbrarse.

—Se avecina una buena tormenta —ladra en voz baja, y le doy un golpe en el brazo, para luego asomarme a la bolsa de papel de la pastelería de la esquina que lleva y, mientras abre la puerta de nuestra escalera, colar la mano con habilidad en el interior para robarle un pequeño cruasán que me llevo a la boca—. Eeeh, que son para tu *marido*. —Recalca la última palabra, sabiendo, sobre todo hoy, que me duele que lo haga.

—Pues se va a comer uno menos.

—Sigue cabreándolo, que yo me lo voy a pasar de lujo.

—En vez de disfrutar, podrías echarme una mano —replico; intento conseguir un aliado, aunque sé que es en balde, porque siempre terminará posicionándose a su lado.

—Tú solita te has metido en este lío...

—Y yo solita saldré —concluyo su frase, llevándola a mi terreno, consciente de que no era eso lo que iba a decir precisamente, pero es lo que voy a tener que hacer, me guste o no.

Subimos la escalera a pie, como acostumbramos a hacer, y no me voy a mi casa, sino que entro detrás de Owen. Jeff sigue de pie frente a la ventana, vestido para irse a trabajar, pero sé que aún queda media hora para que se tenga que marchar.

—¿Podemos hablar?

—Creo que no hay nada que hablar, tú ya has decidido. —Su voz es más de rabia que de enfado, y me gustaría entender por qué.

—Jeff, por favor...

—Ayer me traicionaste en mi propia cara —suelta, y se gira para mirarme directamente, y por primera vez veo odio hacia mí, y eso me duele; me horroriza pensar que mi relación de amistad vaya a terminar por esto.

—Sabías que estaba con otra persona, y siempre has sabido que hay otros —le recuerdo, mencionando nuestro modo de vida, porque no entiendo por qué, de repente, le sorprende, cuando lo ha aceptado desde un principio.

—¿Sean? No me dijiste que era él.

—¿Y qué tiene de malo que sea él?

Capítulo 37

—¡Es mi socio, joder! —me grita diciéndome algo que ya sé, pero lejos de responderle del mismo modo, suelto con sosiego mi siguiente pregunta.

—¿Y? —Se dispone a irse, pero lo agarro del brazo para que no suba hasta su habitación, donde está Owen, supongo que para dejarnos un poco de espacio, aunque nos está observando, porque no hay paredes en la planta superior—. De verdad, ¿qué más da quién sea?, lo importante es que me hace sentir bien.

—Eso es ahora... —replica en una carcajada, y soy consciente de que sabe cosas que, obviamente, me ha ocultado.

—¿Qué quieres decir?

—Será el rey en la cama, pero por ella han pasado demasiadas. ¿Quieres ser una más?

Me duele cómo me habla, y sobre todo que no me conozca lo suficiente como para considerar que voy a dejar que me utilice como él quiera.

—No me dices nada que no sepa.

—Le duran días, y acaban hundidas en la miseria. —Se frota la cabeza antes de mirarme fijamente—. Mira, he visto llorar a muchas, además de reclamarles su atención, y todas ellas han acabado desesperadas porque las ha ignorado, y no quiero que te haga lo mismo.

—Yo no soy como ellas.

—Pero él sigue siendo el mismo, y dudo que contigo vaya a ser diferente. ¿Qué te ha prometido?

—Nada, Jeff, no me ha prometido nada. Debes entender que siento algo por Sean, algo muy fuerte, y creo que debo intentarlo.

—¿Vas a tirarlo todo por la borda por él?

—Tirar, ¿el qué?

—Tú y yo teníamos un trato, pero, claro, ya no te sirve. —Está nervioso, lo sé porque habla entre risas de enfado y ha vuelto a aparecer su tic—. ¿Acaso crees que, cuando se entere de que eres mi esposa, te seguirá mirando a la cara? —Acaba de clavarme un puñal en todo el pecho, y lo sabe perfectamente, pues me conoce muy bien—. Porque no se lo has dicho, claro que no.

—Quiero hacer las cosas bien.

—Para eso ya es tarde: nos has engañado a todos, y eso no se perdona. —Ahora sí que se da media vuelta y, dándome la espalda, oigo, antes de que suba el primer escalón—: Y eso nunca se olvida, tenlo en cuenta.

Veo cómo sube y Owen lo agarra del hombro al llegar a su lado, antes de meterse en el baño de su habitación. Me froto la frente, afectada, y Owen deja a Jeff arriba para bajar conmigo.

—Se le pasará, pero entiende que no se lo esperaba.

—Lo siento, te juro que no lo he buscado...

—Tranquila. —Me estrecha entre sus brazos y unas lágrimas ruedan por mis mejillas—. Dale unos días, tiene mucho en que pensar; te prometo que intervendré a tu favor, pero déjame a mí.

—Gracias. —Me besa la frente y miro hacia el piso superior, pero Jeff no ha salido, así que, con todo mi pesar, salgo de su *loft* para dirigirme al mío.

Nada más cerrar la puerta, siento que no va a ser nada fácil que Jeff acepte mi relación con Sean; sin embargo, le guste o no, tendrá que aceptarla.

Saco el teléfono y le envío un mensaje expresando lo que realmente pienso en este momento.

Te echo de menos.

Ojalá estuviera aquí. Lo abrazaría tan fuerte que seguro que me olvidaría de todo, pero no está, y tampoco me responde al mensaje. Dejo el móvil sobre la mesa y me siento en el sillón, donde me acomodo para ponerme a trabajar un poco antes de irme a la formación que tengo registrada en mi agenda.

Abro la aplicación de correo electrónico y veo un *mail* de Charlotte.

De: Charlotte Collins
Para: Avery Gagner
Asunto: Re: Formación urgente

Buenos días, señorita Gagner.

Creo que no recibió correctamente mi mensaje anterior. Me gustaría poder hablar con usted. Sé que no debí hablarle del modo en que lo hice, y me gustaría pedirle disculpas.

Charlotte

No me puedo creer que siga insistiendo. Sí que recibí su correo, pero no me dio la gana contestar, porque no quiero tener una clienta loca que me persiga por si me acuesto con su marido.

De: Avery Gagner
Para: Charlotte Collins
Asunto: Re: Re: Formación urgente

Buenos días, señora Collins.

Hay muy buenos profesionales que podrán ayudarlos. Siento mucho tener que rechazar su oferta, pero creo que no soy la persona más indicada para su empresa.

Un cordial saludo,

Avery Gagner

Espero que entienda lo que acabo de decirle y me deje tranquila. Ahora mismo lo último que

me falta es un cliente con el que no pueda trabajar cómoda porque la celosa de su mujer no me quita el ojo de encima. Estoy ensimismada mirando la pared de madera que tengo enfrente cuando oigo que entra un nuevo correo electrónico y pongo los ojos en blanco. Ojalá no sea ella, porque al final voy a tener que ser grosera y no me apetece lo más mínimo.

Cuando vuelvo a dirigir mi atención al navegador, por fortuna veo que es un *mail* de Sean.

De: Sean Cote
Para: Avery Gagner
Asunto: Confidencial

Espero que hayas llegado a un acuerdo con Jeff y que estés satisfecha con el resultado.
Estoy en medio de una reunión, por eso no respondo a mi teléfono. Rosalie lo tiene desviado a su terminal.

Sean

Cómo la odio. Sólo de pensar en ella, se me revuelven las entrañas, pero no puedo admitirlo tan abiertamente; es su empleada y no puedo hacer nada para evitar que la tenga que ver, aunque sepa muy bien que ella quiere algo más con él.

De: Avery Gagner
Para: Sean Cote
Asunto: Re: Confidencial

Pues parece ser que van a ser necesarias varias charlas con él, pero nada que no pueda llegar a un entendimiento.

Gracias por preguntarme.
Avísame si te puedes escapar.

Avery

Cierro el navegador, ya que sé que está ocupado y yo tengo que ponerme al día. Reviso los apuntes de la última sesión y preparo la que voy a impartir dentro de un rato. Para este cliente debo armarme de paciencia, así que, en vez de llevar todo el material en mi ordenador, como acostumbro a hacer, imprimo un dossier para que pueda ir mirándolo mientras le explico las ventajas de las redes sociales; hoy es lo que quiero que entienda o, al menos, que me escuche.

Cuando acabo de prepararlo todo son casi las once de la mañana, y tengo más de media hora andando hasta llegar donde debo impartir mi primera formación, así que me preparo una tostada con mantequilla y pongo la cápsula en la cafetera, para tomar el segundo café de la mañana. Mientras la máquina se pone en funcionamiento y oigo cómo empieza a salir el líquido y rellena la taza, inundando mis fosas nasales de ese aroma que me encanta, recojo el vaso térmico vacío del café que Helena me ha preparado en casa de Sean, que seguía sobre la isla, y lo meto en el lavavajillas. Pillo la taza ya llena y me deleito una vez más con su olor antes de darle el primer sorbo.

Cierro la puerta de mi casa y salgo a toda prisa para irme lo antes posible; por ello, bajo la

escalera al galope hasta que llego a la calle... y allí me quedo paralizada al verla justo delante de mí.

—Anda, qué casualidad. ¿Vive aquí?

¿Me está persiguiendo? Miro de arriba abajo a Charlotte, a quien hace un rato le he mandado un correo electrónico rechazando su oferta laboral.

—No, no vivo aquí —miento, aunque sé que no me cree, pero no pienso facilitarle la información de dónde vivo a una pirada celosa para que no me deje tranquila—. Tengo prisa y, además, ya he contestado su *mail*.

—Avery, por favor... —Ríe de forma escandalosa y no puedo evitar estar todavía más molesta, porque sé perfectamente que se está haciendo la tonta. Conozco a muchas personas como ella—. No me diga que, por lo que le comenté el otro día, no quiere aceptar el trabajo. Mire que le vamos a pagar muy bien...

—El dinero no lo puede todo y, además, ahora tengo demasiados clientes; será mejor que contrate a otro compañero de profesión.

—No se puede negar. —¿Está sorda? No sé si le hablo al aire o al señor que pasa por nuestro lado y ni nos mira porque no le concierne lo que estamos tratando—. Usted y yo podemos ser muy buenas amigas, lo sé.

Acaricia la tela de mi vestido y me siento demasiado incómoda.

—Charlotte, si no le importa, me están esperando.

Sin más, sigo mi camino, dejándola atrás, cuando me dice algo que consigue que me detenga de inmediato.

—Es de Marc, ¿verdad? —¿Cómo lo sabe? ¿Conoce a Marc?—. Me encanta la ropa que diseña y vende en su tienda —continúa, como si tuviera la suficiente confianza conmigo como para hablar de ropa.

—No lo sé.

¡Claro que lo sé!, pero no me apetece tener que aguantarla conversando sobre las maravillas que diseña cuando yo misma lo he comprobado con mis propios ojos.

—Si el señor Collins —me sorprende que llame «señor» a su propio marido— se entera de que, por un comentario desafortunado por mi parte, la mejor formadora de la ciudad no va a trabajar para nosotros, se va a enfadar mucho conmigo —suelta, y luego me pone un puchero, intentando darme pena, aunque no lo logra, para después, como una niña pequeña, pedírmelo por favor juntando las palmas de las manos.

—Ahora mismo no puedo, pero quizá el mes que viene, cuando haya terminado con uno de los clientes, podemos quedar, me paso por la empresa y vemos en qué les puedo ayudar.

Soy tonta, no entiendo por qué accedo a ello, cuando tengo meridianamente claro que esta tía no me va a traer nada bueno.

—Muchas gracias.

—De nada.

—No sabe lo feliz que me hace.

Dicho esto, se da media vuelta y se va tan tranquila, y siento que no debería haberle dado una oportunidad, pero ya es tarde para lamentaciones, así que me marcho para poder impartir mis formaciones, con la esperanza de que el día finalice lo antes posible.

* * *

Cuando llego a las oficinas de Sean, a la primera que me encuentro es a Rosalie, que sonrío de una forma demasiado sospechosa, pero no le hago ni caso. Subo la escalera y me encuentro con Owen, que me da un beso en la mejilla y me la acaricia antes de salir disparado hasta la sala donde tienen la máquina de café. Me acerco al despacho de Jeff, pero no lo encuentro ahí; a juzgar por lo recogido que lo tiene todo, diría que no está en las oficinas. Tenía la esperanza de poder hablar con él de nuevo, pero parece ser que no va a poder ser por el momento.

—¿Buscas a alguien? —Esa voz..., la estrangularía. Por su culpa estoy metida en esta situación. Si no se hubiera entrometido y no hubiese llamado a Jeff, yo no tendría que estar persiguiéndole para que me perdonase por algo que debería haberle dicho en persona, en vez de que lo viera de pronto con sus propios ojos.

—No, tranquila; me sé el camino hasta su despacho.

«Idiota», pienso mientras le doy la espalda y me dirijo hasta la puerta de cristal para golpearla con los nudillos, provocando que gire la silla para descubrir que soy yo la que quiere verlo.

Me hace un gesto para que entre y me sienta en la silla que tiene delante mientras continúa con la llamada de teléfono que está realizando. Intento no mirarlo, no escuchar lo que dice, pero es tan provocador aun estando hablando por teléfono... Su tono es firme, no da opción a réplica, y me excita como nadie.

—No puedo quedarme a la sesión formativa —es lo primero que suelta tras finalizar la conversación que estaba manteniendo—, pero te prometo que iré a tu casa después de cenar.

Ya no tengo que esconderme, así que asiento con la cabeza, sin sentir miedo de si Jeff estará en su *loft* o no.

—Vale; te esperaré allí, entonces.

—Jeff tampoco acudirá a tu clase; tiene una reunión.

Lo he imaginado al no ver sus cosas en su despacho.

—¿Has hablado con él?

—De trabajo.

—¿Bien?

—De momento no me ha partido la cara... si estás preocupada por eso —bromea; sé que lo hace porque se le escapa esa media sonrisa—. Se le pasará. —Si sólo fuera eso... pero ahora no es el momento de explicárselo todo.

—Lo sé. ¿Te vas ya? —Mira el reloj.

—Sí, o llegaré tarde. —Se pone de pie y coge su ordenador, para guardarlo en su maletín. Tras ponerse luego la americana, con un movimiento de lo más sexy que me deja boquiabierto como una auténtica tonta, lo sigo con la mirada hasta que llega a mi lado y posa una de sus manos en mi espalda—. No tendría que haberte permitido que te pusieras este vestido; ahora quiero follarte, y no tengo tiempo. —Debería replicar algo, pero soy incapaz de articular palabra alguna; me ha dejado noqueada, así que lo único que hago es sonreír como una verdadera idiota—. Será mejor que descanses y estés lista cuando aparezca en tu casa; te vas a enterar.

—Deseándolo estoy.

Abre la puerta y abandono primera su despacho tras seguir su galante invitación con una mano. Al salir él, veo que, en lugar de dirigirse hacia la escalera, me acompaña a la sala, donde ya están todos mis alumnos dispuestos, menos Jeff, sentados, y lo miro con cara de que no se le ocurra darme un beso, no delante de todos. Sé que me lee la mente, porque sonrío antes de susurrarme:

—Tú te lo pierdes, pero si no quieres.

—Eres el ser más cruel de este mundo.

—Eso dicen las malas lenguas, o eran las juguetonas... —Simula estar haciendo memoria y en lo único que puedo pensar es en la suya lamiendo mis pechos, mi vientre, descendiendo hasta mi sexo... y me excito más de lo que puedo controlar—. Nos vemos; yo de ti pondría más alto el aire acondicionado.

Se marcha a mi espalda, sonriente, y miro por encima del hombro... Temo que las piernas me fallen al ver cómo su culo, redondo y respingón, desaparece antes de que me decida a entrar en la sala.

Lo primero que hago una vez allí es encender el aire acondicionado, con la esperanza de que me alivie un poco, aunque la mirada ladina de Owen es lo que consigue que vuelva a mi estado normal, para evitar sus dardos envenenados, y gracias a mi autocontrol logro sacar la formación adelante y la sesión de una hora pasa volando.

—¿Vienes a casa? —Owen me mira y niega con la cabeza—. ¿Qué pasa?

—Jeff necesita espacio. —Encoge los hombros y tengo claro que él tampoco lo está pasando bien. Sé cómo es Jeff ante los problemas: no se apoya en nada ni en nadie, sino todo lo contrario, prefiere aislarse para serenarse.

—¿Quieres cenar conmigo? Estaré sola.

—No, prefiero irme a mi casa.

—Owen, lo siento, de verdad. Lo voy a solucionar —me disculpo. Siento que debo hacerlo porque ellos dos hace mucho tiempo que, aunque ninguno lo haya dicho abiertamente, tienen una relación muy especial, una que se ha forjado lentamente, conmigo en medio. Pero ya es hora de que cada uno asuma su rol, su vida, sin miedo al qué dirán, y seamos felices al fin.

—Esto tenía que pasar tarde o temprano. Tranquila... aunque le has dado donde más le duele —disminuye el volumen de su voz y se gira para comprobar que nadie pueda oírlo.

Capítulo 38

—¿Por qué le molesta tanto que sea Sean?

—Porque Jeff te quiere y no quiere que te haga daño. —Se sienta sobre la mesa de la sala y me agarra de las manos—. Deja que lo asimile... que Sean le demuestre que realmente desea estar contigo, que va en serio y que no se va a comportar como un capullo... como, seguramente, lo ha visto hacer con todas las otras.

—¿Crees que no tengo miedo? —asiente en silencio—, pero, de verdad, quiero estar con él. Cuando está a mi lado mi mundo se detiene; los problemas, los temores... las dudas, todo se esfuma.

—Por eso mismo te pido que tengas cuidado, porque, si no cambia, la única que va a sufrir serás tú.

—Soy consciente de ello, pero necesito que Jeff lo comprenda.

—Lo hará.

—¿Cenas conmigo? —insisto, y le pongo cara de pena, con lo que se le escapa una sonrisa con la que me queda claro que lo he convencido y va a aceptar.

—¿Sólo cenar?

—Nada más que una cena —le aclaro, porque sé hacia dónde se está dirigiendo y es lo último que haría ahora mismo; el sexo, por mi parte, es exclusivo para Sean.

—Ya lo sé, aunque te voy a echar de menos. —Niego y le pido que se levante de la mesa con un gesto—. ¿Dónde quieres que vayamos?

—Aquí al lado, en casa... tanto me da, lo que te apetezca más a ti, no tengo planes.

—Vale, vamos a la pizzería de siempre y, de paso, le damos envidia a Zoé. —Sonrío y recojo todas mis cosas para salir agarrada de su brazo. Al abandonar la sala veo que Rosalie nos sigue con la mirada, alucinada y enfadada a partes iguales.

—¿Qué le has hecho?

—Matarla es lo que me gustaría hacer ahora mismo.

—Aquí hay tema... Desembucha. —Se gira para mirarla y se despide con la mano, sonriente. Luego bajamos la escalera y salimos al exterior.

—Es una arpía que va detrás de Sean. —No puedo evitar soltar la frase con tono de rabia.

—Eso lo sabe todo el mundo.

—La muy asquerosa babea con cada paso que da. —Abre los ojos como platos.

—La entiendo un poco y tú deberías ser más condescendiente con ella. Sean está muy bueno.

—Tras decir esto, se le escapa una carcajada y le doy un golpe en el hombro para que no siga por ese camino.

—Fue ella la que le pidió a Jeff que acudiera a la fiesta del nuevo accionista, cuando sabía perfectamente que íbamos a ir nosotros, juntos; lo tenía todo pensado.

—Eso es cierto: estaba con él cuando lo llamó, y le contó una historia de que Sean la había llamado a última hora porque tenía otros planes.

—¡Lo sabía, será cerda! Eso es mentira; estuve con él y te aseguro que no pudo llamarla mientras me follaba sobre la mesa del salón.

—¿Puedes especificar un poco más? —Le doy un golpe en el brazo para que no pregunte y él se ríe a carcajadas—. Os imagino a los dos y me pongo cachondo.

—Más te vale no pensar en él o te sacaré los ojos a ti también.

—Quién te ha visto y quién te ve. —Niega con la cabeza, sonriente—. Vaya con Rosalie, no sabía que era tan retorcida.

—Pero ¿cómo sabía que Jeff se iba a molestar al vernos juntos?

—Están prohibidas las relaciones en el trabajo. —Se me escapa una gran risotada—. Te lo juro —se mantiene muy serio, y no doy crédito a lo que acabo de oír.

—Eso, ¿quién lo ha impuesto?

No me lo puedo creer... ¿En qué momento a alguno de los dos se le ocurrió exigir una norma que ninguno estaba dispuesto a seguir?

—Jeff —anuncia, y se le escapa una carcajada mayor aún, que me contagia, y no podemos parar de reír hasta que llegamos a la pizzería y nos sentamos a la misma mesa de siempre. Luego el camarero se acerca a nosotros y hacemos el pedido.

—Es increíble, así que la muy guarra quería enfrentarlos porque Sean estaba rompiendo su norma... cuando ella ya lo había intentado.

—No iba a ser tan tonta de decirlo cuando le interesaba estar muda.

—Ya veo, ya... pero no sabía con quién se estaba metiendo. —Mi sonrisa ahora es de malvada, porque, aunque Jeff esté enfadado, es mi mejor amigo y lo solucionaremos; en cambio, ella quedará mal con los dos—. ¿Sabes si Jeff está en casa?

—No, llegará tarde; eso me ha dicho.

—Pues nada..., mañana a ver si lo pillo más calmado.

Aparece el camarero y nos ponemos a degustar las pizzas, que a los dos nos vuelven locos..., tanto que no hablamos ni una palabra mientras cenamos, hasta que no dejamos bocado alguno y decidimos irnos cada uno a su casa.

* * *

—¿Sí?

Me froto los ojos y veo que la luz del televisor es lo único que ilumina el salón.

—¿Estabas dormida? —oigo su voz, y sonrío. Estaba deseando que me llamara antes de quedarme roque; no sé ni qué hora es, pero no me importa.

—No.

—Mentirosa.

—¿Dónde estás? —le pregunto, sin hacer caso a lo que me ha dicho y me pongo de pie en dirección a la puerta.

—Si me abres, subo. —Acciono el botón y espero con la puerta entreabierta hasta que lo veo aparecer con la americana en la mano, desanudándose la corbata y con cara de cansancio. Sus ojos se cruzan con los míos y se le escapa una media sonrisa—. Hola.

—Hola. —Lo dejo entrar y, tras cerrar la puerta, se da media vuelta y se abalanza sobre mí para besarme—. Llevo toda la maldita noche pensando en este momento. —Deja caer su chaqueta al suelo y sus manos se cuelan por la goma de la cinturilla de mi *culotte* de satén y me atrapa las nalgas con fuerza—. No sabes cuánto te deseo.

—Y yo...

Soy incapaz de decir nada más; llevaba horas pensando en si iba a venir o al final se iría a su casa, pero aquí está, besándome como si no hubiera un mañana, y yo sólo puedo agarrarme a su cuello, sintiendo que mi corazón late más rápido de lo normal, provocando que apenas pueda pensar en nada más que en recibir sus deliciosos besos.

Me coge en volandas y sube la escalera para llevarme consigo hasta la cama, donde me deja con mucho cuidado para después tumbarse sobre mí y seguir besándome como ha hecho desde que ha llegado. Sin embargo, lo noto diferente; el arrebató que ha tenido nada más entrar ha quedado relegado por un deseo más intenso.

Mi piel arde por sus besos. Me estiro para intentar controlar el placer que siento cada vez que sus dedos recorren un centímetro más de mi piel y, a regañadientes, sale de la cama, dejándome con la respiración entrecortada, se desabrocha la camisa y, poco a poco, veo cómo se desnuda por completo. Se pone un preservativo sin dejar de mirarme, y experimento una oleada de calor que nace en todas mis extremidades y me recorre hasta confluír en el centro de mi sexo, que palpita, deseoso de sentirlo de nuevo.

—Hoy quiero amarte. —Su voz es un suspiro, uno con el que me está anunciando lo que pretende conseguir de mí, y no es más que lo que llevo esperando toda la noche, lo que realmente necesito para que mis miedos disminuyan de una vez, que desaparezcan y tenga las fuerzas suficientes como para cambiar mi vida por fin.

—Hazlo, ya.

Curva la comisura de sus labios hacia arriba y me ofrece la mano para ayudarme a ponerme de pie, hasta que nuestros cuerpos topan. Lo abrazo y le acaricio la espalda mientras vuelve a besarme; su lengua busca la mía hasta que ambas se enredan y los dos no podemos hacer más que dejarlas libres, en busca de placer, y me rindo ante él, ante el hábil provocador que logra hacer conmigo lo que quiere.

—Te quiero, Sean —le susurro al oído, y justo en ese momento para de besar mis pechos para mirarme fijamente y sonreír justo en el instante en el que se adentra en mi interior, invadiendo cada uno de mis sentidos.

—Yo también te quiero, Avery —es lo último que dice antes de caer rendido al lado de la cama, tras lograr nuestro éxtasis, y yo me acomodo sobre su pecho para cerrar los ojos y darle un tierno beso en su torso, sudado a causa del placer que acabamos de obtener.

* * *

Abro un ojo y compruebo que no está en la cama, pero huelo a café recién hecho; es un olor que me chifla de buena mañana, tanto que me pongo una bata y la anudo para bajar hasta la cocina, donde lo encuentro sentado en un taburete de la isla, solamente con sus bóxers puestos, bebiendo de una taza.

—Buenos días —lo saludo mientras me paso las manos por el pelo para intentar que no sea una maraña rubia desastrosa, pero creo que no se fija en ella, sino que me escanea de arriba abajo, sonriente.

—Estás preciosa de buena mañana.

—Tú no estás nada mal. —Paso por su lado a por una taza para tomar mi primer café, cortesía del señor Sean Cote, cuando me agarra de la cintura y me lleva hasta él para besarme—. Quiero despertarme todos los días a tu lado. —Vuelve a besarme y no me da tiempo a responder nada; sólo lo abrazo y sigo el ritmo de sus besos.

—¡Ave! —Me aparto de Sean de repente cuando veo el fornido cuerpo de Owen temblar como un flan ante nosotros, que nos mira, mudo.

—¿Qué pasa?

Avanzo hasta él, pero Owen sólo mira a Sean como si le hiciera una radiografía, que sigue sentado sin moverse ni decir nada.

—Jeff ha tenido un accidente.

—¿¡Qué!? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡Owen!

—¿Está bien? —Sean se pone a mi lado, agarrándome por la cintura, y ambos esperamos a que mi amigo reaccione y nos dé respuestas.

—Acaba de llamarme; no es grave, pero se ha roto la clavícula —nos informa.

Suspira aliviado, y nosotros también lo hacemos al saber que, aparte del susto, su estado no reviste gravedad.

—¿En qué hospital está ingresado? Déjame que me vista y vamos —digo mientras me doy la vuelta.

Voy a pisar el primer escalón cuando Owen interviene.

—Está en Quebec...

—¿En Quebec? Pero ¿cuándo se ha ido?

—Ayer —suelta Sean de sopetón, y lo miro, alucinada, porque está claro que él también lo sabía y, sin embargo, yo no tenía ni idea de que se había marchado—. Me llamó ayer por la tarde desde allí; me dijo que estaba estudiando la posibilidad de abrir una sede de nuestra compañía en esa ciudad para comenzar de cero. —Encoge los hombros y yo me acaricio las cejas, intentando tranquilizarme.

—Y, tú, ¿desde cuándo lo sabes? —le pregunto a Owen.

—No te lo podía decir...

—Anoche, cuando cenamos juntos, ya lo sabías. ¿Por qué nadie me lo ha comentado?!

Niego con la cabeza, en silencio, y subo a mi habitación para sentarme en la cama. No me puedo creer que Jeff esté en un hospital en Quebec, pero lo que me cabrea soberanamente es su forma de huir de mí. ¿Tan difícil le resulta hablar conmigo? Creo que, después de todo lo que he hecho por él, es lo mínimo que me merezco.

—Date una ducha, que nos vamos a Quebec. —La voz de Sean me saca de mis pensamientos y lo miro, flipando—. ¡Venga! —me apremia, y asiento para luego correr hasta el baño, donde me miro al espejo y no me creo que esté a punto de irme a Quebec con Sean. Tengo que decirle la verdad, no puedo ocultarle más que Jeff es mi marido.

Abro el grifo de la ducha y me enjabono rápidamente para terminar lo antes posible. En eso ando cuando veo que entra y se quita los bóxers para entrar en la ducha.

—¿Estás más tranquila? Owen me ha confirmado que no es nada grave.

—Sí, lo sé.

—Vístete, yo no tardo.

Salgo del baño, confusa, y hago lo que me ha dicho. Cojo los primeros vaqueros que veo, una camiseta básica, y me recojo el pelo, empapado, en una cola de caballo alta. Cuando bajo, veo que Owen nos espera, mirando por la cristalera.

—¿Por qué no me ha comentado que se iba? —le pregunto en voz baja, para que Sean no nos pueda oír.

—Ya te lo dije ayer, necesitaba su espacio, y aquí no lo tenía. —Señala a su alrededor y soy consciente de que ninguno de los dos lo tenemos realmente. Supongo que todo lo que está ocurriendo es por lo mismo, porque no deberíamos habernos casado; nos tendríamos que haber limitado a buscar cada uno su rumbo, y no convivir como hemos estado haciendo. Lo único que hemos conseguido es hacernos daño—. ¿Cuándo se lo vas a confesar? Se va a enterar por otros, y no te lo recomiendo.

Me dispongo a responderle cuando oigo que sale del baño y los dos nos quedamos con la boca abierta al verle la toalla enrollada a la cintura; le doy un pisotón a Owen para que deje de comérselo con esos ojos de devorador.

—Vamos a la isla de la cocina, mejor.

Desde allí no lo podrá ver mientras se viste; no quiero que Sean se sienta intimidado, aunque, la verdad, no sé cuál de los dos lo está más.

—Ahora puedo entender por qué lo has mandado todo a la mierda.

—Owen, por favor, no es sólo eso, hay mucho más.

—Prefiero no saberlo, entonces —termina la frase casi en un susurro cuando lo ve aparecer, vestido con la camisa y el pantalón del traje con el que llegó anoche.

—Hugh nos espera en la puerta para llevarnos al aeropuerto.

Sean lo ha organizado todo sin tener ni idea de cuándo lo ha hecho; supongo que mientras yo me duchaba y él estaba con Owen en el salón. Cojo mi bolso, el teléfono y las llaves y, tras dar una última mirada a mi casa, los sigo, no sin antes cerrar la puerta con llave. Al girarme, me topo contra el duro cuerpo de Sean, que me esperaba a mis espaldas y ni siquiera me había dado cuenta de ello.

—Gracias por todo.

—Haré lo que sea necesario por ti. —Me lanzo a sus brazos y me estrecha; creo que encontrarme con él ha sido lo mejor que me podía haber pasado en toda mi vida—. Nos están esperando.

—Vamos.

Me agarra de la mano y bajamos la escalera a paso ligero hasta que llegamos a la acera, donde nos esperan Owen y Hugh.

—Señorita Avery —me saluda mientras me abre la puerta. Me siento al lado de Owen, que me agarra la mano en el momento en que Sean está entrando al coche; al percatarse de ello, me la suelta antes de que lo vea y se pueda molestar.

Circulamos por las calles de Vancouver en dirección al aeropuerto, en silencio; estoy muy nerviosa... Sé que debo hablar con Sean antes de llegar, pero no sé cómo decirle lo que le he ocultado desde el primer día y por supuesto no va a gustarle, y por ello no encuentro las palabras adecuadas. ¿Cómo le confías a la persona que amas que estás casada con su socio? ¿Cómo explicarle que es tan sólo mi amigo, pero que, por hacerle un favor, me casé con él y terminé llevando una falsa vida de pareja... y que lo último que quiero en este mundo es perderlo a él?

Mi estómago está revuelto, y sé que Sean se ha dado cuenta de que me ocurre algo, porque no deja de girarse para observarme, y lo sé porque lo miro de soslayo mientras simulo que no lo estoy viendo.

—¿Ya hemos llegado? —Miro a mi alrededor y bajo del vehículo, en una pista privada—. ¿Tienes un avión?

—Digamos que invierto en aeronáutica —suelta como si nada, y Owen me mira con la misma cara de asombro que tengo yo en estos momentos—. Subid ya, el piloto nos está esperando.

Me giro cuando estoy a punto de entrar en el avión y veo que Sean está hablando con Hugh; el primero dice que sí varias veces con la cabeza antes de darse media vuelta y descubrir que lo estoy mirando.

Capítulo 39

—Ponte el cinturón; en breve vamos a aterrizar.

Le hago caso y vuelvo a suspirar, como llevo haciendo todo el rato que llevamos en el aire. He sido incapaz de decirle la verdad, y Owen no ha dejado de hacerme gestos, indicándome que se me acaba el tiempo, pero, tras sopesar mis opciones, todas tienen el mismo final: Sean, sin querer mirarme a la cara... y no puedo asumir que ése sea nuestro destino. Sé que no lo voy a poder soportar, así que no le he dicho nada y, aunque tengo clarísimo que mi mentira no va a durar mucho, no soy lo bastante valiente como para enfrentarme a la situación.

Noto cómo las ruedas del pequeño avión privado topan contra el asfalto de la pista de aterrizaje y trago saliva hasta que siento que se ha detenido por completo.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida —inquire. Sean está preocupado por mí y Owen me mira, sabedor de lo que me ocurre, y siento que todo se me está yendo de las manos.

—Sí, estoy bien, un poco mareada.

—Dame la mano, te ayudaré a bajar. —Su mano es como puro fuego y, cuando la cojo, noto que mi cuerpo responde a él. Y entonces me siento mucho peor, porque no se merece lo que le estoy haciendo.

—Sean, yo... —Mi voz se interrumpe de repente y el nudo que tengo en la garganta no me permite acabar la frase.

—Dime.

—Nada. —Me quedo contemplando sus ojos unos instantes—. Es que no he traído ropa... —suelto con la mirada perdida, sin saber por qué he esgrimido esa excusa tan barata que no viene a cuento, pero es la única que ha logrado articular mi cerebro y salir por mi boca.

—Por eso no te preocupes. —Me atrapa la barbilla y, tras rodear con sus brazos mi cintura, me lleva hasta él para besarme. Ahora que nadie nos puede ver, lo beso como si fuera uno de los últimos besos que me va a dar—. Como no paremos ahora mismo, en vez de ir al hospital, te llevaré directa al hotel.

«Ojalá lo hicieras», pienso para mis adentros, sabiendo que no es lo correcto, ni lo que vamos a hacer.

Bajo las escalerillas del avión y Owen me mira esperando una respuesta; niego con la cabeza, por lo que pone cara de decepción. Los dos sabemos que estoy demorándolo en exceso y que lo único que voy a conseguir es empeorarlo todo.

Owen me abre la puerta del Range Rover negro y me siento en la plaza de copiloto mientras él

se acomoda en el asiento trasero, siendo un mero espectador, mientras Sean conduce hasta llegar a la puerta del centro médico.

—¡Papá! —lo llamo en un grito cuando veo a mi padre fumando un cigarrillo en la puerta—. Aparca ahí, por favor —le ruego a Sean, que lo hace lo más rápido que puede.

En cuanto detiene el coche, me apeo de un salto y corro hasta llegar a mi padre, que tira el cigarrillo al suelo al verme.

—Hija, ¡qué susto me has dado!

Me abraza y me besa la cabeza mientras ellos caminan hasta quedarse dos pasos por detrás de nosotros.

—Te presento a Sean y a Owen. —No aclaro quiénes son, porque no quiero dar más explicaciones de las imprescindibles—. ¿No habías dejado de fumar? —lo reprendo en cuanto me libera, y pone los ojos en blanco.

—No se lo digas a tu madre. —Saca del bolsillo de su americana un inhalador que utiliza para ocultar el olor del tabaco. ¡Anda que, si mi madre se entera, lo va a lamentar!—. Los padres de Jeff acaban de irse, pero tu madre sigue arriba. Jeff nos ha dicho que no ibas a venir porque tenías mucho trabajo.

—Y lo tengo, pero ¿cómo no iba a venir? —Dios, mi trabajo, ¡no he avisado!—. Papá, ahora subiremos, pero primero tengo que hacer una llamada.

Me acaricia la mejilla y, tras decirles adiós a Sean y Owen, los dos me miran sin comprenderme.

—¿Qué pasa? —Sean pasa su brazo por encima de mi hombro mientras yo rebusco en el bolso en busca de mi móvil—. ¡Avery!

—No he cancelado la formación de esta tarde, debo hacerlo.

Estoy muy nerviosa, demasiado, tanto que no sé ni cómo me deshago de su brazo con disimulo. No quiero que mis padres lo vean; ellos no saben nada, y sé que nos les gustaría saber que su hija es una fresca.

—¿Tienes que hacerlo ahora? —interviene Owen, alucinado.

—Sí, es importante. ¿Vais subiendo?

—No, te esperamos.

Owen clava sus ojos en él, molesto. Sé que está deseando subir y ver a Jeff, y por ello hago la llamada lo más rápido que puedo. Pido varias veces perdón, aunque mi cliente me dice a la primera que no me preocupe, que ya compensaremos la sesión de hoy otro día sin ningún problema.

—Ya podemos subir —les anuncio. No es que esté deseándolo, pero no tengo más remedio que hacerlo.

—Menos mal.

Owen es el primero en entrar y Sean me aguanta la puerta muy caballerosamente para que lo siga; me agarra de la mano con fuerza y se la sostengo, sabiendo que no debería.

Me tiembla el cuerpo entero conforme avanzo por los pasillos; tropiezo con mis propios pasos y Sean debe sujetarme enérgicamente para que no me caiga. Mis nervios me están jugando una muy mala pasada. Cuando Owen se detiene frente a una sala, dudando acerca de si es el sitio correcto o no, veo a mi madre sentada en la silla que hay frente a una habitación.

—¡Mira, ¿ves como ha venido?! —Mi padre me señala y trago saliva cuando Sean pone su mano al final de mi espalda. Sabe perfectamente que son mis padres y por ello su gesto ha sido a escondidas, sin que ellos puedan verlo, hecho que agradezco, porque está teniendo respeto por ellos.

—Hija, qué ganas tenía de verte. —Mi madre se pone en pie y la miro de arriba abajo. Como siempre va vestida con un traje chaqueta elegante, maquillada y con su pelo, corto y de color blanco, repeinado hacia tras—. Odio que vivas tan lejos.

—Lo sé, mamá. —Dejo que me abrace y luego me agarra de ambos brazos para mirarme de arriba abajo—. Estás más delgada. ¿Seguro que comes bien?

—Sí, tranquila.

—¿Podemos ver a Jeff? —Owen nos interrumpe y mi madre se gira para mirarlo sólo un segundo, porque a quien realidad se detiene a mirar es a Sean, y no la culpo. Al lado de Owen, es mucho más llamativo, más atractivo y poderosamente provocador.

—Hay una enfermera con él. En cuanto podamos entrar, nos avisarán. ¿Tú eres?

El tono amable de mi madre logra tranquilizar a un Owen más que ansioso por ver con sus propios ojos a Jeff. En estos momentos me encantaría que todo el mundo supiera que él, en realidad, es su pareja; es él quien lleva todo el camino de los nervios porque la persona a la que más quiere está en un hospital, muy lejos de él.

—Owen —aclara, mirándome, y le sonrío para que se relaje un poco.

—Owen es el director de Marketing de la empresa de Jeff, y Sean —lo señalo y me mira de una forma tan penetrante que temo no ser capaz de articular ninguna palabra más— es su socio.

—He oído hablar de ti.

Miro a mi madre, flipando; no me puedo creer que ella sepa de él cuando yo no sabía nada de su existencia hasta hace muy poco.

—Encantado. Espero que no le hayan hablado mal de mí o tendré que matar a quien lo haya hecho.

Abro los ojos como platos; no me puedo creer que le haya soltado eso a mi madre. Centro toda mi atención en ella, que lo mira seria, hasta que rompe a reír en una carcajada que me alivia.

—Zoé nunca habla mal de nadie.

La mato, ¿qué narices le ha estado explicando mi amiga a mi madre? En cuanto la vea, me va a oír.

—¿Y dónde está, por cierto? —le pregunto, ansiosa por estar de nuevo con ella—. ¿Sabe lo que le ha ocurrido a Jeff?

—La he avisado en cuanto Frank me ha llamado a mí. —Me alegra que lo haya hecho, porque,

si no, no me hubiera perdonado que no se lo comunicara—. ¿Y tu teléfono? Te he llamado mil veces esta mañana. —Voy a responder cuando ella sigue con su verborrea de siempre—. No sé para qué te pregunto, si nunca me contestas; si no fuera por...

—Deja de reñir a la niña, que acaban de llegar.

«Gracias, papá.» Seguro que iba a mencionar a Jeff, pero no le ha dado tiempo. Y la suerte sigue de mi lado, porque oigo unos zapatos de tacón retumbar en dirección a nosotros.

—¿Cómo está? —oímos apenas un susurro de voz, de Zoé, que aparece casi sin respiración—. Perdón, vengo a pie porque estaba muy cerca, o eso creía. —Consigue que se me escape una sonrisa antes de darle un abrazo.

—Está bien, nada que no cure un reposo de unos días, pero tenéis que ir con más cuidado con los coches.

Mi madre nos habla a todos como si fuéramos unos niños pequeños, y eso es uno de los aspectos que me hacen sentir que estoy en casa; para ella nunca habré crecido lo suficiente como para tratarme como una mujer.

—Ya pueden pasar.

Oigo a mi espalda la voz de una enfermera y mi madre le da las gracias con un movimiento de cabeza, pero lo único en lo que pienso es en que la primera persona que debe verlo, a solas, es Owen.

—Owen, adelántate, ahora vamos el resto. —Mi madre me mira; sé que me está analizando, pero no le doy importancia.

Si estuvieran los padres de Jeff aquí no lo hubiese hecho, porque sé que hubieran pensado muy mal..., más bien habrían puesto el grito en el cielo, pero debo aprovechar que los míos no ven nada raro en ello.

—¿Cómo van las ventas? —le pregunta mi madre a Zoé, para destensar el ambiente.

—No me puedo quejar; una de ellas me ha ayudado a que aparezcan nuevas.

Zoé mira sonriente a Sean y éste sabe perfectamente de lo que está hablando.

—No hay nada mejor que tener buenos contactos —recalca Sean, dejándonos claro que Andrew es quien ha hablado bien de ella.

—Benditos contactos.

—¿Entramos en la habitación? —nos anima mi madre, y respiro profundamente porque supongo que Jeff seguirá enfadado y, en el caso de que se haya olvidado del cabreo por haberme enamorado de su socio, verme con Sean aquí va a hacer que éste vuelva con mucha más virulencia, pero, si no fuera por él, no habría podido venir tan rápido, ni Owen tampoco.

Camino tras los pasos de mis padres, justo al lado de Zoé, que me agarra del brazo, mientras capto los firmes pasos de Sean a mi espalda. De pronto veo que se acerca un hombre, que por su bata es fácil deducir que es un doctor, y se para frente a la puerta de Jeff, mirándonos.

—¿Algún familiar directo de Jeff Fortin? —plantea directamente, y mis padres se giran y me miran, antes de que mi padre responda.

—Sus padres se han ido hace nada...

—Pero su mujer está aquí —lo interrumpe mi madre, y se gira para mirarme. Me quedo paralizada, porque sé que Sean lo ha oído perfectamente, y el calor que minutos antes sentía a mi espalda se ha esfumado de repente; siento un helor que no me deja pensar—. Avery, despierta, quiere hablar contigo.

—Tranquila, su marido está bien, no tiene ninguna lesión grave —comienza a decirme el médico mientras mira los papeles de una carpeta. Zoé me aprieta con fuerza el brazo, queriéndome decir algo que no logro descifrar, porque no soy capaz de pensar ni deducir nada—. Va a estar un día más en observación y, si todo evoluciona como hasta ahora, mañana le daremos el alta.

—Gracias, doctor.

Es mi madre quien responde por mí, mientras yo siento una nube en la cabeza que no me deja ver con claridad; tengo un nudo en la garganta que me impide tragar saliva, y siento que mis piernas, en cualquier momento, se van a derrumbar y voy a acabar cayendo al suelo. Sean lo ha oído todo..., se ha enterado de la verdad, y por supuesto no he sido yo quien se la ha dicho. Como siempre pasa a mi alrededor, lo ha descubierto de la peor de las maneras, y ahora sólo sé que ya no puedo volver atrás... al avión, cuando he estado a punto de decírselo; ya es demasiado tarde. Mis ojos se llenan de lágrimas mientras cojo todo el aire que puedo y me doy media vuelta para enfrentarme a la realidad, aterrada por su reacción.

—Sean...

Continuará...

Nota de la autora

Sean se ha convertido en un protagonista tan importante que soy incapaz de dejarlo atrás; por ello os pido perdón, porque sé lo mucho que detestáis leer una historia por partes, pero no he podido evitarlo... es demasiado larga para un único libro.

Espero que, cuando estéis leyendo estas palabras, lo entendáis y estéis deseando saber cómo sigue esta relación; os aseguro que podréis hacerlo muy pronto.

Agradecimientos

Me encantaría que supierais cómo comenzó a hilarse la historia de Sean. Fue un día cualquiera, uno en el que estaba navegando por Facebook, como hago siempre que tengo un momento y me dejan, y vi un *post* de mi compañera Cristina Prada en el que hacía una pregunta a sus lectoras acerca de una duda que tenía. Yo le aporté una idea que, en mi opinión, le solucionaba el riesgo que corría si finalmente escribía lo que estaba sopesando. En cuanto le di a «Publicar», supe que era una gran idea que podría dar mucho juego, pero ahí se quedó el tema... hasta que un día no pude resistirme más y le envié un mensaje privado para preguntarle si la iba a utilizar. Afortunadamente para mí, para qué engañarnos, me dijo que no iba a hacerlo y que me la devolvía; eso sí, Cristina me puso una única condición: tenía que poner a un tío que estuviera más bueno que el pan y, como soy muy obediente, es lo único que he tenido claro desde el principio, Sean tenía que estar buenísimo.

Cristina, muchísimas gracias. Si no fuera por ti, no estaría escribiendo esto, y espero que este hombre esté a la altura de lo que esperabas.

También quiero dar las gracias a Esther Escoriza, que siempre está para escuchar mis locuras y me apoyó desde el primer momento cuando no sabía si lanzarme a escribir una trilogía o no, si arriesgarme con la trama o no. Gracias a ella me he arriesgado y espero no haberme equivocado.

Quiero dar las gracias a María, la primera persona que lee mis novelas; ella me envió un mensaje diciéndome que se había enamorado de esta historia. Gracias por aguantarme, por dejarlo todo para leer cuando sabes que tengo que entregar y no me queda mucho margen de tiempo. Y, sobre todo, gracias por estar siempre a mi lado.

Y gracias también a ti, que estás leyendo estas palabras. Tú eres la más importante de todas, porque, sin ti, todo mi esfuerzo no valdría la pena, así que, mientras estés conmigo, seguiré dándolo todo, porque haces que merezca la pena cualquier sacrificio.

Biografía



Soy Iris T. Hernández, una joven que lucha por superarse día a día.

Me crie en Sant Adrià de Besòs, un pequeño barrio de Barcelona, bajo unos valores de humildad que me han servido para ser la persona que soy. Con tan sólo veintidós años, y sin saber nada de la vida (por mucho que quisiera creer que lo sabía todo), mi actual pareja y yo emprendimos un camino del cual me siento muy orgullosa y cuyo fruto han sido dos personitas que nos han unido más si cabe.

Actualmente ocupo la mayor parte de las horas del día en mi trabajo como administrativa; números, números y más números pasan por mis ojos durante ocho largas horas, pero en cuanto salgo por las puertas de la oficina, disfruto de mi familia y amigos, e intento buscar huecos para dedicarme a lo que más me gusta: escribir.

Soy autora de la trilogía «Momento» (2014-2015), *Sabes que te quiero... a mi manera* (2015), *A través de sus palabras* (2016), *Me gustas de todos los colores* (2017), *Acepté por ti* (reeditada en 2017), *No hay reglas para olvidar* (2018), *¡Que alguien me saque de aquí!* (2018) y *Lo tuyo es amor por narices* (2019).

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

www.iristhernandez.com,

[@IrisTHernandez](https://www.instagram.com/IrisTHernandez),

[Iris T.Hernández](https://www.facebook.com/Iris.T.Hernandez)

Sean Cote es provocador
Iris T. Hernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Iris T. Hernández, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2019

ISBN: 978-84-08-22111-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

